

MATEO LUJÁN DE SAYAVEDRA

SEGUNDA PARTE
DE LA VIDA DEL PÍCARO
GUZMÁN DE
ALFARACHE

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

A D V E R T E N C I A

EL texto que sigue lo hemos obtenido por medios ofimáticos de un ejemplar publicado en 1980 por S. A. DE PROMOCIÓN Y EDICIONES, cuyos créditos indican que el Prólogo (de A. Valbuena Prat) y las Notas (9 en el Prólogo y unas 20 en el texto) son ‘Copyright de Aguilar, S.A. de Ediciones’. Por este y otros detalles aseguraríamos que tomó el texto del tomo LA NOVELA PICARESCA ESPAÑOLA (Aguilar 1943, con reeds.), texto que, a su vez, copiaría el de la ed. de Bruselas 1604. Fuera como fuere, yerra la puntuación de numerosos pasajes, no faltan erratas de cierto calibre, incluso líneas intercambiadas y extravío de varios vocablos consecutivos, y, lo que es peor, alteración voluntaria de pasajes que no se entendieron. La mayoría de las 115 erratas que creímos observar las hemos resuelto consultando los pasajes sospechosos en ejemplares de las eds. de Bruselas 1604, Lisboa y Milán 1603 y Barcelona 1602; el resto, unas 15, las reflejamos en nuestro texto: las dudosas, en letra negrita; las más claras, introduciendo la enmienda entre corchetes. Por lo demás, hemos corregido y simplificado al máximo la puntuación.

El nuestro no es un texto *crítico*: no hemos localizado la *editio princeps* (Valencia 1602, por P. P. Mey), pero bastará a los curiosos y será útil a quien decida preparar una ed. crítica teniendo a la vista un ejemplar de aquella.

Las nuevas aventuras del pícaro arrancan en Roma; de allí va a Nápoles (donde ingresa en la cárcel), como ayudante de cocina viaja a España, desembarcando en Barcelona. Siguen Montserrat, Alcalá de Henares, Madrid y Valencia. Perpetuo fracaso en amoríos, siempre cambiando de amos, se hace estudiante capigorrón, está a punto de tomar los hábitos, ingresa en la farándula para caer en las redes de una *farsanta*, por satisfacerla capea y... ¡a galeras! Como sucede en el *Guzmán* original, las aventuras del protagonista van acompañadas de largas reflexiones morales. En los 30 caps. no falta material de relleno (el 20% del texto): sobre la hidalguía de los vizcaínos, el origen godo de los reyes de España, categorías de hidalgos y, finalmente, *ecos de sociedad*: la pormenorizada descripción de la semana de festejos con que Valencia celebró la boda de Felipe III y Margarita de Austria. Fuera de eso y de cierta pedantesca erudición, el libro es digna continuación de la obra de Mateo Alemán, si bien por escritor con menos gracia y recursos; y aun es

posible que tuviese a la vista material escrito por el propio Alemán, quien así lo da a entender en el prólogo su Segunda parte: “por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos me los cogieron al vuelo”. Quizá ello explique que Luján acierte tanto en reflejar la idiosincrasia del protagonista. Ello y que no se aprecie antipatía alguna hacia Alemán facilitan que esta continuación se lea con la mayor naturalidad. El libro tuvo 8 reediciones (en 1602 y 1603 en Barcelona, por Joan Amelló y por Sebastián de Cormellas; en 1603 en Salamanca, por Andrés Renaut; Zaragoza, Ángelo Tavano; Madrid, Juan Flamenco; Lisboa, Jorge Rodríguez, y Milán, Jerónimo Bordón; en 1604 en Bruselas, por Roger Velpius), hasta que a finales de 1604 apareció la Segunda parte de *su verdadero autor* (Lisboa, por Pedro Crasbeeck).

Este 'Mateo Luján de Sayavedra, natural vecino de Sevilla' que en 1602 publicó una Segunda parte del *Guzmán* adelantándose a la de Alemán es tan falso como aquel 'licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas' que en 1614 publicó una Segunda parte del *Quijote* adelantándose a la cervantina. Las pistas para asignar el *Guzmán* apócrifo a un valenciano llamado Juan Martí se encuentran dispersas en ciertos pasajes de la Segunda parte de Alemán (elogio del alférez Valdés y caps. I-8 y II-4). Así que se ha cargado el *mochuelo* al letrado Joan Josep Martí, nac. en Orihuela en 1570, apodado *Atravimientto* en la Academia *Los Nocturnos* de la capital del Turia. Pero el nombre apuntado por Alemán en II-4 quizá no sea un *soplo*, sino un ejemplo de cómo fabricar pseudónimos (había dicho en I-8 que no revelaba su nombre “por justas causas”). Y, en fin, ¿cuántos *Joan Martí* habría en Valencia a principios del s. XVII? La asignación a Joan Josep Martí no parece muy sólida, pero, como se lee en el propio libro, *se non é vero, é ben trovato*.

¡Curioso que Alemán y Cervantes pasasen por lo mismo! ¿Serían 'Lujan' y 'Avellaneda' la misma persona? La posibilidad se ha rechazado categóricamente: aquel Martí, sepultado en la catedral de Valencia, falleció el 22 de diciembre de 1604, antes de que viese la luz la Primera parte del *Quijote* de Cervantes. ¡Menos mal!, porque en el *Guzmán* y *Quijote* apócrifos hay elementos de léxico suficientes como para atreverse a asignarlos a un mismo autor, empezando por la cita de San Pablo que se lee en el prólogo de aquel *Quijote* y en las primeras líneas de este *Guzmán*. Añádase que Martí era mucho más joven que Cervantes, como se adivina de 'Avellaneda'. Aun con menos *artillería* han creído algunos investigadores haber abatido los muros de Tordesillas.

¡Ay, que hemos mentado la soga en casa del ahorcado! Sí: también nosotros hemos justado en esa tela, y creemos que Avellaneda fue el vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa, Doctor en Derecho Civil y Canónico, escritor humanista, crítico con todo y con todos, *el perro Fisgarroa*, según Salas Barbadillo, *una monstruosidad moral*, según Menéndez Pelayo, en fin: la *bestia negra* del Siglo de Oro. En nuestro libro *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda* aportamos lo necesario para convencer al más escéptico. Pero si se nos forzase a elaborar una especie de clasificación ordenada de todos los candidatos, el siguiente sería el autor del *Guzmán* apócrifo. Eso sí, a mucha distancia, porque habríamos de obviar la fecha de defunción de Martí, y porque, si bien hay sospechosas coincidencias lexicales, citas y lugares comunes, la prosa es muy distinta, ciertos tics (“por tanto”, “si bien”, “no poco”) de Avellaneda (142) no lo son de Luján (5), y ciertas construcciones (las del tipo *el en que* de Figueroa-Avellaneda, las *aunque... pero* de Martí-Luján) de que gusta uno las desconoce el otro. No puede pensarse que se trate del mismo.

Finalmente, este *Guzmán* contiene un detalle de gran interés en cuanto a la correcta interpretación de un pasaje del prólogo del *Quijote* de Avellaneda: el autor censura a Cervantes el *hacer ostentación de sinónomos voluntarios*, lo que algún comentarista interpreta como que Avellaneda aparece en el *Quijote* cervantino con algún alias intencionado; pues bien, Luján hace uso de *voluntario* con la acepción (que cuadra con *ostentación*) de *accesorio, caprichoso*, como al hablar de los *faustos voluntarios* (fastos, lujos excesivos) en que algunos dilapidan su hacienda, y de las *necesidades voluntarias* (caprichos, joyas y vestidos) de la actriz Isabela. Véase nuestro artículo *Los sinónomos voluntarios: un reproche sin réplica posible*. Bien puso Cervantes en boca de Sansón Carrasco: *No hay libro tan malo que no tenga algo bueno*.

E. S. F.
Barcelona, Junio 2004

Posibles erratas en el ejemplar del que obtuvimos nuestro texto, también presentes en las eds. consultadas, que requieren de comprobación en la *princeps*.

Pag.	Cap.	Otra mejor lectura	Eds. consultadas
11	I-I	lo que [no] es suyo	
21	I-II	satisfizo [el] César	
24		resulta de[l] proceso	
44	I-V	media[s] de seda	
63	I-VII	¿?	dize mucha priuacion de libertad
77	II-I	¿?	templaron tan a los viejos
86	II-II	Bebido el aceite como lechu[g]as	lechuzas
88	II-III	acudían a [su] fama	la
103	II-V	e indicio que puede	e indicio, y que puede
112	II-VI	éste [y]a lo tiene	este palo
112		los cobró [d]el que se los ganó	
144	II-X	en esto no [re]para la sucesión	no va para
157	III-I	Con las que siente está sujeto	sienten
184	III-V	el ambicioso es aquel	el ambicioso que es aquel
186		acudían, como [a feria*], a Nuestra Señora de lo más lejos	
199	III-VI	bicerras o rebe[c]os	reuesos

*Expresión tomada de un pasaje del Cap. II de *El bachiller Trapaza*.

SEGUNDA PARTE
DE LA VIDA DEL PÍCARO
GUZMÁN DE
ALFARACHE

Compuesta por
Mateo Luján de Sayavedra,
natural vecino de Sevilla

Dirigida a don Gaspar Mercader y Carroz,
heredero legítimo de las baronías de
Bunyol y Siete Aguas

ÍNDICE

DEDICATORIA	10
LIBRO PRIMERO	
Cap. I. De cómo Guzmán de Alfarache se fue de Roma, y lo que le sucedió al salir	11
Cap. II. De lo que le sucedió a Guzmán de Alfarache en el viaje de Nápoles	17
Cap. III. De lo que hizo Guzmán de Alfarache en la venta, y cómo quedó recibido por criado del Clérigo	26
Cap. IV. De lo que pasaron Guzmán de Alfarache y su amo hasta entrar en Nápoles	35
Cap. V. De cómo vestido Guzmán y siendo mayordomo del Clérigo, trata amores con unas mujeres, y lo que pasó con ellas	43
Cap. VI. En que prosigue la materia del capítulo pasado, y cuenta Guzmán los favores que recibió de su dama y la inquietud que le causaban	52
Cap. VII. De cómo Guzmán de Alfarache fue puesto en la cárcel, y lo que en ella le sucedió	61
Cap. VIII. En que Guzmán prosigue los trabajos que tuvo en la cárcel, y cómo salió y asentó con un cocinero	69
LIBRO SEGUNDO	
Cap. I. De lo que pasó Guzmán en el viaje a España siguiendo la cocina del Virrey	76
Cap. II. En que prosigue Guzmán de Alfarache muchas cosas morales del mismo oficio	81
Cap. III. De cómo el Virrey salió de Nápoles y fue a Roma, y Guzmán sigue su cocina, y cuenta el viaje y cómo topó con el pobre jurisperito	87
Cap. IV. En que prosigue Guzmán lo que le pasó con Micer Morcón, y dice muchas cosas de los mendigos sanos y de las invenciones de pedir limosna	94
Cap. V. En que Guzmán cuenta su camino de Alcalá de Henares y el asiento que hizo con unos estudiantes para proseguir sus estudios	100
Cap. VI. En que refiere Guzmán de Alfarache lo que pasó en Alcalá de Henares	105
Cap. VII. Prosigue Guzmán su vida en Alcalá y cómo se fue a Madrid	113

Cap. VIII. En que Guzmán cuenta cómo se resolvió de ir a Valencia y asentó con un caballero, y refiere lo que pasó con un lacayo vizcaíno, y se declara la causa porque se dijo <i>vizcaíno burro</i>	119
Cap. IX. En que se prosigue la materia del pasado, y prueba el lacayo vizcaíno la nobleza de Vizcaya y toca muchas historias importantes .	126
Cap. X. En que se prosigue la misma materia, y se prueba que los reyes de España descienden de los godos	142
Cap. XI. En que el lacayo declara qué cosas sean caballeros de espuela dorada e hidalgos de vengar quinientos sueldos	152

LIBRO TERCERO

Cap. I. En que Guzmán de Alfarache hace un discurso de la vanidad y cuenta un suceso del prado de San Jerónimo	156
Cap. II. En que Guzmán muestra los vicios de los que no quieren escarmentar en cabeza ajena, y prueba que, aunque son dañosos los pleitos, es bien que haya letrados en la República	162
Cap. III. En que Guzmán cuenta el suceso del Prado, y las varias maneras que hay de supersticiones para adivinar, reprehendiendo los adivinos y astrólogos	170
Cap. IV. En que Guzmán prosigue contra los adivinos y astrólogos, mostrando su vanidad y engaño	175
Cap. V. En que Guzmán dice lo que le pasó en el camino de Atocha; trata de la ambición y valor de las mujeres y la compasión que debemos tener de los prójimos	183
Cap. VI. En que Guzmán refiere cómo se desacomodó de casa de su amo, y una plática que se le hizo para inducille a paz y amor con su enemigo, por lo cual determinó de hacerse fraile	192
Cap. VII. Trata Guzmán cómo mudó de parecer de hacerse fraile y asentó de nuevo con otro amo, y cómo, por haber leído libros profanos y por amores de una farsanta, quiso profesar el arte cómico	201
Cap. VIII. En que prosigue Guzmán su designio, asienta en la compañía de Heredia y cuenta lo que le sucedió camino de Valencia	210
Cap. IX. En que cuenta Guzmán los celos que tuvo de Isabela y lo que pasó con un mal poeta, y cómo se atrevió a capear por acudir a las locuras de su ninfa	219
Cap. X. En que Guzmán refiere la entrada de la Reina Nuestra Señora en la ciudad de Valencia y fiestas que se hicieron	225
Cap. XI. En que refiere Guzmán el suceso de su captura, y cómo fue condenado a galeras y llevado a ellas	244

DEDICATORIA

A DON GASPAR MERCADER Y CARROZ,
LEGÍTIMO SUCESOR EN LAS BARONÍAS
DE BUNYOL Y SIETE AGUAS

CUANTO las cosas parecen más flacas y humildes, tanto necesitan de mayor protección y que sean favorecidas y amparadas. Y esto mayormente es necesario en los libros, que tan de suyo están sujetos a la detracción y son blanco de todos cuantos quieren enderezar a ellos sus tiros. Y porque el título deste libro es de sí tan humilde, me pareció que con más razón le había de buscar un protector más esforzado y de grande lustre, que solo el nombre suyo y autoridad cerrase las bocas que a no tenerle osarían abrirse. Consideré en vuestra merced el noble linaje, y en su persona el valeroso pecho de gallardo caballero, en su ánimo los crecidos dotes de discreción y letras, por lo cual lleva tras sí las voluntades y es comúnmente amado y apacible; y pareciome que iría muy seguro mi libro con este favor, y que la humildad suya y del estilo quedarían muy enriquecidas con solo el nombre de vuestra merced, a quien suplico reciba este pequeño don con la magnanimidad que suele estimar aun los pequeños servicios, en lo cual vence vuestra merced a Alejandro, a Ciro, Alcibíades y Epaminondas; y con esto se animará este su servidor para sacar a luz otros trabajos, confiado en el valor y sombra de vuestra merced, a quien guarde Nuestro Señor muchos años con suma felicidad.

Mateo Luján de Sayavedra

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO DE CÓMO GUZMÁN DE ALFARACHE SE FUE DE ROMA, Y LO QUE LE SUCEDIO AL SALIR

CANSADO me tenían en Roma mis malos sucesos, y no me satisfacía la vida en casa del embajador de Francia, porque, como dije, sólo me tenía para su gusto y no miraba por mi provecho. Y aunque yo tampoco miraba lo mío, pero tenía hecha costumbre de casa de Monseñor, adonde se tenía cuenta conmigo y mi aprovechamiento que yo pudiera tener; y como procedía de caridad (aunque yo lo desmerecía), no se cansaban de hacerme beneficios; que la caridad, en suma, tiene las cualidades que dice San Pablo: que no busca lo que [no] es suyo, no se hincha, no tiene emulación, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, y aunque no se huelga del mal, pero es paciente y benigna. En casa del Embajador, aunque tenía entretenimiento, pero no tenía contento, y parecíame vida poco duradera; que así son las privanzas de graciosos y que privan por traer recaudos amorosos, y al primer disgusto ya habéis caído de la privanza; que los hombres se quieren servir más que Dios, pues no admiten penitencia y todos los servicios de años no son considerados si caéis en un descuido. Íbame resolviendo de mudarme de allí, y en mí fuera muy fácil la mudanza; así fuera en los vestidos como lo era en mis pensamientos: cada día y aun cada momento tuviera de nuevos.

Añadíase a mi resolución el cuidado que tenían los criados de procurarme incomodidades con deseo de que les dejase; que aunque la privanza con mi amo no era mucha, no estaban bien con mis condiciones y libertades, y recelaban mis burlas porque tenían mucha noticia de las que yo había hecho en casa de Monseñor, como los que muy de ordinario, acompañando a su amo, habían conferido con los otros criados de Monseñor, y no se hablaban sino cuentos míos, y aun era más el ruido que las

nueces. Todos los celebraban y encarecían, y añadían lo que les parecía; que al cuento no se tiene por buen relator al que no le añade porque haya algo de su botica, y así, a cuatro que le refieren está del todo mudado. En opinión dellos era tenido por más que travieso, y que tenía familiar, cosa por aquellas partes muy usada. Mis descuidos para con mi amo los hacían delitos muy graves, y aun los fingían. Y harto fui cuerdo en pensar que no estaba seguro de un falso testimonio entre gente tan sospechosa y que en razón de la nación me quería tan mal, y por las suyas no tenían ganado nombre de fidelidad. Eran de varias, pero ninguna con la sencillez del castellano viejo: había gascones, valones, genoveses y algunos de la Romaña. En los flamencos y franceses conocía yo notable diferencia en el trato; pero eran pocos, y escondíanse dellos para perseguirme.

Un domingo por la mañana, cuando yo iba vacilando para salirme de Roma, estaba mi amo bien ocupado con despachos que habían llegado de Francia, y quería ir a besar las manos al Pontífice, según la prevención que vi hacer en casa. Salime paseando por Campidollo, lleno de mil pensamientos, y topeme con dos casi de mi hábito, españoles: el uno de Ciudad Rodrigo y el otro de Badajoz. Luego nos sacamos por el aspecto; habláronme en nuestra lengua española, holgueme como si viera dos ángeles, y la igualdad engendró amistad. Contámonos en breve suma nuestros sucesos. Entendí dellos que de sus tierras habían salido por inquietos y que últimamente habían estado en Flandes en una compañía y se habían huido de conserva con harto peligro de sus vidas. También deseaban salir de Roma y buscar su vida. Fácilmente nos concertamos, porque yo no sabía sus costumbres, y aunque luego las supe, ya les había cobrado voluntad y no les quise dejar, aunque fuera mucho mejor; pero siempre me aconsejaba yo con el gusto y no con el provecho, y valía más conmigo cualquier deleite y pasatiempo que la buena dirección de mi vida, la cual traía bien estragada. Como teníamos pocas alhajas que recoger y habíamos de salir a pie, luego fuimos resueltos. Díjeles que pasasen por mi posada y tomaría mi hatillo, un par de camisas y unas medias de punto y dos cuellos. Añadieron

que mirase si podía sacar otra cosa de casa tan rica, pues aquello no se podía llamar hurto, pues (según decían) se puede un criado pagar de su soldada cuando no se determina de pasar cuentas con su amo, y, comoquiera, sería hurto doméstico, menos punible, y que en caso de necesidad todo era común. Hícelo así, que no debiera, porque hube de caminar siempre con sobresalto; y no me fue de provecho, porque luego me quitaron aquellos bellacos la presa; que sin duda eran más taimados y curtidos que yo.

Entreme en el aposento del mayordomo, que era el que yo más frecuentaba, y como no me tenían por de malas manos se fiaban de mí. Hallele que se acababa de aderezar para acompañar a mi amo. Díjele que había visto en la platería unas joyas que habían faltado a mi amo quince días había. Y aunque él mostraba no creerlo, quizá porque sabía adónde estaban, al fin se lo porfié y salió a verlas; dile las señas de la casa, y aunque él quería que fuese con él, me escapé con un donaire diciendo que me caía de hambre y que no daría paso sin comer. Solía darme algunos regalos: sacó luego un plato de cosas de pescado de la noche pasada, porque cuando cenamos ya era domingo y comió carne; y quedeme comiendo, diciendo que tuviese cuenta con sus aposentos. Díjele que nadie de fuera le tocaría nada, mas yo, como de dentro, pesqué cuanto pude de su vestido, calzas, jubón y herreruelo, y envolvilo en una sábana porque pareciese ropa sucia, y di conmigo en los que me esperaban, que quedaron atónitos de la brevedad y bien contentos de la buena presa.

Salimos la vuelta de Nápoles y repartimos la ropa en tres fardeles para que fuésemos más ligeros, aunque toda iba por mi cuenta. Más de tres leguas fuimos por fuera del camino, atravesando, a unos lugares que yo ya sabía porque había ido algunas veces, y sabía también que me encaminaba bien para Nápoles. Llegamos a ellos tarde por no haber llevado senda sabida; tomamos pan y vino en unas calabacitas que traían mis compañeros y salimos a dormir al campo por consejo dellos, que se encaminaban a dejarme sin pluma, aunque daban a entender que era por mayor seguridad si acaso nos seguían de

Roma, porque el hurto luego se habría echado menos y sabido el ladrón, pues yo faltaba de casa y había quedado en mi custodia. Alejámonos buen rato de poblado entre unos árboles, y allí comimos, y les pregunté que me contasen su vida más por extenso, con presupuesto que al otro día yo les contaría la mía, cosa común entre vagabundos. Y aunque no tengo seguridad que la vida que me refirió el uno dellos fuese verdadera, pero no carece de verosimilitud y pudiese decir: *se non é vero, é ben trovato*, al menos jamás he sabido cosa en contrario; y debíerame guardar de sus mañas, mas pensé que no comprendían a los compañeros. Pues el uno dellos, que se llamaba, según él dijo, Francisco de León, comenzó desta manera:

“Yo soy de Badajoz; mi padre era médico, y habiendo tenido algunos buenos partidos en su arte en la comarca de Badajoz, fue llamado a su propia tierra porque era tenido en buena opinión y había ganado fama. Señaláronle no sé qué maravedís, y apenas empezó a gozar de su patria cuando la Parca le cortó el hilo, dejándome a mí, que era hijo tercero, en el vientre de mi madre. Crionos como viuda; teníamosle perdido el respeto, y el hermano mayor, que me llevaba cinco años de edad, lo barajaba todo, disipando la poca hacienda que había. Nuestros parientes no se acordaban de nosotros, pareciéndoles que no teníamos hacienda competente; que no hay cosa que más acarree parentescos o los deshaga que la hacienda o pobreza. Siguiendo mi libertad y apetito, vine a perder el buen nombre de mi familia: dos o tres veces me pusieron en la cárcel por sospecha de hurtos que no había cometido, pero la vida y compañías que yo traía daban harta ocasión de sospecharlo. Sólo en esto anduve cuerdo, que, viéndome abandonado en mi tierra, procuré de dejalla. Apañé lo que pude de mi casa, y un día de Ramos me partí, no perseguido de la justicia, sino de mi mala fortuna, que por haberme hecho hijo sin padre me veía padre de tan malos hijos como eran mis viles pensamientos y deseos de vida libre; y, a la verdad, en la hacienda de mi madre me empecé a despuntar para atreverme a las ajenas, y así me iba

con mucha confianza de valerme de mis manos, como si esto fuera un rico patrimonio, y con esta confianza gastaba largo. Despaché lo que había tomado de mi casa antes de llegar a Barcelona, adonde hallé unas compañías de soldados que se embarcaban para Milán, según decían. Di el nombre, y fue el viaje para Flandes; no pude dejar de proseguir lo empezado, aunque no había tenido intento de ir a Flandes, porque corría gran riesgo de venir a manos de un *barrachel* de campaña.

Pues, llegados a Flandes, vi a la necesidad la cara que tantas veces nos pintan, y aun me pareció más fea de lo que se puede encarecer. ¡Cuántas veces eran las dos de la tarde y aún no teníamos mis camaradas ni yo noticia de dónde habíamos de comer! Esto y mi libertad antigua me obligaron a usar de mis mañas, aunque, a la verdad, con Flandes, no hay de qué echar mano como en España, porque la tierra de suyo es corta en lo que toca a ropas, joyas o dinero, y solamente hay alguna abundancia de frutos; y sin embargo desto, la diligencia de los flamencos en guardar su hacienda es grande, y como son hombres de ingenio y en razón de los grandes fríos del país están los inviernos recogidos en casa, o son pintores o cerrajeros: tenían hermosas cerraduras, de grande artificio, que aun personas del mismo arte no las pueden abrir; y de aquí es lo que se dice de Flandes: que tiene dos grandes contrariedades a la costumbre de España, porque ellos de su natural no son ladrones ni hay hombre que hurte un maravedí; y se puede ir con el dinero en la mano, y con todo gustan de tener maravillosas cerraduras y llaves de grande capricho; y en España hay gran copia de ladrones y holgazanes, y no hay cerradura de provecho ni se curan desto; y en Flandes lo más común es tener las escaleras de palo, angostas y largas, que es menester ir con seso para subillas; y los flamencos por maravilla lo están, por ser tan aficionados al vino. En España, al revés, las escaleras son de maravillosa fábrica, llanas y bien trazadas, y no hay hombre que se toque del vino, a lo menos es cosa muy vituperada tener esta afición. No fue para mí de poco cuidado ver que voluntariamente me había puesto a donde era casi imposible usar de mis trazas, y que me había cortado yo el

paso para mi castigo, a la manera del pródigo, que haciendo lo que le dicta su albedrío viene a imposibilitarse para serlo, porque la regla y orden se le viene a poner por fuerza en su casa. Pero al fin la mala costumbre hace tanta fuerza, que no mira en la cantidad ni potencia: hice mis envites, empecé con algunos hurtillos a los soldados de mi compañía, aunque era casi tanta habilidad como criallo de nuevo el sacar de donde no había. Y fácilmente me aplicaba a ir a pecorea: corríamos algunos casales del país y muchas veces tratábamos igualmente al amigo y enemigo; que bien poco me acordaba del dicho de San Joan Baptista: que el ser soldado no es pecado si no se toma lo ajeno y se contenta con su sueldo. Al fin empezose a murmurar en mi compañía que yo no jugaba limpio: empezábanse a guardar de mí.

Y es tal la gente española que sirve a Su Majestad en Flandes, que en honra de la nación puedo decir que es muy verdadero que son leones con el enemigo y entre sí corderos; con los unos harpías y con los otros religiosos, y tienen por cosa muy fea el vicio de hurtar; de manera que echándose de ver en uno es imposible que se conserve, porque les escupe la tierra como la mar al cuerpo muerto. No estaba yo tan desvergonzado que no sintiese la mala opinión que de mí se tenía, y más recelé que cara a cara me echarían con afrenta, pues el capitán me había dado algunas reprehensiones y me lo había amenazado. Determiné de venirme adonde siempre tuve el pensamiento, que es Italia; hallé esta ocasión de nuestro compañero, que se llama Diego de Vera; estaba de mi parecer, y así, con no pequeño peligro, fabricando una cédula de pasaporte, nos venimos, y no había ocho días que estábamos en Roma cuando topamos contigo”.

Esto es lo que refirió el uno de aquellos mis falsos compañeros. Cuando la noche era muy adelante y cerrada y casi estábamos vencidos de sueño, todos dimos velas al viento; mas yo de diferente manera, que dormía sobre seguro pensando que todo era llano, y ellos querían zarpar los ferros y dejarme a la luna; eran dos al mohíno y fue buena suerte mía

que no me hiciesen mayor daño. Pasé mi noche como en la cama más regalada del mundo, en brazos del cansancio y miedo, y recordé despavorido con un mal sueño de que me maltrataban, y halleme sobre la yerba sin ropa ni fardel, y sin camisas ni cuellos; y sólo porque tuviese alta la cabeza me habían puesto una ropilla vieja del uno dellos doblada.

CAPÍTULO II DE LO QUE LE SUCEDIÓ A GUZMÁN DE ALFARACHE EN EL VIAJE DE NÁPOLES

MÁS ligero me hallé de lo que yo quisiera, y casi diera con el desengaño de las cosas desta vida si no me llevaran mis pocos años tan embelesado y fuera de mí. Parecíame sueño, y pesábame porque era tan veras; pudiera decir: desnudo nací, desnudo me hallo; mas no tenía yo la virtud del grande Job, y dolíame mucho de perder lo que no me costó nada ganar. Pareciome como la yedra del profeta Jonás, que en una noche nació, creció y en otra pereció. Tomé mi camino haciendo muchas consideraciones para consolarme, como los que han perdido a juego o los que han dado al través en la mar; que en todas partes hay peligros, y en los falsos hermanos, como fueron mis compañeros, aunque ellos hurtaron al ladrón.

Volvíme a sentar en el suelo, considerando mi desdicha; y pasando con los ojos del alma por mi vida pasada hasta aquel punto, todo lo vía lleno de miserias y trabajos, y en figura se me representaban los por venir. Mil veces revolvía la ropillita vieja que me habían dejado, y echábame mil maldiciones porque no me vestí la ropa que había hurtado a mi mayordomo. Pero consideraba que por ventura por quitármela me hubieran quitado lo que más debí apreciar, que era la vida. “¡Miserable animal –dije– es el hombre, y sobre su grande miseria fabrica torres de viento! En su principio es vil materia, hedionda, tan sucia y asquerosa, que fácilmente no se puede tratar della sin

horror. Pues nacido, todas las miserias le acompañan, todo es lágrimas, lloros y gemidos, y en medio del peligro del mundo le combaten todas las olas de infinitos peligros. Es vaso tan quebradizo, que un enojo, un vaso de agua fría, un vaho de un enfermo, basta para despojalle de la vida. Y ésta es tan incierta, breve, frágil y mudable, que no es tan afeitado el mismo engaño ni tan engañosa la misma ficción; porque siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga nos parece dulce, siendo brevísima a cada uno le parece larga. Cada día vemos la fuerza desta verdad: cada día nos morimos y nos mudamos y siempre pensamos que somos eternos. Pues ¿qué diré de las miserias que en este valle de lágrimas acompañan la vida? ¿Quién contará las del cuerpo? Hambre, sed, desnudez, cansancio, enfermedades, peligros; y las del alma: las congojas, los temores, las pasiones, los desconsuelos, las tristezas, los descontentos; y tras esto es grande maravilla el afición que le tenemos a esta vida de tan grandes defectos”.

Todos estos pensamientos me acarrea mi melancolía, y eran aldadadas de la mano de Dios para que volviese en mi acuerdo. Mas yo estaba tan lejos de la razón y cerca de la inclinación natural, a la cual seguía como norte de mi navegación, que me cerraba a tan buenas inspiraciones. Estaba casi desesperado, pero acordeme que aún me quedaban en una bolsilla unos cuantos reales que había recogido en casa del Embajador de lo que me habían dado algunos caballeros de los que venían a conversación con mi amo. Tuve ventura, que topé grande tropel de gente en el camino real que iban la vuelta de Nápoles; pregunté y dijéronme que era el *percacho*, que es el ordinario con el cual se suelen juntar muchos por caminar con seguridad. Empecé a dar vado a mis pensamientos con la compañía, renováronseme la sangre y espíritu. Puse los ojos en un clérigo venerable que allí iba acompañado de criados. Habíame hallado bien con gente deste hábito, y tenía alguna afición, porque, a la verdad, muchas veces acometía de proseguir mis estudios para elegir ese camino, si no tuviera tan apezgada mi perversa inclinación, que no dejaba prevalecer la razón.

Empecé a caminar cerca del Clérigo porque me pusiese en plática, que yo no hallaba materia que engravar en aquella ocurrencia. Hacíame solícito en tenelle el estribo si quería apearse, y dábale algunas flores de las que hallaba cerca del camino. Él entendió la mía y preguntome que a dó caminaba. Díjele que a Nápoles. Quiso saber de dónde era y el discurso de mi vida haciéndome mil preguntas, pero yo le respondí por el estilo que me pareció más provechoso para acreditarme; que no siempre se ha de manifestar la verdad si ha de acarrear más daño que provecho, y cada uno es obligado a conservar su fama y no ser más liberal della que de los otros bienes de fortuna. Quedeme algo atrás por saber quién era, para ver cómo enhebrar el aguja. Y supe que era recién proveído en Roma en una prebenda o dignidad en la iglesia de Nápoles que le valía más de tres mil ducados, y que él tenía grande patrimonio y era deudo muy cercano del duque de Ferrara. Volvime a llegar cerca dél con intento de procurar asiento en su casa y ir acomodado por el camino, lo que yo sabía bien entablar, como aquel que estaba bien acuchillado de vivir por mi industria. ¡Bueno es que en los pícaros piense alguno que no hay industria ni providencia! Lo que es conservar el estado, buscar la vida, beneficiar el individuo, apegarse como moscón, nadie con la destreza que el que ha profesado vida bribonesca, porque no mira en puntillos, no le impide la vergüenza, de la cual está desnudo como junco de hoja, y por esta causa todo lo ajeno reputa por propio, porque dicen que quien no tiene vergüenza es señor de todo, y para con él no tenía para qué escribir Plutarco de la vergüenza dañosa. Su fin es vivir a menos trabajo, no cuidar de honras ni vanidades, andar en alegre ocio y sin superior, que el pícaro y mendicante se precian de aquello que dice Horacio: *Nos numerus sumus, et fruges consumere nati*. No somos para más los baldíos de para aumentar el número de los hombres y comer el pan de balde; no conoce cura de su parroquia, obispo de su diócesis, gobernador de la provincia ni rey en la tierra. Goza de lo bueno y lo mejor; es el primero en las novedades, en los espectáculos de fiestas; nadie le llora en

casa ni hay cuidado de hijos ni familia; consigo mismo lo lleva todo; él comido, la casa está llena.

Pues, por no alargarme en esto, volviendo a mi Clérigo, ya le hallé metido en grande conversación con un caballero que llevaba el mismo camino. Y aunque mis tripas no pedían conversación ni cuentos, pero hube de oír el que iba refiriendo el caballero como cosa nueva sucedida en Florencia.

Dijo, pues, que en Florencia, por parte de César Pignatello, se había enviado un cartel de desafío a Fabricio Pignatello porque en el mes de agosto, pasando por casa de dicho Fabricio, un criado, con orden de su amo, le había acometido y ofendido sin haber rompimiento alguno ni enemistad, y que se había escapado sin llevar el merecido castigo. Y que así, por darle al que fue causa de la ofensa, se desafiaba para uno de cuatro campos, cual quisiese elegir Fabricio, donde con las armas, a uso de caballería, le probaría que había hecho ruinmente y como mal caballero, ofreciéndose a probar que Fabricio había sido el autor y tomando a su cargo la prueba; y también le mantendría que lo había hecho hacer y que había sido malamente hecho; y que le esperaría en Florencia por treinta días; y no respondiendo, procedería conforme a la costumbre del duelo.

Los campos fueron cuatro: el primero concedieron los diez Conservadores de la libertad y estado de la república de Sena. El segundo, Carlos Gonzaga, marqués de San Martín. El tercero, Hipólito de Corregio, conde de Corregio. Y el cuarto, el marqués de Monte de Santa María. Y aunque es verdad que en materia de desafíos siempre se ha acostumbrado haber pocas respuestas —porque luego tácitamente se acepta y se sale al campo—, pero al Fabricio Pignatello no le pareció aceptable, antes respondió en esta forma: “Que, hallándose en Malta en defensa de su religión, fue avisado que en Nápoles se había fijado el cartel de desafío, provocándole a las armas en razón de la injuria que pretendía el César haber recibido de su criado, y sin nombrar qué criado y sin declarar el modo o dalidad de la ofensa; y que así, por esta forma de hablar tan general, no podía deliberar lo que le convenía; y que era cosa clara que un

caballero no debía entrar en batalla sin fundamento de querrela cierta; y que, especificándose la ofensa, haría lo que le convenía”.

Al cual satisfizo [el] César diciendo “que ya estaba bien declarado en el primer cartel, habiéndose cargado e injuriado, y que procedía del Fabricio; y que por esto se ofrecía, a uso de caballero, de mostrarle con las armas en la mano que lo había hecho muy ruinmente; y que su respuesta era escogiendo la infamia y vileza, la cual un caballero ha de huir y querer padecer antes mil muertes; y así lo esperaba en Florencia por tiempo de cincuenta días para que hiciese lo que debía, correspondiendo a las muchas bravatas que había esparcido”.

Y tampoco este segundo cartel quiso aceptar el dicho Fabricio, antes desde Benivento de Malta respondió por segunda respuesta con otro cartel diciendo: “Que el postrero de diciembre recibió el cartel, en el cual se fatigaba en querer declarar lo que había dicho ya en el primero, dejando lo principal, que es la cualidad del agravio y nombre del ofensor; y así no podía estar cierto de lo que era, y que se declarase, dejando réplicas infructuosas, o que se eligiesen dos caballeros para que determinasen este solo punto: que él estaría a la declaración y que esperaba en Benivento la respuesta”.

El César, cansado ya de llevar esta materia casi por vía de pleito y por escritos, escribió con resolución el postrero cartel, en el cual, en suma, decía estas palabras:

“Señor don Fabricio Pignatello: No ha sido mi intención haceros salir al campo por fuerza ni llevar el negocio a pleito con argumentos sofísticos, que no es de la profesión de caballeros, sino que he querido descargarme de la ofensa que me atribuyo que me habéis hecho. Y para esto no ha sido necesario especificar la cualidad della ni del criado por quien infamemente la ejecutastes, pues me tengo agraviado de vos como autor, y os probaré que lo habéis hecho como infame y ruin y habéis buscado muchas ocasiones por no llegar al hecho de las armas; mas porque no le podáis excusar, os declaro que elijo el campo de los diez Conservadores de la libertad, en el cual estaré a punto para de aquí a sesenta y nueve días después

de la afijación de este cartel, para hacer juzgar si la querrela de mi cartel era justa y combatible, y el día setenta mantendré lo que he ofrecido en el cartel y me hallaréis allí con mis armas, las que vos eligiéredes, porque, no eligiéndolas, yo vendré con espada y capa, que son las más ordinarias. Y si no parecéis, procederé contra vuestro honor según la costumbre militar”.

Con el cual cartel también envió otro de los diez Conservadores de la libertad y del estado y república de Sena, con el cual le señalaban el campo y el tiempo; y que, en rebeldía, se declararía sobre la querrela si era bien formada o no, como también si por ambas partes se había cumplido a lo que se debía, procediendo conforme al estilo militar.

Pero como el Fabricio no quería admitir batalla singular ni venir a las manos, hizo tercera respuesta, que en suma contenía lo siguiente:

“Señor César: No parece que puedo encaminaros por el camino de la razón, y así he acordado de publicar por toda Italia lo que ha pasado entre los dos hasta este punto, porque ya que no queráis atender al remordimiento de vuestra conciencia, al menos temáis la censura general que se ha de hacer por personas graves y discretas. La oscuridad del primer cartel, que ni declara ofensa ni quién la hizo, no me dio lugar de deliberar. Notifiquéos esto y estuvisteis obstinado en no declararos, alargando el procedimiento para estaros en el agravio que decís; y así os propuse el juicio de caballeros, al cual dijisteis que no había sido vuestra intención obligarme a pelear por fuerza; y se ha echado bien de ver, porque si tuviérades gana de pelear no hubiérades rehusado el juicio que os propuse. Y dejando esto aparte, en cuanto al cartel de los Conservadores que me señalan campo y término a sola vuestra instancia, sin haber yo consentido el juicio ni aceptado el campo, por lo cual no han tenido en mí poder ni jurisdicción, con el respeto debido les recuso. Y porque decís delante dichos señores que no respondí en el término que me disteis, digo que lo contrario parece por los carteles; y así, haciendo poco caso de vuestro proceder y dando por nulos los autos hechos y que se hicieren por dichos señores, os resuelvo que hasta que hagáis la

declaración que os he pedido no tendréis de mí otra respuesta ni haré caudal de lo que vos intentáredes de escribir contra mí. Y esos señores Conservadores, que saben mi ser y honor, lo tendrán por muy suficiente respuesta”.

Grandes pareceres hubo sobre este caso, por ser el más singular que en largos años ha sucedido en Italia y entre personas tan calificadas. Y a la verdad entiendo que el caso mismo dice quién es el que procedió mal; y así todos fueron de voto contrario al Fabricio Pignatello. Dijéronse los pareceres muy motivados y en forma por hombres gravísimos y de mucha importancia: por el marqués de Gonzaga, Valerio Ursino, Miccer Claudio Tolomei, Marco Joan Agnolo, Pisanello, napolitano, jureconsulto; Hierónimo Forniello, también grande letrado; Lelio Taurello, también grande jureconsulto; y del consejo del duque de Florencia, Juan Baptista Sabello, capitán general del dicho duque de Florencia, y Pirro Colonna.

El César Pignatello compareció en el campo conforme a su tercero cartel y hizo recibir autos de todo. Y aunque compareció por el Fabricio un Vicente Mascambruno, su procurador, para alegar recusación –como la alegó de los Conservadores de la libertad y estado de Sena–, pero el comisario dellos, llamado Alejandro Guillelmi, en forma dio su sentencia, declarando: “Que el César había propuesto querrela buena y combatible, y que el día siguiente era el determinado para averigualla y combatilla con las armas en la mano en el lugar y puesto señalado por dichos Conservadores, y tener obligación el Fabricio de presentarse al otro día en el puesto; y habiendo sido rebelde, fue pronunciado y declarado en rebeldía, que el campo había quedado por el César y que el Fabricio era habido por confesante y convencido de todo lo que se contenía en la querrela y desafío, y que el César había hecho lo que debía un buen caballero”. De lo cual el señor del campo le mandó dar sus letras auténticas y el duque de Florencia dio su patente en favor del mismo César. En favor del cual también salió el parecer y voto de don Guidubaldo Feltrio, duque de Urbino.

Mucho maravilló este caso al buen Clérigo, y bien mostraba ser persona muy inteligente en materias y que no ignoraba esta

del duelo, aunque tan lejos parecía de su profesión; porque con razones muy graves y asentadas quiso también probar el parecer que se había dado contra el Fabricio, haciendo un largo discurso de la diferencia que hay entre el juicio civil y el militar —contra la regla de los jurisconsultos que vale el argumento de lo uno a lo otro, y que lo dispuesto en uno se puede alegar y acomodar a lo otro por la semejanza de razón—; y porque no me acordaré todas las razones que dijo, diré solamente las que pude conservar en la memoria. Dijo, pues, que del fin de los dos juicios se vea claramente la diferencia; porque el de las leyes se endereza a lo útil y el de las armas a lo honroso, y es cosa vulgar que honra y provecho no cabe en un saco. Más: el juicio legal está ordenado y establecido por legistas y personas de letras; el de las armas, por caballeros y capitanes, los cuales presume el derecho que no tienen noticia de las leyes: y es claro que destas contrarias inteligencias no puede nacer un mismo efecto y conforme resolución. Otrosí: el juicio de las leyes está determinado por derecho escrito, y el de las armas por costumbre y estilo de caballería; y es muy ordinario que la consuetud contradice el derecho escrito, añadiéndole, trayéndole, torciéndole, mudándole y quitándole; y esto está confirmado por los mismos legistas que afirman que el juicio militar no se puede sostener por ley divina, canónica ni civil, sino sólo por la costumbre prescripta. Añádase que el juicio civil tiene principio de los romanos y griegos, y el orden del militar de los longobardos, nación tan diferente en provincia, hábito, costumbres, estilo, leyes, pensamientos, lengua y obras, que no se puede creer que cuadrasen y conformasen en los juicios. Más: el orden del juicio civil se endereza a una justicia recta, el del militar sólo considera el valor y las armas, y así no pueden conformarse. Otrosí; el juicio de leyes tiene por declaración la justicia que hacen los hombres, por lo que resulta de[l] proceso y sus méritos; mas el de las armas la que en cierta manera parece que resulta del juicio de Dios Nuestro Señor, según se tiene por opinión de caballeros y lo afirman algunos escritores; y éstas entre sí son cosas muy contrarias, luego también lo serán los juicios. Más adelante: el orden civil

regularmente es de cosa que es manifiesta o por autores o testigos; mas el militar y del duelo más de ordinario es de cosas ocultas, y así no pueden resolverse ni decidirse por un camino. Y finalmente, las leyes civiles prohíben y reprueban el duelo. Luego claro es que no darán orden ni forma según el juicio militar, porque sería aproballe; que son dos cosas tan contrarias, mayormente habiendo la clara reprobación que hay en el Concilio tridentino.

Muchas otras cosas dijo el Clérigo, las cuales no refiero porque yo las escuchaba de mala gana, porque la de comer la tenía en su punto y iba muy cansado del camino. Echolo de ver mi nuevo amo, y empezándose a aficionar por lo que había visto que mostré de atención a la conversación que llevaban, mandó que me trujese a caballo en una acémila que llevaba poca carga, que no fue para mí poco consuelo. Pensé haber quebrado el ojo al diablo o que había entrado con buen pie en el camino; aunque, si juzgara del primer suceso, no podía hacer buen argumento de próspero viaje. Pero en fin, como español poco dado a agüeros, el principio de comodidad tuve por suma felicidad, por lo que dicen: que quien de mucho mal es vezado de poco bien tiene harto. Descubrimos la venta, y no me pesó de que había de ser corta mi caballería; antes para mis ojos no se me pudiera presentar mejor objeto: parece que me renové todo, y no tuve por hambre la que, a mi parecer, esperaba hartura.

CAPÍTULO III
DE LO QUE HIZO GUZMÁN DE ALFARACHE EN LA
VENTA, Y CÓMO QUEDÓ RECEBIDO POR CRIADO DEL
CLÉRIGO

EN entrando por la venta, híceme muy solícito de saltar de la acémila en que iba y acudir al estribo de mi clérigo, el cual parecía aficionado a la nación española. Díjome: “Guzmán, descansa y haz que te den de comer, que vendrás fatigado del camino”. Sonaban estas voces en mis orejas con más suavidad que las de la arpa de Orfeo; parece que se suspendían mis tripas a los acordados acentos: jamás oí voz en tono como ésta parecer mejor que canto de órgano. Eché claramente de ver que el ruido del caldero es la mejor música para el cuerpo, y la de materia de bucólica para las tripas; que aunque cada uno se huelga con su semejante — y así las tripas se habían de holgar con las que están estiradas en la vihuela —, pero esto sólo ha lugar cuando están llenas las que han de escuchar la música; que a vientre lleno no hay música ruin ni conversación que no entretenga. Mas luego di de alegre en melancólico y se me aguó el placer que tenía, porque a cuatro pasos que di por la venta, me hallo tendidos en el suelo dos bribones que habían sido compañeros míos en Roma y su comarca en la vida esguízara y picaresca, yendo a mendigar de conformidad; y apenas me descubren, cuando de puro contento se levantaron a abrazarme diciendo: “Oh, buen Guzmán, bien venido. Sin duda vienes en nuestra busca; no te faltará lonja y añejo; echemos una y otra por la bien venida”; y diciendo y haciendo, cuál me abrazaba, cuál me levantaba en peso, y mi Clérigo mirando lo que pasaba. Yo atónito del suceso, que no lo quisiera por cosa del mundo, porque entendí que me desacreditaba con mi amo, porque estaban ambos de la manera que suelen ponerse los del oficio, hechos mil andrajos como cosa del molino de papel, las cabezas con sus paños sucios y sangrientos, las capas con tantos y tales remiendos que no se puede averiguar su primera materia, piernas con sus llagas hechizas de bofes ensebados y

ensangrentados. Y como yo estaba tan perplejo que no sabía qué decirme, y mi amo estaba ocioso, mientras se aderezaba la comida quiso por curiosidad hacer examen de nuestra amistad y saber de dónde era tan intrínseco conocimiento.

Preguntole a uno dellos que de dónde me conocía, y que le contase en qué bodegones habíamos comido y qué jornada habíamos caminado. Yo, porque fui cogido de manos a boca y no podía sobornar al testigo, empecé antes que él respondiese a darle luz e instruille, diciendo: “Señor: estos mancebos pobres acudían en Roma a casa del Cardenal mi amo, adonde les daban su limosna, y de allí me conocen”. Mas mi Clérigo, que no era un pelo bestia, entendió el soborno y que yo quería impedir la averiguación. Volvióle a interrogar, y confesáronle que yo había sido de la vida mendicativa y compañero en sus libertades de bribonismo. Empezó a dudar de mi fidelidad, y todo esto parece que se lo leía yo en la frente; que por gracia de Dios no era bobo del todo. Pero procuré de entablar razones que me sirviesen de descargo, dando culpa a mi adversa fortuna que me había traído a tiempos que hube de buscar mi vida por las puertas, cosa que es tan a repelo a los españoles, y señaladamente bien nacidos. Encarecí, sin hacer muy del hacendado, mis parientes y buen origen, y que el haber salido tras unos soldados me obligó a valerme en Italia de remedio más honesto y menos prejudicial al prójimo, que es pedir por Dios lo que había menester para mi sustento, mayormente que por estar enfermo no podía servir, y que en pudiendo asenté con el Cardenal; y que por ser esta materia para mí de tanta vergüenza, no había osado decilla más claramente. Mostreme turbado y vergonzoso, aunque apenas lo sabía fingir; y sin duda mi nuevo amo se sosegó y me cobró más voluntad, porque luego vi que me hizo una exhortación diciendo que no tuviese vergüenza de haber pedido por Dios; que muchas personas de linaje habían pasado por esto y no era vileza; que el afrenta sólo consistía en ofender a Dios, y todo lo demás de la honra era vanidad. Mas apretome de nuevo con una pregunta que me puso en grande confusión, diciendo: “¿Qué era la causa que sirviendo a un Cardenal, había salido tan desmedrado?”

Pero proveyó Nuestro Señor de buena disculpa, que le revolví a él el argumento, diciendo: “Señor, en eso se echa de ver que he sido fiel, pues salgo tan pobre; y como soy español y me querían mal los otros criados, con chismes y siniestras relaciones me ponían con mi amo, lo que me obligó a dejar la casa por no dar en mayor inconveniente; y andando algunos días por Roma desacomodado, hube de vender parte de la ropa de vestir y vine a quedar en esta forma, la cual precio más sin perjuicio de nadie, que el salir muy rico, si alguno se pudiera quejar de mí con razón”.

Las mesas se pusieron, y el huésped y huéspeda, viendo la buena presa, andaban ligeros. Sacaron la comida, quise ponerme a servir, pero mi amo me dijo: “Guzmán, yo quiero que estés en mi servicio, porque me pareces hombre de vergüenza y confianza; y porque vienes cansado, vete a comer”. Diome un buen plato de carnero y tocino; mostreme muy alegre y agradecido, ofreciendo servidumbre hasta la muerte con todas mis fuerzas. Y apenas me vi entregado en la presa del halcón, cuando empecé a mascar con entrambas quijadas; no vían los bocados el camino, y medio mascados bajaban a *puto el postre* por el embudo del estómago: en abrir y cerrar de ojo hube despachado el impedimento del plato, y me quedaba apetito para otros cuatro. Presenteme ante mi amo, que con callar me entendió, y dijo: “¿Ya has acabado? Buena hambre traías”. Díjele: “Señor, esto tenemos los coléricos, que todas las acciones hacemos de prisa, y mi estómago es tan hombre de bien en la digestión, que no se le da de nada de lo que se hace entre los dientes, y así le envió la provisión medio mascada y en su primera figura, que pudiera a tercero día volvella como la ballena a Jonás”. Riéronlo mucho mi amo y el caballero que comía con él, y empezaron a tratar de la mala gana con que comían, y que yo les podría mover el apetito para comer. Hiciéronme acercar mi mesa y pusiéronme en ella un par de platos, en los cuales empecé a ejecutar mi oficio como en el primero. Y como eran hombres de buen gusto y leídos, viéndome comer me comparaban a los que habían sido buenos comedores: ni dejaron a Clodio Albino, del cual se dice que se

comía quinientos higos, cien priscos de Campania, diez melones, veinte libras de uvas y cuarenta hostias del mar, todo en una cena; ni Astidamas milesio, del cual dijeron que, siendo convidado por el persa Ariobárzano, se comió todo lo que estaba aparejado para todos los convidados. Allegaron a Cambies, rey de Lidia, que llegó a tal extremo de glotonería, que una noche cenó a su mujer; Teágenes el luchador, que se comía un toro. Y en suma, hicieron mención de Vedio Pollio, Calígula, Hércules, Ulises, Aglais, hija de Megaclis, Pitirero, Cleónimo Pisander, Charipo, Mitridates, rey de Ponto, y otros infinitos que celebró la antigüedad por grandes comedores, y por contera pusieron al buen Erisicton, que llegó hasta a roerse sus propios miembros, y a Fayo, que en la mesa de Aureliano, emperador, se comió todo un puerco silvestre, cien panes, un carnero y un porquillo.

Yo más atendía a satisfacer a mi hambre que no a escuchar ejemplos de comedores. Sacaron por postres de unas confituras que mi Clérigo traía consigo, y los criados del caballero pusieron en la mesa unas manzanas, dátiles, orejones y otras cosas. Diéronme en un plato, diciendo que tenían que agradecerme el haberles esforzado el apetito, porque, viéndome comer con tanto gusto, les había limado la gana. Los otros criados empezaron a enfadarse de que de recién llegado y hallado en un camino, no con vestidura de boda, hubiese tenido lugar en el convite sin que me echasen en las tinieblas, y que el Clérigo me regalase y gustase de mí. Vi que era lance forzoso el pasar por picas y recibir encuentros. Pero yo me sabía agasajar mis émulos, humillarme y acariciallos, porque en esto es menester mucha prudencia. Conservaba algo del postrer plato para darles, hacía me del simple, y trataba amistad y decía mis burlillas. Y en esto ya fue hecha la cuenta, y, pagado el ventero y las mulas ensilladas y a punto, empezamos el camino. Volví a encaminarme a pie cabe mi amo, el cual, recién comido, empezó de chacota: "Pues, Guzmán, cuéntanos algunas cosas de entretenimiento para pasar el trabajo y enfado del camino; que pues eres español y has visto mundo, no dejarás de saber muchas cosas". Empecé a excusarme; mas porfiome y no osé

descontentalle (no lo impedía ignorancia ni vergüenza). Díjele que me preguntase de la materia que más gusto le había de dar; y ambos, el Clérigo y caballero, cuadraron en que dijese de cosas de España, que les sería de gusto. Empecé poniéndoles delante que dellas no tenía mucha noticia, porque había salido de poca edad, pero que diría lo que sabía sin afeite ni rebozo.

“Es – dije – España, si valgo para cosmógrafo de cosa tan insigne, la yema del mundo, la cabeza de las armas, el compendio de las letras, la fuerza de los ingenios, la monarquía más poderosa, el poder más extendido, el valor más arraigado, señora de las naciones, sujetadora de imperios, vencedora de cuantos se oponen a su grandeza, columna de la Iglesia, defensa y propugnáculo de la religión; y en suma, por concluir en breves razones, la que no tiene superior y todas son sus inferiores. Es su rey el mayor monarca, a cuyos hombros apoya la cristiandad, en cuya corona comprehende los dos mundos, cuyas armas ven los dos polos, cuyas águilas, tusón y vellocino ni tienen segundos ni conocieron primeros. Es en valor invencible, en poder insuperable, en grandeza primero; y en suma, honra grande del mundo que sea su cabeza, y que con más fidelidad que Alejandro Magno, no sólo sea señor de un mundo, mas el Viejo y Nuevo. Es en riqueza el mayor, el más gran señor que hay ni ha habido debajo del cielo, y mama las tetas de oro de las dos Indias, orientales y occidentales. ¿Adónde hay nación ni lugar que no reverencie el nombre de España, no se espante de sus hechos, no alabe su monarquía, no envidie sus triunfos y no engrandezca sus hazañas, no tema los filos de sus armas, se atreva a levantallas en competencia? Si miramos los famosos héroes desde sus invencibles godos: ¡Cuántas veces espantaron a Roma cuando estaba en su felicidad y monarquía dejando rendidas todas las demás naciones! Miremos después el cántabro Pelayo, que con tan poca gente recobra España; y los valerosos Martes que le siguen son hartos más dignos de inmortal memoria que los antiguos griegos ni romanos. El rey Wamba, electo por voluntad divina, a quien España debe los principios de su policía y aumento de la religión cristiana; el conde Fernán González, primero señor

de Castilla, de cuya línea descienden los reyes españoles. Pues ¿qué diré del gran Bernardo del Carpio, cuyos diez y nueve castillos en campo rojo que resplandecían en sus escudos espantaron los Doce Pares de Francia inmortalizando la batalla de Roncesvalles, leonés en provincia, y coronado león en los hechos; del famosísimo Rodrigo de Vivar, que fue llamado Cid Campeador, a cuyos pies se han visto tantas cabezas de reyes moros de África y de España; del invencible don Jaime de Aragón, que fue por sus hazañas y heroicos hechos llamado el Conquistador; el aragonés rey don Fernando y la castellana Isabel, príncipes belicosos y conquistadores, y que sus victorias no menos se deben a la valerosa Reina, que se halló en las conquistas heroicas entre las mujeres ilustres y que deja atrás las antiguas Semíramis, Cenobia y Pantasilea? Pues su gran capitán Gonzalo Hernández de Aguilar y Córdoba, a quien con tanta justicia dieron tantas naciones rendidas el título de grande, bien conocido es por estas partes, y aún le tiembla el reino de Nápoles, adonde vamos, y toda la Francia que dél hizo retirar hartas veces y muchas marchar sin orden ni concierto; el muchacho Garcilaso de la Vega, que apenas le apuntaba el bozo cuando en el cerco de Granada hizo aquella memorable hazaña, quitando el Ave María, que le envidiara y llorara más el grande Alejandro que el haber escrito Homero los hechos de Aquiles. Y de nuestros tiempos, ¿quién callará el invictísimo emperador Carlos V, que solo el ruido de sus alas ojeó todo el poder del Turco de sobre Viena, asombró a Flandes, Francia y las naciones rebeldes, y puso el mundo a sus pies; y cuyas imperiales águilas jamás temieron enemigo ni debajo del sol hallaron igual competencia? El poderosísimo y supremo monarca don Felipe II, su hijo, a quien demás de los títulos antiguos de invencible, católico y poderosísimo, se le añade el de Prudente. El nuevo Marte don Juan de Austria, su hermano, siempre vencedor y no vencido, temor de turcos y asombro de paganos, cuya diestra dio tinta roja de sangre turquesca a las soberbias ondas de Lepanto. Don Alvaro Bazán, marqués de Santa Cruz, famoso capitán de mar y insigne en valor y fortaleza. El estrenuo conquistador famosísimo Fernán Cortés,

cuyas milagrosas hazañas apenas el mundo sabe crear, y ni el tiempo las sabrá borrar ni la invidia oscurecer. Don Diego Gómez de Sandoval, conde de Castro y Denia, adelantado mayor de Castilla –hízosele merced de Denia por el rey don Fernando en principio de recompensa de los importantísimos servicios y de haberle allanado la rebeldía de algunos comuneros, venciendo diez y seis mil con solos seis mil hombres–, cuya casa tiene tan antiguo y estrenuo principio. Tan hazañosos príncipes, tan invencibles héroes, excelentísimos Martes, felicísimos Grandes, y tan grandes privados del supremo monarca de entrambos mundos. No olvidaré al inmortal soldado don Fernando de Toledo, duque de Alba, cuyas innumerables victorias no pueden fácilmente, según merecen, ser puestas a la pluma, porque las de su fama volaron tan alto, que se pierden de vista. Díganlo los príncipes protestantes de Flandes y tanto rebelde que puso a sus pies, teniendo estatua levantada aun entre enemigos.

“Pues ¿dejaré la Fénix única del mundo, su único monarca, de cuyo nombre le toman aun las orillas y extremos dél y remotas Filipinas, el supremo Filipo, tercero de las Españas? ¿Qué nación tiene rey que le parezca? ¿Qué imperio no le conoce por superior? ¿Qué monarquía sino la suya florece? ¿De qué recibe felicidad este siglo? ¿Quién tiene asiento más alto? ¿A quién reconoce la Iglesia católica por protector? ¿Quién tiene el estandarte de la fe? Y ¿quién no envidia la felicidad de España, pues della se digna de intitularse tan supremo señor, rey y monarca?”

“Basta, Guzmán –dijo mi amo–, que alabas bien tu España. Bien parece que no has visto las cosas de que se precian las otras naciones. Y dime, ¿eso de dónde lo has aprendido, que parece que has visto algo de historia?” Contele que mis padres me habían criado entre gente de lustre, que sabía bien leer y escribir y había visto algunos libros en España; y aunque no los viera, todo lo que había referido eran cosas muy sabidas, que por tradición andan de lengua en lengua y es menester más habilidad para ignorallas que para sabellas, pues eran cosas notorias, aunque de hechos que pasan, que no es menos

notoriedad que la de hecho permanente, como es estar Roma y Nápoles fundadas en sus sitios. Replicome mi amo por verme discurrir en esta materia: “Pues ¿qué responderás a los vicios de tus españoles? Son soberbios, hinchados y comúnmente ignorantes, porque en España casi se precian de no saber letras aun los más granados y magnates; gente de poca invención, monas imitadoras de otras naciones, pero dellos jamás sale cosa nueva de que al mundo resulte provecho. El zapatero de viejo, en llegando a Italia, todo es en tono y hacerse tu pariente de la casa de Guzmán, don Juan, don Diego o don Francisco; y así les decimos: *se tutti siete cavalieri, chi guarda la pecora?*”

“Eso, señor —le respondí—, poca dificultad tiene, porque los españoles, cuanto a lo primero, basta serlo para que sean caballeros respecto de otras naciones, y paréceles que con sola la calidad de ser español en cualquier parte se puede tener en mucho: añádese el respeto que se les tiene por el nombre de español o porque de su natural sea gente que apetece honra y ser preferidos y tenidos en mucho; y no repruebo que sean gente que procure honrarse, pues el que es amigo de honra hace buenos hechos, y éste es el principio de la nobleza; de manera que no está muy lejos della el que está en su principio; y aquí no quiero alargarme en las cualidades de la nobleza, basta que los que vienen fuera de su tierra la buscan y apetecen, y esto les trae a pisar reinos extraños sirviendo a su Rey en las guerras; y cosa es notoria que entre soldados aquel es noble que hace los hechos; y aunque lo sea, si degenera de quien es, le tratan como hombre vil. Véanse los hechos de españoles en Flandes, que parecen casi, de increíbles, milagrosos, y se conocerá que no se les puede acriminar que tomen nombres y títulos honrosos, pues ellos son hijos de sus obras, y ellas son tan nobles que quedan nobles por ellas. El no ser inventores no viene sino de no tener los entendimientos mecánicos, sino liberales; más aplicados a las armas que a ser ingenieros; y es tanto su valor y fuerza, que no valen con él ingenios ni máquinas de ninguna nación; y así no tienen necesidad de inventar cosa alguna, antes bien les pesa que se hayan inventado muchas cosas para la guerra que no dejan que se

muestre el valor de pechos esforzados, como son tantas máquinas de fuego después de la invención de la artillería, que ha igualado al más cobarde con el más valiente. Dígalo la nación inglesa, que tiene puesta toda su esperanza en estas invenciones, con las cuales se atreve a mirar bajeles españoles; que de otra manera lo dificultara mucho, porque conoce la ventaja clara que hay de pecho a pecho. Y en cuanto a las letras, siempre se han señalado los españoles que las han profesado, y algunos juntamente han sido insignes en entrambas cosas, no embotándoles las letras los filos de las armas; aunque antiguamente se dijo de la tierra que pisamos que ni Italia fue vencida en armas ni la Grecia en letras”.

“Bien parece –dijo mi amo– que eres español, y ordinariamente sois tenidos por fanfarrones; pero bien haces de alabar tu tierra. Y pues ya descubrimos tan cerca el lugar en que tenemos de descansar esta noche, allí podrás rehacerte de lo que has hablado por el camino, que habrás gastado mucha saliva; y ya deseo verte comer, para ver si vuelves a la misma frescura y me despiertas el apetito”. “Eso –dije–, señor, creo que haré con facilidad, porque el camino es lima sorda, mi estómago no es flaco, ni conoce flemas ni sabe qué son crudezas, mis dientes no han menester filos, el apetito está irritado, los manjares de Italia son de menos sustancia que los de España, que parecen ensaladas, que no ocupan el estómago; y así no es de maravillar que, viendo yo que es servicio de vuestra merced, no haga por mi parte lo que debo en regalar mis tripas y servir a mi amo, pues pienso en Nápoles desvelarme en servir y dar gusto a quien tanta merced me hace”.

CAPÍTULO IV
DE LO QUE PASARON GUZMÁN DE ALFARACHE Y SU
AMO HASTA ENTRAR EN NÁPOLES

A PENAS hubimos entrado en la posada cuando llegó un correo a grande priesa, desalentado y sudado; y en viendo al caballero que había venido con mi amo, le dijo: “Señor, a vuestra merced vengo a buscar”. Diole unas cartas, alterose todo el caballero, que según la manera era romano, y preguntó qué era la causa que venía a buscallo con tanta priesa. Remitiase el correo a las cartas; pero el caballero, recelando algún daño o desgracia, no osaba abrillas y quería saberlo brujuleando al correo. Díjole: “Señor, nuevas son de alguna pesadumbre; pero no es cosa muy grave, pues no hay muerte: que solo está enferma mi señora Lelia Peccil”. Mostraba quererla mucho el caballero, sintiolo en el alma. Empezó mi amo a consolalle y animalle, diciéndole que por ventura, cuando volviese a su casa, la hallaría ya buena y sana, que eso importan los pocos años. Abrió las cartas, vio que para vella viva, según allí se decía, le importaba caminar bien hacia Roma.

Determinó de volverse aquella noche, con mucho recelo que sería muerta y que no se lo querían escribir. Estaba afligidísimo, daba muchos suspiros, hacía lamentaciones; y, como mi amo era hombre muy cortesano y prudente, le ponía ante los ojos muchas consideraciones para su consuelo. Cenaron, aunque el caballero comió muy poco, y por su tristeza mi amo ni quiso apetito ni entretenimiento, y así hube de comer con los otros criados, quitándome el oficio de mover apetitos; y a fe que se pagaron bien, porque tuve la cena bien flaca, fría y floja, y aun con todas las calidades de la mujer fea, y tan flaca que sólo me dieron los huesos. Y yo, que pensé que había de hacer la salva en la comida y comer al mismo tiempo que mi amo, fui el postrero, y si tuve salva, fue pasiva, y la salva o salvedad fue de manera que casi no dejaron qué comer. Y aunque mi amo advirtió dos o tres veces que me diesen buen recaudo, por la misma razón lo hicieron peor; porque cuanto más mostraba

cuidar de mí, más se enfadaban de que el primer día estuviese más aventajado que ellos.

Tomelo con paciencia por no enojalles; que los que van por el mundo han de saber los tiempos que dice Salomón: tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de mandar y de obedecer; tiempo de reñir y tener paciencia es muy general y los comprende a todos, porque son tantos los infortunios desta vida, que por maravilla hay tiempo en que no sea menester la paciencia. Túvela aquí por fuerza, por conservar el asiento que tenía; y sin duda es una virtud de grandes frutos y provechos, porque los pacíficos, como dijo Cristo, poseerán la tierra; y así la paciencia de la posesión de la vida es don del omnipotente Dios y virtud del ánimo mediante la cual el hombre sufre constantemente adversidades y persecuciones, injurias y menosprecios. Mostrarse un hombre con igual rostro en las adversidades ¿qué otra cosa es que a la rabiosa fortuna de enemiga hacerla amiga, y de señora esclava, y vencida y avergonzada traella a su voluntad y parecer? Grande virtud es si no haces mal a quien te hizo mal; grande fortaleza es si siendo maltratado perdonas; pero grande gloria es si al que te hizo mal y te maltrata no sólo le perdonas, pero le haces bien, que es ponelle carbones de fuego en la cabeza. Acordeme del grande ateniense Tucídides, que fue uno de los más sabios de aquella república, que siendo injustamente desterrado de su patria por la acusación de su enemigo Brasidas, llevó el destierro con mucha paciencia, y en muchas cosas que escribió ni se quejó de su patria ni de su enemigo, antes le alabó. El espejo de la paciencia, Cristo Nuestro Señor, es ejemplo nuestro, cuya vida fue llena de infinitas angustias, y cercada de suma pobreza, menospreciada de escribas y fariseos, no abrió la boca en todas ellas. Y así conviene que por muchas tribulaciones entremos en el reino de los Cielos, y para llegar al Cielo hemos de pasar por fuego y agua. Grande por cierto es esta virtud, pues las públicas voces del vulgo y los filósofos y oradores todos juntos con sumas alabanzas le ensalzan: a los hombres hace dioses, y a Dios hace sufrir nuestras impertinencias.

Conocía yo que los mismos criados se maravillaban de la paciencia con que había sufrido la burla que me habían hecho en haber reservado para mí todos los huesos y nervios, que pudiera decir: *ossibus et nervis compegisti me*, y que habían perdido algo de la cólera que tenían conmigo; que éste es fruto de la paciencia, que hace del enemigo amigo, y con solo sufrimiento prende y cautiva. Mas no paró aquí; que ellos habían determinado de hacerme una burla aquella noche, y aunque vieron mi paciencia, no por eso mudaron de parecer. Y fue desta manera: yo no tenía lugar cierto para dormir, porque como venía tan desvalijado y aún no tenía con mi amo asentado en qué le había de servir y así me acomodaba adonde hallaba, debía él de pensar que me daban cama. Mas ellos no pensaban en regalarme tanto, que cada uno dellos tomaba una cama en la posada si había para todos, y si no, se repartían en las que había, y a mí que me pasasen duelos: no ponían cuenta, como cosa de fuera de la categoría. Como estaba cansado y medio muerto, púseme sobre un poyo de la cocina, que era mi cama antigua, y también durmiera sobre la punta de un asador, según venía rendido. Y aunque los humos y vapores de la cama no eran bastantes a carrearne mucho sueño, el cansancio y mi poca edad se traían hecha la cama para dormir. Todos se habían acostado, y yo, como criado nuevo, había hecho algunas diligencias, ayudando a subir la ropa a los aposentos, reconociendo las mulas. Tendime en mi poyo y empecé a irme descuidadamente, como solía, confiado que los arrieros, que antes del día encienden fuego para aderezar el almuerzo, me despertarían. El sueño era profundo, mis compañeros no esperaban otra cosa: tómanme de pies y cabeza entre cuatro, con grande tiento llévanme al aposento de mi amo y tiéndenme a los pies de la cama, en el suelo, y pónenme un libramiento en el pie. Hizo la cerilla su discurso, y en llegando al zapato y carne, despierto dando gritos, que los ponía en el cielo porque soñaba que me llevaba el diablo y me había puesto en el infierno. Pensé que era así porque el pie se me ardía. Despierto estaba y aún no me tenía por seguro. Mi amo, que también estaba en el primer sueño, como sintió tales gritos y tan cerca de

sí, saltó de la cama, en camisa, dando gritos, que pensó que era alguna fantasma. Yo, como estaba a oscuras y pensaba estar a solas en la cocina, sintiendo las voces de mi amo confirmábame en mi opinión del sueño, y daba aullidos como un loco. Mi amo los daba mayores, hasta que uno de los criados que estaban escuchando el suceso entró con una luz. Fue tal la alteración de entrambos, y señaladamente de mi amo, que pensó morir de espanto, y hubieron de ir luego volando al pueblo más cercano por un cirujano que le sangrase, y sirvió también para mí, porque en el pie se me había hecho mucho mal.

Enojose grandemente mi amo con los criados, y averiguose que el autor era el mayordomo; y porque la burla había sido perjudicial —y que más propiamente se le hizo a mi amo—, muy grave e indiscreta, en el mismo punto despidió al mayordomo; y porque yo me puse a interceder por él, estando aún en las veras de mi trabajo, diciendo que, pues había sido por vía de burla, merecía perdón: aunque había salido la burla más grave de lo que se pensó al principio, y que era muy ordinario en las burlas los malos sucesos, pero que no se había de considerar sino el intento del que la hizo, que era entretener el camino. Pero mi buen Clérigo, que sabía las mañas e invidias del mayordomo y me había tomado en buena reputación, entendió claramente lo que era, y que de invidia me habían querido burlar, y que yo era buen mozo y sencillo, que no quería hacer mal ni le deseaba aun a mi enemigo, pues rogaba por él. Pudo esto mucho para con él, que era noble y sabio, y deste hilo sacó el ovillo de que yo sería muy bueno y le serviría con mucha fidelidad. Concluyó despidiendo al mayordomo, y para castigo de los demás y por su gusto, dijome: “Guzmán, éstos han querido deshacerte por este camino, y Dios puede más que ellos, que por este mismo camino has de medrar: yo estaba en duda qué oficio te daría en mi casa, y agora me resuelvo que hinchas esta plaza que agora ha vacado, aunque sé que de mis criados no faltan pretendientes. Yo quiero que seas mi mayordomo, y en llegando a Nápoles te vestirás como conviene”.

Grande cielo me abrieron estas breves palabras. Vi platicado luego lo que antes en teórica: que la paciencia es de grande fruto para conservación desta vida, pues ya me daban posesión por ella de cosas de la tierra, y que por el contrario, la invidia y emulación es cosa sin fruto, y el que acarrea es muy dañoso a su dueño: tristeza del bien ajeno, y pesar y carcoma de la prosperidad del prójimo, que es del todo contraria a la sociedad natural y al uno de los mandamientos en que se encierran todos los diez de nuestra santa fe: querer al prójimo y holgarnos de su acrecentamiento. Y así la invidia se pinta por una hidra de muchas cabezas, la cual se finge que nace de un lugar cenagoso, pantanoso y sucio, porque es vicio que predomina en pechos viles, abyectos y bajos —de donde dijo Ovidio que vivía la invidia en valles muy hondos—, y porque se esconde en lo más íntimo del corazón y es muy dañosa a su poseedor, y el que la tiene, él mismo sustenta su infelicidad. El invidioso a sí solo daña, porque se carcome y aflige, y el que es invidiado no siente desto ningún detrimento. De manera, que no se difiere el castigo al invidioso, porque luego le empieza a sentir en el mismo acto de su culpa; y los antiguos egipcios, antes que hubiese letras para significalle, le pintaban mostrándole por el anguila, que no hace compañía con los otros peces; pero con su pan se lo coma, que no va tan sola que no lleve su tormento; que Hesiodo a la invidia llamó tormento y pudrición de corazón; Atistenes, moho que traspasa el alma, como el orín al hierro; Anacarsis, llaga incurable del pecho; Sócrates, sierra que despedaza el ánimo, y Jenofonte, vivo dolor que le martiriza. Compara San Basilio los invidiosos a los buitres, que se andan siempre tras carne muerta. El amigo no guarda en esta lealtad al amigo, ni el pariente al pariente, porque la ley del prójimo no vale entre cortesanos como suena, sino como ellos la traen glosada; y en mi mayordomo la invidia fue azote y castigo, pues por ella quedó privado, y yo en su lugar.

Agradecí y engrandecí a mi amo la merced que me hacía, ofreciéndome a serville de veras y remitiéndome a las obras, y que me pesaba que hubiese entrado en este oficio con daño ni disgusto de nadie. Quedaron los otros criados corridos e

invidiosos, porque de vuelo había llegado al mejor oficio de casa sin ser apenas conocido sino por vagabundo, mendigo y desharrapado. Y no recelé poco que me armarían alguna zancadilla por trastornarme deste favor, que es moneda que corre mucho en palacio y entre cortesanos, donde no se dan unos a otros tanto la mano para subir cuanto se arman lazos para estropear. No sabía yo que mi amo estuviese previsto en que el señor no ha de ser fácil en creer a los criados que dicen mal unos de otros, porque sin grande fundamento no se han de descomponer los que sirven en puesto honroso, arrojándose temerariamente a creer lo que no se sabe muy bien; porque de unos oírán que tratan mal de su persona; de otros, que roen su autoridad; de otros, que le chupan la hacienda; y este que le avisa va de camino enmarañando su red para salir con algo de la pesca. Pensaba que por ventura mi amo no tendría noticia fresca de lo que dijo el filósofo Isócrates a Neocles, rey de Chipre: “Escucha con atención las palabras que te dicen unos de otros, y procura de conocer qué tales son los que dicen y de quién las dicen; porque en realidad de verdad son grandes las invenciones de la envidia y mentira”. Pero, con todo, me parecía que no podía caer más bajo de lo que me estaba cuando me dieron este oficio, y así que no debía cuidar de lo por venir. Ya me juzgaba por dichoso y seguro, y ya en gran peligro de mi conservación: cuidado nuevo que jamás había tenido, que no hay plaza sin alguacil; vi que la misma posesión de bienes temporales acarrea el temor de perdelles y la congoja de conservalles. Espantábame del trabajo que tendrían los ricos, si eran a la medida que yo tenía los recelos. Hecha la cuenta como buen aritmético, halleme fuera de la quietud que gozaba en mi pobreza y vida libre; insinuóseme claramente que las espinas son figura de las riquezas, pues con las punzadas que dan, así de cuidados demasiados como de haber extraordinarias diligencias para alcanzarlas, lastiman y aun hieren gravemente el alma y el entendimiento donde se asientan.

Entiéndese esto claramente por la exposición que nos dio Cristo por San Lucas, donde declaró la parábola de aquel que sembró entre espinas, diciendo: “Estos son los que oyen la

palabra de Dios, y dejándose llevar de los demasiados cuidados de las riquezas, no llevan fruto". Y puédese confirmar por lo que hizo el mismo Cristo, que quitó todas las espinas y abrojos de su viña cuando, después de haber dicho a sus discípulos por San Mateo: "Yo os digo de verdad a vosotros que el rico con dificultad entrará en el reino de los Cielos", añadió: "Más fácil es un camello entrar por el agujero de una aguja que no entrar el rico en el Cielo". Y antes de todo, en el mismo capítulo, dijo a aquel mancebo: "Si quieres ser perfecto, quita y arranca todas las espinas de las riquezas que tienes, y dadas a los pobres".

El nuevo oficio me tenía en cuidado, y bien se llama cargo lo que trae carga. Empecé a ejercitalle, y no me apañaba mal, porque del saber obedecer sabía mandar, y mi natural era de complacer; y harto era yo de ánimo noble si no me hubiera criado entre malas compañías; que éstas son las que lo tiznan todo y hacen que se tuerza el árbol aunque vaya bien guiado. A mí me causaron tanto daño como diré en el discurso de mi historia; que estas compañías destruyen cualquier buen natural, aunque sea bien inclinado.

Experiencia es larga que sin saber la inclinación de un hombre ni la vida de una mujer, en viendo la conversación que trae luego se le dice quién es. En Roma era tan infame Catilina —dice Salustio—, que con ser de noble linaje, cada padre vedaba a su hijo que no tratase con él, porque como le tenían por vicioso y disoluto, pegaba tiña de malas costumbres a cuantos trataba; y con todo este recato destruyó la flor de la juventud romana, dándoles banquetes, enseñándoles borracheras, convidándoles con mujercillas perdidas, de tal manera, que para condenar a uno por mancebo roto y distraído no era menester más probanza de saber que conversaba con Catilina. Prueba es ésta hecha muchas veces en la triaca, cuenta sacada muy en limpio y verdad tan apurada como los principios de filosofía, que es cosa muy dificultosa, y aun moralmente imposible, sea uno virtuoso y se conserve mucho en tal estado viviendo en compañía de gente mala. El ingenioso Isopo en sus fábulas pone que hicieron compañía para vivir en mancomún un lavandero y un carbonero. No echó de ver el

primero el gran peligro que corría su oficio hasta que, andando tiempo, fue necesario llamarse a engaño, porque cuanto él lavaba y blanqueaba, el compañero se lo tiznaba. De manera que ni la noble sangre, ni cuidadosa crianza, ni predicaciones a menudo, ni abundancia de bienes, ni peligro de males, bastan a labrar un corazón si anda de por medio una mala compañía. Si el amigo es malo, nadie piense que el que se le junta será bueno. Que “poca levadura –dice San Pablo– corrompe una gran masa”. Y así del lujurioso se pegan torpezas, del iracundo venganzas, del comedor glotonerías, del soberbio vanidades y presunciones.

Y así a mí de todo se me pegó, porque había tratado con toda manera de gente, y como era muchacho, fácilmente me empapaba en todo, y me metí en este peligro, que es más fácil y dañoso en la poca edad; porque como los mozos tienen la condición tierna y la sangre liviana, vanse fácilmente tras lo que ven, sin distinguir lo dañoso de lo provechoso, lo que es seguro de lo que es contrario. No han llegado los mozos a tiempo que con discreción entiendan lo que les está bien o para adelante conviene: al presente pareceles el amigo bueno y malo ambos de un color, y así, como les sobra tanto de amor cuanto les falta de razón, aficiónense fácilmente a las personas con quien tratan, hablan su lenguaje, visten de su paño y remedan sus costumbres, sean las que fueren. Esto fue para mí de notable daño, y me hizo andar toda mi vida con trabajos intolerables. Ejercitaba, pues, mi oficio, y los otros criados al fin me obedecían como veían la voluntad de mi amo, pero como en una manera de burla, por verme tan desacomodado y mal ropado, y maravillábanse de la manera que yo sabía hacer mi oficio como si hubiera años que le ejercitara. Hícele hasta que entramos en Nápoles, sin que se ofreciese otra cosa digna de contar y mostrando mi amo tener de mí mucha satisfacción.

CAPÍTULO V
DE CÓMO VESTIDO GUZMÁN Y SIENDO MAYORDOMO
DEL CLÉRIGO, TRATA AMORES CON UNAS MUJERES, Y
LO QUE PASÓ CON ELLAS

QUIERO Dios Nuestro Señor que llegamos a la ciudad de Nápoles, lo que yo mucho deseaba por mudar el pelo viejo, que ya tenía orden de mi amo para que me vistiese a mi gusto, y dinero todo lo que yo había menester, lo que fue causa de toda mi perdición —que el dinero en mi poder antes me hacía daño que provecho—, por lo mal que supe usar dél, que fue como arma en mano de loco; y así dicen que es como el vino, que aprovecha o daña conforme se usa dél, y no es la culpa del vino, sino del que le bebe.

En el apetito y furor juvenil desenfrenado al dinero, todo le obedece, la ocasión hace al ladrón; mi poca edad y manejar el dinero juntaron la potencia y el deseo, y así me dejé llevar de tan buen abogado, que nunca echa lance en vano; y por más peligrosa que sea la enfermedad, promete muy cierta la salud con sólo un rícipe de oro potable. No hay puertas de yerro a quien no rompa un martillo de plata; no hay montaña tan alta que no la suba un asno cargado de oro. Al fin, tanto es estimado el dinero, que llegan muchos ignorantes avaros a hacelle su dios, y piensan que lo es porque todo le obedece y en él se encierran todas las cosas, porque el que le tiene lo tiene todo, pues todo recibe función y se estima por el dinero. Él hace nobles, ilustres y estimados; él conserva linajes y familias; quita las manchas de padres y abuelos y es el fundamento para que los hombres sean ensalzados; hace elocuentes, hermosos y discretos; por maravilla veréis rico necio ni pobre agudo: habla el rico, y todos le escuchan habla el pobre, y dicen: “¿Quién es éste?” Las mujeres ya no buscan Medoros ni Adónises; miden el amor con la vara del interés, y con ellas quien da más tiene damas, y puédesse decir. “¿Damas quieres? Pues da más”. Tienen las manos más eficacia que la boca para recabar cualquier cosa; son frías las razones sin dones, y las palabras se

las lleva el aire si no les echan contrapeso de plata; es mudo Sócrates, bárbaro Demóstenes y necio Tulio, con toda su elocuencia, donde no se persuade con ofrenda. Es gran tercero y corredor entre las partes el interés, y lo que por este camino no se alcanza, los médicos del buen negociar lo condenan por enfermedad desahuciada.

Pues yo, que me vi con una vena continua de dinero, fácilmente me dejé llevar de su corriente, como el que no miraba sino el presente gusto, aunque afeitado y fingido. En amaneciendo Dios, salto de la cama con el cuidado que tenía de ponerme galán, que este vicio es propio de gente moza. La consideración era buena, porque quería parecer en el hábito debido; pero el efeto fue malo, que de la vanidad del vestir vine al desear y procurar cosas dañosas. Así suele ser ello en toda manera de gente, que por esta vanidad suelen pasar al templo del vicio, como se solía por el del trabajo pasar al de la virtud; particularmente los españoles solemos ser muy amigos de vestidos y ropas, tanto, que hacemos devanar a los sastres, que ninguno viene a cortar las ropas en que se examinó de maestro; y creo yo que no tuviera habilidad ni memoria Lázaro Baifio a que no se le fueran de número y nombre en el libro que escribió de *Re vestiaria*. Y hombres y mujeres por este vicio suelen dar al través en la castidad; que con los vestidos ricos, curiosos y regalados suele hacer el demonio guerra descubierta a esta virtud. Este es el fruto del ornato exterior y aderezo delicado, que es echar leña al fuego de la concupiscencia. Fuime a la plaza (esto tiene Nápoles, que con dinero en mano todo se halla), echo los ojos por aquellos roperos, y, porque a mi oficio y a lo que se profesaba en casa mi amo convenía así, acomodeme con un vestido negro de terciopelo labrado, de Milán, muy curioso y bien acabado, herreruelo de refino, media[s] de seda, que parecía que era hijo de un príncipe, según me adornaba el nuevo aparato; que, como dicen, un palo aderezado parece bien. Yo me miraba y no me conocía. Acordeme de la otra vez que me había vestido en Toledo y de los malos lances que eché. Pensé que en Nápoles ya no podía haber mala suerte, pues entraba de pie derecho.

Vuelvo a mi posada, y apenas me reconocían los demás criados, porque la transformación había sido en todo el hábito, y en breve tiempo apenas me apuntaba el bozo y parecía a mi madre, que de puro rubio no se me echaba de ver el pelo en el rostro. Todos me daban el parabién del vestido y me hacían reverencia y obedecían de mejor gana a mis mandamientos, como si con el vestido me hubieran dado la suficiencia para el oficio. Allí vi claramente lo que importa el vestido para conservar el respeto y decoro, aunque el hombre no se ha de gloriarse de los vestidos, que es desvanecerse con bienes ajenos; pues es tan pobre y miserable que en todo vive de limosna. Y siendo así, ¿por qué se ha de ensorberbecer en verse vestido, pues los mismos vestidos dan voces contra él diciendo que son prestados? Pues como la locura del mundo todo lo entiende al revés, más se estima el vestido que la persona, y a él se le hace la honra y reverencia. Estando, pues, en el patio de casa dando orden en las cosas della conforme mi oficio, haciendo apercibir la carroza para mi amo y haciendo poner en talle la ropa del camino, se puso a una celosía del mismo patio una dama que luego imaginé lo que era, que sería hermana de mi amo, porque le parecía un poco, y sin duda era linda hembra por extremo. Debí querer ver el mayordomo nuevo, saludela con gentil donaire; parece que me puso los ojos más suspendidos que los solían poner en mí aun mujeres de poca cuenta cuando yo estaba sin tan buen pellejo. Echó de ver que me acreditaba el vestido: es verdad que yo no era tiznado ni de malas facciones, y con el vestido y el aire con que yo sabía acomodarme parecía algo.

Mucho me alborotó el pecho el suave mirar de mi señora Livia, y ya me hallaba en nuevos cuidados y pensamientos, aunque veía que era quimera y tocar con el dedo en el cielo; pero como a los deseos no hay imposibles, antes de hacer consideraciones y reparar en los inconvenientes, embelesome su hermosura, y no me parecía que pudiera ver cosa de más gusto en el mundo para mis ojos. Bien consideraba mi bajeza e indignidad; pero yo no apetecía con afecto, que a tal imposible no podía soltar el vuelo de mis alas de cera, y más siendo cosa

de casa y pieza contada. Dejé entonces este pensamiento porque mi amo me llamaba, que ya estaba medio vestido. Holgose de verme en el hábito; parecióle que hinchía bien la plaza de mayordomo y que él había hecho una buena elección de mi persona; y fuera así si yo conservara el fervor del principio y no fuera corrida de caballo francés. Díjome que si tenía aparejado, que quería salir a visitar algunos príncipes sus parientes. Todo le dije que estaba a punto. Salimos de casa, él en su carroza, yo en un alazán a la brida, que aunque había platicado poco la caballería, parecía bridon de veinte años. Anduvimos muchas calles, entró en algunas casas de parientes. Espanteme de ver la belleza de Nápoles, que es un mundo abreviado: la curiosidad y suntuosidad de sus edificios, el orden de sus oficiales, las calles espaciosas, hermosos ventanales y, sobre todo, bellas mujeres. Empecé a sentir en mí nuevos apetitos que no había tenido en mi mendiguez y pobreza, y nuevas esperanzas, nacidas de verme en buen hábito y con dinero en mano: osaba poner los ojos en las mujeres que antes no osara mirar, y hallaba también otra correspondencia que solía: que al mendigo y pobre no hay ojos que le miren.

Consideré la diferencia que hay en esto de estado a estado, y que para conservar la castidad es más seguro y menos ocasionado el del pobre; que aun al que ha gastado su hacienda en mujeres el tiempo mismo le trae a que se despida desta pasión, porque le castigan los verdugos de la miseria, de la desnudez, de la enfermedad, de la hambre y falta de sustento, y en el último extremo entra la mendiguez y hacerse uno pordiosero, pues se sacan de tales romerías estas veneras. Y quien gasta sin propósito viene a demandar a propósito. Y quien da lo que tiene a malas mujeres pronto viene a pedir lo que le falta a puertas de buenos hombres. Mientras que es uno rico, adinerado y próspero, convídasele mil mujercillas, ofrécesele mil terceras o alcahuetas, en cualquier mesón le dan puerta; pero, en viniendo a pobreza, nadie le conoce, y en este estado solamente se mantiene el pobre con el deseo, por el vicio que le queda del tiempo pasado; ándase tras el olor y con sólo la vista apacienta su alma. Claro símbolo desto fue el hijo pró-

digo, que primero trató de ser señor y no topó con ello; procuró regalos de mujeres que tampoco le duraron, y vino a tiempo que trataba de lo puro necesario, que es el sustentarse. Con esto ya no se le hacía la cama mal mullida, aunque era de campo, teniendo por cortinas los vientos y por cielo el estrellado. Ya no se quejaba del mal talle que le hacía el vestido, aunque era ajironado y lleno de bastas costuras. Ya no se le hace mal sazonado el pan, aunque era de borona, y tiénele por reciente siendo cocido de quince días. Todos estos daños vienen claramente al que sigue el afición de mujeres. Pero es tan grande el incentivo que tenemos para ello y es cosa tan rigurosa y mar tan furioso, que pocos navíos escapan sin tormenta y muchos quedan anegados; hácenos guerra el fomes, astilla, rastro o reliquia que quedó de la corrupción de la humana naturaleza, y de la rebelión contra la razón nacida de la privación de la justicia original, aunque a la verdad la concupiscencia está en el libre albedrío depravado con ignorancia y engañado so color de bien aparente. Quien oye esto luego me dirá: "Pues ¿cómo, Guzmán, siendo vos tan predicador no tomábades esos consejos? ¿De dónde habéis sacado tan buenas consideraciones y tan ruines hechos y propósitos?" Haz, hermano, lo que digo y no lo que hago. Ya te digo cuán perversa era mi inclinación por la vida que había profesado libre y sin superior, aunque realmente tenía muchas veces buenos pensamientos; que si mi buen natural hubiera tenido buena dirección y hubiera tratado con gente virtuosa, hubiera llevado vida muy recogida. Bien la eché de ver en mi vida picaresca, que muchos hijos de buenos padres que la profesaban, aunque después los quisieron recoger, no hubo remedio: tal es el bebedizo de la libertad y propia voluntad. Mas como en casa de Monseñor casi por fuerza estudié latinidad y griego y vi muchos libros, con mi buena memoria se me quedaron muchas especies de cosas de mil maneras; y así no te maravilles, amigo, que haga algunos discursillos y te dé cuenta de mis pensamientos, pues te podrían ser de provecho si los consideras. Que para esto te cuento mi vida, para que escarmientes en cabeza ajena.

Y volviendo al principio de mi digresión: en verme galán parece que me ufané como el caballo que siente cuándo el que va en él sale galán y gallardo. Quisierairme todo el día por las calles porque me vieran en el nuevo traje. Topeme con una venerable vieja que traía de la mano una dama como un serafín que parecía su hija. Pareciome que ya volvían hacia su casa, porque ya sería hora de comer. Pesábame de ir atado acompañando a mi amo, porque no podía hablalle; que en viéndola parece que me habló con los ojos y me hizo buen acogimiento. Robábame el corazón con sólo levantar la vista, que tenía no sé qué de suavidad. Conocí que ni le pesaba de haber nacido, ni de que yo pusiese en ella los ojos. Fue mi ventura, o desgracia por mejor decir, que yendo como emparejados, con la pausa que van las mujeres y la que llevaba mi amo con su carroza, mi dama tropezó y cayó o de veras o porque quiso fingirlo. Salté del caballo como un viento y ayudela a levantar. Trabela de la mano –que la tenía como de un mármol pario, blanquísima y muy bien hecha– y díjela que en viéndola me había robado el alma; que mirase por ella y la tratase con más piedad que a mí me trataban mis pensamientos por su causa. Espantose de ver mi lenguaje español, aunque mostró holgarse más, y dijo que no había en ella partes donde yo me pudiese emplear. Volví a mi caballo, y a pocos pasos ella y su madre se entraron en su casa, que estaba en la misma calle, harto buena. Y las señas della las deprendí de paso, que no hube después menester guía ni adalid. Ya comencé a fabricar castillos en el aire y sentir gran revolución de pensamientos. En el pecho de todas maneras estaba inquieto; que aunque el amor era niño en mí, se había hecho ya gigante, porque fácilmente daba la posesión de mi libertad, como quien todo le parecía sobrado de bueno para mi intento, y lo poco que yo merecía. Consideré aquellas palabras que me dijo: que no había partes en ella para que yo me emplease. Quise de aquí inferir que no estaba mal conmigo; y en la mujer el no aborrecer es señal de amor, porque no tiene medio, y la que no desdeña quiere ser solicitada.

Llegamos a casa, púsose mi amo a la mesa y sentose también mi señora Livia, su hermana. Ya no me pareció tan hermosa como por la mañana, o porque la había visto tras celosía y se me había antojado más de lo que era, o porque yo había dejádome llevar de la señora que cayó por hacerme caer. Pero todavía tenía mucha hermosura y gentil gracia. Preguntome mi amo: “Guzmán, ¿qué os ha parecido de Nápoles?” –subiéndome de tú a vos por razón del nuevo oficio y traje. Díjele: “Señor, no se puede negar que es muy principal ciudad, de grande nobleza, muchos edificios, grande lustre y pulicía”. Mirábame mucho mi señora Livia cuando yo estaba descuidado mirando a otras partes. Parecíame que todas se morían por mí, y que tenían razón a mí se me antojaba, que estaba galán y gentilhombre; mas el corazón tenía yo fuera de casa, y así no hacía quimeras en lo que pasaba en ella; que el que ama más está en lo amado que en sí mismo: aquello me parecía fácil de obtener, lo de casa malo de digerir.

Y siempre guardé la regla que se ha de ir muy lejos de casa a hacer carne, como el lobo; y creo que el amor más me entró por las manos que por los ojos, porque de tocar la mano quedé perdido y rematado; que el sentido del tacto es muy violento, es capitán de ladrones, conde de gitanos, y así que goza lo que otros roban; y así dicen que es más pernicioso que los otros sentidos, porque traerá los demás como a jornal para que le sirvan en sus regalos y deleites; y se sabe muy bien aprovechar desta tiranía, porque en todos tiene echado pecho que le den de sus ganancias, fuera del que él se usurpa aunque no se lo den. Échase bien de ver este dominio y señoría en esta materia, porque lo que los ojos ven, los oídos oyen, las narices huelen y el corazón desea, es a fin de servir con ello a este sentido dándole de sus ganancias, repartiendo con él de sus despojos, y no gozan de buen bocado que no le conviden con él. De manera que como las líneas de la circunferencia se van a rematar en un centro, casi todos los sentidos cuando cazan por de fuera es en orden a regalar este hermano que siempre pide gollerías: los demás son ladroncillos que lo han de lejos; pero el tacto lo ha de cerca, y es un loco de muchos temples que hace muchos males;

los demás acuden a una cosa, pero el tacto hace su obra sitiando, escalando, poniendo manos a la labor; en los demás consisten las previas disposiciones de la enfermedad, pero cuando ésta llega ya es muy cerca la muerte. No se me hizo duro de creer que San León, papa, se sintiese gravemente tentado de que una mujer le había besado la mano, y de hecho se la cortó por huir de la fuerza de la tentación.

Mi amo se detuvo aquella tarde en casa, que no quiso que se averiguasen cuentas del camino con el despensero, y que yo me hallase para que de allí adelante estuviese a mi cargo el pasallas. Y como habíamos acabado tarde de comer, no pude salir en toda la tarde de casa, que estaba de los cabellos y bien contra mi voluntad, porque deseaba volver a tentar el vado y ver si era llano lo que me había parecido fácil. No hubo remedio, de que no tenía yo poco sentimiento; que se me hacía de mal perder ocasión por impedimento de mi oficio. Púseme en la cama y di muchos vuelcos en ella, que no podía cuajar sueño, que era para mí cosa bien nueva, pues apenas me allanaba en un poyo con un canto por cabecera cuando me zambullía hasta que el sol del otro día me servía de despertador sin que hubiese menester la invención flamenca de relojes ni despertadores. Anduve vacilando en muchas cosas, ya de la vida pasada, ya de la pasión y presente. Sería más de media noche, y siento a la puerta de mi estancia dos o tres golpecitos bajitos, a manera de que rascaban la puerta. No tuve sospecha de que eran ladrones, porque era una casa muy bien cerrada; mas con el desvanecimiento que de mí tenía, me vino al pensamiento que mi señora Livia me enviaría algún recaudo con alguna criada. Todo me alteré, teniendo esto por cosa averiguada. Yo era de mi natural atrevido, estaba harto de mudar asientos, cualquier lugar me parecía patria y ninguno me dolía de dejalle. Determiné entre mí que mi señora me quería bien, podía sacalle mucho, pues estaba en casa tan rica; que el primer estímulo fue el del interese. Representábame el diablo que se podía hacer con mucho secreto, y, cuando se supiese, podía tomar calzas de Villadiego. No ponía yo duda en

que mi señora me quería bien, pues el amor no repara en igualdad.

Levántome de la cama en camisa y voy a la puerta. Hacía la noche muy oscura, y como era dentro de casa, tan oscuro estaba fuera del aposento como dentro. Digo bajito: “Ce, señora, ¿quién es?” Nadie me respondió, y yo sentía ruido muy cerca de mí. Creí que se burlaba, y alargó el brazo para echarle mano y topo con una cabeza con unos cuernos. Penseme que era el diablo que me venía a espantar, como yo estaba con imaginaciones torpes. Poco faltó para caerme de mi estado. El pelo se me erizó en la cabeza, y de puro espanto no puede echar ninguna voz, no podía mover los pies de un lugar. Estando en esta suspensión y miedo, vine a caer en la cuenta de lo que era, que en casa tenía mi amo diversos animales, mona, papagayo y dos carneros de cuatro cuernos, y que debía ser uno dellos. Cobré ánimo, encendí una luz con aparejo que tenía a mi cabecera y hallé el carnero, que no se había movido de la puerta, echado, y estaba remugando, con que hacía un ruido lento y bajo, el cual hacía cuando yo le toqué la cabeza y cuando le toqué paró. Y el ruido de la puerta le había hecho como estaba arrimado a ella, y levantaba la cabeza de manera que parecía que rascaba con los cuernos en la puerta. He aquí despintada mi sospecha de los amores con la señora Livia, y me vuelvo a la cama corrido de tal pensamiento y de mi fácil credulidad y alborotado del suceso que casi me había sacado de sentido, y cansado de vacilar y fabricar trazas e invenciones para hablar a mi señora, la que me parecía que de veras me había mostrado afición y que para mí tuvo tan buena mano que la vi entregada en la mía. Volviome la imaginación a traer a la burla del carnero y qué fácilmente había yo pensado que era recaudo de mi señora Livia.

Acordóseme de lo que había oído predicar en Roma en la cuaresma pasada, en el sermón de la Magdalena, tratando del vicio de la sensualidad: que es el diablo de tal jaez, que en esta materia procura siempre hacernos caer con menos ocasión y sin gastar mucho almacén por su parte, porque si puede con sólo el deseo, no procura que se siga el acto; si con una fea, que no sea

con una hermosa; si con una estatua de piedra, cual del otro mancebo ateniense, que no sea con mujer de talle; y por esto se dice que los enamorados son ciegos, porque hacen mil despropósitos. Contando San Gregorio la mala casta que sale desta madre lujuria, pone por hija mayorazga la ceguera del entendimiento. Cuando uno da por las paredes, decimos que o está ciego o no escapa de loco. Pues ¿qué menos concepto se puede tener del enamorado y sensual, sino que de ciegos se quiebran muchas veces las cabezas, perdiendo el seso, y como privados de la razón dan en disparates nunca pensados? Dime (yo te ruego), tú que escuchas mi vida: ¿cuántas veces en la tuya has quedado fallado de tus deseos? En lo que ahora tratamos, ¿cuántas veces te dieron hora y no puerta abierta? ¿Cuántas te has visto a pique de perderte por ser casi cogido con el hurto en la mano, y otras has gastado gran parte de tu dinero sin obtener lo que deseabas? Lances son deste juego, tretas deste ajedrez, suertes desta guerra. No te maravilles de mi suceso y pon los ojos en los tuyos y déjame dormir, que tengo alambicado el juicio de hacer discursos en materia que tanto aflige el entendimiento.

CAPÍTULO VI

EN QUE PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO PASADO,
Y CUENTA GUZMÁN LOS FAVORES QUE RECIBIÓ DE SU
DAMA Y LA INQUIETUD QUE LE CAUSABAN

BIEN fueron menester golpes a la puerta para recordarme que el sol andaba muy alto y yo estaba en mi profundo sueño, que como creedor riguroso, cobraba de mí con puntual ejecución. Salté de la cama y empecé a vestirme a toda priesa por no caer en falta; y como la imaginación es tan ligera y en cualquier tiempo hace su oficio, luego me trujo otra vez la burla del carnero, que casi fue como la de la borrica que me sucedió en Malagón. Estaba atónito de mi ceguera, que preciándome de agudo, de limado y rompido, me dejase llevar

de tan despropositado pensamiento; conocí la brevedad con que encanta este vicio y trastorna el juicio del hombre, que por horas le da los términos, y a los primeros paroxismos parece que le roba el seso y entendimiento.

Por eso Apuleyo y los poetas, en la descripción que hacen del dios Cupido, le pintan niño y ciego con los ojos vendados. Niño porque los que aman como niños reciben engaños, y embelesados con la pasión, ni entienden ni discurren, cubiertos los ojos. Porque se vea que no hay cosa más sin luz que el hombre picado deste alacrán: no mira en lo que se mete, ni discurre si lo que apetece es posible o imposible, si le está bien o mal, si corre peligro o está en salvo; solamente a ojos cerrados se arroja adonde le lleva su afición, prueba venturas sin ventura, acomete trances mal mirados, pónese a riesgos evidentes, emprende temeridades que tienen malas entradas y peores salidas. Si esto se mira con agudeza y ojos de razón, ninguno se dejará de maravillarse si se quiere dar la causa de tal desconcierto, porque consigo se la trae. Y es que entonces manda otro más en casa que el que solía, por donde no hay otro remedio si no es apelar de la sala de la cordura, haciendo pasar su negocio a la de la ignorancia. No hay otra capa para cubrir su desnudez, salvo la pobreza de seso y sequedad de entendimiento. No es poca miseria que habiendo Dios hecho al hombre tan hidalgo de su libertad y habiéndole dado libre albedrío, ingenio y juicio angélico, le haya él baratado tan mal que por una pasioncilla pierda el nombre, y con esta injuria mendigue el perdón de sus necedades, diciendo que no se entiende. Un loco hace ciento, y el amor hace mil. No he menester para probar esto la autoridad de Orígenes, que cada día lo vemos, pues por el amor muchos pierden el seso y vienen a dar en grandes disparates, llamando a las mujeres su vida, su alegría, su alma y aun su dios, diciendo blasfemias contra el Cielo y adorándolas no sólo con palabras de blasfemos, sino con obras de gentiles.

Al fin, cuando bien hube discurrido y acabádome de vestir, ya hallé que mi amo salía de casa; acompañele hasta la iglesia. Y como no se me cocía el pan de la que me daba cuidado, con

gran brevedad fui a la puerta de su casa. Estaba puesta a una celosía como si me estuviera esperando, y en viéndome se quitó della. Quedé muy congojado y pensativo, que entendí que era como el lance de la noche pasada; y en esto sale una criada y con grande disimulación me hizo del ojo que la siguiese. Llevome tres o cuatro calles de allí, y díjome que su señora había quedado muy pagada de mí y que la tarde pasada me había estado esperando y nunca parecí. Pero que advirtiese que era doncella recogida y que tenía madre y parientes muy honrados, y que no convenía que le diese vueltas por la calle, ni podía entrar en su casa de día ni de noche por entonces, porque su madre la guardababa mucho y ponía gran cuidado en las puertas; pero que después de las doce la podía hablar por la ventana. Agradecí mucho el favor, y por albricias a mi tercera le puse dos reales de a ocho en la mano, porque me parecía que ya no había hombre más dichoso ni con más felicidad. Heme aquí vuelto Fúcar, y en liberalidad un Alejandro, y ayer no tenía canto que arrimarme por cabecera. Creí estar empleado en cosa de un rey; quise saber de la que me trujo el recaudo quien era aquella señora; pero como yo era nuevo en la tierra, por mucho que me dijese no podía caer en la cuenta; sólo entendí que era de gente noble. Afirmábame que era doncella. Eso no podía yo creer por la desenvoltura que había visto; más por lo que la quería, holgaba de estar en este engaño. Volví a acompañar a mi amo a su casa y hacer quimeras cómo podría yo salir aquella noche de casa, porque era muy cerrada y quería que nadie saliese y luego se cerrase. El afición es grande maestra y no hay dificultad por donde no rompa: acordeme que la ventana de mi aposento era baja y sin reja, y que por allí podía salir, aunque quedaría la ropa sobre su palabra y a beneficio del inventario. Al fin no pude hacer otra cosa: cada hora se me hacía mil años.

Salí por mi ventana, dejándola junta, y llego a la ventana de mi dama, la cual estaba abierta y le veía la luz por la celosía. Todo me alegré; mas luego siento grandes voces, a manera de que la vieja reñía a su hija. Pesome de que la vieja estuviese tan tarde de pies y no se hubiese acostado, porque me habría de detener mucho para esperar ocasión, y no es mucha la

seguridad de un español de noche por Nápoles. Sosegáronse las voces, y de allí a buen rato veo bulto en la ventana. Llegueme, y era la criada, que me dijo: “Señor, esta noche no habrá remedio, porque mi señora perdió ayer una joya y hoy la ha echado de menos su madre, y hala reñido mucho sobre esto y está muy afligida”. Yo conocí que podía ser treta como la que me habían hecho en Toledo; pero como los enamorados son ciegos y aquí tenía yo la bolsa a mi cargo, díjele que procurase que saliese y yo le pudiese hablar, que todo se remediaría, y que parecería la joya o se haría de nuevo. Hízome esperar, y cerca de las dos de la mañana salió la señora, diciéndome con mucho melindre que mirase no me viese nadie, porque era grande atrevimiento suyo y a mucho peligro de su vida y honra el salirme a hablar. Hícele las gracias desta merced, y que mirase cómo le podía quitar el disgusto de la joya perdida, porque más pena sentía yo en el alma, y que no reparase en nada, porque yo no había de sufrir, aunque se perdiese el mundo, que tuviese disgusto la que era dueña de mi vida. Dijo que me esperase, que parecía que sentía ruido en casa. Volvió luego diciendo que no era nada, sino que el miedo la tenía inquieta, y que había hecho más en salir a la ventana que si esperara un toro en el coso. Pasamos muchas cosas, mostrando que se había pagado mucho de mí y que a la primera vista se aficionó luego, y que más se holgaba que fuese español, y que no se engañaba en pensar que yo sería bien nacido y de buenos padres, que mis obras lo mostraban. En conclusión quedé condenado en haber de pagar la joya que decía que había perdido, que valía ochenta escudos, que era un papagayo de esmeraldas con dos diamantes por ojos, porque decía que el día que yo la topé le había perdido, y le traía de mostralle en la platería para que le hiciesen otro como él, y que era prestado y por eso habían sido las voces de su madre, la cual se persuadía que el hombre que la había levantado del suelo se la habría quitado. Y así vino bien el decir que aunque aquel hombre no le había quitado, pero le restituiría. Quedó aplazado que a la otra noche a la misma hora yo traería el dinero, y se subiría con una liga por la ventana. Con esto nos

despedimos, quedando yo más ufano que si hubiese descubierto unas Indias.

No quisiera dejar de haber visto Nápoles por los haberes del suelo. Vesme aquí, amigo, del todo inquieto, sin saber de qué estaba contento o de qué melancólico, porque pensando cómo podría dar tal golpe de dinero sin que hiciese señal, tuve bien en qué desvanecerme, y me resolví de darle (aunque se hubiese de saber), sólo por ver si podía gozar lo que deseaba, porque el enamorado no mira sino el tiempo presente. Como me hallaba rico y los dineros me bullían en las manos, sólo hacía caso de comprar contentos de presente, sin echar la cuenta para el año de por venir, y así me sucedió lo que dice el refrán: que quien adelante no mira, atrás se halla. Quien como prudente no juzga tiempos con tiempos, razones con razones y sucesos con sucesos, indigno es de llamarse avisado. Y debería considerar que no pudiendo andar al trote de mis antojos ni pasar con tantos gastos adelante de la manera que en profecía, y aun en acto se me representaban que había de vivir fatigado, alcanzado, mísero y con el verdugo de necesidad a mis espaldas, que es puerta por donde salen todos los bienes y entran todos los males; que es arriero la necesidad que trajina cualquier trabajo, y es tierra la pobreza donde se cogen ciento por uno, y más la debía yo merecer como cirujano bien acuchillado, que pudiera vender experiencias y leer cátedra de mal pasar; mas aposta me le ponía todo atrás y adrede me lo despintaba de la memoria, como cosa que no me acarrea gusto y me privaba del presentaneo que yo deseaba. Cerrábame, como dicen, de campiña, y como la sierpe al encantador, atendiendo sólo a llevar adelante lo empezado, como si dello dependiera todo mi ser, vida y contento. Llego a mi casa, y fue gran ventura que los ladrones (que no había pocos) no hubiesen dado con la ventana abierta. Acontecimiento fue acaso y buena fortuna; pero luego torció la rueda, como verás adelante.

Acosteme lleno de favores, y con el alegría del buen suceso y buenas esperanzas que me prometía el cansancio grande y ser cerca del alba, me sepulté en la imagen de la muerte, que quien

me viera pensara que la había retratado al vivo. También hube menester golpes a la puerta cerca de mediodía, que pensaba que ya no estaba en el mundo. Yo, como conocía las faltas que hacía, procuraba sondallas con levantarme aprisa, fingir que había estado de mala gana aquella noche y mostrarme en casa solícito. A los golpes que daban a mi puerta de entresuelo había salido mi señora Livia a una ventana del palacio, donde dije que la vi la primera vez, y al salir de mi aposento, dijo: “¿Cómo, Guzmán, en España también se usa madrugar poco?” “No — dije —, señora, en los de mi calidad y que habemos de acudir a obligaciones de nuestro oficio; pero los señores bien suelen hacer del día noche y de la noche día, alumbrarse con la luna y cerrar sus ventanas al sol. Mas yo no lo he hecho por voluntad, sino por necesidad, porque me he hallado esta noche indispuesto”. Mostró pesalle de que ésta fuese la causa y creo que, si supiera la verdadera, le pesara más, según me fiaba de que estaba amartelada. Deseaba yo la noche, que me parecía que amanecía mi día en ella, y culpaba al sol de que tan de espacio se iba a reposar por quitarme a mí el reposo.

Aquel día me entregó mi amo quinientos escudos para el gasto, que no se gastaban menos cada mes. Vino la hora, salgo por mi ventana, dejándola junta como la noche pasada y llevando en una bolsilla de ámbar los ochenta escudos de la joya perdida del papagayo, que parece que me decía: “¿Cómo estás loco! ¡Cómo cautivo perro!” Hallé ya a mi ninfa esperando a la ventana, pedí que echase la liga, y ya la tenía aparejada, y subió con ella el dinero, el cual debía ella esperar con más cuidado que a mí. Hízome grandes muestras de quererme del alma, y que si estuviera en su mano aquella noche me hubiera puesto en su casa; pero que ella daría traza brevemente como yo pudiese entrar; y a vueltas de los amores injirió que mi aseo y curiosidad en el vestido le habían parecido maravillosamente, que ella de su natural era amiga del aseo y galas curiosas, y señaladamente de vestido a la española. Ofrecí de darle para uno la noche siguiente, pero que procurase de abrirme la puerta. Ella lo ofreció, y que haría todo lo posible, no sólo por mi gusto, pero por el suyo, que lo deseaba con mayor afecto.

Hinchiome los cascos de viento, el entendimiento de embelecocos y la voluntad de buenas esperanzas; que es propio de mujeres encantar y embelesar, y mientras anda la bolsa próspera todas anidan en ella, con mil donaires le cantan la buena ventura; mas en faltándole lo de dentro, ellas se retiran afuera, que son como las golondrinas, de las cuales dice San Isidoro que son grandes adivinas de la casa cuando se quiere caer. Y así, en entendiendo tal pronóstico, sin dar las gracias a los caseros del hospedaje, hacen San Juan y Corpus Cristi en un día y se pasan a otra posada. Y así hacen las mujeres cuando barruntan que ya no hay tras qué andar. A la rebusca mudan bisiesto o arman alguna riña con que despedirse y buscar la vida en otra parte. Por esto dijo Filón que la mujer es animal muy costoso de sustentar: siempre está diciendo *daca, daca*. No mira si lo hay ni que tiene pelado al hombre hasta los cañones. Haya que robar, haya que coger, haya que le den; que aunque sea de hurtado no se le da nada. Volví también esta noche a casa cerca del día. No quise acostarme por no hacer falta como las otras veces, sino que así, vestido, me senté sobre una silla, que pensé que allí no prendía el sueño como en la cama. Mas presto tuve el desengaño, que apenas me pudieron recordar según me había engolfado en alta mar, que el sueño es ladrón de casa, enemigo solapado, traidor encubierto. Confieso que el sueño fue dado naturalmente al hombre para su conservación, porque no hay obra natural en él, que es mundo menor, que no tenga necesidad de descanso y alternación como la tiene este mundo mayor, en el cual hay invierno y verano, frío y calor, noche y día. Y así el sueño, según Plutarco y Tertuliano, es un reparador de la virtud cansada, y con su ayuda y servicio refresca al hombre, dale nuevo aliento y después de las fatigas y trabajos le resucita con fuerzas más enteras para nuevo trabajo.

Pero el sueño que yo tenía, de puro rendimiento, así me acometió en la silla como en la cama: como yo estaba poco enseñado a regalos, adondequiera me parecía cama regalada, y no tomé yo al sueño, sino que él me tomó a mí, pareciéndole que era necesario para el descanso de los espíritus y recreación de los sentidos. Es verdad que tras tanto trabajo y la buena

costumbre que yo tenía de dormir a rienda suelta era casi imposible vencer el sueño y no quedar vencido dél, porque no es otra cosa sino un lugar donde se recogen los miembros fatigados del trabajo para tomar aliento y descansar, y es un adormecimiento y pasmo de los sentidos, causados de la evaporación y humos que suben del estómago y manjar al cerebro, donde, templándose aquel vapor cálido con la frialdad que él tiene, desciende y suspende el uso de los sentidos y de todos los movimientos exteriores. De aquí viene que retrayéndose el espíritu vital al corazón quedan suspensas todas las acciones deliberables, hasta que, recobrando el espíritu nuevas fuerzas y cesando aquellos vapores, el hombre despierta, tornando a los sentidos y potencias a sus operaciones; y según esto, diremos que el sueño es una venta de descanso y casa de recreación para los que están fatigados del trabajo y brumamiento. Y Estacio le pinta como un mancebo alegre, porque no puede sucederles ninguna cosa a los mortales más alegre que la quietud después del trabajo.

Salí muy listo por casa, y ya hallé que mi amo había sentido la dificultad que habían tenido en recordarme, y los criados le habían dicho lo que dormía cada mañana. Diome una reprehensión muy cargada, diciendo que era un vicio dañoso y perjudicial el mucho dormir, aunque no le faltan abogados y procuradores en todas audiencias que salgan en su protección y muchos defensores de su injusticia, que por muchos fiscales que se levanten contra él, también hay jueces que contra todo derecho sentencian en su favor; y que mirase que los que se levantan muy tarde dan grande nota de que andan reñidos con el sol, pues por no toparse con él huyen del cuerpo, haciendo sus alianzas con la noche, y son como la lechuza, que por no poder sufrir la claridad se pasa todo el día en el nido y a la noche sale, cubierta de las tinieblas, a sus ocupaciones. Y el que sigue el norte de la prudencia y pone cada cosa en su lugar, sin pervertir los estatutos del cielo, sale de mañana a su labor, hace lo que debe en el día y descansa a la noche como en tiempo diputado para ello: y que mirase que en su casa se profesaba vida política y de hombres racionales. Vesme aquí con una

sofrenada por los amores nuevos que bastara para alzar la mano dellos si yo fuera capaz de buen consejo; mas, siguiendo mi gusto, me iba a precipitar en los daños que se siguieron. A los consejos de mi amo di la oreja a la manera que la otra hija a su madre, que decía: “Castígame mi madre, y yo trómposelas”.

Hice la tercera noche lo que las pasadas: salgo por mi ventana y llevaba cien escudos en la bolsilla para el vestido que ofrecí a mi dama. Hallela a la ventana y, por cogerme en el lazo, luego me dijo que andaba trazando cómo podría abrir la puerta. Yo, pensando que era facilitallo, digo que me bajase la liga, y atele la bolsilla con los cien escudos. En viéndose con ellos, o que le pareciese que en mí no había más que pelar y fuese traza suya, o que ella tuviese algún galán (que no sería menos) que me habría visto hablar la noche pasada, al tiempo que hubimos discurrido por muchas cosas, parece que se resolvía en abrirme la puerta: salen cuatro de través y embístenme a cuchilladas. Yo, como era mozuelo, y vi tantos contra mí y en parte que no era conocido, tomé el consejo del león, que huye ocasiones donde no le ven, y con mi espada envainada supe por experiencia que correr y huir no es todo uno. Siguiéronme poco; yo quedé harto atemorizado de los amores, que casi me costaron la vida, y no sabía de quién me había de guardar, y con el primer resuello me habían dejado tan gastada la bolsa, que no sabía qué cuenta podría dar a mi amo; ya me vi afligido y acongojado, que no quisiera haber soltádome a nadar tan incautamente.

CAPÍTULO VII
DE CÓMO GUZMÁN DE ALFARACHE FUE PUESTO EN LA
CÁRCEL, Y LO QUE EN ELLA LE SUCEDIÓ

MENOS mal hubiera sido, si aquella noche no me sucediera otro avieso sino el espanto que me dieron los que me acuchillaron, dejándome con sobresalto que no podría ver de noche a mi dama sin correr peligro. Pero, como dicen, jamás viene un mal solo, y son como eslabones de una cadena, y merecía yo muy bien que me durara poco el bien que tan mal supe conocer: llego a casa y hallo la ventana de par en par, de que quedé muy maravillado y con recelo no hubiese sucedido alguna desgracia. Entro por ella, y dos pasos que di por el aposento veo entrar a mi amo y muchos criados que, en viéndome, arrebataron de mí diciendo que ya tenían al ladrón. Quise dar mi satisfacción, y no era admitida, pareciendo que todo era fingido, porque, según después entendí, en mi ausencia habían entrado ladrones por la ventana y no habían dejado cosa en el aposento. Y no faltó quien avisó en casa que habían sentido ruido de ladrones, y reconociendo mi aposento, fue hallado desvalijado y como si se hubiera hecho en él saco de Amberes. Creyó mi amo y todos los de la casa que yo sería el autor del hurto, y como me hallaron en el aposento desvalijado y saqueado, arrebataron de mí pensando sin duda que yo era el ladrón que volvía a ver si podía llevar más de casa. Ayudó a facilitar este pensamiento el ser yo no conocido y que el origen, averiguado con testigos de vista, era de mendigón y pordiozero, hallado en un camino desharrapado. Mi amo no quería escucharme; los criados antes le indignaban, diciendo que se había querido fiar de quien no conocía y dejar la fidelidad dellos averiguada con larga experiencia. Heme aquí como mi poco seso merecía, que con la congoja presente se me olvidaron los amores como la mano. Ya me contentara de verme solo en el camino de Nápoles donde topé a mi amo, sin haber encontrado con él; ya me culpaba a mí y mi inconsideración y liviandad, ya a mi mala suerte que no se

cansaba de perseguirme. Y, sobre todo, recelaba el trabajo en que me podría ver si la justicia hacía su oficio. Vi en figura los trabajos e infortunios que se me esperaban y acordeme que era justa permisión de Dios por los hurtos que ya había hecho de consideración al especiero y al judío, aun a mi amo de los ciento y ochenta que había dado a la dama que me trujo en aquella confusión.

Pedí con mucho afecto a mi amo que me oyese, y nunca quiso, pareciéndole que estaba bien averiguado el delito, pues el aposento se halló robado y la ventana abierta y yo ausente de casa, y que no podía haber salido por otra parte sino por la ventana. Pero como hombre noble y principal, no me dijo injuria ni denuesto, sino que pidió le diese cuenta del dinero del gasto. Dila, y hallose harto ruin, porque no supe dar razón de los ciento y ochenta escudos, que por ser cogido tan de repente no tuve traza que fingir; y esto dio por más averiguado el hurto, porque parecía imposible que en cuatro o cinco días que yo estaba en Nápoles hubiese gastado los ciento ochenta escudos, sino que los había escondido, y que no era fiel en la ropa quien no lo era en el dinero. Esta presunción era tan fuerte — en conformidad de haber hallado el aposento robado, y yo, que había salido por la ventana — que les parecía demostración, y realmente que concluía sin que yo pudiese dar descargo. Mostrábase corrido de haber fiado de mí y hallarse engañado en la elección que le había parecido muy acertada. Vino la luz del día y hizo dar conmigo en la oscuridad de la cárcel, que aunque no la merecía por el saco del aposento, en que no tenía culpa positiva, sino de negligencia y mala custodia, empero por los otros hurtos la merecía muy bien. Iba entre mí pensando lo que le había dicho un astrólogo a mi madre: que yo había de padecer muchos trabajos, cárceles y penas corporales.

Hasta entonces no me había dado a cato, porque no me había visto en acto de tanto rigor y porque había estudiado en Roma, en un librito que no me acuerdo el título, que la astrología falta muchas veces, porque se funda sobre experiencias de efectos pasados, los cuales son inciertos por la incertidumbre de la elemental disposición, y aunque este juicio

de los efectos que se causan de los movimientos del cielo en los cuerpos inferiores coge a los animales brutos de lleno en lleno – porque todos son puros cuerpos –, pero a los hombres no les embiste más de a soslayo, porque no tiene que ver el movimiento del cielo con el ánima racional, que el cuerpo no puede hacer sus efectos en el espíritu, y que así parecen desvaríos de los astrólogos cuando están en juicio sobre las personas. En verdad que es providencia de Dios que falte la astrología, porque si siempre acertara dejaran los hombres curiosos de creer lo que les predicaba la fe por admitir lo que les prometía la astrología.

Al fin, en entrando por la cárcel y escribiendome en el libro, salen un enjambre de gente de la vida a arrebatarme de mí, que si no les pareciera de la carda me dejaran molido como carne momia. Mas procure que entendiesen luego que era español bañado en romano y napolitano, curtido de todo trabajo, así me retire a una parte a mirar de lejos y hacer examen de mi vida; porque a la verdad, como esto de la cárcel era para mí nuevo, y **dice** mucha privación de libertad y con el mal título que me pusieron entré muy afligido, viéndome en tierra ajena y en tan mala morada, y sin blanca, que aun en la propia tierra es la cárcel del mal acogimiento que se sabe; y así se dice que entre los pobres no hay ninguno más triste ni más pobre que el encarcelado. Bueno me vi sin blanca, preso y perdigado con el título del delito, para que me vistiesen algún jubón bien abotonado, y, sobre todo, que no sabía qué había de comer, que era el mayor de los duelos, que al fin con pan todos son menos. Pero la cárcel de Vicaría es un juicio abreviado y hay de todas suertes de gentes. Deparome Dios allí dos españoles, el uno capitán reformado, natural de Sevilla, y el otro cordobés, gente que tenían fuera de la cárcel quien les proveía bien lo necesario. Eran marquesones, gente de lo de Dios es Cristo, de entuvión y la valentona; tenía cada uno su pensionaria que le regalaba y le traía limpio como el copo de la nieve. Quisieron saber mi desgracia, y creyeron lo que les referí, y así gustaron que les sirviese; con esto tenía qué comer, que no fue poco consuelo, y el ver padecer tantos allí, porque al fin mal de muchos, gozo es.

Diéronme la vaya de que había querido volar muy alto y buscar bocados de príncipes con dineros de la Iglesia, y que compraba caro sin mirar la mercadería. Conocieron que les respondía a propósito, y así pasaban muchos ratos conmigo, que en la cárcel hay tiempo para todo, y es la vida muy larga y todos los entretenimientos del mundo son menester, y aun no suplen la falta de libertad, que es la mayor presa que los hombres tienen y la más rica y hermosa posesión. Mucho vale la hacienda, pero si no es uno libre, aunque la tenga, más se dirá ajena que propia. De gran precio es la honra; mas el cautivo y preso ¿de qué le aprovecha mientras está metido entre cuatro paredes? Y no sólo en la cárcel se padece esta sujeción, pero aun se ha de ir mirando a la cara del alcaide y sotalcaide, y guardas de las puertas, porque si se les antoja o descargan con un palo o meten grillos; y no hay apelación, que cuando otra cosa no se considerase, ¿qué mayor mal puede haber en la cárcel, que parece retrato del infierno? En ella, si la miráis de noche, veréis el horror de voces confusas, tinieblas espesas, ruidos de cadenas, resuello de infinidad de gentes, hedores insufribles, los suspiros de unos, los gritos de otros; y al fin allí viene a parar la escoria del mundo: los que no pueden caber en todo él se vienen a retirar a su leonera; es verdad que a mí, como no tenía en Nápoles amigo ni enemigo, no pude sentir el mayor daño que se siente en la cárcel, que es el despintarse las cosas y tomar otro color de lo que son: los amigos se retiran, los enemigos se huelgan, el envidioso tiene treguas en su envidia; todos los males se siguen al preso y todos los bienes le huyen. Los sucesos de aquella cárcel de Vicaría son infinitos, horrendos y notables, y los de mi tiempo fueron extraños.

Pero entre otros, el de un letrado, mozo, galán y rico, hijo de Nápoles, el cual, por haberle habido doncella una hermana suya el mayor amigo que él tenía, que era un caballero principal y casi pariente suyo, habiendo probado de todas maneras, con ruegos y fuerza, que se casase con ella, y no queriendo, se hizo a montaña, como allí suelen, metiéndose entre los forajidos. Era mozo valeroso, de grande ánimo y brío; tenía su cuadrilla de que era cabeza, y hizo el hecho más notable que se ha oído ni se

podría imaginar. Que con haber tan grande rigor como hay en la persecución de forajidos y las penas que se ejecutan en todos ellos tan graves y crueles, rompió por todo y entró disfrazado en Nápoles con su cuadrilla, habiendo tenido algunos días una espía que tuviese cuenta con su enemigo; el cual andaba muy recatado y sobre sí, y tuvo noticia que, como era mozo, salía después de media noche de casa acompañado de cuatro hombres. Cogióle al salir de su casa, y a los primeros golpes le derribó los dos dellos, y los otros dos huyeron como gamos; cogió vivo a su enemigo, y le hizo poner un paño en la boca porque no pudiese dar voces, y dio con él en su alojamiento; y aunque se arrojó a sus pies con muchas lágrimas, pidiéndole misericordia, pero él, disimulando y mostrando que quería complacerle, le dijo que renegase de Dios Nuestro Señor y de su Madre, y que él lo perdonaría; y como el otro por el miedo lo hiciese, no acordándose de la obligación que tenía de morir por la confesión de su Dios, en el mismo acto lo mató, vengándose en el cuerpo y en el alma, cosa que no se halla escrita en historia alguna, e indicio grande de pecho dañado y poseído del demonio. Éste, pues, al cabo de mucho tiempo que fue perseguido, y había hecho mil casos atroces, robando y salteando, vino a manos de la justicia, y con ser muy conocido negó su propio nombre, porque no constase de la identidad de su persona por su confesión. Y aunque tenía muchas sentencias de muerte, y estaba el bando echado contra los forajidos, el cual bastaba, se hubo de averiguar con testigos que era él, y mientras se probaba fue tan diabólico, que se escapó de la cárcel, con ser la más fuerte que se puede pensar, limando sus hierros y quebrándolos con una yerba, y quitando dos rejas de una ventanilla, por la cual se descolgó, siendo tan alta que era maravilla que se hubiese atrevido a bajar por ella, que dejó admirada a Nápoles. ¡Qué de forajidos fueron justiciados en el discurso de mi prisión con aquel riguroso género de muerte que les dan con un martillo en los pechos, hombros y cabeza, con que mueren rabiando! ¡Cuántos otros salieron para galeras, y cuán sin empacho se cometían los delitos, que aun dentro de la cárcel no reparaban en nada, que unos a otros se mataban

con armas que tenían escondidas y con palos aguzados y tostados!

Esta es la fiera condición de los hombres: que no escarmientan, y aunque ven el daño evidente y a los ojos, no reparan en nada por hacer su gusto. Corremos con tanta facilidad al mal, que aun haciendo una fuerza de pies para no caer, se le van muchas veces. Pues ¿qué será si el mismo hombre se echa por la cuesta voluntariamente, ayudándole por otra parte el demonio a estropezar? Cierto es que no parará hasta el abismo de males. El ladrón comienza por hurtos pequeños, y largo se va encarnizando en otros mayores, ensartando tales insultos, que no para hasta la horca. El perro hostigado no vuelve al molino; mas el hombre es más insensato que este animal, pues nunca escarmienta. El pájaro, cuando ve que le roban el nido y desbaratan sus trabajos, deja de cantar y acude a ver si voleteando podrá remediar el hurto de sus sudores o hijuelos. Mas el hombre, siguiendo su vereda y abestializado con el deleite, se está como un Nerón, cantando y mirando el incendio de Roma. Es verdad que no todos vienen a la cárcel por delitos muy graves, porque algunos llegan sin culpa y por calumnias de sus contrarios, con falsas acusaciones, y otros por culpas más leves, o que tuvieron circunstancias que aliviaban la calidad del pecado; que las ocasiones, oportunidades y avinentezas que incitan a los actos de culpa son como desaguaderos con que se alivia la gravedad del delito. Y así podemos decir que es misericordia de Dios que haya en el mundo faltas, enfermedades, ignorancias y olvidos. Item: que haya incitaciones por otra parte de sobra, como es abundancia, sanidad, confianza de letras. Item: rostros hermosos y risas, tiempos oscuros y lugares secretos; porque ya que los hombres por su propia culpa se hubiesen de atrever a pecar, tengan algún socorro que les alivie la gravedad del exceso que cometieron, por haber sido inducidos en alguna manera por la ocasión de la hermosura y afeite y compostura, y la risa mensajera secreta del corazón, y del tiempo oportuno y lugar apartado, y otras provocaciones de que usa el diablo con la permisión que tiene de Dios. Mas el que contra todo esto

vence queda más victorioso y virtuoso que el que conserva entre mujeres que tuviesen rostros de carátulas arrugadas, llorosas, mudas, aulladoras, apelmazadas, estando él aguazado, hambriento y muerto de frío.

En fin, en la cárcel cada uno entra con su título, pero ninguno confiesa que debe nada, sino que viene por malas relaciones, enemigos que inducen al juez y por cosas de riza; y cada uno confía y dice que saldrá al otro día de la cárcel, y una vez metido, él está más de lo que pensó.

Como me sucedió a mí, que estuve hartos meses, y muchos con grande miseria y trabajo; porque la buena obra que me hacían mis amos de la cárcel cesó, que todas las cosas al desdichado fácilmente se le deshacen entre las manos, y jamás viene un mal solo, que unos siguen a otros como si estuviesen eslabonados. Es —como dije— la cárcel un juicio, y como hay tanta infinidad de gente e hijos de todas madres, y cada uno con sus condiciones, y ordinariamente harto perversas y dañadas, por maravilla deja de haber en ella cada día malos sucesos de riña, muertes y hurtos; aquí se matan, y en llegando el alcaide o sus oficiales no hay hombre que se mueva, cualquiera parece un santo, y no hay hallarles armas ni cosa que les parezca, con haberse herido con ellas. Pues ¡dejad algo a mal recaudo! No hay cumplimiento de gatos como en la cárcel, ni tropelías tan finas para hacer invisibles: es increíble la sutileza, que si Caco resucitara, hallara maestros de quien no fuera buen discípulo en el arte. Fue, pues, el caso de mi pesadumbre que habiendo mi amo el cordobés tenido visita de su dama, con la cual estuvo grande rato retirado en el rancho, y saliéndola a acompañar hasta la puerta de los calabozos, en un instante, estando yo allí, se desaparecieron los cuellos y ropa limpia, que no se pudo haber rastro; y en echándolo menos arrebató de mí, y a puño y torniscón me pensó acabar la vida, pensando que yo lo había tomado; no quedó cosa que no me dijese, dando por averiguado el título con que había sido traído a la cárcel; fue menester que me quitasen de entre sus manos y salir bien lastimado; y aun blasonaba el buen cordobés que si no me hubieran quitado no lo llevara tan barato, como si me

saliera de balde. Retíreme huyendo su furia, porque tenía amigos bravos, gente de vida airada, y yo estaba pobre y desvalido, y, con todo, algunos me consolaban apiadándose de mí. Daban grande culpa a mi nación española, diciendo que el cordobés había procedido como español en tratarme mal, y que era bellaquería que un preso tuviese tanta soberbia y se quisiese hacer de los godos y tener jurisdicción y mando aun dentro de la cárcel.

Contábanme que había tenido diferencias con muchos haciendo del arrogante y bravo, y alguno me me hablaba que había librado mal con él, y vengaba las reliquias de su coraje. Éste —decía— debía de ser en España algún zapatero de viejo, y aquí quiere blasonar de linajes. Aquí reparé considerando lo que es malquista nuestra nación en dondequiera, por la soberbia y licencia que tenemos en hablar y hacer grande pie de las alcuñas de los linajes. Perdóneme mi madre España, que estoy con enojo y digo contra ellas verdades. Piensan los que en España se ceban en las alcuñas que de los antiguos blasones tienen facultad de blasonar de los otros y quieren desapriscar a los que Dios juntó en una Iglesia con el retinte de las hazañas de sus antepasados. Detestable cosa es delante de Dios el que deja la confederación de la gracia que recibió en el santo bautismo y estriba en el rancio apolillado de Babilonia. Son los españoles como los membrotistas que quisieron celebrar su nombre con el blasón de la torre; pues otro vicio tienen, que ni saben ni quieren saber; y por esto no sólo no buscan quien los aconseje lo que les cumple; mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo (movido por lo que dice el *Eclesiástico*: a cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo), en lugar de agradecimiento le dicen que mire sus duelos y no cure de los ajenos, como si fuesen ajenos al pie los males de la cabeza; de donde nació el refrán castellano que no se halla en otra lengua: “Dadme dineros y no consejos”. De aquí les nacen grandes ocasiones de daños y pecados: la cólera me calentaba la lengua viendo que no me podía vengar por mis manos. Y como era tarde y no tenía qué comer ni sabía de dónde me había de

proveer, di en este cuidado, que deshizo todas las fantasías de mi irascible.

CAPÍTULO VIII
EN QUE GUZMÁN PROSIGUE LOS TRABAJOS QUE TUVO
EN LA CÁRCEL, Y CÓMO SALIÓ Y ASENTÓ CON UN
COCINERO

VES aquí mi vida de prestado sobre la palabra de Dios y librado en su esperanza y fe, que por no haber querido caer en la cuenta, andar en cuerda y vivir quieto en servicio de mi amo, conociendo el buen asiento que tenía, me hallaron los alguaciles de la justicia y de la hambre. Al rico nada le falta, porque con su dinero compra lo que le ha menester en la mar, en el aire y en la tierra; mas yo, que no tenía remedio humano, preso y pobre, ¿qué tal me hallaría? Del pobre todos burlan como de perro atado, todos huyen como de perro rabioso, y a todos huele mal como el perro muerto; sólo le queda la merced de Dios, que a nadie falta. Cuando ve que le aprieta el invierno pide ropa y leña; cuando carga la noche demanda siquiera un pajar para albergarse; cuando le aflige el calor vase a las eras; cuando le atormenta el hambre mendiga por las calles; cuando se siente enfermo acógese a los hospitales; mas yo en la cárcel no me podía valerme de ningún remedio destes. Aquella noche empecé, para acudir a mi hambre, a deshacerme del vestidillo que tenía trocándolo con otro ruin, y a la fe en el contrato no hice logro, porque lo que valía cuatro di por uno; que así vende la necesidad. Como el dinero era poco, presto se me deshizo y quedé hecho un mal trapillo; arrimeme a los que vendían vino y otras viandas en la cárcel, y siempre de mi servicio se me pegaba un pedazo de pan, una vez de vino; y como lo llevaba a las mesas de los presos que comían, el uno me pedía de beber, el otro me enviaba por otro recaudo, cada uno me daba algo de comer.

Desta suerte me entretenía, sirviéndoles a todos y conociendo por amos a todos los presos, a todos me mostraba leal y a todos clavaba lo que podía. Allí volví a repasar lo de la sisa, porque no se me olvidase: yo mismo era comprador del vino y me lo medía, y al dueño del jarro sisaba del dinero y al del vino me le hacía juez de buena medida. Empecé a menear algún dinerillo; y era tal mi vicio, que a título de probar la mano para ver si ganaría para vestirme, todo me lo jugaba, y el juego me hacía ser más largo sisador y más corto poseedor de moneda.

Tres o cuatro días antes de una visita general de la cárcel para la fiesta de Navidad advirtiéronme algunos por qué no ponía yo alguna petición: busqué tinta y pluma, y como algunos me vieron escribir, maravilláronse de mi letra y razonable nota: ¡heme aquí canonizado de letrado! Todos acudían a que les hiciese peticiones; aunque me pagaban como a letrado bribón, pero todavía me valieron algunos reales en aquella refriega de vista; y allí adelante el servicio que me daba de comer era escribir peticiones y billetes para procuradores y parientes de presos, con que ejercitaba la pluma aunque yo estaba harto sin ella. Pareciome, pues por todos escribía, acordarme de mí mismo y ver si podría mover a mi amo a que procurase que me sacasen de la cárcel, pues había seis meses que estaba padeciendo. Escribile con mucha humildad, que suele hacer presa en pechos nobles y de ley; hallela en mi amo a medida del deseo, porque, aunque no me respondió luego, de allí a tres o cuatro días me envió un recaudo diciendo que ya había procurado y negociado que saliese libre de la cárcel, pero que me guardase de vivir mal; y fue así, que luego me dieron libre. No le parecía a mi procurador que podía ser, diciendo que el hurto estaba averiguado; pero no faltaba algún preso de experiencia que me decía que la voluntad de mi amo era la que importaba; porque los hurtos domésticos no se castigan contra la voluntad del dueño y señor de la casa.

Salí bien despojado y me duró hartos días. Como no sabía otro acogimiento, volví a la cárcel; escribía peticiones, y con esto acaudalaba la comida y era casi como un procurador, que

muchos me esperaban para negociar conmigo y hacerme escribir sus billetes y memorias para los jueces. Y al fin me hacía preso de *bonaboya* por buscar de comer; que por la ciudad no tenía aún industria cómo lo había de buscar si no era pidiendo limosna, la cual yo entonces no osaba pedir por estar sano, y también por no dar en algún inconveniente, que como a holgazán y vagabundo me volviesen a la cárcel. Y aunque estaba tan pobre y desmedrado, te aseguro que era menos molestado de pensamientos y tenía más quietud, que es la compañera de la pobreza. Este es el tesoro mayor que se puede desear, y abraza todas las riquezas de la tierra, pues es cifra do se juntan todos los bienes, suma do se hallan todos los contentos, abreviatura do se encierran todas las prosperidades y doblón de oro purísimo do se contienen otras muchas monedas; ésta es la quietud del ánimo.

No quiero yo, en lo que digo ni escribiere, sacar las cosas de su proporción ni dar a entender que se siga el ocio, procurando la pobreza para alcanzar quietud. Pero, hermano, este don dio el Altísimo a la mansa pobreza, la cual Él estimó y preció y la tuvo por compañera toda la vida que se dignó vivir en este mundo; que el pobre tenga menos aflicción de cuidados, los cuales nacen (como te dije arriba) de las espinas de la hacienda; y así dijo el otro:

*Es vida segura la mansa pobreza,
dáviva santa desagradecida.*

Y aun bien sabes que dijo Cristo: “No queráis atesorar en la tierra”, y es uno de los mandamientos o consejos del Redentor que el mundo ha trocado en execración, y así lo platica al revés, como si en contraria forma le recibiera, pues es sin duda que no hay cosa que así contradiga la sanción evangélica como el afán y cuidado desordenado de atesorar; porque derechamente repugna a la intrínseca naturaleza del Evangelio, pretendiendo destruir su sustancia, la cual es levantar nuestros ánimos a cosas más altas que las de la tierra, mostrándonos los tesoros del Cielo y deshaciéndonos los de la tierra para que los pisemos y tengamos en nada, y aun esto es anexo al Cristianismo. Bien

conocía esta filosofía moral el buen Diógenes cínico, aunque no tuvo luz de la fe, pues fue tan grande amigo de la pobreza para alcanzar la quietud y reposo del ánimo; y por esto tuvo en poco el grande ofrecimiento de Alejandro Magno, contentándose con que no le impidiese el rayo de sol. Y viendo que una niña bebía el agua con la mano echó el vaso que traía para beber, diciendo que pues hallaba que la Naturaleza le había proveído de vaso no quería llevar carga de otro.

Otro Diógenes estaba yo hecho en la quietud en lo que tocaba a cuidado de mujeres, que se me fueron como por la mano, ni de atesorar, porque esto no lo cuidé en mi vida; que sólo procuraba día y vida con libertad. Muchos presos me enviaban con recados y a solicitar a sus procuradores. Allí vi el robatorio dellos y de los escribanos, y el humo que venden a los tristes presos llevándoles engañados y dándoles a entender que han hablado al juez y que ya se mira su negocio, y ellos no han dicho palabra ni se han acordado. Al otro, que ya le han ofrecido que saldrá en fiado, al otro, que le han hecho mejorar la sentencia de azotes en destierro, de muerte en galeras, sin que tal les haya pasado por la cabeza, sacándoles su dinero y dejándoles con el trabajo a cuestras; todo es trazas, artificios y modos de vivir, y aun de robar; al que paga bien le alargan el pleito; al que mal, o no tiene de qué pagar, no se acuerdan dél. Pues del otro escribano que revela los secretos y viene a advertir al reo que la sentencia está ordenada y está muy buena, o que está muy cargada y le advierte para que procure el remedio, para que le unte las manos por el aviso de humo, que muchas veces es falso, y todas por el solo interese, atropellando por el de su alma.

Ven acá escribano, que por eso dicen que tenéis gran derecho en el infierno; el juez se guarda mucho de que no se sepa el secreto de la causa y tú, sin pedirte dél, le revelas. Pues no se me va el juez sin que me acuerde dél, que también vi maravillas. Dios te guarde, hermano, del juez apasionado y que desea meter al pobre preso en la horca; él le examina los testigos como quiere, deja lo que es descargo y toma sólo el cargo, y en él hace la letra gorda y vale dictando con tales

palabras, que de una pulga le hace el caballo de Troya. Y porque se parecen en algo a las palabras que ha dicho el testigo y está el otro temblando delante del juez que la examina, no osa contradecir, y pasa el juez con ello como si el testigo lo dijese, calificando el dicho, y el otro le firma; esto es aun cuando va por lo justo a su parecer, que otras veces le busca mil defecciones en la cárcel hasta que parezcan testigos, y con pocos indicios da el caso por averiguado y la sentencia como si no le hubiera parido madre a aquel cristiano; y así echa años de galeras como si fuera enviar a uno a divertirse, o como si fuesen buñuelos; que no va nada en que salgan pares o nones, tuertos o derechos; a muchos lo he oído, y me parece buen pensamiento, que a un juez primero le habían de hacer experimentar la cárcel y galeras para que supiese al recreo que envía la gente tan sin asco ni pesadumbre. Digo otra vez, hermano, que Dios te guarde de juez nuevo que se quiere acreditar con rigores, y de verdugo viejo que sabe el camino de cuello y espaldas.

A este estado me vi reducido, que era mi natural, perdiendo el buen lugar que había hallado con buena suerte en casa del Clérigo; yo me guardaba de perdelle por asechanzas de otros criados, y vino a ser por mi propia culpa y por seguir mi apetito y volar como halcón altanero; y no fue embeleco de poco daño, pues vine a padecer experimentando el galardón que suelen dar los vicios, y señaladamente sensuales. Con mucha razón se compara el deleite a la leche; porque así como ésta con su dulzura lleva tras sí el gusto, pega sueño y presto se corrompe, así el deleite embota el apetito, priva del sentimiento verdadero y después todo lo corrompe; si no, échese un bando de ojos por todas las historias sagradas y profanas, y veremos los libros llenos de ejemplos que nos predicán lo mesmo que el Espíritu Santo. ¡Cuántos hospitales hay llenos de hombres bien nacidos y ricos que malbarataron sus haciendas en este trato! ¡Cuántos sirven de mozos y esclavos que en algún tiempo fueron señores afortunados pero vinieron al estado mísero en que se hallan por el gasto profano que hicieron con mujeres! Y ¡cuántos ganan un pedazo de pan en oficios viles, cuyos padres expendían más

con los criados de cocina que ellos y los amos tienen en toda su hacienda! “El deshonesto —dice Salomón— vendrá a ser pobre”. Como es palabra de Dios cúmplase infaliblemente; por esta causa vemos cada día muchos sin dignidad, sin haberes, sin honra, sin padre, sin madre, más no sin perro que los ladre; pues al desharrapado hasta los perros le tienen por ladrón de lo ajeno. Y así lo merece quien dio tan mal cobro de sus cosas. ¡Cuántos mayorazgos han perdido por aquí los títulos de su herencia! ¡Cuántos por darse al vicio de mujeres en vida se comieron de gusanos, en vida se privaron della y de la honra antes que comenzasen a gozar della, en vida se enterraron y en vida hicieron cesión de bienes, deseando para su remedio los males de la muerte!

Mas no quiero engolfarme ni engolfarte en tan grande abismo, aunque es muy general y cunde mucho más que mancha de aceite. Y prosigo con lo que determiné de mi vida, que aun el ver estos malos tratos de procuradores, jueces y escribanos me enfadaron. Aunque, pues dije que el mayor mal éstos es vender humo, no dejaré de contarte lo que allí sucedió, y fue cosa notable. A uno le pasó por la cabeza que si podía hablar al Virrey cuando saliese en público en sitiadas generales podía sacar mucho provecho de los negociantes.

Tuvo forma de que el secretario del Virrey le obtuviese que en público le dijese al Virrey a la oreja la oración del Ave María, y no otra cosa. Como mucha gente principal y titulados vieron que este hombre hablaba tanto a la oreja al Virrey y le escuchaba de buena gana en tiempo que ellos no podían haber lugar de hablar, parecioles que era grande la privanza, y que por su medio podían negociar sus cosas. Cada uno le encargaba su negocio, y él a todos prometía que sin duda hablaría al Virrey con grandes veras. Víanle hablar, y, aunque era la oración del Ave María la que decía, cada uno pensaba que era su negocio. Acudían a él, y a cada uno en particular decía que dejaba el negocio en grande punto, muy informado y con buena esperanza. Si salía buena sentencia pensaba que sin duda era por su negociación; acudíanle maravillosamente. Si salía mal, entendían que no había podido negociar más. Y en esta forma

hizo millares de ducados, hasta que cayó el Virrey en la cuenta de las embrollas del buen hombre y le dio el castigo merecido. Naturalmente aborrecía yo este trato, porque con sencillez quería valerme de lo propio y ajeno para sólo mi sustento, sin pensar en cargar juros ni hacer mayorazgos. Topeme con un mozalbillo de mi misma figurilla, pícaro de cocina del Virrey, que era a la sazón el gran conde de Miranda, cuya prudencia y grande gobierno tenía y tiene maravillado el mundo, canonicándolo por el excelentísimo consejero de Estado y gran columna de la monarquía de España; en breves razones me dijo cuán bien se pasaba en aquella cocina, y que de los relieves y cosas que se perdían se podían sustentar muy bien aun los que se precian de delicados, y que estaba de partida el Virrey para España. Esto de ir a España, y la fama de la abundancia y el volver a mi natural de la cocina, fácilmente dieron conmigo en ella. Vi que no me había mentido, y que aun la presencia vencía la fama. El cocinero quería gente que le siguiese, porque los otros de la cocina, que eran de Nápoles, no querían salir de allí. En viéndome, me dijo: “Pues, galán, ¿pensáis ser de durada, o ave de rapiña?” Díjele que por mi servicio vería que ganaría el crédito, y que mi deseo era pasar en España, en donde había platicado el oficio. Luego se echó de ver en la destreza con que acudí a los guisados, miralles el punto y llevalles adelante en su sazón, ir previniendo cosas para la noche, aderezar el herraje y ofrecerme a ir a vender los despojos y provechos de la cocina, menudillos de ave y las pérdidas en el asador, y lo demás que tan bien o mejor sabía yo que el cocinero. Holgose de verme tan plático y diligente, y en pocos días vino a poner a mi cargo casi todo el peso y cuidado de la cocina, que le parecía que podía gobernar su vicaría y sustitución.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO DE LO QUE PASÓ GUZMÁN EN EL VIAJE A ESPAÑA SIGUIENDO LA COCINA DEL VIRREY

VOLVÍ a mi centro como el pece al agua, que con la buena condición de mi amo me parecía que había hallado lo que buscaba: bien comido y poco cuidado. Habían muchos que ayudaban; yo era como vicecocinero, que como me hallaron hábil fui dado por tiniente de maestro de capilla. Los otros entendían en la ejecución de manos, de limpiar instrumentos y aderezar y prevenir recados, tener asadores, espumar ollas; yo sólo entendía en componer los guisados, pedir recado, darle su sazón y entretenellos para la comida o cena, poner luego otros de nuevo y hacerlos volar con toda diligencia con el refrán que “lumbre hace cocina”; y tal vez se hacían dos y tres veces, señaladamente de noche, que se cenaba muy tarde. Mi amo, viéndome tan pródigo y entendido en el arte, me apreciaba más que a su hijo; regalábame mucho, y lo que es peor, me permitía cualquier vicio de jugar. Procuraba yo no hacer faltas, por los daños que dellas se me habían seguido y porque estando la cocina a mi cargo el pundonor me hacía ir sobre mí. Mas el rato que podía hurtar el agua volvía a su corriente; ya tenía mis feligreses que me pedían cuenta de mis blanquillas; en teniendo yo cuatro reales no les diera ellos por tres y medio; con tal seguridad disponían dellos.

Mi ama era de nación tudésca, y de ordinario estaba con la carga delantera, los ojos le centelleaban como las estrellas del cielo, que sólo en esto parecían estrellas, que por lo demás mejor se podían comparar a la luna en el día del juicio, que se ha de cubrir de sangre. Tenía los engastes como una escarlata, y aunque era muy blanca, el vicio de la invención de Noé la tenía con algunas rosillas por la cara, especialmente en la nariz, que no perdieran nada sus labios de parecelle; no era mal

acondicionada, sino cuando faltaba el vino, que a mi ver estaba más en el caso cuando tenía más cantidad en el cuerpo; y en acabándose de gastar andaban las pendencias, que parecía que entonces salía del caso cuando debiera entrar en él. Mi amo no echaba de ver el vicio porque pudiera ser inventor del licor de cepa si hasta su tiempo no le hubiera habido; hacía lindos versos de poesía, y no había saltaenbanco ni charlatán que mejor sacase una mancha de un jarro; y como entrambos eran cofrades de Baco, de ordinario tenían la del velo negro bien proveída y mejor visitada; casi siempre las tomaba mi amo risueñas y de placer, y había cuentos de reyes. Era mi amo de nación portugués y había topado con uno de su patria y traídole a casa; dióle bien de comer, pues lo tenía a poca costa, hablaron largo de cosas de Portugal en la comida, alabándolas, que decían era el paraíso terrenal, y con el alegría brindaron largo. El huésped tenía harto buena cabeza y fue más a tiento; pero mi amo y su mujer templaron **tan a** los viejos, que cada uno tenía cincuenta y cinco de mano, según envidaba con salvoconducto. Salió esta vez a la mujer pendenciera y a mi amo resueña, como solía; empezó ella diciendo que no había tierra como Nápoles, y que en ella tenía su madre, y no determinaba salir de allí; que había sido engañada, pues no había seis meses que se había casado con ella con presupuesto que habían de vivir allí o irse a Flandes, y que agora la quería llevar a España; que por vida de su madre que no la llevaría viva. El otro de cuando en cuando desparaba en reír y decía: “Calla, borracha”; ella levantaba más voces.

El huésped atónito de la pendencia de zumo de cepas, y a deshora entró el maestresala a pedir la comida, que era cerca la una a la cuenta de España, y a la de Nápoles las diez y nueve, porque al anochecer tocan las veinticuatro. Mi amo proseguía sus quejas y le quería hacer juez; el maestresala se enojaba que a aquella hora no diesen luego la comida; y cuanto menos la quería oír más se embravecía ella; de manera que mi amo, cansado de respondelle sin fruto, quiso probar si había más virtud en otras cosas que en sus palabras. Levantó un plato y estrellóselo en la cabeza; viérades dos fuentes, una de vino por

la boca y otra de sangre por la cabeza, que se venían a juntar y hacer una mezcla de aloque, que a la verdad todo debía ser vino, según se le había subido tan alto; y, con todo, se levantó como una leona, y arrebató de un asador que éramos todos menester para tenella, y yo que me quise señalar más, quedé bien envinado y ensangrentado, y con unas estocadas de resuellos que mataran a un toro. No fue menester poco para reportalla, que no había orden de ponella en razón ni quería dejarse curar. Era muy tarde y no había remedio con ella, hasta que di yo una buena traza, que hiciesen venir un cirujano flamenco que estaba cerca, y que él la pondría en talle hablando en su lengua. Con este artificio fue curada y puesta en la cama, y al otro día salió muy reconocida y con alguna vergüenza de lo pasado, no de que hubiese estado menos concertada, sino de que su marido le había descalabrado; que la borrachera no la tenía por afrenta, a fuer de su nación. Mejor lo miramos los españoles, que tenemos por muy infames los borrachos.

Grandes son los inconvenientes deste vicio vinático, y no es el menor que descubre el hombre torpemente, como se vio en aquel viejo, segundo renovador del mundo y primero inventor del jarabe. Otros muchos daños acarrea a la vida del hombre, pues aquí tienen principio las enemistades, las injusticias, las imprudencias, las osadías temerarias, las heridas, las muertes, las deshonestidades y todo aquello que hace diferencia de un hombre sano y cuerdo a otro que está loco y tomado de frenesí. Creo que por esta causa atribuían los antiguos al dios Baco, abogado de la embriaguez, la insignia del tirso, y otros una lanza cubierta de hojas, denotando la fuerza y desafueros del vino, encubiertos con el mal gusto y sabor de la bebida; y aunque el beber demasiado se tiene por afrentoso en una nación tan política como la española, no faltan muchos que se desmandan, y podrían aprovecharse de la experiencia de los daños que he dicho. Y aun, si miras lo que dijo Platón en sus *diálogos*, fue opinión de muchos que el vino se dio a los hombres para venganza dellos, pues bebiendo salen de sí, lo que es maravilloso género de castigo. Las malas condiciones deste licor conocemos por sus efectos: priva de la vista, mata la

voz, quita el oído, roba el color, hinche los ojos de llagas, hace temblar las manos y no se aprovecha de los pies; los sueños del amigo de Baco son furiosos, su lujuria increíble, su aliento pestilencial, y cáeles un olvido mortal de todas las cosas. Desta gente perdida conocí yo muchos, y aun los tuve por camaradas, que ya tenían el vino por cosa sin gusto ni efeto, como tenían quemado el gáznate y no le sentían; y así daban en el aguardiente, con que se quemaban los hígados. Pues ¡vuelvan la hoja lo que está agora introducido el beberle por la mañana, y lo que cargan dél!, que con el vicio han llegado algunos a consumir en esto razonables haciendas y patrimonios. Cuán lejos están estos segundos de beber agua sola, y cuán panaristas son en la opinión de no querella oír nombrar; pues aunque soy pícaro y de poca inteligencia, bien se me asentó siempre no tocarme de tal bebida, y jamás curé desto: siempre fui aguado, que es ahorro de bolsa; y dicen que el agua hace buenos ojos, y los había menester de lince. Consideraba que Dios crió el hombre en aquel principio con todo lo que era menester para la conservación del individuo, y si el agua no fuera muy acomodada a su salud, habiéndola de usar tanto, otra mayor bebida la ordenara. Con agua se mantuvieron los hombres en aquella primera niñez del mundo, como cosa tan proporcionada a su natural; del agua gozaron muchos años los que les siguieron, y el agua tienen por muy necesaria para su sustento grande parte de los que agora viven; pues si en algún tiempo falta el pan, súpese con otras mil cosas; si el fuego les faltase, quedaban otros muchos manjares que no tienen necesidad de su beneficio; pero si faltase el agua, ni el hombre ni otro animal podría vivir, porque no hay en la dispensa de la Naturaleza cosa que le sea equivalente. Otra consideración hacía yo, que aunque otros la hayan hecho no perderá de su quilate porque haya tenido muchos auctores: que el plantar viñas no fue hasta que por el castigo de la malicia humana se anegó la tierra por el diluvio; que debieron enfadarse tanto con el agua, que buscaron otra bebida por no ver la que sirvió de verdugo. Probaron el vino a costa de su autor Noé y del desdichado Cam, su hijo, que fue el primer esclavo del mundo;

que el vino fue ocasión para perder tan preciosa joya como es la libertad. Muchos dicen que este patriarca no tuvo culpa en la invención del vino, por no saber la fuerza de la planta, pero lloró el hijo de la pena y padeciola toda su vida. Con esta invención no hubo hombre que no perdiese el cariño del agua; mas yo eso tuve bueno siempre, que no hube menester curiosidad en la botillería del vino, porque no le bebía, con que me ahorraba de muchos disgustos que con la variedad de los vinos es forzoso se reciban. Dicen los buenos mosquitos, o que los vinos son fuertes y se suben a la cabeza, y lo más ordinario que pecan de flojos y no abrigan el estómago, o que son acedos y mordiscan el gusto, o que son dulces y dan hastío, o que son revueltos y destruyen el pecho, o que son simples y no tienen sabor, o adobados y gastan la vida; de manera que cuanto más blandos menos entran de provecho. Y con todas estas tachas no le aborrecen; antes el apasionado cuanto más dice dél, más le bebe, y cuanto más le bebe, más empobrece, y cuanto más pobre, más loco, y cuanto más loco, más le desea beber; y al cabo se viene a cumplir lo que dicen algunos autores: que el mucho vino no alegra, sino que vuelve los hombres más tristes y melancólicos que si no le bebieran.

Mucho me he alargado en esto, mas como es cosa tan ordinaria y que calienta las lenguas, calentó la mía, y como el vino es grande maestro de hacer hablar, no es mucho que me alargue en él; que la imaginación ha hecho caso. Vuelvo, pues, a mi ama, que jamás dejaba de tener más bien proveído el estómago que el jarro, con que por maravilla se viera vacío, y se encontraban unas monas con otras asidas por las espaldas y ensartadas por las colas, porque era un perpetuo asomo, y sin dilúcidos intervalos. Era mi amo algo remiso, enemigo del trabajo, de suerte que todo colgaba de mí, y como lo manejaba, pegábaseme como miel; no sé qué liga tuve siempre en mis manos que tiraba como piedra imán, y de todo daba cuenta al juego, que me la pedía muy estrecha. En todo había echado mis derechos, como si fueran alcabalas de puertos secos; hasta el recaudo que pedía y se me daba apartaba su parte, diezmándolo con su primicia; del despojo de aves y demás

provechos de cocina, mis manos por candil. No se vendía nada que no fuese por mi orden; yo lo entregaba y recibía la cuenta, cobraba mis derechos y daba los demás a mi amo, que aun le parecía que había aumentado los provechos. Dejar yo de tomar o poco o mucho era imposible; que se me había convertido en naturaleza, y lo que en la leche se mama en la mortaja sale, y con lo que al principio se impone se pasa toda la vida.

CAPÍTULO II EN QUE PROSIGUE GUZMÁN DE ALFARACHE MUCHAS COSAS MORALES DEL MISMO OFICIO

NO pienses que el oficio de cocinero no tiene sus inconvenientes, pues has visto sus provechos; que si los guisados satisfacen al amo, muchas veces no dan gusto a la dueña, y aunque ellos estén contentos, se queja el mayordomo y maestresala, y todos los de la casa tienen voto; y muchas veces son contrarios, porque al uno parece salado, al otro dulce, al uno cargado de especias, al otro que no tiene las que ha menester, al uno que pasa del punto, al otro que está crudo, y muchas veces no les entendéis ni sabéis de qué se quejan, ni aun ellos mismos lo saben, porque hay unas gentes tan melindrosas y cojijosas en el comer, que de todo se quejan, sin haber más causa para ello que una mala costumbre de no se contentar jamás con cosa que les sirvan; de manera que siempre traen consigo una acedía agria y tan aguda, que no hay cocido, asado ni guisado o compuesto, como quisiéredes, que venga al sabor de su paladar.

No le parecen al emperador Julio César, del cual se refiere que se había tan indiferentemente en los guisados como si no fuera él el que comía; tanto, que, estando cierta vez en una posada sirviéndole el huésped por yerro un poco de aceite adobado con unguento en lugar de puro y simple, no pudiendo los demás sufrir el mal olor y sabor de la salsa, él solo disimuló el descuido como si no pasara por él. Mostraba bien lo que debe

hacer un príncipe, que no se ha de abatir indignamente a dar a entender que lo que se le pone delante esta bien o mal guisado, pues alabar lo bueno no conviene a su autoridad, y quejarse de lo malo desdice de la grandeza que profesan los pechos generosos. El sabio rey don Alonso, que hizo las Partidas, hasta en el comer puso regla y forma de la manera que se habían de criar los hijos de los reyes; y acuérdome que vi en la ley quinta, título séptimo de la Partida Segunda, que su estilo antiguo decía: "Sabios y hobo que fallaron de cómo los ayos deben criar los fijos de los reyes, y mostraron muchas razones por que los deben acostumar a comer, e a beber, bien e apuestamente. Dijeron que les deben facer comer, no metiendo en la boca otro bocado fasta que el primero hubiesen comido; cas sin la desapostura que ende podría venir, ha tan gran daño, que se afogaría a so hora. E no les deben consentir que tomen el bocado con todos los cinco dedos de la mano, porque no les fagan grandes. E otrosí, que no coman feamente con toda la boca, mas con la una parte, ca mostrarse hian en ello por glotonas, que es manera de bestias más que de homes".

No quiero yo saltar de golpe de los tizones de la cocina a la educación de los reyes, que sería el pícaro de cocina usurpar el oficio más importante de la casa real, que bien he leído que el emperador Antonio Pío envió a Calcedonia o Calcide, ciudad de Grecia, por el filósofo Apolonio para entregarle su nieto Marco Antonio, teniendo por dichoso el trabajo que se tomaba para dar maestro y ayo a un emperador. De donde se saca la importancia deste oficio, y que ha de haber grandes partes y prendas para responder a la gran esperanza que el mundo concibe y cumplir con la obligación que el oficio trae y los reyes de nuevo le ponen, fiándole crianza tan grave, grande y persona que tanto importa. Pero en esta materia de comidas y guisados no tiene mal voto el cocinero, que siempre anda con la oreja alterada para ver qué tales parecen, pues el parecer bien es el fin del oficio, y no se puede decir que habla como clérigo en armas; y cree que lo que parece de grande gusto, que es el catar primero los manjares, lleva su carga, con que se compensa muy bien por los remoquetes de maestresala, que para el cocinero no

se inventó peor oficio. Dicen que una de las cosas por que se introdujo en las casas de los reyes y señores (del cual hallamos noticia en Suetonio, Quinto Curcio y Plinio) fue porque, gustando primero de los manjares, se asegurase la vida y salud de los príncipes, y aunque respecto del cocinero gusta en segundo lugar, no queda segundo en reprehender, que siempre anda de punta y rostrituerto con el cocinero, y es necesario conservalle, y para nosotros él es el dueño inmediato, que por su relación vivimos. Mas todo esto cogía de lleno a mi amo el cocinero, que a mí con él o con el sucesor igualmente me hallara; es verdad que hay diferencia entre los deste oficio de la manera que en los demás, porque unos son más hábiles, más remirados, limpios, curiosos y provechosos, y otros descuidados, sucios y desperdiciados.

Era mi amo de medio talle y algo cerca de limpio, pero no le faltaba nada para tener descuido, pues remitía sobre mí todo el cuidado; y como yo no era el principal, no se me daba mucho de lo que podía decir el maestresala, porque iba poco en el borrón de mi plaza; con todo, me tenía por más dichoso que los otros criados de casa, más autorizados y engreídos, muy engorjetados y compuestos, porque les vía servir de rodillas a sus amos, cosa que siempre tuve por abominable y desatinada costumbre; y hase venido a extender tanto, consintiéndose hablar de rodillas a sus criados, que poco a poco vendrán a mandalles que se den golpe en los pechos. Es verdad que a los hombres eminentes y puestos en dignidad se les debe acatamiento y reverencia, como lo dice el apóstol San Pedro en su primera canónica, pero no aquella que los fieles acostumbran dar a Dios, que es hablalle de rodillas, que el ángel del Cielo no lo consintió a San Juan, como él cuenta en el libro de sus revelaciones, cuando queriéndole adorar le dijo que no le adorase, que la adoración a sólo Dios se debía, y bastaba ser ceremonia instituida y mandada de la Iglesia católica a los sacerdotes que, estando celebrando, hinquen las rodillas en el suelo, reconociendo por aquella humillación la alteza del sacratísimo misterio que tienen entre manos, para que los

hombres no consintiesen que otros como ellos se hincasen de rodillas delante sus ojos.

Yo, en mi oficio de cocina, gozaba toda libertad, porque las había aun con mis inferiores (si yo podía tener inferior). Esta libertad en que se me había criado intimaba en más que todas las privanzas de que les vía competir y las pasiones y ambiciones en que les vía atollados. No había olla ni guisado que me negase su flor, ni quedaba ninguna mañana en ayunas, porque todo lo que yo llevaba entre manos me prestaba el almuerzo; y aunque yo fuera ballena, en tanta abundancia no hiciera señal. De mi amo tuve pocas reprehensiones, porque él conocía que yo se las pudiera dar, pues casi a la vejez estaba tan verde en materia de mujeres como el puerro, que es blanco en la raíz y verde en lo que se ve, de quien dice Dioscórides que es provocativo de lujuria. No le sabía yo sus amores, aunque los sospechaba por las faltas que hacía y algunas quejas de mi ama, aunque pocas; que a trueque de tener sin celo el vino no le fatigaban los del marido, hasta que él con la confianza que de mí tenía, se me descubrió, pidiéndome consejo y favor y que fuese con recaudo a su Melisenda. Heme aquí ya con dos oficios, todos de guisar y alguno desaguisado, y hecho tercero o alcahuete.

No sabía mi paciente cuán mal hacía yo el oficio, pues para mí siempre me salió fallado; tomé las señas y lo que había de llevar a la señora, que por ir más ligero fui con los pies en las manos, bien proveído de aves, pollos y palominos, y no mal recibido. Era la buena hembra fea como la maldición; debía de ser de casta de arpías, flaca y mal garbada, pero tal para cual; vi entonces lo que se dice comúnmente: quien feo ama, hermoso le parece, y que cada ollita halla su cobertera. No me pareció que era tan zahareña como mi amo me había significado, y él debía ser poco atrevido y vergonzoso. No sabía de qué me maravillase, o de que ella le admitiese, siendo mi cocinero tan poco galán, mugriento, sucio y manchado, o que él se acordase della, siendo una Laquesis o Tropos, o Meguera. Muchas preguntas me hizo, que sin duda se aficionó de mí: mas yo no diera por ella un comino. Concerté que fuese mi amo aquella

noche, y a lo que parece él llegó al fin de sus deseos, como si se viera con una reina, según a la mañana vino de contento, que no cabía en el mundo. Hízome luego un calzón y ropilla de paño pebrete, por la privanza, y contome de la manera que habían sido sus amores, diciendo que la buena mujer un tiempo había vivido por aquellos barrios tan cerca de casa, que de dentro della se vía ella en la suya, que con la frecuencia de la vista se fue el negocio atizando y encendiendo, hasta que un día pudo hablalla y significalle su pasión; aunque la halló muy rigurosa, pero después le había hallado el rostro más franco, alegre y risueño; que debió de pasar lo que de ordinario se dice: díselo tú una vez y el diablo se lo dirá ciento. Tanto labra una palabra desta materia, aunque se arroje de presto sin pensarla y a hurtadillas, que ni deja sosegar de día ni reposar de noche; persiguen a solas y en compañía, punzan en poblado y en despoblado, y aun en los lugares y casas más santas el diablo la entremete: nunca faltan al diablo procuradores que hagan sus partes y terceros que procuren sus granjeos; y por no haber tenido medio hasta entonces para envialle mi recaudo, no había efectuado su deseo. De allí adelante le envió muchos conmigo, y no había quien le sacase de allí muerto ni vivo; allá se le iba todo el ahorro o provechos de la cocina, y aun se echaban tributos nuevos, que yo era gran maestro de invenciones. Y la buena mujer, que antes apenas comía carnero y lo tenía por regalo de Pascua, vía su casa llena de todo género de pluma y aves de todas especies; no valían con ella cumplimientos de palabras, porque era muy astuta, sobre vieja, que ya pasaba de cuarenta años. Guiábase este amartelado cocinero por el consejo de Plauto: que el que ama ha de ser franco de manos, que sin esta liga no se cogen pájaros. De aquí es que no hay hacienda tan gruesa, ni tesoro tan grande ni mina tan caudalosa que la lujuria no gaste en poco tiempo. En el reino del amor, advierte Ovidio en su *Arte* que siempre son los siglos de oro, porque siempre ha de estar dando el amante; y si esto falta, en la capa sin pelo poco se detiene el agua. Grande ignorancia es la de los enamorados: ¿qué buey trabaja que después no roza la haz? ¿Qué mulo trajina cebada a quien no quepa después su parte?

¿Qué pobre mendiga por las puertas que después no coma el pan que le ha costado su vergüenza? Pero estos desventurados que, como los que se ahogan en el río, asen de aquí y de allí, y aunque sea una cañaheja o espadaña la agarran pensando que les ha de valer la vida y que allí ha de tener el fin y cumplimiento de sus deseos, gastan lo mejor de sus años paciendo contento con los sentidos, y cuando se sueñan estar más ricos, todo se les vuelve en carbón, como tesoro de trasgos. Es grande engaño pensar que la mujer quiere al hombre de balde: no le hace favor ni muestra caricias sino por chuparle y desangrarle, y pan comido, compañía deshecha. Bebido el aceite como lechu[g]as, dejan la lámpara muerta y al hombre a oscuras, soplándose las manos. Mas no quiero cansarme en esto, que es nombrar la sogá en casa del ahorcado, y cuando me acuerdo dello no puedo dejar de sentir pena de de mis malos sucesos, basta que le chupó muy bien a mi cocinero el hambre de la buena redomada. Y cuando hubimos de salir de Nápoles ella mostró grande sentimiento, y él mayor y con más razón, porque caía en la cuenta de lo que había perdido sin provecho. Hubo sus lágrimas, con que sacó otro repelón, y contar por extenso la despedida y dismayos sería negocio largo, basta que se pudiera hacer un buen entremés de farsa: y a la verdad, como yo veía claramente la ficción, con esos ojos lo miraba, ya que el bueno de mi amo con la pasión no podía.

CAPÍTULO III
DE CÓMO EL VIRREY SALIÓ DE NÁPOLES Y FUE A ROMA,
Y GUZMÁN SIGUE SU COCINA, Y CUENTA EL VIAJE Y
CÓMO TOPÓ CON EL POBRE JURISPERITO

LLEGÓ al fin el día de la partida, que no hay cosa que no tenga su día: partieron la recámara y caballos de vuelta de Roma, Cúpome a mí el seguir mi cocina, adelantábame con ella y tenía aparejada la comida y cena, dondequiera que llegaba ponía con mucha destreza mis aparejos. No sentía poco ver que no podíamos valernos por el camino de nuestros provechos, porque no había quien los comprase ni eran cosas que se podían conservar. Hacíaseme de mal ver la perdición de mis alcabalas, aunque estaban tan sobradas las cosas de comer y era mayor la perdición de lo que allí se gastaba; pero no lo lloraba yo sino en cuanto a mí tocaba. Antes de llegar a Roma se supo que el Pontífice (a quien el conde de Miranda iba a besar el pie y despedirse para su viaje de España) estaba en una casa de placer cerca de Roma. Llegamos a ella y luego empecé yo a sacar a plaza por medio de mis aliados de la cocina lo que había que vender. Despachábase muy bien, y como sol represado, que tiene más fuerza, saqué mayores ganancias. Llevaba mi viaje viento en popa, pues tenía todo lo que yo quería, mas no osé hacer pavonadas porque no diesen conmigo por el hurto que había hecho al mayordomo del Embajador, que quedaba muy hostigado de la cárcel.

Hizo el Conde su obligación y fue muy favorecido del Papa y muy regalado; y dentro de pocos días se embarcó para España. Tuvimos muy buen viaje, aunque no para todos, porque dos galeras se hundieron en el golfo de Rosas, y en ellas muchas damas y otra gente, de que se hizo mucho sentimiento; y en particular lo sintió el Conde, que es un príncipe cristianísimo y muy piadoso y de gran caridad, y que ama mucho sus criados con una condición y afecto paternal; y si fuera factible, con más veras y afecto hubiera hecho lo que hizo el marqués Francisco Pizarro en la conquista del Perú, que

pasando el río que llaman de la Barranca, arrebatándole la corriente un indio criado suyo, el Marqués se echó a nado tras él, y, cogiéndole por los cabellos, le sacó en salvo, y siendo avisado y reprehendido comedidamente por algunos capitanes, diciéndole aquello de Augusto César: “Ninguna cosa es más reprehendida en un general que la temeridad”, y que así no debiera poner en tanto riesgo su persona, y más en caso tan liviano como salvar la vida de un indio, respondió con palabras dignas de su pecho: “Andad, que no sabéis qué cosa es querer bien un criado”.

Llegamos, pues, a nuestra madre España, desembarcando en Barcelona, cuya arena besé muchas veces, haciendo gracias a Dios Nuestro Señor que había vuelto a ella y escapado del peligro del mar. Había oído muchas veces en la galera encomendarse muchos a Nuestra Señora de Montserrate, y habíame informado que era muy cerca de Barcelona; pareciome que no era ocasión de perder, y más siendo yo naturalmente tan amigo de ver. Díjele a mi amo si había lugar que yo pasase por Montserrate, que no haría falta cuatro días en la cocina, y como yo era sus pies y manos no quiso darme licencia, antes me dijo que si allá iba que no tenía para qué volver, que no me recibiría; pero yo, que en ponerme más dificultades más gana se me acrecentaba, me determiné de satisfacer mis ojos y seguir mi gusto, pues estando en España no me faltaría otro asiento. Subí la montaña de Nuestra Señora de Montserrate (cosa por cierto milagrosa y digna de ver), en donde vi maravillas y infinidad de gentes que cada día acudían a [su] fama, y, por sus devociones, votos y promesas, la gran caridad con que son hospedados y proveídos. No quisiera dejar de ver esto por toda mi cocina y cocinero; tenía yo mis realejos ahorrados: que fui guardando desde Roma con intención de vestirme en España y pasar adelante mi profesión de letras, porque tenía muchas inspiraciones de que siguiese el estado eclesiástico; y con esta confianza me estuve en Montserrate más de lo que pensaba.

Añadiose que hallé allí al buen micer Morcón, el archibribón que conocí en Roma, el cual, acompañado de otros dos de su secta y modo de vivir, se andaba por el mundo que jamás le

faltaba que comer ni le sobraba que beber. Venía en la misma forma que yo le conocí en Roma, sucio y mugriento, y los otros dos con sus invenciones de llagas y brazos contrechos y envenados, pudiendo vender salud. Hacían grande granjería en la gente devota que acudía a visitar aquella santa casa, fuera de tener su comida segura en la portería della, adonde se da muy buen recaudo a los pobres. No me conoció, por lo que yo venía disfrazado y en hábito diferente, sano y gordo, sucio y ahumado, y la camisa como rodilla de limpiar platos: yo me le di a conocer haciéndole memoria de lo pasado. Holgose mucho con una gravedad moderada, que sabía muy bien hacerse respetar. Pusímonos aparte los cuatro, y el buen Morcón les contó lo que habíamos pasado en Roma y cómo yo había empezado a volar de su mano: quise saber de dónde venía, y qué tal le había parecido el trato de España y cómo se hallaba la granjería; díjonos:

“Vosotros aún tenés la leche en los labios: yo dondequiera hallo lo que he menester, porque de un peñasco sacaré comida. Ni en Italia ni en España, ni en parte del mundo, no se puede dar regla cierta que concluya; porque la diferencia de gentes, de tiempos y ocasiones, el modo del pedir y del que lo pide, hacen en esto grandes altos y bajos. Por excelencia he tenido siempre que no hay casa tan pobre, de la cual no se saque algo con buen término, ni casa tan rica que no os echen enhoramala, si no andáis muy a tiento. Todo esto se alcanza con la experiencia, que es madre de todo; y no hay cosa que más necesite de experiencia que este nuestro arte, que aunque parece muy fácil de aprender y ejercitar, es de muy grande primor y artificio; que si ponemos el pensamiento en los antiguos que le profesaron, verás, Guzmán, que fueron hombres de grande propósito y dignos que sean nuestros predecesores, y aun muy celebrados de grandes ingenios. Y no es de maravillar, porque la vida filosófica que profesamos de vivir sin propios, es una invención muy sutil, y quizá lo más perfecto desta vida, y aun sin quizá; pues Cristo Nuestro Señor y sus apóstoles lo profesaron, aunque con diferente modo, y que nosotros somos toda imperfección, y llevamos otro fin. Pero si fuese el que se

debe, no hay cosa más excelente como en la vida pobre y puesta en la confianza y providencia de Dios, el cual se acuerda de todos y provee aun a los más pequeños animales, y al lirio del campo viste de maravillosa verdura, oye los clamores de las viudas, de los huérfanos y niños, socorre por vías nunca pensadas, porque se vea que no basta desconfianza de unos ni malicia de otros a esconder la rueda del carruaje, que es el pan con que se sustentan los pobres; y esto parece todos los días del mundo; que si quisiese un rey mantener a su costa ocho días una ciudad, allende que parece que no le bastaría la renta, creo que agotaría todo el mantenimiento de los lugares comarcanos, y la providencia de Dios es tan grande que mantiene las ciudades con unas pocas tiendas de pan, vino y carne, frutas y hortaliza, y todos compran y dejan las tiendas llenas, y no se echa menos lo que cada uno lleva para cumplir con su casa. Y no penséis vosotros –dijo micer Morcón, prosiguiendo su plática– que antiguamente se pedía con poca energía y no procuraban los profesores desta filosofía moral que el modo de la petición indujese y persuadiese a dar: que del grande Diógenes cínico, caudillo nuestro, se cuenta que pedía diciendo: “Si no habéis dado aún, empezad por mí, y si habéis dado a otro dadme a mí también”. Es verdad que hoy está puesto en grande policía, y que por estar tan encarnada la caridad en el santo Evangelio, todos oyen con gran atención la voz del pobre, y está muy acreditada y encomendada, y no solamente por los púlpitos; pero cada uno dice y reconoce que hace más el pobre en pedir que el rico en dar. En Italia estaba todo muy perdido, y con mi buena industria se reformó con las leyes que yo hice promulgar, las cuales siempre se han guardado. En España se había llegado a lo más primo del arte, pero de poco tiempo acá, según me he agora informado destes que vienen conmigo, y aun lo he visto con mis propios ojos en Madrid, Toledo y otras partes por donde he andado, estamos muy perseguidos los que pedimos teniendo salud o fingimos alguna enfermedad, llagas o males de gota, que es lo ordinario; y porque veas lo que pasa, Guzmán, y no te atrevas a hacer alguna invención que cueste

cara, mira lo que le pasó al uno déstos, que agora lo contará otra vez, que a él mismo le sucedió en Madrid poco ha”.

Tomó el otro la mano para contallo y dijo: “Muchos días había que ganábamos muy bien nuestra vida en Madrid con un artificio nunca oído: que un compañero que yo tenía fingía que se moría y que en efecto acababa la vida, y pintábalo tan al natural, que no hubiera médico que no se engañara. Yo, en cerrando él los ojos, empezaba a coger para misas a aquel difunto y para tomalle una bula, con que juntaba mucho dinero. Pero un día nos sucedió que estando cerca de Nuestra Señora de Loreto, en aquella Corte, estaba mi compañero en lo fino de aquella invención, tendido en el suelo con grande apariencia de bascas y que se moría: cargaba mucha gente a verle, unos le daban un bizcocho mojado en vino, otros acudían con conservas y presas o cordiales, y otros le ayudaban a bien morir con palabras devotas; habíanle traído una bula de limosna para absolvelle por ella, y cuando no se catan, él se vino a traspillar y boqueaba de manera que todos entendieran que había expirado. Empezaron los presentes a decir: “Ya murió, Dios le perdone”, teniéndole una candela encendida en la mano. Llegó un médico y tomole el pulso por ver si había expirado, y hallole muy concertado, igual y grande. Quedose espantado de ver tal novedad, porque estaba traspillado y como si de veras estuviera muerto, deteniendo el resuello para mejor fingirlo, de que pudiera quedar burlado muriéndose verdaderamente. Mas a este tiempo llega un hermano del hospital de Antón Martín, y como vio tanta gente se metió entre ella, reconociendo al que decían que estaba muerto, que ya le sabía sus mañas; y apartando la gente se llegó a él y le dio una puñada, y tirándole del brazo para levantarle le dijo: “¿Tantas veces os habéis muerto, embustero? Ya sé yo vuestros embelecocos; ¿pensáis engañarnos como otras veces?”, y dábale de cordonazos. Él empezó a decir a voces: “No quiero levantarme”. Yo que vi que estaba descubierto el artificio, con el dinero que tenía cogido para misas tomé una calle en tres pies, y él también picó lo que pudo. Después oí contar el cuento en algunas partes, donde se acriminaba nuestro negocio, y no consideraban ni echaban de

ver que está el mundo de manera, y las entrañas tan de bronce para con los pobres, que es menester que nos valgamos y ayudemos de mil maneras de invenciones, que nos enseña la maestra dellas, que es la necesidad, para sacar lumbre y agua de pedernales tan duros”.

A esto acudió micer Morcón interponiendo su autoridad, y dijo: que... “antes bien el afeitar la manera del pedir y subirla sobrado de punto haciendo grandes encarecimientos, suele dañar muchas veces. Porque sentimos un pobre que anda dando voces y gritos por la calle representando grandísimo dolor y necesidad, ponémonos a la ventana y vémosle de buen color y que en su manera es imposible que sea tanto el mal como él le encarece; nos retiramos de dar limosna, imaginando que todo es fingido y que tiene sobrada salud; y si el tal pidiese con acento moderado muchos le dieran limosna y no se enfadaran de sus lástimas. Ni es bien hacer encarecimientos de charlatanes y predicar en tono por la calle, de la manera que hacen algunos fingiendo mal de gota coral y yendo casi desnudos y en cueros, con un mal andrajo por capa diciendo: “Dadme, ennoblecidos cristianos y devotos de aquella serenísima Reina de los ángeles, y este pobrete lastimado y castigado de la poderosísima mano del Criador, que me veo y me deseo, y no lo puedo ganar ni trabajar; que el Verbo eterno se apiade de vuestras mercedes y de sus cosas, y les guarde de tan grandes males y enfermedades. Miren la lástima y pobreza del afligido y desventurado mortal que se ve con tales trabajos; alabado y glorificado sea el Señor, y loado sea su santísimo nombre”, y tras esto prosiguiendo la arenga que les dura dos horas, porque de esto se enfadan, viendo que trae las razones tan estudiadas y de la manera que en la retórica se ha de encubrir el arte, porque el descubrielle enfada mucho al auditorio así en esto, adonde tiene más fuerza —pues se procuran persuadir los oyentes, que es la parte más importante de la retórica—, se ha de procurar que no se eche de ver arte ni afectación, sino pocas palabras con sencillez y que parezca ignorante el que pide, y no que entre manos se quiera graduar de catedrático y predicador. Estos advertimientos me han

valido en muchas ocasiones; y en particular he usado, cuando voy de camino de paso, en llegando al lugar preguntar qué gente de letras hay en él: a éstos y al cura y vicario me voy a sus casas, y pregunto por ellos y hago que les digan que está allí un licenciado que les quiere hablar; propóngoles una oracioncilla que tengo estudiada en latín, pidiendo mi limosna como pobre estudiante que va de paso a la universidad, y que profeso la facultad de leyes y cánones y que voy con grande necesidad. No hay ninguno que, en viendo mi presencia y el sosiego y humanidad con que le propongo mi petición, calificada con el lenguaje, que no me dé de un real arriba. Hecho esto, no dejo casa en donde no pida, usando de un término para los hombres y de otro a las mujeres, y señaladamente viudas y casadas. A los hombres digo con voz baja y vergonzosa que den a un pobre licenciado que pasa a la universidad y le ha faltado el dinero. A las mujeres: “Señora, por aquella Virgen que parió sin dolor, que favorezca a este pobre ordenado para pasar a sus estudios, que Dios Nuestro Señor le ampare sus hijos y les vea bien logrados y enseñados y con descanso”. Con estas peticiones que parecen simples y sin doblez, junto con el donaire que les doy, saco siempre mucha limosna. Pero vamos –dijo– a la portería, que ya hacen señal para comer, y no es bien que perdamos la ración; y después de comer, si quieres, Guzmán, yo te daré algunos documentos que también servirán para mis compañeros, y hablaremos de la vida pasada”.

CAPÍTULO IV
EN QUE PROSIGUE GUZMÁN LO QUE LE PASÓ CON
MICER MORCÓN, Y DICE MUCHAS COSAS DE LOS
MENDIGOS SANOS Y DE LAS INVENCIONES DE PEDIR
LIMOSNA

ACABADA la sopa de la portería, nos volvimos a un puesto donde frecuentaba mucho la gente y adonde se solían poner micer Morcón y sus compañeros para coger limosna, y allí prosiguió su plática comenzada. Dijo, pues, que para profesar la vida mendicativa hallaba por su cuenta que era menester mucha paciencia y grande artificio...

“Porque se oyen muchas reprehensiones, diciendo: '¿Por qué no trabajas, hermano, y no os ponéis a oficio o servís un amo? ¿Por qué, vos, que advertís, buen hombre, no servís a Dios, que es dueño universal? ¿Quién os hace reformador de la república, que a todos nos llamó Dios a su viña y el consejo de trabajar en ella a todos comprende?' Destos que dan consejos hay muchos, y algunos los dan con mayor rigor, que dicen: 'No tenéis vergüenza: ¿un mancebo como vos, de tales cuatro cuartos, iros por ahí como zángano de colmena comiendo el sudor ajeno? Merecíades que os diesen cien azotes y os echasen en una galera; y en verdad que si os vuelvo a ver os denunciaré al alcalde'. Mirad si con éstos es menester paciencia; pues el novel en esta profesión, como poco curtido, muchas veces trata de palabras con el que le da el consejo, y no es cosa que conviene, porque luego se hace juez pesquisidor de vuestra vida, sino decir: 'Señor, bien muestra vuesa merced ser muy cristiano y caritativo; Nuestro Señor le guarde de necesidad que no tiene ley; yo procuro harto vivir de mi trabajo, y no hallo en qué trabajar'. Con esto el otro se sosiega, y muchas veces os da limosna. En la Puerta del Sol de Madrid me contaron una noche algunos que allí me hacían compañía, muchas cosas que han pasado en aquella Corte de estravagantes invenciones de pedir con que algunos han hecho grandes ducados. Y porque vea Guzmán si quiere seguir nuestra compañía, lo que podrá

medrar con nosotros, cuéntanos —dijo al uno de aquéllos— lo que ha pasado por ti después que saliste de Alcalá de Henares”.

Empezó, pues, su cuento el uno de aquellos que traía su brazo envendado como si fuera dél contrecho, y dijo:

“Yo me salí de Alcalá habrá dos años, cansado de estudiar gramática, y he buscado esta invención y manera de vida, con la cual me hallo muy bien, porque nunca en ella me faltan cincuenta escudos que gastar y jugar, y estoy quitado de cuidados de honra y estudios, ando de tierra en tierra a mi gusto y sin cuidado, y hasta agora sé diez y siete maneras de pedir limosna, y sacarla aunque sea de un bronce: a unos llorando, a otros con exclamaciones y con diferentes tonos. La primer salida fue hacia Medina del Campo y Salamanca; éramos ocho de camarada, sin otras tantas amigas que llevábamos: uno se fingía mudo, otros dos ciegos, cantando sucesos y coplas con guitarras y morteruelo, otros dos como cautivos; y como yo me apaño a escribir bien, de cuando en cuando les hacía testimonios falsos, dando fes en ellos de diferentes milagros y sucesos de sus libertades con que cogíamos mucho dinero. Juntábamos de noche en la cocina del hospital a cenar y jugar hasta el amanecer. Dividíamos, a las entradas de los lugares, de las hembras, quedando de acuerdo dónde nos habíamos de ver en anocheciendo. Di después la vuelta hacia Córdoba, donde hallé una buena mujer de mediana edad que me descubrió su modo de vivir y supe su casa, y aun en ella comimos hartas veces, la cual era un milagro del arte; porque tenía dos casas, la una muy humilde y de pobre cama y ajuar, de la cual salía a pedir con vestidos muy viles, de manera que todos entendiesen que era sola aquella su casa, dando a entender grande necesidad; y otra con muy buenos aderezos, de la cual salía a pasear vestida de seda y muy en orden. Ésta sacaba gran limosna de las casas principales, y con el dinero que juntaba trataba en sedas, tenía un grande corral de gallinas, las cuales mantenía con los mendrugos de pan que juntaba; y como siempre ganaba y no gastaba, vino a hacer más de tres mil escudos de hacienda: tenía colgaduras, tapicería, plata, cama de campo de palmilla y una rima de colchones y ropa de

valor, tinajas de aceite y su trigo y dineros en cantidad. Bien es verdad que por mis ojos vi que la hicieron verdaderamente pobre; porque habiéndose entendido su trato, el corregidor Juan de Chaves Sotomayor y el doctor Santiago Cabeza de Vaca, su tiniente, repartieron la mayor parte de la hacienda en obras pías”.

“Como desas invenciones – dijo el otro – habemos visto no ha muchos meses; que estando hacia la puerta de Guadalajara pidiendo de noche limosna, andaba también por allí pidiendo una harapada, y acertó a pasar un hermano del hospital general que se llama Olivera, y porque era muy tarde y hacía terrible frío, quiso acompañarla a su casa y recogella; y llegando con una linterna halló que era hombre y sacó un cuchillo para defender que no le reconociese. En Madrid no ha quedado cosa por experimentar: allí es el buscar niños y niñas alquiladas para fingir hijos pobres y sin madre o padre, el dar tasa a los propios hijos para que acudan cada noche con real y medio o dos reales, o les dan su tunda de azotes, el torcer pies o manos, o pasalles un hierro ardiendo junto a los ojos para cegalles, para que desta manera queden con manera de vivir y renta de por vida”.

Bien pensábamos nosotros que la conversación era muy secreta, porque la gente iba por allí de paso, no podían atender a nuestra plática; mas, como dicen, las piedras y paredes tienen oídos. Había – según pareció – detrás de nosotros un ermitaño de unas de las ermitas más cercanas al monasterio de Monserrate, el cual secretamente se había puesto tras un grande canto a que estábamos arrimados y había entendido y escuchado toda la plática; salió a nosotros, y con palabras muy mesuradas nos dijo que aquella casa era muy visitada de toda manera de gente, y de ordinario acudían pobres mendicantes, a los cuales él deseaba encaminar y darles algunos consejos, y que si no nos disgustábamos, nos haría una breve plática para que reparásemos en los inconvenientes que trae aquella vida a los que no son verdaderamente pobres. Sentose en medio de nosotros; y aunque no tuvo el auditorio muy devoto, pero díjonos cosas muy buenas y de pecho verdaderamente cristiano y caritativo; y porque yo estaba como de los cabellos y

deseando que nos dejase el ermitaño, no comprendí toda la plática; mas acuérdome que entre otras cosas dijo lo siguiente:

“Aquél, hermanos, se llama legítimo pobre, que ni tiene bienes de que mantenerse, ni salud ni fuerzas para ganarla; de manera que no todos los que se fingen pobres lo son; porque aunque lo sean de bienes temporales, si tienen salud, edad y fuerzas para trabajar, no se deben llamar pobres, porque deben vivir por su industria y trabajo, no quitando la limosna y el pan a los demás pobres legítimos; y la pereza de trabajar es pecado grave, y es manifiesto hurto de la limosna querer que se aplique al que puede vivir de su trabajo. Muchas veces he visto que los que van por el mundo pidiendo estando sanos jamás oyen misa a derechas ni reconocen superior, usan de demandas importunas y concomimientos fingidos, desquiciando las voces del natural y investidas en lástimas coloradas que estorban la intención de las otras que oyen misa. Muchas veces por sola curiosidad de vida se andan de tierra en tierra, comiendo el pan de los pobres, tiranizando con frío y desnudez voluntaria las camisas y zapatos que habían de ser de los vergonzantes verdaderamente desnudos. Y así esta vida en todas maneras es muy peligrosa, y los que la profesan deberían reparar en los grandes inconvenientes que trae consigo, porque con la grande ociosidad de vida, siendo viciosos, comiendo y bebiendo donde quiera que lo hallan, y faltando como les falta el uso de los sacramentos, con que se fortifican y perfeccionan las almas para no caer en pecados, y los demás ejercicios de cristianos devotos, están en notorio peligro de caer en muy grandes vicios, y en especial de sensualidad, estando los más amancebados, y pluguiese a Dios que no fuesen otros más detestables, durmiendo por los portales y pajares y otras partes ocultas, y estando aparejados por el desorden de vida que traen a que la gente de mal vivir les persuada a cualquier feeza. Y no penséis – dijo –, hermanos, que es pecado que se puede pasar por alto la codicia insaciable que tienen los que llevan esta vida, que no gastando casi nada juntan mucho dinero, y pienso que hay muy grande cantidad repartida entre ellos, como se ha visto muchas veces, que se han hallado muchos reales y ducados en la pobre

ropa de muchos que mueren por los campos y calles que parece que no tenían un maravedí, y verdaderamente se pueden llamar homicidas de sí mismos, de cuya salvación con razón se puede tener sospecha, pues pudieran conservar más su vida si no hicieran las invenciones que hacen de desnudez, andando todo el día y la noche desnudos pudiendo y debiendo ir abrigados; que aunque les vistan personas caritativas movidas de la piedad a que les mueve la fingida desnudez, luego venden lo que les dan para juntar más limosnas y mover más a la gente para que les den; y esto, demás del daño de la salud, es contra la honestidad, que en las ciudades políticas se habría de remediar este abuso; porque es cosa de grande vergüenza verlos entre mujeres principales y honestas en las iglesias y otras partes, de que se han avergonzado y quejado muchas; y con esta codicia insaciable se echan por los lodos y en el suelo a tiempo que hiela mucho, y al sol de verano en el lleno del calor, para quitar la limosna a los pobres enfermos y contrechos sin violencia ni invención, y a los vergonzantes y encarcelados, hospitales y monasterios pobres, y ermitas y otros lugares píos donde se reverencia el culto divino. No digo yo, hermanos, que vosotros lo hagáis desta manera; pero poned la mano en vuestro pecho y mirad si os toca; y advertid que hay muchos que, con poco temor de Dios, movidos desta ociosa y mala vida, pudiendo trabajar en otras cosas, se hacen llagas fingidas, y comen cosas que les hacen daño a la salud para andar descoloridos y mover a la piedad que no se les debe, fingiendo otras maneras e invenciones para este efecto, y haciéndose mudos y ciegos no lo siendo, y torciendo a sus hijos pies o manos, y cegándoles, que son cosas dignas de llorar y aun de remediar. Y debería Su Majestad y sus ministros mirar en daño que tanto va acudiendo en nuestra España; y a la verdad se ha entendido, que en Madrid y en otras partes se ha empezado a poner remedio y ha ordenado Su Majestad, como cristianísimo monarca, que se hagan albergues para los hombres mendicantes, porque no vayan perdidos, y se castiguen rigurosamente los que estuviesen sanos y no quieran trabajar. Y así, hermanos, pues es cosa que como cristianos la debemos

mirar y considerar por el servicio de Dios, y por el castigo temporal y corporal de la justicia, que es lo menos, mirad por vosotros, y si acaso valéis para otros ejercicios, dejad éste y no queráis representar a Jesucristo falsamente; que él está disfrazado en el pobre legítimo, pero no en los que usan mal desta representación. Que aunque es verdad muy averiguada, y la tenemos por fe, que Dios sale por fiador de los pobres, diciendo que él toma a su cuenta lo que se hiciere por ellos —y con todo no acudimos a ellos como es razón—, pero los que no son pobres no tienen que quejarse desto, ni ponerse en el número: dejen al mundo con su frialdad y poca caridad, que en él a los amigos acatan con el caudal de la cortesía, y les dan de los primeros y mejores manjares y el mejor o igual aposento de casa, y les tienen conversación hasta las medias noches; y a Jesucristo Nuestro Señor, que está disfrazado en las viudas afligidas, en las huérfanas arrinconadas, en el enfermo olvidado, en el pobre desnudo, en los hijuelos descalzos y deshambredillos del vecino necesitado, apenas hay quien reconozca, ni quien mire estas personas que le son retrato siquiera una vez en el mes; apenas hay quien se enferme con el enfermo, tiemble con el desnudo ni sienta la hambre del deshambredillo. Pero, como digo, a vosotros, hermanos, sólo toca el tantear vuestras fuerzas, y si podéis con ellas ganar el sustento, no emplearos por sola ociosidad y pereza en quitar la limosna a los que verdaderamente la merecen. Y perdonadme, hermanos, que os he hecho muy larga amonestación, y sabed que la razón por que procuro enseñar este camino a los mendicantes y dalles estos documentos es porque he profesado muchos años esta misma vida con el vicio de ir vagabundeando y holgazán; y pienso que en ello he ofendido mucho a Dios Nuestro Señor, y Él por su divina misericordia me tocó y trocó de su mano, y así procuré apartarme en esta soledad a servirle: plegue a su Majestad que acierte y a vosotros os encamine”.

Agradecemosle al buen ermitaño los buenos consejos, el cual luego se retiró a su ermita; mas los tres de nosotros estábamos tan estragados y inconsiderados, que nos aprovechamos muy poco dellos; antes el buen micer Morcón, como hombre

obstinado y que había hecho callos en el oficio y en el no atender a persuasiones, le hizo sus apodos, y llanamente se burló dél dando razones sofísticas en respuesta del sermón. A mí me movieron tanto las razones perentorias del santo ermitaño, que propuse entre mí de emprender de veras el continuar mis estudios y elegir camino de virtud y religión. Con este intento, que tomé entonces por resolución, me escabullí de mis tres compañeros, di la vuelta de Alcalá de Henares, universidad antigua de España y muy nombrada, acordándome también de que en ella está el cuerpo del glorioso San Diego, de quien yo era muy devoto y deseaba visitar su sepulcro y capilla.

CAPÍTULO V EN QUE GUZMÁN CUENTA SU CAMINO DE ALCALÁ DE HENARES Y EL ASIENTO QUE HIZO CON UNOS ESTUDIANTES PARA PROSEGUIR SUS ESTUDIOS

LO que me sucedió en la universidad de Alcalá de Henares no me da lugar a que por menudo cuente mi viaje hasta llegar a ella, por no detenerme en lo menos importante. Bien es verdad que sentí mucho el largo camino y haber de gastar de mi dinero recogido por no pedir por Dios estando sano, y acordándome de los documentos del ermitaño, no me determinaba a pedir; y así, llegado a Alcalá, que fue más de mediado septiembre, yo tenía mucho cuidado, por hallarme con poco dinero para ponerme en hábito acomodado de estudiante capigorrón para asentar con algunos que me diesen de comer. Entraba con esta pesadumbre y porque iba en hábito tan extravagante y diferente de la profesión de letras. Llegado a la puerta de Madrid —que vine a entrar por aquella parte—, veo llegaban también cinco o seis estudiantes juntos de la parte de la Mancha, y que salieron a ellos dos clérigos de buen aspecto y les dijeron: “Señores, vuestas mercedes vienen a oír artes y se han de servir de venirse con nosotros, que tendrán

buena posada y regalo". Quise saber de un buen hombre que allí estaba qué era la causa que les convidaban de aquella suerte a buena posada, y gente tan de bien que no parece que hacía oficio de hospedar por precio, cosa que no había visto en todo el mundo que había andado. Entendí que para obtener las cátedras de artes en aquella universidad, que se dan por votos de los estudiantes, es menester tenerles propicios y sobornalles, y que es costumbre antigua hospedar y regalar a los que vienen a oír esta facultad, para que den el voto. Llegueme a los clérigos y díjeles si me sabían alguna comodidad para mí, que, aunque venía en aquel traje, pero venía a oír artes y tenía con qué repararme de vestido. Pensaron que burlaba dellos, porque tenía más bocas mi vestido para desacreditar que yo para persuadir; echábanme por alto, jugándome del vocablo y diciendo que en Alcalá no se leían las artes que yo había menester, porque las de allí eran liberales, y yo aun no tenía talle para las mecánicas. Pareciome que convenía deshacer la violenta presunción del vestido con prueba real y evidente, la cual puede más, y así, enderezando mis razones en latín a mis clérigos, los dejé muy maravillados de que un maltrapillo sucio y ahumado supiese tan buen lenguaje retórico; que a la verdad, como deprendí en aquella populosa ciudad de Roma y de buen maestro, salí razonable discípulo; demás que también supe mucho griego, que apura mucho y favorece la latinidad. Hiciéronme muchas preguntas de mi vida, porque les parecía monstruosidad haber buen latín debajo de andrajos; y visto que realmente llevaba camino lo que yo decía, me hicieron mucho favor, dieron conmigo en la posada donde tenían los demás, proveyéndome de cama y comida y ofreciéndome de procurarme asiento con quien me sustentase para proseguir mis estudios.

En la primera cena que comí con los demás estudiantes que estaban en aquel patio, cerca del colegio de Lugo, fue bien menester estar yo previsto en cosas semejantes para no correrme de la vaya que me dieron; porque al tiempo del sentarnos no había hombre que me quisiese a su lado por verme tan deslustrado y mal compuesto: fuime a poner en un

banco en harto humilde lugar, y con todo, dos que había sentados se levantaron, y dijeron: “Hombre, vuélvete a la cocina, que después comerás; que el cocinero no ha de comer antes de dar la comida”. Todos se alborotaron, y murmuraban que los que tenían cuenta en aquel patio querían poner gente de cocina en votos de cátedras. No podía responder, que no daba lugar el murmurio de tantos mancebitos barbiponientes, y con toda serenidad esperaba mi vez para dar mi descargo. Entró al ruido el pretensor de la cátedra, a cuya costa comíamos todos, y quiso saber qué novedad había, y aquí fui segunda vez examinado, porque diciéndole todos la causa y viéndome a mí tan desacreditado de ornamento, dijo: “¿Quién ha metido aquí este picarón? Íos con Dios, hermano, que esto es sólo para estudiantes”. Le respondí: “También lo soy yo por gracia de Dios, y daré razón de mí”. Arqueó las cejas y volvió los ojos a todas partes para ver qué sentían todos desta maravilla y prodigio. Yo proseguí, viendo que me daban tanta atención, diciendo:

“No hay que maravillarse de sola la falta de vestido, pues pueden vuestas mercedes ver luego en mí si tengo suficiencia para lo que pretendo, que es oír Artes. En Roma estudié gramática, griego y retórica; y aunque no soy excelente como Demades ni Demóstenes, y parezco al otro Demóstenes cocinero –que quiso meter su cucharada ante el glorioso San Basilio y el emperador Valiente, cuando conferían de la herejía de los arrianos, la cual favorecía el Emperador, y porque habló como cocinero, mereció oír del santo doctor Basilio: *Vidimus sine litteris Demosthenem*, aludiendo a la suma elocuencia que el deste nombre había tenido entre en los griegos, y las pocas letras que mostraba este otro Demóstenes –, pero quizá tengo mejores interiores que exteriores, y bajo la mala capa hay latinidad mal acreditada, y los que profesan amor de ciencia no habían de reparar en vestidos: *quia corporis habitum contemnit philosophus*, y las virtudes son las verdaderas ropas que honran y componen, y no este ornato exterior. Y así dijo San Efrén: *Dum vestem audis nuptialem, ne de vestimentis quibus induimur id existimes sed de bonis operibus*. Y Orígenes dijo: *Ornamentum tibi*

est unas quoque virtus. Porque, a la verdad, las vestiduras sólo sirven para cubrir la vergonzosa desnudez del hombre; y aunque sirven también para ornato con que el hombre se compone, honra y atavía, pero con la riqueza y valor éstas, dice San Gregorio Nacianceno, caza al hombre su vanidad y estima entre los otros. *Quod si é diverso* –dice Rodiginio– *protenuem nimisque vilem affectaveris vestitum, spectaculo et risui inimicis eris: vel etiam ut extreme pauper, inops, et pasim contemptibilis fies* –de la manera que hoy me acontece–; y es ordinario, que en viendo a un hombre bien vestido, le estimamos por otro del que es, en tal manera, que la azada del labrador, el trinchete del zapatero, la carda del pelaire y el pujavante del herrador se cubren el día de hoy con una buena capa para no ser conocidos de su propio padre, como antiguamente Jacob con las ropas de Esaú. Bien podría referir la declaración que hizo Cicerón de aquel mandato por el cual se había ordenado a los senadores tuviesen el hábito cual convenía a su estado, a su honra y a la potencia de los romanos, para que con aquella gloria de cada particular se descubriese a los naturales y extranjeros la grandeza de su república. Pero no es bien alargar en tal ocasión las razones del cocinero, que parecen del villano del Danubio; pues por la misma razón hallamos que Faraón mandó vestir a José, Asuero a Mardoqueo, Baltasar a Daniel, en atavíos rozagantes para que mejor representasen con aquella pompa la autoridad que les daban de presidentes en sus consejos y de gobernadores supremos en los estados. Deben, señores, tomar en cerro el dicho del glorioso padre San Jerónimo en el tratado de *vitando suspecto contubernio*: que son las vestiduras indicio de lo que hay en el corazón y demostración de la honra que tiene cada cual, y no consideran que esto es argumento –como dice el santo– e indicio que puede ser falaz, pues no es demostración ni regla cierta. Y así concluyo que estoy aparejado para que vuestras mercedes me examinen y juzguen por las razones verdaderas, y no por presunciones engañosas”.

Todos me escucharon como si hablara un portento o monstruo; porque en mi boca parecían tanto de más

fundamento las razones, cuanto de quien no se podían esperar. Abrazome el maestro y pidiome perdón, y dijo que me quería por hermano y amigo, y que le había edificado y procuraría de valerme en cuanto pudiese. Y los demás se maravillaron de nuevo de que de repente hubiese dado tal razón de mí mismo, y deseaban sumamente saber de dónde había escapado en tal figura quien tenía mayores letras que no ellos de latinidad; pero como eran nuevos y olían al nido y a pañales, pensando que era mayor agudeza, empezaron a hacerme apodos, y no era muy difícil el acertar algo en esto, porque yo estaba tal que todo me cuadraba. Parecía ministro de los fuelles de Vulcano, el Faetón tostado, barretero de horno, lavador de cubas, vindimiador de todo el año, danzante sin cascabeles y todo cuanto querían que pareciese. Y daban tales risadas celebrando sus dichos, que bien parecía patio de votos, mesa de muchachos y vaya de estudiantes. De manera que me alcanzaba la maldición de verme en poder de muchachos. Dejé pasar la furia comiendo, como si no se hablara de mí, dejando las otras ovejas que balaban; y cuando estuve bien satisfecho de comer y ellos de hablar y reír, para que vieses que conmigo no valían razones para correrme ni apoyos para turbarme ni enojarme, les hice en pocas palabras un breve epílogo de mi vida, con que cerré sus bocas para adelante y satisfice el deseo que tenían de saber de mis pasos.

Dije, pues: “Señores, agora ya puede ser que salgan colores a la cara, por la sangre que he metido de nuevo. Que el no haber salido hasta agora fue porque no tenía en las venas ni en la bolsa, y también porque la sangre que acude a dar auxilio a la cara no le pareció que la mía había menester socorro, como aquella que de mayores trances ha salido amarilla y sin valerse de sus vecinos. Es sevillano el que ven sin apariencia de estudiante, criado en San Juan de Alfarache, refinado de golpe en la Puerta del Sol de Madrid y calle de Toledo, trasplantado en Roma, pasando por entre pícaro de cocina y estudiante de todas lenguas, apurado en Nápoles, y, aunque nuevo en Alcalá, viejo en todas universidades”. Cobráronme todos mucha voluntad, y con la novedad de mis cosas y gusto que les daba

mi plática los entretuve hasta las doce. No hubo quien no me ayudase para que me acomodase de vestido; y así al otro día me tuvieron todo un vestido usado, comprado de uno el herreruero, de otro la ropilla, de otro calzones y medias, y quedé puesto en hábito decente y luego aceptado por criado de cuatro estudiantes que pensaban estar de camarada acabado su alojamiento franco: los dos eran de Huete, y los otros dos, tío y sobrino, del castillo de Garcimuñoz, gente llana y de muy buen trato. Así yo le tuviera y perseverara en el buen camino comenzado; pero era mi natural seguir mis apetitos, que eran bien desordenados, como adelante verás.

CAPÍTULO VI EN QUE REFIERE GUZMÁN DE ALFARACHE LO QUE PASÓ EN ALCALÁ DE HENARES

ESCRIBIME en la matrícula de la universidad, y pudieran luego graduarme de refino si hubiera grado de malas costumbres, porque luego las saqué a plaza; que con la mala costumbre tenía tal hábito, que no se había mudado con el de estudiante. Y Dios te guarde de habituarte y endurecerte, que es defícil de mudar lo que se vuelve en naturaleza: el veneno acostumbrado alimenta.

Temíase Mitrídates, rey de Ponto, de lo que a muchos príncipes acontece, que es ser atosigados por manos de amigos y enemigos. Para perder este miedo y no vivir siempre en recato (que es un alguacil muy importuno), acostumbrase a beber cosas ponzoñosas; llevolo poco a poco, y como de muchos actos semejantes se cobra hábito y costumbre, de tal manera enseñó su estómago a este pacto en la mocedad, que siendo vencido por los romanos en la vejez se quiso matar con veneno y no le valió. Y así hace mucho al caso para alcanzar buenos fines tomar enderezados principios; porque la habituación de las cosas en que los hombres se ensayaron cuando niños facilita las dificultades que sobrevienen cuando grandes;

mayormente, que el hombre es de tal condición, que ha de mirar mucho a qué se acostumbra y evitar con maña y sufrimiento su inclinación perversa, considerando que el miserable es tal, que todas las desventuras del mundo hacen prueba en él; tan sujeto a mudanzas que es una luna, tan lleno de altos y bajos que es una sierra o montaña, tan ignorante de lo que le conviene, que le exceden todos los animales, tan sujeto a novedades y alteraciones, que no hay Euripo que tantos colores mude, y, sobre todo, es tan flaco, que cae de su estado sin que lleguen a él. Y es al fin tan lleno de tornasoles como una flor, sino que se acaba presto; y el enderezar las costumbres malas y envejecidas es muy difícil. ¿Qué mucho que un mozo libre, cerril, mal habituado y con la sangre hirviendo, dé corcovos, si le quieren meter en pretina y amoldar a todo lo contrario que su natural pide? No niego que las martilladas quebrantan la piedra, y aun el diamante, y los muchos golpes continuados abollan el yunque, y el trabajo perpetuo es poderoso para vencer naturales muy rebelados.

Pero como yo me era ayo, y el ayo y discípulo eran de unas mismas costumbres, no había quien corrigiese, y dejábame ir a rienda suelta tras el gusto, y entonces le tenía en libertades, vicios y preciarne de perdido; y no había capigorrón en Alcalá que me llevase ventaja en correr de noche pasteles, castañas, frutos y todo cuanto había, en hacer burlas y engaños a tenderos, especieros y confiteros. También me hice de la valentona y de los que por su gusto salen de noche a buscar y acuchillar al Corregidor; allí me enseñaron a florear los naipes de mil maneras. Y porque era de ordinario el juego de la cartera, el juntar encuentros y azares, saber alzar por donde conocía que venía el azar y otras mil tretas con que pelaba algunos novatos, aunque yo de nada me aprovechaba; que lo que aquí adquiría gastaba en meriendas a Nuestra Señora del Val y viajes a Madrid con algunas hembras y otros mancebitos de tan buenas buenas costumbres como yo, venta de Viveros y juego largo; que es camino aquel donde se gastan hartos reales de padres que los sudan para enviar a hijos que no los lloran.

Noche de San Lucas estábamos en la luna jugando en un montezuelo que hay delante la venta, que mientras se aderezaba de comer no me quedó blanca en la bolsa. Nunca me faltaba que gastar ni jugar: todos me conocían, todos me prestaban. Era volario el dinero, iba y venía, y de ocho a ocho días amos nuevos; porque no había quien de buena gana me fiase la dispensa, porque a todo faltar también probaba la mano con ella, y alguna vez pensaban mis amos tener olla muy sazónada y su medio carnero del rastro, y entre doce y una se habían de traer pasteles, que es comida de poca providencia; y para esto había yo de buscar el dinero prestado. Las cosas de estudiantes de Alcalá son un abismo, no se pueden comprender en breve historia; no se duda que hay muchos virtuosos y que trabajan y estudian, y procuran aventajarse y llevar grado honroso y hacer tiro al primero en licencias. Frecuentan la compañía, que es cosa de mucho fruto y frecuencia de sacramentos, y por la cual ganó mucho aquella universidad. Déstos no hay que tratar, porque hay muchos de excelentes ingenios, y generales en todo y maravillosos poetas, que cierto lo que se escribe cada un año en alabanza del Santísimo Sacramento, en la fiesta y junta de poetas que acostumbra hacer aquella universidad, es cosa muy curiosa y pía. Pero otros tan mal curiosos y de perversa inclinación y rudos ingenios, que a quince años de matrícula y diez cursos en cada facultad no saben leer ni escribir. Éstos eran mis camaradas, los que se preciaban de pícaros y desvergonzados. A las ocho de la mañana a esperar la farsa y al *prestiti*; que es la obligación de acudir a San Ildefonso, templo de la universidad, sólo pasar de la una puerta a la otra. De noche a cota, espada y rodela; de día bastaba ver las escuelas desde la plaza de Santa María; del camino y carros ordinarios a Madrid, grande experiencia e inteligencia; y si faltan en cada viaje mujer de la vida y otra persona que no es bien se escriba, y rape al diablo la lición a derechas que se oía. De los que leían las cartas de sus padres, yéndolas quemando a la vela, y si no había *ahí te envió*, acabando en ellas el auto de la fe y relajación al brazo seglar, gente de la puerta de Madrid y caperuzas manchegas de noche,

y al fin, de aquello que desacreditaba la universidad de Alcalá por el poco seso de los mozalbetes inconsiderados, que ni les parece hay Dios, Ley ni Rey.

Asenté con tres hijos de vecino de Madrid, que de ordinario son gente desenvuelta, como criada en la Corte: el uno se preciaba mucho de galán de monjas, y tenía su devoción, cosa que jamás aprobé con todo mi mal trato: que a la verdad desde un día que oí contar muchos sucesos desastrados que habían sucedido a los que procuran la inquietud de las doncellas consagradas a Dios, siempre llevé en el entendimiento de no arrostrar a tal disparate; y con muy justa razón son castigados aun en esta vida los que se atreven a pensar torpemente en las esposas de Cristo, porque habiéndose ellas retirado del mundo y consagrado su limpieza huyendo las ocasiones, los que las procuran son tizones del infierno, sirven de ministros de Satanás, como envidiosos de que haya tales vergeles en la tierra imitando la pureza angélica del Cielo; y las que procuran con tantas veras imitar a la Virgen purísima, es bien que todos las veneren y honren y no se las atrevan.

Grande es el valor de las doncellas castas, que con razón debería avergonzarnos: pues siendo nosotros los que tenemos más fortaleza, ellas son las que nos vencen y han hecho maravillosos ejemplos de castidad. Dejemos a Penélope, Dafne, Biblia, Cenobia, Baldraca, Dula, Drías, porque sin las gentiles hay mucho que mirar en las admirables flores que en el paraíso de la Iglesia católica se han criado: la constancia de una Ceterina, la fortaleza de Inés, el ánimo de Agueda, el valor de Dorotea, el pecho de Lucía, la grandeza de Cecilia, la osadía de Sofronia, Tecla, Apolonia, Emerenciana, Prisca, Engracia, Margarita, Bárbara, Leocadia y otras muchas; pues no han sido una, ni dos, ni tres las que han propuesto la muerte a la limpieza, sino monasterios enteros, cual el de aquellas monjas (no menos valerosas en nación, pues eran españolas, que venturosas en religión, pues eran cristianas), las cuales siendo criadas por la gloriosa Santa Florentina, hermana de los muy señalados arzobispos Leandro y Isidoro, en una sagrada casa, ribera del Genil, en la ciudad de Ecija, cuando por los pecados

de los naturales ocuparon los moros estos reinos, llegando a dicho monasterio no hallaron los bárbaros persona en quien ejecutar la carnicería de su sensualidad, porque las santas religiosas, temiéndose del peligro que corría su limpieza, se afearon los rostros tan monstruosamente con heridas, que cuando los africanos llegaron, espantados de su asco y fealdad, las degollaron. Mas no fue un monasterio solo sacrificado como corderas, pues sabemos de pueblos, ciudades y reinos enteros dedicados al martirio por la misma causa. Tal fue el de la generosísima princesa Santa Úrsula, hija del rey de Bretaña, que en compañía de otras once mil doncellas a manos de los hunos, gente bestial, fue muerta por conservarse entera para el esposo del Cielo, con no poco menosprecio del terreno. Cuán lejos van desto los que ponen los ojos y se atreven a las monjas recogidas, y de puro afeminados se componen, atavían, encrespan, alcoholan y traen copetes enrizados como vanas mujercillas, y sienes engomadas con que vencen a las mismas mujeres en afeminación. Bien parecen hijos de Caín y vecinos de la ciudad que edificó, cuya genealogía, según nota San Agustín, acaba la Divina Escritura en Noema, que es mujer; pero la del hermano Seth prosíguese y fenece en varones.

No me quiero alargar en mayor digresión, aunque es tanta la perdición destes tiempos que merecía libro entero, y vuelvo a mi amo, que no había quien le sacase de entre redes y parlatorios, muy mirladito y melado. Valíanle sus presentes de confituras, alcorzas y mermeladas; mas bien le costaban de esperar como pescador de caña. También era poeta, y hacía sus versos con pies de banqueta, aunque no quería entender que era perverso poeta y sus versos perversos: todo era alabanzas del género femenino, con que se alababa a sí mismo, pues tenía más dél que del varonil. No puedo yo pensar que hallase en monjas igual correspondencia, de que cuidasen dél como él vivía cuidadoso; que son gente muy religiosa y virtuosa, y que parece que heredan la discreción o se les reviste en las mantillas, y la retórica antigua se ha trasladado y retirado a sus conventos.

Un día le fui a buscar al convento adonde solía acudir, porque le habían traído cartas de su padre, y hallele hasta los codos metido en conversación, y otro estudiante en el mismo parlatorio que hablaba a dos manos con una señora monja y una dama que estaba al lado de una buena vieja. Antojóseme que era traza de entrambos, dama y galán, el venir a hablar en aquel lugar, dando a entender que hablaban a la misma monja, y a mi parecer la tomaban, a la que ignoraba sus ardides, por cubierta de sus intentos. Tal me pareció, y no me debí de engañar, por las razones que entablaba el estudiante, que no parecía Juan de Dios. Era negocio fundado y que tocaba historia, cubriendo con metáforas lo que se hubiera dicho sin cortezas si no tuvieran testigos de vista. En suma, disputaban una cuestión probando cuál era mejor, la esperanza o la posesión. La dama defendía que la esperanza, y tenía por su parte a la señora monja, que la ayudaba; el galán, como bobo, decía que tenía por mejor el poseedor, y gozar lo deseado. Probaba la señora su opinión diciendo que... “la esperanza es víspera del placer, y tanto más felice cuanto lejos de la tristeza, la cual sigue luego al alegría; pues parece que es más de estimar la esperanza donde hay la alegría y menos vecindad con la tristeza que la posesión alegre, a la cual sigue luego el pesar y aflicción. Mas no habemos jamás visto ni entendido que la posesión se haya tenido por cosa divina, y sabemos que la esperanza fue un tiempo tenida por diosa, y como a tal hicieron los romanos templo en la plaza, cuya imagen, según se ha visto en una moneda de Adriano, emperador, era una moza con un vaso lleno de manjares y frutas, y una letra que decía: *Esperanza de la república*; y otros la pintaban vestida de verde, de manera que en más hemos de estimar la que fue tenida por cosa divina. Otrosí: lo poseído es menos estimado, porque no hay cosa en esta vida que después de gozada no se tenga en menos; luego mejor es la era en que más se estima lo pretendido que cuando se tiene en poco por poseído. Más adelante: el que espera cuida, desea y apetece, y desto recibe placer y alegría; el que posee está tan olvidado, que ni quiere ni estima”. Añadió la señora monja a estas razones que la esperanza en sí sola tiene más

perfección que la posesión de lo que se espera, porque lo esperado con seguridad es en su manera poseído y también esperado; y el que posee sólo tiene la posesión, porque en llegando a ella se acaba la esperanza.

Pero pasemos a lo que alegaba el estudiante para reforzar la excelencia de la posesión que él pretendía. Dijo, pues: “Todo cuanto se esfuerza y contrapone por la esperanza es por razón de la posesión: de manera que el bien que se considera en ella no es por sí, sino por lo que espera. Luego mejor será el mismo bien esperado que no la esperanza. Segunda razón: el fin siempre es mejor que los medios, porque los medios se ordenan y disponen por el fin: luego mejor es la posesión que el fin deseado; y así se dice vulgarmente: bienaventurado el que posee. Dejemos, pues, aparte lo que está mal recibido, el esperar y esperanza —que es vulgar el dicho “quien espera desespera”, y solemos decir que sólo no esperar no fuera judío—, y consideremos que la seguridad del bien es la mayor fineza dél: ésta tiene el que posee, y no el que espera: luego mejor es el poseedor. Añádase que si el que espera tuviese por mejor la esperanza y no quisiese llegar a la posesión, no esperarí, ni aquello se podría llamar esperanza, sino desesperación: porque no se podía decir que esperaba el bien que no quería que llegase. Y así la perfección está en la realidad y fin del deseo y no es sólo el apetito: y de aquí que el deseo prolongado es rabia y muerte. Y todo lo que es tardar el bien y la posesión de lo que se quiere es estar sin él y carecer del propio gusto y deseo: y esto no se puede aprobar por cosas más dichosas que tener el bien en las manos y gozar lo que se ha esperado. Más: que esperar sin estimar más el bien que el deseo y esperanza, desdice de la misma esperanza, y es juntamente querer y no querer, esperar y no esperar, y verdaderamente no entenderse hombre a sí mismo: lo que no queremos que llegue no lo esperamos con deseo; y si gustamos mucho del deseo y esperanza es porque estimamos mucho el bien que ha de venir; y desear que llegue y no desear que llegue son cosas muy contrarias y incompatibles. Y, finalmente, aunque parece la misma razón, el que desea y espera no desea el deseo y

esperanza —que éste [y]a lo tiene, y desto es llano que está en posesión—, sino que desea el bien que espera, y deséale porque le querría tener y no estar sin él: luego más quiere la posesión que el deseo. Y en conclusión, el que se contenta con sola esperanza y no desea que llegue el bien apetecido, habemos de decir o que no tiene tal esperanza, pues no se puede llamar así no queriendo que llegue lo que se espera, o habemos de afirmar que ya está en posesión, pues no pretende más que esperanza, y ésta ya la tiene; y quien es tan amigo de sola esperanza, debe confesar que quiere más el golfo que el puerto, el camino que el poblado, el trabajo que el descanso, la aflicción que el sosiego y la alegría, la guerra que la paz, el martirio que la gloria, el medio y no el fin. Por los frutos trabaja y espera el labrador, por la honra se pone la vida al tablero, y, en suma, nadie pone los medios por los mismos medios, sino por el fin que piensa conseguir; que de otra manera no los pondría”.

Muchas otras razones se alegaron, porque habían tomado a destajo a ventilar esta cuestión, que era —por modo encubierto para los que no lo querían entender— persuadir el galán que se hiciese el entrega. Pero mi amo, con esperanza de que las cartas no vendrían sin dinero y otros regalos, cortó el cable y se vino conmigo. Y de buena gana les dejé proseguir su cuento, y no esperen que les atajaré ni volveré a inquietalles, ni mi amo tampoco en buenos días; porque las cartas eran de su madre, diciéndole que su padre súbitamente era muerto y que fuese a amparar su casa y hermanas. Y así del todo se nos fue de la universidad, aunque él días había que estaba reñido y despedido della, porque todo su negocio era freír palabras en parrillas y hacer yerros en hierros; que los libros de casa el librero los cobró [d]el que se los ganó a las quínolas: al fin, mozuelo de Madrid de la calle Mayor, de lo de la Red de San Luis, calle de las Infantas, Prado y Atocha. Quedeme con los otros dos, que si no eran devotos de monjas, no les faltaban otras tachas.

CAPÍTULO VII
PROSIGUE GUZMÁN SU VIDA EN ALCALÁ Y CÓMO SE
FUE A MADRID

LOS otros dos amos que me quedaron, demás que no querían ver libro ni atender –como yo mismo– a lo que habían venido a la universidad, jamás se les caían las guitarras de las manos; y es verdad que lo hacían bien y daban mucho entretenimiento, cantaban muy buenos toncillos, y siempre tenían de nuevos, y aun el uno los sabía hacer muy bien y poner en el instrumento.

No digo yo que es grande tacha ser músico, que bien he leído que es común sentir de todos, y en especial del filósofo Platón y su discípulo Aristóteles, con los cuales concuerda el glorioso San Isidoro, doctor español, que la música es ciencia muy importante; y tienen por caso de tan menos valer y tan indigno del hombre no saber música como no tener letras; y pues el hombre sin ellas piensa Aristipo que es bestia cerril y por domar, y Estrabón dice que es niño manco de juicio, y al que se esmera en ellas le llama Filón dios del necio, bien podemos sacar en consecuencia que el hombre amigo de la música es divino, y el enemigo della es de condición bruto y animal. Y aun el Espíritu Santo en el *Ecclesiasticus*, c. 44, dice: *Laudeamus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua*. Y más abajo: *In pueritia sua requirentes modos musicos, et narrantes carmina scripturarum*. Es verdad que los egipcios tuvieron el uso de la música por peligroso y de gran perjuicio para su república, y escribe Diodoro Sículo que jamás la quisieron admitir. Daban por razón que el canto encanta, divierte grandemente de los demás buenos ejercicios y, así, ocupa el tiempo debido a cosas de mayor importancia. Y por esta causa era bien dañosa la música a mis estudiantes, que ponían en ella toda su felicidad sin que quisiesen dar un momento al estudio de otra cosa: era la inclinación natural, y así nadie era parte para reformalles; y por el contrario, en materia de música, si uno es aplicado, piérdese el tiempo y el trabajo por más que se

canten mil alabanzas della, y el que tiene en esto naturaleza hace maravillas y puede aun en los ánimos, como se vio en el Magno Alejandro, que tenía un músico que se llamaba Zenofonto, con cuya suavidad de voz no sólo se recreaba, mas despertaba las pasiones de tal suerte, que si le tocaba arma en la vihuela, espavorido el venturoso monarca arremetía a las armas como si le acometieran enemigos. Alabando ciertos cortesanos el primor del músico, dijo uno de los presentes: “¿Por qué Zenofonto como enciende en fuego de guerra el pecho de Alejandro, no le divierte della con la mesma música?” No entendía éste el secreto natural del arte, que fácilmente arrebató los corazones tras sí donde hay inclinación a ella, de lo cual se picaba tanto Alejandro, que teniendo otro músico llamado Timoteo, era su voz tan suave, que la mano puesta al instrumento parecía lengua delicada que hablaba. Y con esto era tan señor de los afectos del príncipe, que le acotenció alguna vez, estando comiendo, tañerle una batalla con tanto artificio que le hizo levantar de la mesa y pedir el arnés con grande priesa; y tras esto, cuando le vio más encendido en las armas fingidas, volvió la música a cosas de sosiego y amansole con la mesma facilidad que un golpe de agua apagaba el fuego levantado. No hacía menos el pastor David con su suegro Saúl. Este valor tiene la música donde hay buen sabor y gusto della. Mas si no hay esta aplicación, es como la poesía: aprovecha muy poco, aunque la enseñe Apolo, tañen y canten los famosos Arquíloco, Filógeno, Anfión, Marcias y Orfeo. Ejemplo desto fue Antea, rey de los scitas, ante quien tañendo Ismenias tan suavemente que todos los circunstantes quedaron admirados, sólo el bárbaro rey, como no gustaba de aquel ejercicio, dijo: “Por cierto yo he visto un rocín que relincha con más dulzura que nuestro Ismenias”.

En casa teníamos la música por pasto ordinario; de noche andaban por las calles dándola a las que ellos querían agradecer; de día no entendían en otra cosa, que parecían encantados; grandemente provocaban con ella, que yo les vi hacer milagros de amores, gozando de muchos lances; que, como dijo Menandro, es la música grande incitamento para el amor, y en

ella se halla grande refugio para solicitar y conquistar los corazones; viene esto de aquella compatía que el alma tiene con la música, a la cual se sujeta, ora esté alegre, ora triste, ora colérica, ora flemática, ora llena de enojo o de cualquier otra pasión. Y así les echo mucha culpa, pues usaban deste ejercicio para vicios o regalo, usando desordenadamente, gastando demasiado tiempo y haciéndole alcahuete de sus malos intentos.

Era yo tan fácil imitador que si ellos tañían yo danzaba, y no hacían tanto son como yo castañetas. Estaban ellos embebecidos en su música, y yo tenía tiempo de entretenerme a los vueltos, que según andaba desencuadrada la casa, nunca usábamos de libro encuadrado.

Algunas noches hacían que les acompañase para dar sus músicas, porque en Alcalá es cosa muy platicada haber en ellas muy buenas cuchilladas; como es la gente de la universidad tan voluntaria, que no han menester apetitor para reñir pendencias sin causa ni razón, el primero que se topa cerca de donde se da una música les embiste con sus amigos y camaradas, y a veces suceden buenos disparates, como fue la noche de Santa Cruz de mayo, que estábamos dando música en la calle de la Justa, cerca de la Traviesa, donde antiguamente estaba la casa de las Arrepentidas, y nos embisten cuatro estudiantes. A los primeros golpes las guitarras fueron hechas pedazos, y el uno de mis amos, que era el que tenía la pasión de amores en aquel puesto, como se quiso señalar y meterse muy adentro, recibió una cuchillada en la cabeza al lado derecho que cayó en el suelo sin sentido. Ellos pensaron que era muerto, huyeron, y no fue el negocio de tan poco momento, que estuvo muy a pique de morir. Sacáronle muchos huesos, y tardó en la cama más de dos meses con muchos accidentes. Vinieron sus padres de Madrid a asistir a su enfermedad, y como tenían también parientes en Alcalá, no le faltaban visitas para añadirle más trabajo, que creo que fueron parte para curar con más dificultad y añadirsele accidentes a la herida.

Mejor me pareció la costumbre que vi platicar en Roma y Nápoles, que no visitan al enfermo hasta que está sano. En

España son tantas las visitas, que se alcanzan unas a otras, ya del pariente, ya del amigo, que de verdad si al enfermo le tomasen sano, con la importunación de tanto “Cómo estáis” le volverían enfermo. Y piensan que no harían oficio de amigos si no fuesen más importunos a los enfermos que los consoladores de Job, que, presumiendo de muy teólogos, le agravaron y atizaron las angustias y pasiones de que se dolía.

Paréceme que para remedio de las sobradas visitas de unos y de las soledades yermas de otros se podía usar un remedio de poca costa y mucho provecho en que ganarían salud los enfermos y honra los médicos, aunque los boticarios tuviesen necesidad de aprender otros oficios para ayuda de costa. Háganse unas tablillas embarnizadas en que se pueda escribir, así para pobres como para ricos, y firme el médico las de los ricos, en que mandan que no le visiten los que no han de visitar para más que hablar o cumplir con sólo el oficio de su presencia; y si alguno viniere o enviare su paje, escriba su nombre en aquella tablilla. Al pie desta tablilla cada día se escribirá el aumento o decremento y estado de la enfermedad del paciente; por allí se sabrá para todos, y con la nómina de los que se hallaren escritos cumplirán mejor en sus casas con el enfermo. La tablilla del pobre estará a la puerta de su casa con letras legibles, en que diga cómo en aquella casa hay un enfermo pobre de tal enfermedad; que los que pudieren le visiten con sus limosnas. De manera que la tablilla del rico serviría para desaguar el tropel de las muchas visitas, y la del pobre servirá para acanalar al que va descuidando del mal ajeno y sepa que en aquella casa hallará materia en que ejercite el oficio de la caridad del prójimo.

Volviendo al enfermo, y dejando la reformación del mundo, que ni toca a mí ni puedo ser parte para ello, pasó sus peligros, llegó la enfermedad a la declinación, convaleció y sanó con más dificultad que la guitarra, que luego fue curada con comprar otra, y con ella se entretenía cuando ya estuvo para ello.

En estando más valiente se trató que fuese a Madrid a su casa con sus padres, por ser muy entrado el verano y que ya no se cursaba, para gozar de algún regalo. Como cuadrábamos en

la vida inconsiderada, tenía buena voluntad. Rogome que fuese con él, sus padres por darme contento me lo persuadían. Yo me resolví en seguille, porque tenía lleno el lugar de mis ambrollas, y debía a todo el mundo y no tenía cara para parecer. Salimos sábado en la tarde, por ir con tiempo fresco, llegamos a cenar y reposar a la venta de Viveros. Aquella noche fue un juicio, y como no me perdí, ya me puedo contar por dichoso y bien afortunado. Había cargado mucha gente que iba a Madrid a la fiesta de toros y cañas: no quedaba en Alcalá estudiante ni hijo de vecino, y entre los de la fiesta eran muchos de mis acreedores; no me holgué mucho de su vista, pero no me faltaron palabras con que pagalles, ya que no pensaba satisfacer con otra moneda. Venían también entre esta gente dos de las castañeras de cerca de la fuente de la plaza de Santa María, a las cuales por estar más cerca de mi posada había yo inquietado muchas veces corriéndoles castañas, y habían caído en la cuenta que era yo. Por esta y mil travesuras que les hacía estaban muy indignadas conmigo, y habíamos tenido dares y tomares, habíanme amenazado y yo les había dicho quién ellas eran. Como vieron la buena ocasión y estaban allí sus galanes, trazaron que me aporreasen, y para esto echaron quien moviese el juego, porque sabían que yo era danzante y que resbalaba sin jabón.

Acabada la cena, mi gente se recogió en un aposento que tenían prevenido, y luego se hicieron muchos bandos de juego y de toda manera de gentes, cuales en mesas, cuales en bancos, y en el suelo, y algunos fuera de la venta, que hacía buena luna. Estaba tratado que el que jugase conmigo moviese la pendencia y me sacase afuera, y que acudieran los demás a darme mi ajo, como suelen hacer los hijos de vecino de Alcalá, que pueden dar liciones a lo refino de la Puerta del Sol. Yo bien me recelaba, pero no por aquel camino; que no me parecía cosa adrede y prevenida, ni caso pensado. Puestos a jugar, con poca ocasión de levantar el naípe, diciendo que yo me entendía de levantalle, se puso en pie y dijo que le ganaba su dinero con fullerías y que se lo había de volver. Alcé la mano y estampéla en la cara, señalándole todos los cinco. Metió la suya a la espada, y yo no

me había quedado postrero, y fingiendo retirarse, me sacó hasta la puerta de la venta: estaba a punto la cuadrilla, y diciendo: "Paz, paz", me tiraban muchas estocadas y cuchilladas. Acudieron de una parte estudiantes en mi favor, de la otra hijos de vecino de Alcalá, que son bandos viejos como de güelfos y gibelinos, y se movió una polvareda que no se podía apaciguar.

Fue grande suerte que un alguacil de corte pasaba de Guadalajara con un preso y gente de guarda: a la voz del *rey* huyeron los rufianes de las señoras castañeras, que tenían la cola de paja, y sabían de todos los oficios y eran de lo más fino de Alcalá y puerta de Madrid: tenían miedo de pasear otra vez las calles de la Corte con tanto acompañamiento y saludados a traición; y no se pudo averiguar quién eran los de la pendencia, porque eran tantas las espadas desnudas, que todo fue confusión.

Milagrosamente me escapé deste peligro con unos piquetes en la capa, que me la había revuelto al brazo. Entramos domingo de mañana por Madrid, tuvimos día alegre y grande regocijo en casa, fui reconociendo el lugar, que en él había pasado varios sucesos, y no dejé de andar sobre mí y con recelo que no cayese en la cuenta el de la capacha que me entregó incautamente su dinero y a quien supe yo dar cantonada. Pasé mi Puerta del Sol, acordándome de mi tiempo pasado, y siempre con el alguacil del recelo, aunque el hábito tan diferente y la mudanza de mi persona me prometían mucha seguridad, porque habíame salido la barba y del todo quedé disfrazado; tampoco no pareció el que podía quejarse de mí, porque o era muerto o, como mercader negociante, estaba fuera. Fuime a ver a mi cocinero en casa del conde de Miranda, hallé que ya era muerto y que tenía la plaza uno de mis compañeros, que había casado con la viuda. Pesome mucho de su muerte, que quisiera hallarle y que me viera en mi hábito de estudiante. Entendía allí lo que se decía por Madrid: que Su Majestad iba a Valencia a celebrar sus felicísimas bodas, y que ya se ponía en orden la casa del Conde para acompañarle. Diome mucho deseo esta novedad de seguir la Corte y ver la ciudad de Valencia, que tan nombrada es en el mundo por

regalada y de maravilloso sitio, aguas, frescuras, flores, agruras de naranjas, cifras, ponciles y limones, confituras, ingenios y otras grandezas.

CAPÍTULO VIII
 EN QUE GUZMÁN CUENTA CÓMO SE RESOLVIÓ DE IR A
 VALENCIA Y ASENTÓ CON UN CABALLERO, Y REFIERE
 LO QUE PASÓ CON UN LACAYO VIZCAÍNO, Y SE
 DECLARA LA CAUSA PORQUE SE DIJO *VIZCAINO BURRO*

DIJO una vez el Señor a sus discípulos, según escribe San Mateo: “Sed prudentes como las serpientes y simples como las palomas”. Predicose esta doctrina tan universal, porque no era para solos ellos, antes enseñaba a los presentes y amonestaba a los venideros. Es esta virtud de la prudencia la sal con que se asaborean los manjares, que no hay cosa en que no sea menester. Y así, por mucho que se diga della, no es sobrado. Dos maneras de prudencia pone el glorioso San Basilio: una es mala, y otra buena; de la primera se precian los hijos deste siglo, que llaman prudente al hombre astuto, malicioso, agudo, matrero, artificioso y redomado, el cual con daño ajeno mira por el provecho propio. Ésta mata, dice San Pablo, y la segunda da vida; porque la una es hija del espíritu bueno, y la otra es mala cría de Satanás. La verdadera prudencia, según San Agustín, es una virtud que enseña al hombre qué es lo que debe desear y debe huir, conforme a reglas de buena razón. Pónense dos caminos o medios para conseguir el fin que pretende: la voluntad, como ciega, inclínase a lo que le da gusto; la luz interior del alma dice con sus razones, y con esto quédase el entendimiento perplejo a veces, sin saber de quién se fiare. Entra en esta sazón la prudencia, que considerando lo antecedente, presente y futuro, propone lo que mejor le parece convenir; y así los antiguos pusieron en tal preeminencia esta virtud, que, reduciendo las demás a la prudencia, la hacían reina y señora de todas ellas. Y sin duda es

una luz que distingue lo oscuro de lo claro, lo falso de lo verdadero, lo cierto de lo dudoso. Es como maestra de capilla, que pone cada virtud en su punto, y si dél sale, todo va desentonado. Puso Dios todas las cosas en concierto y medida, de cuya consonancia sale la hermosura del ánimo (que así llama Sócrates a la prudencia), y como ninguna destas va violentada, todo es cierto, todo perpetuo, todo duradero; todas las cosas en que se pone la perfección de las virtudes morales son muy buenas, pero en faltándoles la prudencia son como parto sin días, que de ordinario tiene poca vida. Las otras virtudes enderézanse a templar el apetito, pero la prudencia tiene por oficio el gobernar la razón, de la cual nace todo el buen suceso de nuestras acciones. Es tan superior a todas, como el Sol a los planetas, el carbunco a todas las piedras preciosas, y el oro a los metales. Es regla de prudencia que el cuerdo pregunte por lo que no sabe, y se guarde de ser cabezudo y arrimado a su parecer; antes procure ser más amigo del ajeno que del propio. Porque, como decía el gran turco Mahamet, segundo deste nombre y octavo emperador de otomanos, en todas cosas corren muy gran peligro los sucesos cuando no procede algún diligente y maduro consejo. Muy dispuesto está para errar quien no se rinde al parecer de otro, porque los que dicen que más ven cuatro ojos que dos, en esto restriban. Las cosas de importancia de la dirección de nuestra vida, y el tomar o mudar estado, débense tantear con largos pensamientos, madurar con discursos espacios y mirar con más ojos que una red. Pues si lo muy considerado se yerra algunas veces, ¿qué será lo que se hace sin prevención alguna con sólo el acuerdo de sus antojos? Pero el soberbio deja de atender a consejos, porque el altivo pensamiento, que todo lo entiende, tanto juzga menoscabar de su reputación cuanto se sujeta a preguntar, siendo esto al revés: que más se estima un buen juicio y entendimiento cuando, conocida por tal, huelga de oír la razón ajena. No se puede negar que es dificultoso el atarse un hombre al parecer de otro, y más si es contrario al suyo; pero siendo tan necesario y provechoso, débese hacer fuerza de velas hasta contrastar su natural, en caso que se sienta marear por este lado, no siendo

amigo de oír consejos. Este punto encomendó Tobías a su hijo estando para morir, que suele ser tiempo de verdades más desnudas. “Procura siempre el parecer del sabio”, porque entre otros provechos que trae, uno es la honra, teniéndose por condición de pechos muy ahidalgados y corazones generosos atender con gusto a lo que otros dicen, pues a las veces acierta un pobre con lo que no alcanza un rico, y avisa un mendigo lo que no sabe un rey; a las veces pone Dios un desengaño en un hombrecillo de agua y lana que quiso tener encubierto a los nobles y cortesanos de gran estofa; apunta muchas cosas a veces un bárbaro que él mismo no las entiende, sólo porque quiere Dios hablar por él. El buen consejo, a quien le ha menester, es como el manjar a quien tiene hambre: que ni mira si se lo dan en plato nuevo o desportillado, de plata o de barro, grande o pequeño.

En esto hartó me acomodé y humillé, pues para el nuevo viaje que intentaba (conforme la poca prudencia que yo tenía) tomé parecer de quien me lo dio bien contrario a mi provecho, pidiéndole a quien debía yo saber que no le tenía para sí ni me lo podía dar bueno. Volví a casa, y apartando en puridad a mi amo el mozo, le dije que yo determinaba de ir a Valencia a ver las grandezas que se esperaban de fiestas en las dichas bodas del Rey nuestro señor, que me dijese lo que le parecía. Era el otro de su natural tan amigo de cosas nuevas como yo: no sólo aprobó mi parecer, pero aun resolvió que nos fuésemos ambos a dos de camarada, que él procuraría de su casa sacar un buen pellón para el camino. Diome el consejo conforme su naturaleza y afición propia, que le llevaba el corazón do no le convenía y conforme su edad y poca prudencia. Y no he ponderado esta materia de prudencia sin causa, porque por la falta della y no tomar consejo de quien me le diese provechoso, me vi en los trabajos que verás en este viaje de Valencia, y me fuera mucho mejor asistir en la universidad y trabajar en mi estudio. La experiencia es hija del tiempo y madre de los buenos consejos, y así le había yo de procurar de hombre anciano y virtuoso: porque los años con la virtud, la edad con la experiencia, el mucho ejemplo con el largo tiempo, valen grandemente para

dar consejo a otros. Mas como me acogí al mozuelo sin seso ni experiencia, perdí mi camino y di al través. El mozo es bueno para pelear, el anciano para aconsejar, la primavera es para flores, lo viejo del año para madurar frutos. Bien caro me costó el mal consejo: el que me lo dio procuró por su parte sacar repelón de su casa.

Yo hallé quien me diese librea de paje para este camino, porque toda la Corte estaba aprestándose para esta jornada y se daban muchas muchas y muy buenas libreas, y aun no se hallaban tantos criados como eran menester. Un caballero italiano que se llamaba don Carlos Carli estaba cerca de mi posada; fácilmente nos concertamos, diome un vestido de raja fina, capa, ropilla y valón de color de rosa seca, con muchos respuntes; la capa aforrada en tafetán amarillo; sombrero fino con trencilla bordada de oro, plata y granates, y con muchas plumas. Salí a volar muy bizarro, necio y desvanecido. Éramos cuatro pajes y dos lacayos, teníamos lindos ratos con uno de los lacayos, que era vizcaíno, y como suelen, muy apasionado por su tierra y su hidalguía. Luego la metía en esta conversación, y algunas veces mi amo gustaba infinito, porque se decían lindas cosas. Era nuestro lacayo grande amigo de leer historia, como otro lacayo que yo conocí del marqués de Terranova, que por pleitos había venido a la Corte; y el lacayo jamás dejaba los libros de las manos, que si fueran de leyes le pudiera ser a su amo buen abogado. Es verdad que tenía en confesión todo lo que leía; pero el nuestro, en llegando a materia de hidalguía, no sabía más Otalora, Juan García ni Gutiérrez, que escribieron *de nobilitate*.

Sabía maravillosamente las historias de su señorío de Vizcaya y los privilegios de los vizcaínos, y la manera de hacer leyes y estatutos en el señorío, que no pueden ser sino debajo del árbol de Garnica en junta general y con acuerdo de los vizcaínos. Éste me hizo deprender muchos cuentos de vizcaínos del libro de los apotegmas para sacalle de quicios. Entraba luego en que bastaba decir *vizcaíno* para que se tuviese por hidalgo, porque valía la consecuencia: *vizcaíno, luego hidalgo*. Yo decía que me cuadraba más la otra: *vizcaíno, luego burro*.

Encolerizábase, y decía que la razón por que a los vizcaínos les llaman burros, es porque cuando salen de su tierra, como son gente noble e hidalga, salen sin doblez ni malicia, muy llanos, benignos, simples y pacíficos, que son calidades del pecho noble; y porque la lengua vizcaína no se puede trocar fácilmente por ser intrincada y suelen tropezar y hablar cortamente en la castellana, paréceles que no alcanzan más que lo que dicen; y engañanse, porque más ingenio arguye el darse a entender aun en la lengua ajena con menos palabras, y en sabiéndola no hay vizcaíno que no pruebe muy bien en toda cosa, y sobre todo en gran lealtad, fidelidad y buena ley. Y así vemos que muchos son secretarios de príncipes y de Su Majestad, de grande entereza y confianza, y otros contadores, y tienen a su cargo la administración de hacienda, y no se puede negar que la opinión que dellos se tiene es de muy leales. Y no les pueden tachar su lengua: aunque obscura, antes es el mayor blasón e indicio de su nobleza, porque es una de las setenta que en la confusión de la torre de Babilonia por voluntad divina se inspiró, y es tan compendiosa, sentenciosa y significativa, que casi en cada vocablo declara un grande concepto, lo que sólo se halla en la hebrea, cimbria y esclavónica; y vese que es la misma lengua, sin que se haya mudado ni corrompido ni en un vocablo, porque los mismos con que se significan cosas permanentes, como son ríos, montes, ciudades y pueblos, duran agora desde antes de las guerras y monarquías de los romanos y cartagineses, como se ve por las historias graves. Y de aquí es también que viendo los vizcaínos lo mucho que se significa con pocos vocablos de su lengua, pensando que es así en la castellana, quieren hablar tan conciso y abreviado, que los llaman cortos como vizcaínos, y se ha tomado en proverbio. Esta lengua trujeron a España Túbal y los suyos, que vinieron a poblar, de donde se ve su gran antigüedad, y hanla conservado de manera que también en la manera de vestir, y al menos en los tocados de las mujeres, han conservado el traje que trujeron Túbal y los primeros pobladores, que es el que usan armenios y persas, y nunca han consentido que gentes extranjeras se

mezclen con ellos por conservar la pureza de su antigüedad y nobleza.

Érame yo de mi natural fisgón y amigo de sacar a barrera, y cada día nos tomábamos ambos a disputar esta materia vizcaína. Y no era menester para engolfalle en la plática sino negalle su argumento: *vizcaíno, luego hidalgo*. Quiso un día mi amo oír de propósito la disputa, y yo empecé a probar, primero, que no se podía sacar aquella consecuencia...

“Porque si todos los vizcaínos fuesen hidalgos por sólo ser vizcaínos, sería oscurecer la nobleza de algunas familias de vizcaínos, las cuales notoriamente son hidalgas y tienen casa, suelo, voz, apellido, armas y baronía en montañas, como son las de yuso nombradas, no excluyendo las demás que fueren semejantes a ellas: la casa de Alujica, la de Buitrón, la de Urquizu, la de Avendaño, la de Arteaga, la de Salcedo, la de Salazar, la de Muñatones, la de Zamudio, la de Lijizamo y la de Aulestia. No luego por ser vizcaíno se ha de entender que es hidalgo, pues le falta la distinción al que no es de semejantes casas, sin la cual ni de derecho común ni de España no hay dar hidalguía. Más: que en Vizcaya no hay distinción alguna de pechero a hidalgo, ni actos algunos que hagan distinguir al noble del plebeyo (según consta de unas probanzas que sobre esto se hicieron en la villa de Bilbao y sus aldeas); luego nadie podrá probar que es hidalgo, porque la probanza de hidalguía se ha de hacer por la fama, estimación y reputación de que uno se ha tratado como hidalgo y hecho actos como tal, con que se distinguía de los villanos, plebeyos y pecheros. Otrosí: habiéndose dudado en el año 1545 y 1550 cómo había de probar la hidalguía el vizcaíno, se mandó consultar con las Chancillerías de Valladolid y Granada, según he leído en *Otalora de nobilitate*, folio 130; y el acuerdo de Valladolid fue: que el vizcaíno no pudiese gozar de hidalguía si no probase otros adminículos y actos positivos, y cualidades en que se diferenciase los nobles y hijosdalgos de los villanos y pecheros, la cual respuesta es muy conforme a las leyes de Castilla; y no basta que en Vizcaya tienen costumbre de no pechar ni pagar pechos, ni ésta es verdadera probanza de

hidalguía de todos los que viven y son originarios, porque según esto, todos los originarios de Valladolid, que tienen la misma exención, la cual también tienen otros lugares, serían hijosdalgo, lo que notoriamente es falso; y finalmente no se pueden valer los vizcaínos de la ley diez y seis del título primero del *Fuero de Vizcaya*, por la cual pretenden tener fuero confirmado para que probando solamente ser originarios vizcaínos sean pronunciados y declarados por hijosdalgo, porque ésta no es ley, sino una simple petición que se dio a Su Majestad año 1550, sobre que, al parecer, cayó la consulta de Valladolid (como declara Otalora), y el compilador del *Fuero de Vizcaya* puso aquella petición sin respuesta por ley, no lo siendo, como consta claramente de ella. Y así concluyo que los vizcaínos no sólo no tienen en su favor el argumento *es vizcaíno, luego hidalgo*, pero, por el contrario, ningún vizcaíno puede probar su hidalguía".

Estaba tan desesperado nuestro lacayo de oír estas razones, que le pareció a mi amo que con la cólera había de decir algún disparate, y así mandó que se pusiese a punto y que sobre acuerdo para la tarde trujese por su parte las razones que tenía en favor de la nobleza de Vizcaya, porque las contrarias le parecían muy fundadas, y así era menester mirar bien por la respuesta, apercibiéndole que le oiría de muy buena gana, porque estaba con deseo de saber de raíz esta materia, con que se sosegó el vizcaíno, y empezó a revolver libros y hacer una memoria en un papel para venir a las conclusiones y probar la suya.

CAPÍTULO IX
EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO, Y
PRUEBA EL LACAYO VIZCAÍNO LA NOBLEZA DE
VIZCAYA Y TOCA MUCHAS HISTORIAS IMPORTANTES

MUCHOS hay cuyos heroicos hechos no tienen resplandor en la república por falta de nobleza, habiendo otros cuyas cosas, aunque pequeñas, por venir de buena y honrada cepa, son levantadas hasta el cielo. No pudiendo sufrir el emperador Maximino que se supiese que era de ruin casta, procuró matar a cuantos presumía que podían dar noticia alguna della; va, pues, mucho en este punto para que un hombre campee entre los otros, y para que las cosas en que pone mano tengan lustre, venir de antepasados nobles y generosos, y el que viene de noble sangre aun en sus acciones se ve claramente, porque regularmente procura de imitar a los suyos; y aun esto tiene su diferencia, porque más se echa de ver en personas calificadas con hacienda que en las que están destituidas deste arreo de la nobleza; y así en el lacayo de casa se vieran maravillosas cosas si fuera hacendado y fuera tenido por muy discreto y leído.

Pero conforme al oficio que tenía, parecían en su boca las cosas de risa y juego, aunque era un mozo de muy buenas costumbres, recogido y dado a lección de libros, como dije. En habiendo comido nos llamó nuestro amo y quiso oír las razones que Jáuregui — que así se llamaba el lacayo — quería alegar por su parte, y prometióle, si le daban gusto, de darle unos libros de historia que tenía, lo que sabía que estimaba mucho el buen Jáuregui, el cual, por tratarse materia tan de su gusto y en la cual estaba muy previsto, y teniendo ojo al premio, se hizo fuerte en los estribos y dijo las cosas siguientes:

“En materia tan entendida y grave como esta de probar que cualquier vizcaíno por serlo es hidalgo, con sólo ser natural de las villas y encartaciones, y de los pasos y lugares del señorío de Vizcaya, y que se le ha de dar ejecutoria como muestre y pruebe ser originario de vizcaíno y su descendencia y parentela

inmemorial por línea recta de varón de su origen, no se pueden hacer los argumentos que hay muy fuertes y claros sin presuponer muchas cosas y antigüedades que dan luz y son introducción para inteligencia de todo. Pues, primeramente, hemos de presuponer la descripción de Cantabria, la cual trae y pone curiosamente Esteban de Garibay Zamalloa, en su *Compendio historial de España*, primera parte, libro, seis, capite veinte y siete, adonde dice que Cantabria es provincia setentrional de España, que declina a oriente, teniendo hacia el setentrion al Océano, llamado Cantábrico, y al occidente las Asturias de Santillana, y al mediodía las aguas del río Ebro, con los llanos que de la ciudad de Logroño corren por Navarra hasta los montes Pirineos, y al oriente a Francia. Tomó su nombre de la ciudad de Cantabria, la cual solía estar en la ribera de Ebro, entre Logroño y Viana, cabeza del principado llamado Viana, del reino de Navarra, en un cerro alto que agora está lleno de viñas, que hoy día se llama Cantabria. Y como por el discurso de tiempo viniese a ser esta población la mayor de sus comarcas, vino a dar a toda la tierra del Ebro y al mar Océano su nombre. En esta Cantabria hay diversas provincias, y las más notables son cuatro: Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y la Montaña, con las demás tierras contenidas en sus límites; y esto pienso que es lo más verdadero, aunque el licenciado Poza en su libro *Del antiguo lenguaje de España* hace la descripción de otra manera.

Y pues sólo tratamos de la provincia y señorío de Vizcaya, donde se ha conservado más la pureza de la nobleza, es notorio por dicha historia de Garibay que los cantabreses fueron fortísima gente, y de sobrado, alto y pertinaz ánimo; y así comenzaron a embestir en las tierras sujetas a Roma en compañía de los asturianos, por no ser amigos del imperio romano, y fue tenida por gente valerosa. Échase también de ver en que ofreciéndose al emperador Octaviano César en aquella era otras guerras, conociendo la de los cántabros por más peligrosa, a las otras envió capitanes y a ésta vino él por su persona. Y venido a Tarragona año de 26 antes de la natividad de nuestro redentor Jesucristo, según Orosio, historiador

español discípulo de San Agustín, comenzó la guerra contra gente tan belicosa y fuerte, y se ocupó en ella cinco años, y al cabo se fortalecieron cántabros y asturianos en un monte que se llama Eduleo, y otros dicen Medulio, y los cercó con un foso que tuvo quince millas, y aunque se defendieron con ferocidad grande, al fin, con la fuerza del emperador, fue tomada Cantabria con mucha efusión de sangre, y viéndose sin remedio, los más se mataron con veneno, hierro y fuego, porque no les pudiesen llamar vencidos. Estimó tanto esta victoria Augusto César, que en demostración desto, y triunfando de que había señoreado el mundo por haber rendido los cántabros y que había puesto paz general a toda la redondez de la tierra, hizo cerrar las puertas del templo de Jano en Roma. Hizo la conquista con tres ejércitos por tierra y una gran armada por mar para los lugares marítimos, y en Vizcaya no había más que infantería. Y en tanto tuvo este vencimiento, que con ser Cantabria tan poca tierra respecto de la grandeza de España, se preció de llamarse cantábrico, como después Cipión, de la África sujeta y cartagineses, se llamó africano.

Pues si la nobleza proviene de hechos famosos y notables, esfuerzo y valentía en guerra, como es cosa averiguada, ¿quién más nobles, fuertes y animosos que estos cántabros? Y especialmente los de Guipúzcoa y Vizcaya, en donde hay tanta abundancia de armas de todas suertes, que no hay región de su tamaño en el universo que la venza en esto; y así realmente ha sido cámara de munición y sala de armas de todos los reyes de España. Y vemos que se dijo con razón que la montaña cantabriana es academia de guerreros y origen de caballeros, de do mana toda España.

Fue la primera población que se hizo en toda España por Túbal y su gente, aunque el doctor Arias Montano larga y curiosamente pretende probar que no fue Túbal el que pobló a España, sino algún otro sucesor, propinco de los descendientes de Noé, llamado Sefarad, y que su venida a España pudo y debió de ser por las tierras de África, atravesando el estrecho que hay entre Gibraltar y Tánger, y que la tierra primera en que, según esto, paró, fue la Andalucía. Mas Garibay tiene por

más verdadero lo de Túbal, que es común opinión, y procura encordarlas entrambas diciendo: “Que Túbal comenzó sus poblaciones primeras por la parte de Cantabria, y que Sefarad las vino a hacer por la parte del Andalucía; y que después del diluvio universal vino la seca a España, dejando de llover veinte y seis años –con lo que si antes se despobló por las aguas generales del diluvio, entonces fue por la gran sequedad de la tierra–, y que después llovió”. Y según esto, resultaría que cerca del año 1000 antes del nacimiento de Nuestro Señor comenzaría segunda vez a poblarse España de las gentes que a Cantabria, Asturias y Galicia y a los Pirineos se habían recogido; y así concluye que no se puede negar, si esta sequedad fue cierta, que Cantabria estas veces haya sido madre y origen de España. Y deste parecer fue don Diego de Caravajal, señor de Jódar, capitán general que fue de la provincia de Guipúzcoa y Alcalde de Fuenterrabía, cuando visto el asiento de Cantabria y sus gentes dijo en verso:

*¡Oh montaña cantabrana,
academia de guerreros,
origen de caballeros,
de do toda España mana!*

Ya se ve la antigüedad de la provincia en su población; pues la antigüedad de nuestra Santa Fe y religión en Cantabria y Navarra es grandísima, porque, según dicen las crónicas, San Saturnino, a quien llaman en Navarra San Cervín, que fue primero discípulo de San Juan Bautista y luego del apóstol San Pedro, y después obispo de la ciudad de Tolosa de Francia, fue enviado por San Pedro desde Roma a España a predicar el Santo Evangelio, y le predicó en la Cantabria y en las tierras de Navarra y sus comarcas, donde en la ciudad de Pamplona, con su predicación, en sólo espacio de siete días convirtió más de cuarenta mil hombres a la fe de Cristo. Y desde este tiempo quedó en Navarra y Cantabria abrazada nuestra Santa Fe; y de aquí es que en aquella región, especialmente en lo marítimo, en todos sus templos no se hallará advocación de parroquia que no sea de Santo de la primitiva Iglesia, como es de Nuestra

Señora, de San Juan Bautista y de San Esteban y de los Apóstoles, y no de otros innumerables y grandes santos que después de la primitiva Iglesia florecieron; y todas estas iglesias antiguas se hallan fabricadas en las historias de las montañas adonde estaba la ordinaria población y habitación de los cántabros, adonde el patriarca Túbal y sus sucesores las dejaron.

Y añádese que en Cantabria, por la bondad y misericordia de Dios Nuestro Señor, jamás se ha visto heresiarca ni dogmatista hasta nuestros tiempos, ni infición de condenados errores. Y cuenta el mismo Garibay que cuando los godos vinieron a señorear a España, año de 414, fueron los vizcaínos los postreros que los reconocieron, al cabo de otros doscientos años y más que había que estaban en España, hasta que reinó el veinte y cuatro rey godo, año 622; y dellos, ni de los romanos, ni de otra republica cristiana ni gentil no recibieron leyes, sino que vivieron siempre en las suyas propias y antiguas.

Y no hay que oponerle al buen Garibay, que es el coronista desto, que es de la nación cantabria y vizcaíno, natural de la villa de Mondragón, y que por esta razón habla como aficionado y en favor y loor de sus vecinos, porque la fidelidad con que refiere las crónicas españolas quita toda manera de duda y sospecha, y el ver con cuánta verdad funda sus razones, y finalmente, con que su historia está muy recebida y estimada, no sólo en España, pero en Italia y Francia y otras partes, de donde tiene privilegios y aprobaciones que arguyen la verdad de la historia. Viniendo, pues, en particular al señorío de Vizcaya y a su antigua libertad, habemos de probar la conclusión arriba puesta, de que todos los vizcaínos originarios inmemoriales son hijosdalgo. Diré algunas cosas notables della, y después probaremos largamente nuestra conclusión.

Cuando se perdió España y la ocuparon los moros, que, como hemos dicho, fue en el año 714, hallose la provincia de Vizcaya libre, soberana y sin señor, porque habiéndose encomendado al rey Flavio Suintila a los 662 años después del advenimiento de Nuestro Señor, y a los demás reyes godos sus sucesores, faltó la línea y sucesión dellos en el rey don Rodrigo,

último rey godo, por lo cual, en término de derecho, podía dicho señorío elegir un nuevo estado y forma de gobierno, cual más quisiese, por dos razones: la primera, porque los reyes godos no sucedían por herencia, sino por elección de los obispos, nobles, villas y ciudades del reino, y a cada nuevo rey también podía Vizcaya apartarse de la adherencia con elegir otro. La segunda razón es porque cuando los vizcaínos se hubieron incorporado llana y rasamente, aun en tal caso, acabada la línea, como acabó, en el rey don Rodrigo, entraba el derecho de las gentes, que dispone que el pueblo sin rey ni señor legítimo le pueda elegir de nuevo con las capitulaciones de su gusto.

A estas razones perentorias no quiso advertir el rey de León Alfonso; y así, sin embargo dellas, pretendió encorporar en su reino a los vizcaínos por el derecho de las armas, y con ellas se hubo de resolver y averiguar la justicia, la cual quedó por los vizcaínos, porque como varones menearon bien las manos y desbarataron y mataron a Budoña, hijo del dicho rey Alfonso, en el lugar de Parruega o Padura, que está una legua de la villa de Bilbao, que agora en lengua vascuence se dice Arrizoniaga, por los riscos y peñascos que en esta batalla se ensangrentaron.

Con esta batalla mostraron y asentaron los vizcaínos su primera y antiquísima libertad que habían gozado desde Augusto César emperador, exclusive, hasta entonces, ochocientos y más años, porque fue esta batalla en los años del Señor 870. Y en este nuevo año los vizcaínos levantaron por su señor y caudillo a don Zuria, nieto del rey de Escocia, y le dieron título de Señor, no absoluto ni soberano, sino con ciertas capitulaciones y condiciones, como refiere Andrés Poza en su *Libro del antiguo lenguaje de España*, capítulo diez y siete; y en dichas condiciones hay algunas notables, que son las siguientes:

La primera, que los señores futuros fuesen por vía de elección (libro primero del *Fuero de Vizcaya*, columna primera), allí donde dice: "Agora suceda por muerte de otro señor, agora por otro título"; y así, en virtud desta reservación excluyeron a los hijos legítimos de don Sancho, hijo de don Lope Díaz el Lindo, y eligieron a don Íñigo Esquerra, hermano bastardo del

dicho don Sancho, por ser niños los hijos del dicho don Sancho, que se decían Garci Sánchez y Domingo Sánchez, y, como decían los vizcaínos, no querían señor que no tomase lanza en puño. Este mismo derecho de la elección fue reconocido por el rey don Pedro el Justiciero, en cuanto solicitó y ganó los votos de la Junta general que para elegir nuevo señor se hizo so el árbol de Garnica estando él en la villa de Bilbao; bien es verdad que esta elección fue algo oprimida con las muertes y persecuciones de aquella era, que se lee en las crónicas destes reinos, y particularmente en la del dicho rey don Pedro.

La segunda capitulación fue que el futuro señor, antes de ser recibido y obedecido por tal, hubiese de confirmar y jurar los antiguos fueros y franquezas del dicho señorío, y que en el ínterin no se cumpliesen sus mandados.

La tercera fue que el señor de Vizcaya no pudiese fundar villa sin consentimiento de todos los vizcaínos convocados en su Junta general acostumbrada, lo cual fue por ellos establecido para asegurar mejor su libertad antigua.

La cuarta fue que el señor de Vizcaya no pudiese pedir, ni cargar, ni pretender pecho, ni tributo o servicio, uno ni ninguno, salvo lo que señalaba en ciertos labradores solariegos.

La quinta fue que ningún ejecutor llegase con cuatro brazos a la casa del infanzón, según parece por la ley cuatro, título seis del Fuero de Vizcaya.

La sexta fue que la raíz del infanzón fuese inconfiscable, aunque fuese por crimen *lesae majestatis* (ley veinte y cinco, título once de dicho Fuero).

La séptima, y ésta fue añadida con los reyes de Castilla cuando a ellos se adhirieron, que ningún vizcaíno pagase alcabala ni otro derecho alguno por el reino.

La octava, que también se añadió con los reyes de Castilla, que ningún vizcaíno por delito *vel cuasi* pueda ser convenido ante los alcaldes del crimen ni ante otras justicias del reino, salvo ante su juez mayor de Vizcaya, del cual privilegio se han sacado cartas ejecutorias.

La novena capitulación, que los vizcaínos tuviesen su sala distinta y apartada, y el juez mayor librase sus provisiones con

sello y nombre real (*ley final*, título primero). Del cual dicho juez no hubiese apelación alguna, sino suplicación.

La décima, que el señor de Vizcaya no pueda quitar, dar, ni acrecentar fuero, ley ni privilegio, sino estando en Vizcaya y debajo del árbol de Garnica, en Junta general y con acuerdo de los vizcaínos.

Con estas y otras condiciones que están en los Fueros viejos de Vizcaya y en los nuevos se han habido los vizcaínos con los señores que han tenido desde el año 870 a esta parte, y debajo destas leyes se encomendaron a los reyes de Castilla.

De lo susodicho se colige claramente que la nación vizcaína no es menos libertada de lo que fue cuando se adhirió y juntó al rey Suintila, y de cuando se perdió España y de cuando se encomendó a los reyes de Castilla, porque después acá no ha sucedido caso por donde haya perdido un solo punto; y así Vizcaya, ni por sí ni adherida a otra provincia, no entra en las Cortes generales del reino. También se muestra manifiestamente su libertad por lo que respondió al rey don Juan el primero, año de 1390, cuando propuso de incorporar a Vizcaya con el Andalucía, Murcia y Jaén, y renunciar el reino de Castilla en el rey don Enrique, su hijo, que no se refiere porque se puede ver en su historia.

Tiene Vizcaya al presente como once leguas de largo y otras tantas de ancho, y está en el centro de tres muy nobles, leales y muy fuertes naciones, como son los montañeses de Castilla la Vieja, alaveses y guipuzcoanos. Y todo lo que en nuestros tiempos se tiene por Vizcaya comprehende veinte villas y una ciudad, y más de setenta y dos anteiglesias, y en este número no entran las poblaciones de las encartaciones, como largamente lo refiere Andrés Poza, capítulo quince, discurriendo por cada pueblo en particular. En las encartaciones de Vizcaya, que es todo un señorío, hay al presente treinta y seis anteiglesias. Este señorío se divide en dos partes distintas y apartadas en usos y costumbres: la una se dice *villas y ciudad*, y todo lo demás se dice *tierra llana*, en que entran las encartaciones y la merindad de Durango, y en que hay muchas casas principales infanzonadas, y también las hay en

algunas villas. Y presupuesto esto, vengo a probar la conclusión que basta probar que uno es vizcaíno para que me quede probado que es hidalgo, y tengo por mi parte la ley diez y seis, título primero del Fuero de los privilegios, franquezas y libertades de los caballeros hijosdalgo del señorío de Vizcaya, confirmada por el rey don Felipe II, de inmortal memoria, y por el invictísimo emperador Carlos V y por los demás reyes sus predecesores, la cual dice así:

“Otro sí dijeron que todos los naturales vizcaínos y moradores deste dicho señorío de Vizcaya, tierra llana, villas, ciudades, encartaciones y durangueses, eran notorios hijosdalgo, y gozan de todos los privilegios de homes hijosdalgo. Y por la esterilidad y poca distancia de la tierra y muy crecida multiplicación de la gente della, muchos hijosdalgo y naturales moradores del dicho señorío de Vizcaya se casaban y tomaban sus vecindades y habitación fuera de Vizcaya, en las partes de Castilla y otras partes, y ende hacían su continua morada, y los pueblos donde habitaban y moraban les echaban pechos e imposiciones y otras cosas que homes hijosdalgo no debían contribuir; y ellos, unos por pobreza y otros por estar así vecinos y habitantes y extrañados de Vizcaya, y en largo camino; y otros, cuando querían probar la dicha hidalguía no eran conocidos por sus parientes, por haber pasado mucho tiempo que salieron de dicho señorío de Vizcaya. Por las cuales causas y otras semejantes quedaban por pecheros y no gozaban de las libertades que por su antiguo y noble linaje debían gozar. Y por evitar los dichos agravios y otros que dellos se seguían, pedían y suplicaban a Su Majestad, por ser los dichos vizcaínos y sus hijos y dependientes notorios hijosdalgos, privilegiados y franqueados, según Fuero de España, que por privilegio y franqueza les concediese, como la notoriedad de su linaje lo requería y como hasta aquí lo tenían y habían tenido: que cualquier hijo natural vizcaíno o sus dependientes, que estuviesen casados o avecindados, habitantes o moradores fuera desta tierra de Vizcaya, en cualesquier parte o lugares y provincias de los reinos de España, mostrando y probando ser naturales vizcaínos, hijos

dependientes dellos, a saber es, que su padre y abuelo de parte del padre fueron nacidos en el dicho señorío de Vizcaya, y probando por fama pública que los otros antepasados progenitores dellos de parte del padre fueron naturales vizcaínos, les valiese la dicha hidalguía y les fuesen guardados los privilegios que según Fuero de España debían ser guardados enteramente, aunque no probasen las otras cualidades que para su efecto, según Fuero y leyes destos reinos, debían probar”.

Esta ley quita toda suerte de dificultad, sin embargo de lo que se alega contra ella, que no sería ley, sino una simple petición. Porque se responde que aunque es verdad que fue en forma de petición, empero es ley y reputada por tal, y así está continuada a las demás leyes, y hace su número como las demás. Y más claramente parece por los autos de la Junta que están al principio de dicho Fuero, adonde se cometió a ciertos letrados que reformasen el dicho Fuero, usos y costumbres, privilegios y libertades del señorío, escribiendo lo necesario para la buena gobernación de la tierra y decisión de los pleitos della, y que escribiesen todo ello por capítulos y leyes del Fuero, y que lo enviasen a Sus Majestades a suplicar lo confirmasen por ley y Fuero, derecho, privilegios y libertades, y mandasen por dichas leyes y no por otras se determinasen todos los pleitos que por ellas se pudiesen decidir, así en el señorío de Vizcaya como fuera dél, como en todos los tribunales destos reinos, sin que ninguna de las partes tenga necesidad de hacer probanza alguna sobre si las dichas leyes son usadas y guardadas.

Y más: que en la Junta de 21 de agosto de 1526 se leyó el dicho Fuero reformado y leyes dél y se platicó en la Junta sobre cada capítulo y ley del dicho Fuero reformado, y en conformidad dijeron: que estaban bien y conformes a los privilegios y libertades, fueros y costumbres de Vizcaya, y que se sacase en limpio y que se signase y sellase con el sello de Vizcaya, y se diese a los procuradores que para ello nombrasen para que le trujesen confirmado de Su Majestad y fuere guardado por fuero y derecho, como, en efecto, fue confirmado;

y así no se puede dudar que tenga autoridad de ley. Y la confirmación fue muy auténtica y autorizada, a petición del mismo señorío y con juramento; y primero confirmó dichas leyes y Fuero la princesa o reina doña Isabel, en Aranda, a 14 de octubre de 1473, diciendo: “Por el tenor de la cual, de mi propio motu expresamente lo apruebo, ratifico y confirmo, y si necesario es, de nuevo otorgo a las dichas villas y tierra llana del dicho condado y señorío de Vizcaya, con las encartaciones y sus adherencias y a cada unas dellas, todos los dichos sus privilegios generales y especiales, y cada uno dellos, y todos sus fueros, usos y costumbres, franquezas y libertades, según que por la vía y forma que por los dichos reyes mis progenitores”, etc. Después por el rey don Fernando y dicha reina en la confirmación que está al pie del dicho fuero, donde dice: “Todos los dichos privilegios generales y especiales y cada uno dellos, y todos sus fueros y usos y costumbres, franquezas y libertades”, etcétera. Después por la reina doña Juana, en Burgos, a 3 de abril de 1512, y por el potentísimo emperador Carlos V, donde dice: “Por ende, por hacer bien y merced al dicho señorío de Vizcaya y vecinos dél, por ésta nuestra carta de nuestro propio motu ratificamos, confirmamos y aprobamos el dicho Fuero”, etc. Y finalmente por el gran monarca Filipo II el Prudente, diciendo: “De nuestro propio motu y cierta ciencia y poderío real absoluto, de que en esta parte queremos usar, etc., ratificamos, confirmamos y aprobamos el dicho Fuero, según en él se contiene”, etc. Su fecha, en Madrid, a 2 de febrero de 1575.

Y estas confirmaciones recaen sobre todo él y sobre dicha ley dieciséis que está en él injerta desde antes de las confirmaciones, y della tuvieron noticia Sus Majestades, mayormente que en la confirmación de la reina doña Isabel se puso la cláusula “de nuevo otorgo”, etcétera, que es de grande afecto para que se entienda ser concedido y confirmado todo lo que estaba escrito en dicho Fuero. Mayormente siendo la confesión y confirmación generales, y que se regulan conforme la petición general que se hizo de que se confirmase y otorgase todo lo allí contenido.

Otrosí: el punto de la ley dieciséis, donde dice: “Que por cuanto todos los naturales, vecinos y moradores del señorío de Vizcaya, tierra llana, villa, ciudad, encartaciones y durangueses eran notorios hijosdalgo y gozaban de todos los privilegios de homes hijosdalgo”, etcétera, no solamente se halla en ella, sino en otras muchas decisiones de dicho Fuero que son confirmadas e otorgadas por los mismos reyes, y así no se puede dudar de su fuerza.

Más: se dice que esta ley, en su tenor principal, refiere el uso, fuero y privilegios de aquel señorío, y así, aunque no fuese ley, refiere el uso y costumbre que ya entonces tenía fuerza y era como ley. Y así dice que ellos tenían antes hasta entonces el mismo fuero, uso y costumbre y franqueza, y todo esto se confirmó y otorgó de nuevo.

Otrosí: se prueba la conclusión sobredicha considerando que, aunque no fuese ley, como lo es, dicha ley diez y seis, bastaría lo que se dispone en la ley trece del mismo título primero del Fuero de Vizcaya, confirmada como dicho es, adonde expresamente se dispone que todos los vizcaínos son homes hijosdalgo y de noble linaje y de limpia sangre, y que tienen provisión real para que los nuevos convertidos judíos ni moros y sus descendientes no puedan vivir ni morar en Vizcaya, y a la ley nueve, título nueve del mismo Fuero, donde se decide: “Que por cuanto los vizcaínos todos generalmente son homes hijosdalgo y Vizcaya es exenta y privilegiada, ningún vizcaíno en Vizcaya ni en otra parte alguna, por ningún delito pueda ser puesto a cuestión de tormento directa ni indirectamente, ni en amenaza, ni cominación de especie alguna de tormento, excepto en los crímenes de herejía, de lesa majestad, falsa moneda y sodomía”. Y pues esto es así, sin alguna duda, en cuanto al privilegio de no ser puestos los vizcaínos a cuestión de tormento, ¿por qué no ha de ser lo mismo en los demás efectos de hidalguía, como no pechar y participar de los oficios y otras cosas que se deben a los hijosdalgo, pues tienen y les da esta esta ley la nobleza hidalguía que es la sustancia, raíz y esencia de donde se producen los efectos y libertades della?

Y lo mismo se prueba en la ley tercera, título diez y seis, del mismo Fuero, donde se dice: “Que por cuanto en Vizcaya todos los vizcaínos son homes hijosdalgo y por tales conocidos, habidos, tenidos y comúnmente reputados, y en esta posesión, *vel cuasi*, de ser homes hijosdalgo han estado y están, no solamente de padre y abuelo, pero de todos sus antecesores y de inmemorial tiempo acá, por tanto que los vizcaínos no puedan ser presos por deuda que no decienda de delito, ni ejecutada la casa de su morada ni sus armas y caballo, aunque en tal obligación expresamente hayan renunciado su hidalguía”. Y la ley cuarta luego siguiente pone la manera en que el merino de executor ha de entrar en las casas a hacer ejecución, y vuelve a repetir que los vizcaínos notoriamente son hijosdalgo. Y contra esta ley no hace lo que se alega por el fiscal Juan García en su Tratado *de nobilitate*, porque habla generalmente de los vizcaínos. Es verdad que estas leyes de la hidalguía de Vizcaya se entienden de los vizcaínos que realmente fueron originarios, de cuyo origen no se puede dudar, sino que de tiempo inmemorial son originarios y como tales habidos y reputados; y aun es menester que no tengan nombres de familias extrañas ni castellanas, como de Rodríguez, Henríquez, Burgos, Valladolid y semejantes sobrenombres castellanos no naturales ni conocidos por naturales en dicho señorío de Vizcaya; y esto por dos razones: la primera, porque su propio apellido trae contra sí la presunción: la segunda, porque no hay sobrenombre ni apellido de verdadero vizcaíno originario que no tenga su correspondencia con alguna casa, lugar, pago, cuartel, monte o río o soto del mismo señorío, merindad de Durango y encartaciones de Vizcaya. Y así, el que quisiere fundar su hidalguía ha de tener el apellido natural del mismo señorío.

De suerte que concedida la hidalguía de los vizcaínos por notoria y inmemorial, como lo conceden y disponen dellas las dichas leyes, principalmente desto se sigue que los vizcaínos han de gozar de todos los efectos de la nobleza, aunque las dichas leyes no los expresaren o expresen unos ni callen otros, pues es un derecho universal de nobleza, y, habiendo la inmemorial susodicha, tiene fuerza de privilegio.

Mayormente que la nobleza y hidalguía notoria de los vizcaínos está probada: lo primero, por dicha inmemorial; lo segundo, por leyes; lo tercero, por privilegios, franquezas y libertades de todo el señorío de Vizcaya y por Fuero de dicho señorío, como lo disponen las mismas leyes del dicho Fuero de Vizcaya confirmadas por nuestros reyes; luego esta nobleza corroborada está con todas las fuerzas y firmezas juntas que se pueden desear.

Sácase, pues, de lo susodicho que todos los vizcaínos originarios inmemoriales, probando ser tales, y la común e inmemorial reputación de su nobleza en la forma que arriba se ha dicho, como es notorio que la tienen, han de ser declarados y pronunciados por hijosdalgo notorios todas las veces que se contendiere en juicio sobre ello, para todos los efectos, franquezas, privilegios y libertades concedidas a los hijosdalgo por leyes destos reinos, sin exceptuar alguno. Y así es buena conclusión: *vizcaínos, ergo hidalgos*.

Más adelante: como la hidalguía se prueba por la inmemorial, ésta se ha de referir al tiempo que sea más provechoso al que la pretende, y así el hidalgo puede decir que sus predecesores han prescrito su nobleza contra el rey Rodrigo, que lo fue de toda España, y contra los sucesores, y que no le puede dañar aunque después se hayan dividido los reinos; de manera que el hidalgo gozará de su hidalguía en cualquier reino que se hallase. Y esta consideración tiene más fuerza en los vizcaínos originarios, porque allí se recogieron los nobles de España en tiempo del rey Rodrigo. De manera que pueden decir que son descendientes de los godos que allí se recogieron cuando se perdió España, y los mismos que fueron en ayudar al rey don Pelayo para volvella a ganar, haciendo famosos hechos y hazañas.

Y para que mejor se entienda esto será bien atender lo que arriba queda dicho: que en las montañas de Cantabria poblaron los más antiguos y primeros españoles, Túbal y sus compañeros y que en la pérdida de España en tiempo del rey don Rodrigo, último rey godo, se recogieron a dichas montañas las reliquias de los godos, y en ellas hicieron casas fuertes en que se

defendieron de los moros; de manera que demás de las caserías y solares que habían quedado del tiempo de Túbal, se harían otras cuando ella se perdió; y estas casas y solares unas y otras son antiquísimas y de gente noble y principal, y los hijosdalgo que descenden dellas serán y son de solar conocido, y esto es sin duda con la luz que dan las corónicas de España, de las cuales se saca que hasta la restauración de España, que fue el año 717, no se usó el nombre de hijodalgo, el cual se empezó y continuó en los que ayudaron al rey don Pelayo a recobrar el reino, porque entonces dicen las corónicas que se juntaron con él los hijosdalgo, y que de aquellos han descendido los verdaderos solares y hidalgos. Y especialmente se halla y hace mención de hidalgos de España del tiempo que se perdió, que fue año 714. Porque cuando los moros la iban ganando en la parte de los montes Pirineos en Cataluña, que está al paraje de Ribagorza, hasta Confranco, tuvieron los moros la tierra hasta el valle de Gistán y Bielsa. Mas no pasaron adelante porque les defendieron los catalanes el paso en los castillos y fortalezas que por allí eran, que fueron en tierra de Sobrarbe, Arcusa, Castellazo, Moncluz, Escaniela, La Clamosa, Abilanza, do está el castillo de los reyes de Sobrarbe. En éstos y otros se conservaron los cristianos de Aragón y Cataluña que después alzaron por rey a don García Jiménez en la cueva del Pavón, do está San Juan de la Peña, que fue año de 720. Y en concordia desto dicen hasta hoy las corónicas valencianas que los que vienen de aquellos solares son tenidos por hijosdalgo, y los que nacen en Bellos y en Muro de Bellos y en Pujatuebo, Bielsere, que están en valle de Puértolas, y la lengua que entonces los godos hablaban quedó en aquellos que allí se salvaron en los Pirineos, que están al mar Mayor, que son en Val de Roncal y Valle de Salazar, y el valle de Eseva, y el de Santisteban y los contornos destes valles que descenden en Guipúzcoa, y costeano el mar se extienden por Alava y Vizcaya.

Y aunque ya he dicho razones claras con que se prueba que la lengua de los vizcaínos es la lengua de los godos y gente castellana antiquísima, no me parece fuera del caso la que se colige considerando que el lenguaje de Castilla frisa mucho con

el romano y latino, porque en las guerras que tuvieron los romanos en España después que Viriato, capitán numantino, fue muerto porque no pudiese rebelarse al imperio romano esta parte que se llama agora Castilla, por cuanto en ella estaba la gente más rebelde y porfiada, pobláronla de castillos y fuerzas muy espesas, y pusieron alcaides de la gente romana, haciendo frecuente habitación; de manera que introdujeron nueva lengua, y a poner nombre nuevo a la tierra donde moraban, y así la nombraron Castilla; y siempre se conservó el lenguaje antiguo de los vizcaínos, a los cuales romanos, después de tantas guerras y obstinadas porfías, retrajeron y arrinconaron donde agora están; y así, el lenguaje vascuence es el natural y antiguo de España y el que se habla es advenedizo, porque como la lengua castellana y la romana sean tan hermanas, y ésta en toda España sea uno o muy poco diferente de aquélla, es de creer que se introdujo de los romanos por ser medio latina, porque como España fuese poblada muchos tiempos antes que los romanos a ella viniesen y ella tuviese lenguaje antes que se usase el latino, y este que hablamos sea latín corrupto (así como también lo que hablan los romanos y italianos agora), síguese que, pues no hay otro lenguaje o idioma diferente del latino, sino vascongado, no hay que dudar sino que la lengua de los vizcaínos es la natural antigua de Castilla.

Y en esto se fundan con harta probabilidad los que afirman que el rey don Pelayo fue de las mismas montañas de Cantabria, hijo del duque de Cantabria, adonde hasta nuestros tiempos se ha conservado la dependencia del linaje y lengua del patriarca Túbal, poblador de España, como lo afirma Garibay refiriendo por autor desta opinión a don Francisco de Navarra, arzobispo de Valencia, que decía que don Pelayo no era godo, ni a los reyes de España resultaba alguna gloria por descender de los reyes godos, pues, evidentemente, era más noble y clara generación la de los mismos españoles descendientes de Túbal, progénito de los verdaderos y claros españoles, que la de los godos extranjeros, que poco antes eran tenidos por bárbaros que andaban peregrinando por el mundo. Y consideran para esto que el nombre de Pelayo y de los demás reyes de España

después dél son muy diferentes de los nombres de los godos sus antecesores. Y deste parecer son muy muchos, y Enciso, en la suma de su *Geografía*, los cuales hacen cántabro por parte de España al emperador Carlos V, felicísimo; y que, después, cuando faltó en Favila, hijo de Pelayo, la línea masculina, tornó nueva línea de varón en la propia nación española de los cántabros en el rey don Alonso el Católico, de quien todos escriben ser de Cantabria, como refiere Garibay.

Iba tan engolfado en esta materia, para él tan sabrosa, nuestro lacayo, que era ya noche y no tenía talle de ponerle fin. Y aunque es verdad que mi amo le escuchó con grande atención y gusto, maravillado de que estuviese previsto en ella y en tanta antigüedad, quiso que se dejase lo demás para el día siguiente, aperciendo que quería hacer contradicción a lo que últimamente se había dicho, que Pelayo no era godo; y el lacayo volvió a revolver sus libros para replicar y defender su opinión.

CAPÍTULO X

EN QUE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA, Y SE PRUEBA QUE LOS REYES DE ESPAÑA DESCENDEN DE LOS GODOS

ERA mi amo muy discreto y leído, así en historias romanas como españolas, y grande amigo de personas de letras; y como halló dentro de casa quien tan a su gusto le entretuviese, apenas era salido el sol cuando pidió de vestir y nos llamó para que prosiguiésemos nuestra disputa; y primero quiso probar que los reyes españoles, por medio de Pelayo, descenden derechamente de los godos, y que era mucha pasión de nuestro lacayo, por hacer a Vizcaya querer deshacer a España y línea de los godos maravillosa, que ha durado conocidamente más de ochocientos años sin mezcla, que es cosa señalada y insigne, perseverando siempre el señorío limpio, y todo real en sangre y casta, que es cosa que no se halla en historia sagrada ni profana desde el principio del mundo.

Prosiguió, pues, diciendo que es cosa muy cierta entre los escritores en conformidad que el rey don Pelayo descende de la progenie de los godos, y fue el primero rey después de la miserable perdición de España, como lo dice el mismo Garibay, Ambrosio de Morales y Jerónimo Román, *de las repúblicas del mundo*, en la república setentrional, capítulo primero, folio 134; y dicen que fue de linaje gótico y real, y que ha habido de sangre de los godos en España ochenta y cinco reyes, contando desde el primero, que fue Ataúlfo, hasta el rey don Felipe II el Prudente, de cuya grandeza y prudencia se admira siempre el mundo, y ochenta y seis hasta el invictísimo y poderosísimo Felipe III, que hoy reina felicísimamente; y que si no fue hermano del rey don Rodrigo, como dicen algunos, a lo menos fue nieto del rey Recesvinto. Pero en esto, aunque los obispos Sebastiano de Salamanca y Isidoro de Sevilla dicen en general que Favila, padre del rey don Pelayo, fue de linaje de los reyes, lo más cierto y verdadero es, conforme a las historias del arzobispo don Rodrigo y del obispo de Tuy y Ambrosio de Morales, que don Favila fue hijo del rey Cindasvinto, que está enterrado en San Román de Ormisga, el cual tuvo sin Recisvinto otros dos hijos: el uno llamado Teodofredo, duque de Córdoba, padre del dicho rey don Rodrigo godo, que está enterrado en Viseo de Portugal, y el otro, Favila, duque de Cantabria, padre del dicho rey don Pelayo, el cual, con su mujer, la reina Gaudiosa, está enterrado en Santa Eulalia de Cangas. Estas genealogías pone el obispo de Oviedo, Pelagio, y refiere Morales, y conforme a esto se siguen dos cosas: la primera, que el rey don Pelayo fue hijo del duque don Favila y nieto del rey godo Cindasvinto; la segunda, que el rey don Pelayo (que algunos escritores llaman infante) era primo hermano del rey don Rodrigo, último rey godo, que perdió las Españas, por ser hijos de dos hermanos, Teodofredo y Favila, y nietos de dicho rey Cindasvinto, como lo confiesan los aragoneses en el proemio de la recopilación de sus fueros, aunque entre los cronistas hay diversidad en la descendencia destos dos, Favila y Teodofredo, trocándoles los padres. El buen Pelayo, temiendo la ira del rey Witiza, que había muerto

con un bastón a su padre, se fue huyendo a la Cantabria y tierras de Vizcaya. Y de aquí se ve que Pelayo no fue hermano del rey don Rodrigo, y doña Luz, su madre, tampoco fue hermana de Rodrigo (como otros quieren decir), porque siguiendo los dichos autores verdaderos más antiguos y graves, Favila, padre de don Pelayo, fue hijo del rey Cindasvinto, y Teodofredo no fue hijo de Recisvinto, sino su hermano, hijos del rey Cindasvinto; y así doña Luz, si fue madre de Pelayo, no parece que pudo ser hermana del rey Rodrigo; pero en esto no [re]para la sucesión de los godos, en la cual no se puede dudar de que se haya continuado hasta el Rey nuestro señor don Felipe III, viniendo el reino de Castilla siempre de padre a hijo o de hermano a hermano. Y las cinco veces que ha caído la sucesión en mujer, todas ha ganado el linaje, acrecentando el señorío y acerándose la sangre; y una vez que entró bastardo, fue su madre de alto linaje, y luego se restauró en el rey don Enrique el tercero, casando con nieta del rey don Pedro, y después acá los castellanos jamás han besado mano de rey que no se hubiese besado también la de su padre y abuelo.

La descendencia se toma del gloriosísimo rey Flavio Recaredo, hermano del santo rey y mártir Hermenegildo, hijos entrambos del rey Leovigildo, y todos reyes godos de España; y aunque el linaje real de Castilla tenga mucha gloria en proceder de la ínclita sangre gótica, pero mucho más se puede honrar y gloriarse por ser su legítima y verdadera descendencia de un príncipe tan señalado y tan excelente, hermano de un mártir, sobrino de cuatro santos tan principales, restaurador de la fe católica en España, vencedor de Francia y domador de los romanos, valeroso por su persona, amado por su bondad y atrevido por su grandeza. Este rey Recaredo es el que entre los otros reyes godos en España, echando de todo su reino el error arriano, profesó con todo él nuestra santa fe católica y hizo celebrar el concilio tercero toledano; y el rey don Alonso el Católico, primero deste nombre, su descendiente, habiéndose casado con Hormisenda, hija del rey don Pelayo, muerto su suegro y hijo, don Favila, sucedió en el reino, y de aquí descenden los reyes católicos de Castilla y León.

Y así, hermano Jáuregui, no habéis probado bien que Pelayo fuese necesariamente de Cantabria, ni concluís que dejase de ser de la sangre real de los godos, ni esto quita ni contradice que también no sean naturales españoles cántabros. Pues lo pueden ser y son por otras líneas y dependencias. Y así concurren en ellos lo uno y lo otro juntamente, como consta del prólogo de los fueros de Aragón. Y el primero, que fue Atanarico o Alarico, que fue año del señor 343, de quien descienden los reyes españoles, echó de España los vándalos y suevos que la tenían tiranizada, y desde entonces sin mezcla alguna se ha poseído España por los reyes godos sus descendientes, y al principio cuando el rey don Pelayo se apoderó de las Asturias y Galicia.

De manera –dijo Jáuregui– que vuesa merced misma se ha respondido a su objeción, que pudo ser Pelayo godo y cántabro; y ya dije que en esto hay opiniones, y no quiero insistir, pues por mil maneras se prueba con evidencia la nobleza e hidalguía de Vizcaya, que es lo que yo pretendo. Y volviendo al propósito, digo que no son cosas que dañen a la nobleza vizcaína las que alega el fiscal Juan García: que en Vizcaya no hay distinción en que se conozcan los hidalgos, y que así no pueden probar la hidalguía. Porque él mismo defiende que los españoles que descienden de hidalgos han de ser declarados por tales aunque vivan en lugares libres en los cuales no hay distinción. Y siendo esto así, como lo es, ¿por qué los vizcaínos originarios inmemoriales, pues tienen tantos testimonios auténticos de su nobleza e hidalguía notoria y son comúnmente reputados por hijosdalgo, como hemos visto, probando la dicha origen, descendencia y reputación, no han de ser pronunciados por nobles e hijosdalgo notorios en todas partes, aunque vivan en provincia libre de pechos y sin distinción? Porque si no hay esto en el dicho señorío, ni nunca lo hubo, es por ser todos los originarios dél hijosdalgo notorios, lo que no es así en otros lugares de España, libres de pechos, que refiere García; porque en éstos hay hombres nobles y plebeyos, como es notorio, y otros actos distintos, positivos, en que se diferencian los hijosdalgo de los que no lo son, y la exención y libertad de no

pechar en los tales lugares no indica nobleza de que no puede haber memoria; pero la libertad de Vizcaya es muy diferente, porque no se adquirió por semejante título, sino que es inmemorial, por ser la gente de todo aquel señorío noble notoriamente de su origen, y las leyes de Castilla, que requieren para la hidalguía probar otra cosa, no hablan ni se entienden con Vizcaya.

Añádase que el no haber pechado jamás Vizcaya ni haber habido pecho alguno en que se pueda echar de ver la distinción, es porque desta suerte muestran la nobleza notoria de todos los originarios, que ni han pagado ni pagan moneda forera ni un maravedí de pecho; porque los reyes se han habido con aquel señorío guardándole su nobleza, como se ha un esposo con su esposa de grande hermosura.

Y no es menor fundamento que los pasados para probar mi conclusión, considerar la gran fidelidad que siempre ha tenido aquel señorío desde la pérdida de España, y antes, porque allí fueron recogidas, hospedadas y favorecidas las reliquias de los godos y se les dio auxilio de armas y provisiones para recobrar a España; y Vizcaya, Guipúzcoa y otras sus comarcas nunca dejaron de ser cristianas, ni las ocuparon los moros, como todos los historiadores confirman. Antes sirvieron siempre a sus reyes en las guerras con tan extraño valor, que se puede decir que apenas ha habido batalla en mar ni en tierra en que no se hayan con grande valor bañado en sangre los vizcaínos. Y así merecieron el privilegio que dieron los romanos a los de Fenicia por su valor y fidelidad. Y de aquí viene lo que vulgarmente se canta en Vizcaya de antiquísimo tiempo a esta parte, y lo dicen los muchachos: "Vizcaya la libertad donde son los hijosdalgo". Y así lo sienten las comarcas de Vizcaya, que basta decir *vizcaíno*, luego *hidalgo*, y en las cancellerías de Granada y Valladolid jamás se ha dudado desta hidalguía.

De tal manera, que queriendo uno probarla diciendo que era vizcaíno, y probando que su agüelo hablaba en vascuence, se dejó de pronunciar en su favor porque se llamaba su agüelo Abraham, nombre inusitado en Vizcaya, y dudando solamente

que no había bien probado ser vizcaíno, pero dando por constante que si la probara tenía averiguada su hidalguía.

Y en comprobación desto puedo traer dos dichos de dos príncipes: el emperador Maximiliano y del príncipe don Carlos. El primero estando en Viena de Austria y habiendo desafiado un vizcaíno llamado Salazar a un caballero flamenco, el otro recusaba de aceptar el desafío, diciendo que no le constaba que Salazar fuese noble. Él alegaba que esto estaba averiguado, porque era vizcaíno, y que el mismo Emperador podía decir lo que sabía en esto; y consultado el emperador, llanamente respondió que él tenía por sin duda, por lo que entendió en diez años que gobernó en España, que todos los vizcaínos eran hidalgos. El segundo, que fue el príncipe don Carlos, en Alcalá de Henares, yendo paseando con su gente halló un estudiante vizcaíno que se llamaba Olalde, y preguntando qué estudiaba, dijo que Medicina; de dónde era, dijo que de Vizcaya. “Andad – dijo el príncipe –, que seréis una cosa rara: médico hidalgo”. Y preguntando a otro estudiante de dónde era, dijo que andaluz. “Déste – dijo el príncipe – no osaría afirmar, en duda, que es hidalgo como del otro”. Y estas respuestas de príncipe son muy de notar, porque ni oyen ni dicen sino cosas muy limadas y escogidas.

No obstan los acuerdos de Valladolid y Granada que refiere García y se han opuesto por Guzmán, porque pueden convenir y hablan con las demás partes y lugares de Cantabria en que habrá actos distintivos y cualidades fuera de pechos que pueden ser adminículos para probar su nobleza, por los cuales se diferencian los nobles de los villanos, para con esta distinción y actos se pueda probar la hidalguía, y no del señorío de Vizcaya, villas, ciudad y encartaciones. Porque en este señorío ningún acto distintivo hay ni otra cualidad en que se distingan unos de otros, porque todos los vizcaínos originarios son hijosdalgo y estos acuerdos hablan en partes en que presuponen que hay actos y cualidades distintivos de nobles a plebeyos. Y no se ha de presumir que los acuerdos quisieren otra cosa, particularmente en el señorío de Vizcaya, pues en él

hay fueros y leyes expresas que disponen lo contrario y están confirmadas como he dicho.

Y tampoco es de consideración lo que dice García de las casas infanzonadas y labradoriegas que hay en Vizcaya, por la cual parece que se podría pobrar la hidalguía. Porque esta distinción no hace diferenciar el noble del plebeyo; porque todos son hidalgos en propiedad y no han menester actos de distinción, y también los infanzones son hidalgos y nobles, que en otras partes se llaman catanes y valvasores; y los hijosdalgo de Castilla se llamaban infanzones en tiempo del conde Fernán González, según Garibay en la primera parte de su *compendio historial* y en el libro veinte y uno, página 29, adonde se dice que el rey don Sancho Garcés IV de Navarra, por la victoria que le ayudaron a ganar contra los moros los roncaleses sus vasallos, les tornó a dar nueva carta de hidalguía en confirmación y revalidación del privilegio dado por el rey don Fortún Garcés su padre, declarándoles por infanzones hijosdalgo, libres de todo tributo; y después fue este privilegio confirmado por otros reyes de Navarra. Deste modo podemos decir que son los privilegios de los vizcaínos, y por el favor y servicios que hicieron a sus reyes y señores en guerras contra moros, y principalmente a dicho infante don Pelayo, como se ve en las historias de España, Zurita, libro segundo de los *anales de Aragón*, capítulo sesenta y cuatro; el monje Guardiola en su *tratado de la nobleza de España*, capítulo veinte y ocho.

Y para que más en particular se vea la origen, antigüedad, dignidad y nobleza de los infanzones de España, especialmente de Vizcaya, me alargó en esto para que, pues viene a propósito, se guste desta manera. Y pues el antiquísimo seminario de la nobleza de Vizcaya, villas, ciudad y encartaciones de aquel señorío es infanzonazgo suyo, trataré primero de la causa porque los infanzones son llamados así, y luego diremos quién son infanzones según fuero de Castilla y quién fueron en tiempos antiguos.

Infanzones fueron llamados en Castilla del vocablo latino ya corrupto *infans*, *infantis*; y aunque el vocablo no es vascongado, sino forastero, ha sido recibido en el señorío de Vizcaya ya

desde el tiempo de los reyes godos; que quisieron honrar con este apellido aquella nación noble e hidalga de los que se llamaban infanzones.

Pudo tener origen este vocablo de la milicia, porque en ella los soldados se llaman infantes, y su hueste, infantería; y como los godos repartieron en Castilla la tierra en repartimientos militares con dominio, mando y respeto, pudo venir el vocablo de llamar infanzones a los cabos. Confirmase porque la más antigua y ordinaria nobleza y mejor siempre ha sido la milicia; de tal manera que ha habido quien defendiese que en siendo uno soldado, por el mismo caso era noble. Y por esta misma razón decía Juan Jacobo Tribulcio, capitán general de la caballería del rey de Francia, que en siendo uno soldado puede desafiar a un caballero; y así parece que la nobleza de los infanzones nació de la profesión militar en tiempo de los reyes godos.

A lo que se añade, que la palabra infanzón significa en lengua tudesca y de los godos la profesión, gajes y honra militar, porque *vaen fan* significa 'la bandera', y *zone* 'el hijo', y *cin* 'uno', y todos estos tres vocablos juntos hacen infanzones, con el cual nos muestran el hijo o prohijado de la bandera; y en la frasis de aquella lengua significa al soldado, no así cualquiera, sino el aventajado. Y de aquí vino que los infanzones siempre han sido más aventajados que los otros hidalgos ordinarios.

Y según las leyes de Partida, infanzones fueron llamados los señores de vasallos, porque dice la ley final, título primero, partida segunda: "Catanes y valvasores son aquellos hijosdalgo en Italia a que dicen en España infanzones; y como quier que éstos vengan antiguamente de buen linaje, y hayan grandes heredamientos, pero no son en cuenta destos grandes señores que de suso dijimos". Y concuerda esto con el derecho común, donde los valvasores se ponen en pos de los señores de título; y en Castilla estos tales eran feudatarios —y los feudos no pasaban de los nietos por línea recta de varón, excluyendo las hembras: ley sexta, título veinte y seis, partida cuarta—, y como se ha venido a perder y desusar esta milicia antigua en Castilla,

han sucedido en su lugar las órdenes de Santiago, Alcántara, Calatrava y otras militares.

Estos valvasores fueron llamados por otro nombre capitanes o caudillos de la milicia, de lo que confirma que los infanzones hubieron este nombre por la infantería y milicia que profesaban; y con el tiempo estos servicios y repartimientos militares se vinieron a hacer perpetuos por vía de mayorazgo indivisible, así como los ducados, condados y marquesados; los cuales primero fueron gobiernos y administraciones militares, y después el emperador Adriano los hizo perpetuos y hereditarios; y desta origen son los más estados del imperio de Alemaña; y aunque los infanzones eran en el tiempo del rey don Alonso el Sabio, y tomándoles en el punto más subido fueron señores de vasallos, todavía en aquellos tiempos y en otros más antiguos y modernos también se decían infanzones los escuderos hijosdalgo particulares, sin señorío de vasallos; y así los vemos agora en los reinos de Aragón y Cataluña, y en Vizcaya. De donde se sacan dos cosas: que el vizcaíno infanzón tiene fundada su intención de hidalguía en propiedad; la segunda, que el infanzón de Vizcaya tiene nobleza más calificada que los otros, porque el Rey y la Ley los honra más y es hijodalgo por vía solar conocido, demostrativo e indicativo de su nobleza, demás de ser hijosdalgo por sólo ser vizcaíno originario.

Y por concluir y excusar prolijidad en materia tan larga que se pudiera della hacer muchos libros, se concluye con la conclusión arriba puesta: que con sólo ser vizcaíno queda probado que es hijodalgo, sin que sea de consideración lo que alegó Guzmán del fiscal Juan García; que si esto fuese así también serían hidalgos todos los de los pueblos libres, como son Valladolid, Salamanca, etc., porque se dice que allí hay distinción de estados de hijosdalgo y plebeyos, lo que no es en Vizcaya, y así no puede haber buen argumento.

Y de aquí es que, sin embargo de la opinión de dicho fiscal, está recibido en práctica lo que hemos probado, y se han sacado muchas cartas ejecutorias de hidalguía en Valladolid y Granada que se han librado en virtud de sola la reputación

inmemorial, como fue en favor de Juan de Orduña, vecino de Orduña; de Lucas de Romora y Juan de Herrán, vecinos de la misma ciudad; Pedro Cabugal, Luis Ortiz de Matienzo, de Bilbao; Joan Fernández de Espinosa, del consejo de hacienda del Rey nuestro señor, y dejó de poner otros muchos por no cansar.

Y así Su Majestad, como tan gran monarca y cristianísimo príncipe, no permitiendo que se le hiciese agravio a esta nación tan hidalga, con acuerdo de los de su consejo de justicia, por querellas de dicho señorío y por su provisión real y general dirigida a todas las justicias de sus reinos y señoríos y de las Indias, mandó quitar y testar de dicho libro del fiscal Juan García *de nobilitate* y de su original todo lo que toca contra la nobleza de dicho señorío, para que jamás se imprima ni lea lo susodicho, como parece con dicha provisión y testimonio del secretario Gallo, dada en Madrid a 30 de enero de 1590.

Mucho nos maravilló a mi amo y a mí el discurso del buen Jáuregui, que no pareció de lacayo sino de hombre de propósito, y nadie tuvo qué replicar. Sólo mi amo, pareciéndole que le podía interrogar de historia de nobleza como hombre leído, le dijo que deseaba mucho saber de buen original qué cosa eran caballeros de espuela dorada e hidalgos de vengar quinientos sueldos, y quedó aplazado que a la tarde haría Jáuregui desto otro discurso.

CAPÍTULO XI
EN QUE EL LACAYO DECLARA QUÉ COSAS SEAN
CABALLEROS DE ESPUELA DORADA E HIDALGOS DE
VENGAR QUINIENTOS SUELDOS

LUEGO sobre comida empezó Jáuregui su plática, satisfaciendo al deseo e interrogatorio de nuestro amo, y dijo: que los hidalgos de vengar quinientos sueldos, según fuero de España, tienen denominación de unas historias que se refieren por los historiadores de España con alguna incertitud, pero que, entre otros, Monterroso lo aplica bien en su *práctica civil y criminal*, si la historia que refiere fuese sin duda; porque después de referir lo que ya dije en el principio de la población de España, después de la infelicidad del rey don Rodrigo, que se recogieron los cristianos que quedaron a las montañas de Asturias, Oviedo, Galicia, Vizcaya, Alava, Guipúzcoa, y a los montes Pirineos, y a los Rucones, que son en Aragón, y después hicieron caudillo a don Pelayo; muerto este rey don Pelayo, y después algunos descendientes, sucedió Mauregato, el cual siendo rey de León y de las montañas, con temor (que no debiera haber en persona real) hizo paz con los moros y les ofreció por tributo cada un año cien doncellas. El cual tributo se usó hasta el tiempo del rey don Bermudo, que no le quiso dar y se concertó con ellos de les dar quinientos sueldos por cada doncella; y que al rey don Bermudo sucedió el rey don Alonso el Casto, y después el rey don Ramiro, en cuyo tiempo los moros pidieron el tributo, y él no le quiso dar porque nacía de cosa tan fea que le llamaban el pecho del burdel, y trabose la guerra en la cual los moros fueron echados de las tierras que poseían; y el rey don Ramiro tuvo contra ellos muchas batallas y vencimientos, y a los que a la sazón hicieron hechos hazañosos les hizo muchas mercedes y les llamaron de ahí adelante hidalgos de vengar quinientos sueldos, porque vengaron el tributo de quinientos sueldos; y les dio muchas preeminencias y libertades, y muchas tierras y solares de las que habían ganado a los moros, para que viviesen. Y parece

esto llevar mucho camino, porque hoy en día en la ciudad de León, en memoria del vencimiento, se hace una solemne procesión cada un año, la víspera de Nuestra Señora de Agosto y su día, y de las parroquias de la ciudad sacan muchas doncellas hermosas, llevándolas en procesión con atambores, estandartes y banderas.

Pero en esta historia se encuentran mucho los historiadores; porque Esteban de Garibay en su *Compendio historial de España* dice, que las cien doncellas que daba Mauregato, las cincuenta eran nobles y las otras no; y que el rey don Bermudo, sabiendo que los moros habían entrado en las Asturias para cobrar el tributo, salió poderosamente contra ellos y los venció librando la tierra de las parias del miedo. La *coronica general de España*, que hizo el rey don Alonso, dice lo de Mauregato, y que el rey don Ramiro de León, primero deste nombre, hubo con los moros la sangrienta y famosa batalla de Clavijo porque no quiso dar el tributo de las doncellas; y que en ella le apareció el apóstol Santiago, y con su ayuda, y principalmente de Dios Nuestro Señor, les venció y quedó la tierra exenta del tributo, porque no osaron de allí adelante pedirle los moros. Pero Castillo en los *Discursos de los reyes godos* dice que el rey don Aurelio concedió el tributo de las doncellas, y que Mauregato en vez dellas señaló los quinientos sueldos por cada una; pero en suma se concuerda que por esta causa se llamaron los hidalgos de vengar quinientos sueldos.

Y en cuanto a los caballeros de espuela dorada, se advierte que en Castilla hay tres maneras de caballería, las cuales pone el fiscal Juan García en su tratado *de nobilitate*. La inferior es de los caballeros pardos a fuer de León, los cuales no tienen más de exención, y es cosa de poco momento. La segunda y más eminente es de tal suerte que se da a hidalgo y a pecheros con privilegio. Y en cuanto a esta manera de caballería no se considera más de lo que contiene el privilegio o pergamino, y no presupone hidalguía; pero si el que la tuviere quisiese probar que es hidalgo, será admitido y se le despachará su ejecutoria. La tercera y muy principal es la caballería de espuela dorada, la cual recae sobre hidalguía, y no se da ni puede dar

sino a hijodalgo, y se dice caballería sobre hidalguía, y con ésta se halla la hidalguía más perfecta y presupone la hidalguía como más antigua; de tal manera, que cualquier caballero de espuela dorada se presupone hidalgo; y así se ha visto muchas veces que con sola la carta de caballería de espuela dorada, sin posesión ni sin solar, ni otros requisitos de hidalguía se despacha ejecutoria de hidalguía en propiedad, como se declaró en Valladolid en la causa de Sepúlveda, vecino de San Martín de Val de Iglesias, y de los Vicerras de Granada; y esta caballería, según se ve por historias auténticas, también la daban los que del Rey la habían recibido. Diose al principio con la solemnidad de velar las armas y con pescozada y con calzar las espuelas doradas, y desta manera la recibió Ruy Díaz de Vivar, nuestro Cid, hijo de Diego Láinez, nieto de Nuño Láinez, bisnieto de Laín Hernández, tercero nieto de Hernán Láinez, cuarto nieto de Laín Calvo, y de doña Teresa, hija de Nuño Rasura, dos jueces de Castilla cuando los castellanos negaron la obediencia a los reyes de Oviedo y de León. Este Cid Ruy Díaz se armó caballero en el altar de Santiago con la dicha solemnidad, y también el rey don Alonso el oncenno, y él mismo en Burgos en las fiestas de su coronación armó muchos caballeros ricoshomes y hijosdalgo, como parece en su historia, capítulo ciento cuatro, y entre ellos a don Pedro Fernández de Castro, ricohome y otros. Y al otro día que fueron armados armaron a otros muchos hijosdalgo. Los armados por el Rey fueron Periañez de Novoa, Fernán Diáñez de Neira, Nuño Pérez Gallinato, cuya sepultura está en el claustro del monasterio de Santo Domingo, en la ciudad de Santiago, Diego Álvarez de Sotomayor y Juan García de Saavedra.

Los armados por los caballeros fueron muchos; que don Pedro Fernández de Castro armó caballeros a Fernán Gómez de Valladares, Pero López de Montenegro, Juan Fernández de Bolaño, Nuño Freire, Ruy Freire, Arias Pardo, Diego Pérez de Somoza, Fernán Diáñez de Sotomayor y Macías de Balbao, todos hijosdalgo gallegos. Después se ha usado que el Rey en el mismo conflicto de la guerra dé esta caballería por las hazañas y notables hechos que el hidalgo hace, y recibe información

verbal de dos o tres caballeros hijosdalgo notorios de cómo aquél es hijodalgo, y con esta precedencia el Rey le arma caballero sobre hidalgo; y en lugar de pescozada que antiguamente se usaba, le da tres golpes de espada, diciendo: “Dios y el bienaventurado apóstol Santiago te haga buen caballero”; y desto le manda dar su carta, la cual es de hidalguía en efecto, y contiene toda esta solemnidad.

Mucho se entretenía mi amo con la buena plática de Jáuregui, que no parecía de lacayo, y hay muchos nobles que no saben lo que toca en su profesión y cumplieran con saber lo que este buen mozo. Quedó muy privado de allí adelante, y porque sus buenas partes lo merecían, le mejoró mi amo en hacelle su camarero, sacándole del oficio que le había enseñado la pobreza; que es ordinario en los hijos segundos de los vizcaínos salirse huyendo de la pobreza de la casa de sus padres, que por conservalla la dejan solamente al mayorazgo sin obligación de que les dé alimentos.

LIBRO TERCERO

EN EL CUAL SE CUENTA EL DISCURSO DEL VIAJE A VALENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE GUZMÁN DE ALFARACHE HACE UN DISCURSO DE LA VANIDAD Y CUENTA UN SUCESO DEL PRADO DE SAN JERÓNIMO

LA vanidad es hija de la soberbia y madre de otros muchos vicios; o por mejor decir, es ama que, si no los engendra, a lo menos los cría con su leche. Suele nacer muchas veces de donde habían de nacer las virtudes, porque se toma la ocasión para el mal de lo que se había de tomar para el bien; que pues la nobleza es cosa tan insigne como queda ya dicho, había de ser parte para que los que la tienen fuesen más virtuosos, y muchas veces no es así, sino que los tales son hinchados, vanagloriosos y desvanecidos, muy confiados de los blasones de sus linajes e hidalguías, y habrían de considerar su nada y su poquedad, sin cebarse en sólo el nombre de cristianos, engastonado en tetrarcas y reyes vándalos, godos y Doce Pares, queriendo desleír las leyes de Dios con las del mundo. Sábese aprovechar el diablo de los atizadores dél, como son el hombre y renombre de fama; la gala del que más puede y más vale; el qué dirán, ídolo ordinario de los vasallos del mundo; la singularidad y la primacía con que cada uno presume exceder al otro, y el ídolo emperador y monarca de todos los ídolos, el Yo. Ciertamente todo hombre que vive es la universal vanidad, como dijo David; toda la vanidad que en todas las criaturas está sembrada y esparcida a pedazos, en sólo el hombre está toda entera, recogida y sumada, no hay criatura de quien el hombre no tenga su algo o el todo de vanidad. Que así como el hombre en cierta manera es toda criatura (atenta la comunicación que tiene y hace con todas), así

también es y abraza en sí la universal vanidad de todo este universal distrito en él cifrado y contenido. De aquí es que con las cosas inanimadas está sujeto a la corrupción, caídas, injurias del cielo, de elementos, lugares y tiempo, corporales accidentes. Con lo que vive lo está a la inestabilidad, necesidad de crecer y decrecer, de nutrición, corrupción, muerte y acabamiento. Con las que siente está sujeto a una universal mudanza e infelicidad de sentidos, afecciones sensibles, pasiones y calidades pasibles. Con los ángeles a la alternación, volubilidad, mutabilidad de pensamientos, voluntades, razones, estudios y consejos, y aun sobrepuja y vence el vanísimo hombre vanidades e inconstancias de todos los sobredichos. Porque demás de los varios e inciertos cuidados de la vida que tiene, tiene esto propio y muy suyo, que aun le hace más vano, a saber es: que no está sujeto a un preciso linaje de pecados, sino a muchas y diferentes maneras dellos. Es, en suma, el hombre la misma vanidad, y todo lo declara su mismo nombre: que muchos prueban que llamarse hombre es vil denuesto, pues es decir tierra y polvo, primera materia de su formación; y de aquí debiera entender que sólo tiene la hechura dada de la mano de Dios, y nada de suyo. Porque de lodo ¿qué se puede hacer que valga sino por la hechura? Sin duda en obra de lodo no cabe más de la mano del maestro, ni es material que de suyo se ayuda, como el oro o la plata, que en sí propios tienen valor; de la cosecha del hombre sólo es el ser nada, y ser lodo y polvo. Y tras esto ver lo que el hombre se estima, lo que se precia, su altivez y soberbia, es cosa de admiración qué barajadas llevan las cosas desta vida. ¡Cuántos afanes por cumplir con su vanidad! ¡Qué excesos, qué gastos excesivos por mostrarse más de lo que son, sin advertir si bastan las fuerzas a continuar adelante sus empresas; sólo que el caballero parezca titulado, el titulado monarca, con empeños sobre empeños!

¡Qué cosas pudiera decir de experiencia y de vista en este viaje de Valencia que te voy contando y en los suntuosos atavíos y galas que para él se hicieron! Dejemos los Grandes de Castilla, que éstos son como estrellas en el firmamento, y son grandes príncipes y pueden lo que quieren; que sólo hablo de

los particulares que cebados en el retinte de sus linajes y el desvanecimiento de ser tenidos, hicieron corazón de tripas en esta jornada, gastando más de lo que podían y debieran, queriendo imitar en prodigalidad a Nerón, que en la muerte de su mujer Popea gastó más olores que toda la Arabia lleva en un año, o a Heliogábalo, que daba barrenos a las naves cargadas de inmensa riqueza, para que a vista de todo el mundo se hundiesen y por allí conociesen la grandeza de su corazón, que con tanta facilidad desperdiciaba lo que otros tenían en grande estima. Pero al fin ellos se avendrán con sus acreedores, que a mí sólo me cupo maravillarme de su buen ánimo, que era mayor que las fuerzas, y me hice sobrado curioso en averiguar y saber de otros pajes qué rentas comían sus amos, qué galas habían hecho, qué criados habían recibido, que parece que me habían hecho fiscal desta pesquisa: creo que el ver la causa por que yo andaba perdido, que era por mala administración y poca conservación de hacienda, me hizo como perro hostigado tener lástima de los procedimientos ajenos que guiaban a este fin.

Era cosa de contento por otra parte ver la Corte y el aparato que se hacía, lo que nos prometían de fiestas en Valencia y lo que se deseaba esta jornada. De allí no tengo más que decirte, porque mi vida era la ordinaria: jugar el sol antes que naciese, y para hacer dineros usar de mil géneros de embustes; el de hoy conocido era mañana embestido con préstamos; y como yo, después de larga arenga, lo reducía a poca suma, de seis u ocho reales, no había hombre que se me escapase sin dejar alguna pluma. Todo el día gastaba en estas y otras galanterías, porque mi amo era muy retirado, apenas salía de casa, y todo su negocio era leer historias, y procuraba tenernos contentos por lo que nos había menester en aquella ocasión. Las noches, prado de San Jerónimo, a buscar aventuras, aunque raras veces lo son.

Pero una noche, entre otras, me sucedió un caso donoso. Érame yo de tan mal gusto, que toda cosa que tuviese tocas y faldas largas me parecía la diosa Venus. Al embocar por los caños de Alcalá, la noche cerrada y algo oscura, pero sosegada y quieta, tópome dos mujeres de harto buen pico. Muchos las

hablaban y pasaban de largo; yo, que tenía poca experiencia de las cosas de aquel cuartel, cebado del buen pico y agudas respuestas, alzo la una por la mano, diciéndole: “Mi reina, siempre me perdí por instrumentos de buenas voces”. Replicome muchas cosas tan a propósito, que no dijera más toda la discreción junta; pero en el ínterin me maravillé mucho de una mano tan flaca y caliente, un brazo seco sin ningún adorno, un olor de enfermedad de muchos días, que a otro que yo hiciera huir a más de paso; pero como sentía una voz tan viva, un pico tan gracioso, un metal de voz tan apacible, me prometía que era una cosa nunca vista, unas Indias que no fue venturoso Colón de descubrillas; pensé que el tacto y olfato me querían engañar, y que sólo tenía el oír verdadero y buen amigo. Los ojos, en aquella ocasión, no eran de provecho por la oscuridad; aunque en semejante mercadería son, cuanto dañosos y sobornados si es buena, desengañadores y verdaderos si es mala. Bien pudiera yo considerar que no tenía su dueño por buena la ropa, pues la puso en tienda tan oscura, como mercader de lienzos, y que no quería sobre la vista el precio; pero dájelo, para no sentir tan pestilencial hedor como probé, llegándome más cerca; y así, aunque yo era tan voluntario, y tenía el apetito tan irritado, y lo que podía entender me engañaba de tal manera los oídos, y no pensaba ser engañado en el precio, porque no iba conmigo solo un maravedí, no determiné de averiguarlo todo, ni ver si correspondía el pico a la pluma. Hallé, por la cuenta de mi olfato, que debía tener calentura de más de seis meses, o que estaba hética; y esto sería lo más verdadero, porque el estar muy en seco y hablar mucho y a propósito es muy de héticos. Olíale la boca a perros muertos. Quedáronme tales ascos, que no puedo acordarme sin grande movimientos de estómago.

Pienso que Dios me quiso castigar allí de contado por los otros lances que probé, burlándome de las probetas. No podía apartarme de la memoria cosa tan aciaga que me causaba horror de sólo imaginalla. ¡A qué puede llegar la malicia de las mujeres, que por sólo el vicio llegan a tal extremo, y en el mismo extremo no olvidan el vicio!

Bien dijo el *Eclesiástico* que es mejor la iniquidad del varón que la mujer que hace bien; pero se ha de entender con grano de sal, como declara un doctor, que para el amor torpe hay mayor peligro en la benignidad y cortesanía de una mujer que en la conocida maldad del varón. No reparan las mujeres ni en su salud ni en la ajena; pues vemos que del grande exceso del vicio todas se hinchen luego de bubas y inficionan a los que se les llegan, como vemos cada día en aquella Corte: que con la codicia de ganar torpemente todo lo llevan por un rasero, como el fuego. Y aun, como dice San Gregorio, el fuego del infierno es discreto, porque atormenta a cada uno conforme a su culpa; esta discreción no se halla en la mujer, sino que, con la sed rabiosa que tiene de pelar, a todos trata igualmente. La causa desta filosofía es porque comúnmente las mujeres que andan en este trato son comedoras, y ellos tragadores y bebedores; con lo cual, en meriendas, en almuerzos y comidas, en cenas, en idas a las huertas y vueltas del campo, en convites costosos y banquetes desordenados gastan cuanto tienen. De donde también nace que los que andan al paso destas trotonas, aunque tengan más tesoros que el rey Crespo, nada les luce, porque en regalos, en anillos, en preseas, en holandias, en perfumes y cosas semejantes, se les va la hacienda; y aunque los criados lo padezcan, la mujer lo llore y los hijos lo ayunen, para que ellas lo coman y gocen de nada se duelen, todo se gasta, todo se consume, y con ello la vida y la salud de todos; y a la fin bubas, dolores, zarza y palosanto.

Por esta causa dijo muy bien aquel Diógenes cínico, que en todo tenía sal y gracia de murmurar, que eran los lujuriosos, hombres y mujeres, como unas higueras que nacen en lo alto de unos despeñaderos diabólicos, cuya fruta gozan solamente los buitres y cuervos del campo. Tienen otro engaño estas arpías, que, como más quieren al don que al que lo da, y más a los presentes que a los amadores, tráenlos suspensos mucho tiempo, hácenles gormar la comida antes que la prueben; después, por un rato de gusto con que los emboban, pagan el escote en moneda de mucho pesar y descontento, y aun no queda hombre bien averiguado con ellas.

Por esta razón, riéndose Luciano de un contrato tan desigual y desatinado, dijo, y muy bien: “Grande necedad es padecer muchos trabajos y molestias por sólo la esperanza de un torpe pasatiempo”. De manera que comprar ruin mercadería y por excesivo precio es desatino: tanto escote y tan poca comida, tanta despensa y tan poco contento, tanto gasto y tan poco gusto, tan largo pesar y tan breve deleite, no conviene a quien tenga entendimiento; y son tan costosos los deleites sensuales, que, donde entran talan y abrasan y hacen el oficio que la yedra en los árboles, los cuales, dice Plinio, que agarra, seca, desustancia y chupa como fuego. Que es ver las mujeres de aquella Corte, de buenos talles, en la hermosura de sus años floridos, y tocadas desta oruga, en pocos días marchitas, lacias, cocosas, secas y socarradas, como árboles tocados de rayo, y no sólo dañados en las ramas y troncos, sino calados y traspasados hasta el fondo de la raíz, de la manera que esta ninfa que me hallé en el Prado; en la cual debió de estar enlazada esta yerba que naturalmente esparciéndose por sus ramas cubre la tierra, y subiéndose hacia arriba cuanto encuentra abraza, cuanto halla delante engarabata, y cuanto topa, roba, chupa y destruye; y así la dejó chupada y seca que no debió de verse en el hospital de Antón Martín cosa más acabada y perdida.

Fuime santiguando hacia mi posada, como quien escapa de un gran peligro, y no poco inficionado el aliento; que entendí que me habían pegado bubas para toda mi vida, con haberme hasta entonces escapado dellas por entre millares de ocasiones, de ríos y mujercillas. No pude cuajar sueño en toda la noche, y los que tuve fueron revolviendo el cieno en que me había visto.

CAPÍTULO II

EN QUE GUZMÁN MUESTRA LOS VICIOS DE LOS QUE NO QUIEREN ESCARMENTAR EN CABEZA AJENA, Y PRUEBA QUE, AUNQUE SON DAÑOSOS LOS PLEITOS, ES BIEN QUE HAYA LETRADOS EN LA REPÚBLICA

COMO escapé tan mal parado del suceso del Prado, no había mujer que me hiciese gozo, pensando que todo debía ser en una manera; y pluguiera a Dios que de veras escarmentara, haciendo como hombre prudente, que de unos negocios toma lengua para otros y saca recato de unos yerros para evitar otros adelante, usando de la razón y entendimiento discursivo que Dios le dio, y que me valiera conjugando unos casos con otros, pues aun los brutos animales, como nota San Isidoro, se valen destos barruntos y escarmientos para conservación de su individuo.

No digo yo agora de la certidumbre con que las golondrinas, los arajaques, los aviones, las grullas, avutardas y otras muchas aves se pasan de unas tierras para otras, mudando nuevos aires, buscando en el invierno, cuando cargan los fríos, regiones calientes, y en el verano las templadas, no aquella antigua posesión con que sustentan las cigüeñas sus nidos en las torres y templos altos, que esto se dirá lo hacen por instinto natural, con que son llevadas, sino digo otra más extraña maravilla: que si una bestia común cayó alguna vez en algún barranco o mal paso, no le harán entrar en él con ninguna fuerza. Conoce muy bien el caballo donde una vez tropezó pasa con particular atención una mula donde le acaeció algún revés, las aves que una vez escaparon del lazo, dondequiera les parece que le ven, y con esta sospecha huyen a campo seguro. Esta es la causa del antiguo proverbio: pájaro viejo, no entra en la jaula, porque escarmentando de las veces que se ha visto para perder su libertad, ya no se cree de ligero, ni del reclamo vivo, ni de la añagaza muerta ni del cebo sabroso, sabiendo que todo aquello se ordena para encantarle; que de los escarmentados salen los arteros, sacando doctrina de su primera ignorancia. Pero yo no

me valí de reglas de prudencia; y así quedé más necio que los animales brutos, y semejante al que come cosa dañosa y vuelve a ella sabiendo que le es contraria, que entra en la cofradía de los ignorantes; que quien habiendo errado no queda con aviso para adelante, cuádrale más el nombre de insensato que el de avisado y cuerdo; y por tanto debe ser el prudente varón como la abeja, cuya miel es muy mejor si se coge del tomillo, siendo esta planta notablemente amarga para el gusto; y así el varón discreto, en los contrarios casos que le sucedan saca para otros acaecimientos mayor enseñanza y escarmiento; que por eso pintaban los antiguos a Jano con dos caras, porque (según Macrobio) fue un rey de Italia muy prudente y de gran memoria, con la cual, acordándose de lo pasado, se prevenía para lo por venir.

Y porque he entrado en esta materia de escarmiento —que tenía deseo me la ofreciera la ocasión, por lo poco que se platica en el mundo, con ser tan provechoso escarmentar en cabeza ajena—, de paso quiero mostrar la ignorancia de muchos que por no saber escarmentar tienen que lastar. Entren primero los que jamás escarmentaron en el exceso de los trajes y galas, los cuales, por exceder extraordinariamente el caudal ordinario de la renta o hacienda, engendran ordinarias trapazas y pleitos, por cuya causa están las ciudades afianzadas, y ese poco de hacienda que había de andar como en rueda del mantenimiento de casa se va en las audiencias. Los que tienen por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay tantos holgazanes y malas mujeres, demás de los vicios que a la ociosidad acompañan por la vanagloria de los vestidos y no trabajar, hacen grandes faltas en sus casas, y así en quitar de la comida ordinaria a su familia, como dando ocasión a la mujer y a las hijas de malos reveses para matar la hambre que la mala comida ordinaria no les pudo apagar. Y los ociosos ¿que males no cometen por estar sin oficio?, que unos mantienen tablajerías, otros favorecen parcialidades y bandos, otros son carcoma de los mayores aprobando sus dichos y hechos, otros son truhanes, o a lo menos muy hablatistas, con que muchas veces en son de donaire dicen de muchos las cosas que ellos no quisieran oír de

sí en burlas ni en veras; otros hurtan, comiendo el sudor ajeno; otros, por la vanidad de los linajes, hacen cismas en la república, que ha de estar unida en un cuerpo por caridad. Pues ¿qué diré de los que jamás se pusieron delante los buenos consejos que oyeron en los sermones, y ni los quisieron obrar, ni atender a las amonestaciones de amigos, reprehensiones de mayores, a los castigos que dio la justicia a los malos, ni se quisieron enmendar?

No se me van por alto los prelados eclesiásticos que convierten la renta de pobres en banquetes y platos, trocando el nombre de carga en estado de honra mundana, y de miradores y pastores se vuelven mirados y apacentados. Los catedráticos que leen a pompa y no a provecho de sus discípulos, y cumplen sólo exteriormente con sus oficios, sin poner afecto caritativo, y conocen que no hacen provecho. Los príncipes y grandes señores que no miran por sus vasallos con celo de caridad, haciéndoles venir en pobreza por sus faustos voluntarios. ¡Ay de los que venden los oficios de gobierno, o con sólo título de amistad, o por sólo ruegos y cartas, los cuales se habían de dar por habilidad de personas, proveyendo al oficio que vaca y no a la persona – y desto ya dije en la primera parte de mi vida – y por henchir el estado! Estos señores, viendo no ven, oyendo no oyen lo que se dice o hace en sus casas.

Los gobernadores y ministros de la justicia que disimulan pecados por respecto de amistad o porque les untaron las manos, o se gozan de hallar materia de vicios por la ganancia que se les espera, agravando el pecado del que habían de sacar dinero, disimulando el de los poderosos, por miedo o amistad. Los letrados, escribanos y procuradores, que toda su vida emplean en las ajenas, ¿qué dirán de los pleitos injustos que defendieron usando de dilaciones contra los pobres, recibiendo precios desordenados contra la tasa de los aranceles, las acusaciones y embelesamiento en que viven, no con celo de justicia, que con cautelas sofisticas van intrincando, mas con el fin desordenado de adquirir más de lo honesto, para colocar sus hijas en alto y dejar sus hijos en la cofradía de Bontempo y San Epicuro, y no escarmientan en los que han hecho lo mismo y no

lo han gozado sus hijos, porque lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su amo? Entre la otra cofradía de médicos, cirujanos y boticarios, que gustan de hallar materia que ejercitar su oficio; la dilación de las curas en donde esperan ganancias; el tentar de vados, no menos a costa de vidas que de dineros ajenos; el contar los accertamientos de sanidad por industria de sus primores; las medicinas sofisticadas, la intricación de los nombres, la ignorancia de las especies, la determinación de lo incierto, la venta de la opinión. Pasen también los soldados y gente de guerra que no se tuvieron por esforzados ni hombres valientes, sino cuando renegaban y descreían del que los hizo; porque el juramento que de allí baja, según sus malas costumbres, piensan que es de hombre cobarde, como si la victoria estuviere en ofender a porfia a quien les ha de dar, y no se dieran a cato del desfloramiento de vírgenes, de los desafíos y vanaglorias que de sus valentías fingidas contaron. No olvidemos los ricos, que habiendo pobres legítimos hagan cuenta que hurtaron las riquezas si no le favorecen, y por hacerse ricos caen en la tentación y en el lazo del diablo, no advirtiendo a lo que dijo Cristo: ¡Ay de vosotros los ricos, que tenéis vuestra consolación acá en el mundo que pasa!

También no escarmientan los casados que se casan más por cumplir con su afición que por el intento justo del sacramento del matrimonio, y pervierten la intención conyugal en el mental adulterio, y malgastan sus haciendas, dando ocasión a sus mujeres que vengan en descontento y caigan en pecados, o por traellas demasiadamente vestidas o muy desnudas y hambrientas, dejando ir los hijos por las plazas, tributarios de las picotas, gastando el tiempo en balde. Así mismo son los oficiales y granjeros, que son las despensas y recámaras de los pueblos: miren las tachas solapadas con que venden sus mercaderías, los juramentos que juran a su intención y fuera de lo que se entiende; y sin duda son infieles, porque si bien creen, o juran bien o no han de jurar; no consideran los monipodios que hacen, juntándose dos o tres a comprar toda la mercadería que habían de comprar muchos, haciendo entre sí alianza de los precios, y so color de hermandades y cofradías, que son muy

santas, se comunican todos untos y se hacen jueces de las tasas. A los mesoneros y bodegoneros bien puedo argüir de poca fe, pues que sólo se ponen a dar naipes y dados con que se blasfeme el nombre de Dios, para que así se venda su vino y despensa; mas aun tienen por granjería tener en sus casas añagazas de munición de mujeres deshonestas para señuelos de huéspedes; y con tal que vengan y traigan consigo otros a comer y posar, posponen el mandamiento de Dios dando ocasión de tropiezos en sus posadas. Los carniceros no escarmientan por más penas que les ejecuten; antes, demás de los contrapesos del dedo que ordinariamente suelen hacer, defraudan a la gente pobre, porque o por amistad o por temor reparten la buena carne a los regidores, jurados, alcaldes, escribanos, alguaciles y procuradores, por comprar de los unos favor y de los otros rescatar el miedo; y lo poco que queda de buena carne lo meten en un cajón para dar a dos pasteleros y tres taberneros, con quien es posible que estén concertados con pacto tácito, por dos o tres giras que les hacen al mes; y la pobre viuda que tiene quebrados los huesos al torno para recaudar una libra de vaca, o el triste cavador que con su azadón ha de mantener sus hijuelos, se llevan los huesos y un tal quiebradientes por añadidura, que para caudal era grande. Los molineros siempre están en sus trece, metiendo harija por suplir la falta que hacen. Las tenderas en su mala gracia con que se han con todos, demás de las buenas muestras que ponen en la frontera de sus tabaques para vender por señuelo el mal paño que dentro cubren.

Mucho me había ido la mar adentro, saltando desde el prado de San Jerónimo, y sin salir dél tuviera harta materia. ¡Qué desenvolturas no se hacen, qué conciertos no se fraguan y ejecutan! ¿Qué mujeres gustan del Prado que no lo frecuenten? ¿Y quién le visita que guarde recogimiento? Paseo de la Corte; mas allí se dan cortes, no de paso. ¡Oh buen Caño Dorado! Si tu lengua de agua declarase con su ruido lo que mira tu ojo, no serían tan horribles los hechos de Heliogábalo, afeminado emperador, pues hay muchos que le exceden, si no en hechos, por no poder más, en deseos, por tener más malicia. Y no es

poco de maravillarse que en la Corte haya tal disolución, pues hay en ella también tanto príncipe cristianísimo, tantos Grandes de grande piedad, tanto religioso venerable y de vida ejemplar, y muchísima gente de suma virtud; pero podría decir que en este mundo andamos mezclados malos y buenos, y sobre todos envía Dios Nuestro Señor el sol y las lluvias, como padre piadoso, esperando los malos a penitencia.

No me meto en los pleitos que se ven en tantas salas y consejos, adonde muchos porfiadamente gastan sus haciendas, y muchas veces fraudes y engaños, o autos falsos; quieren ganar sus pretensiones y despojar su estado, al contrario, porque como no tuve pleito de hacienda en mi vida, ni le esperaba tener, no me daba esto cuidado. Mas bien entiendo que la avaricia de abogados y procuradores inmortaliza los pleitos; que siendo el pleito vocablo castellano antiguo, que un tiempo significaba concordia —como parece en las leyes del Fuero Juzgo, de donde viene pleitesía y pleito homenaje—, van agora tan trabados y tan mal tramados los pleitos, que no hay cosa tan contra concordia; que por vía de apólogo podríamos decir que el pleito se casó con la pleita, cuyas arras y dote fue que, a no faltar esparto y dineros, procediesen siempre adelante; y el hijo legítimo que hereda la casa del mayorazgo se dice proceso, porque nunca el diablo acabe de proceder. Cayendo en esta cuenta el rey don Pedro de Portugal, que fue en tiempo del rey don Pedro de Castilla y del rey don Pedro de Aragón, mandó que todos los abogados y procuradores aprendiesen oficio de nuevo, en que pudiesen ganar de comer, por hacer parar el proceso del pleito inmortal. Y el rey Matías de Hungría, con pregón público mandó que todos los letrados saliesen de Hungría, pensando así tener su reino en paz. La misma hazaña intentó la católica reina doña Isabel, en Salamanca, y cesó su espíritu por el consejo que admitió de letrados. Por sólo esto estaba bien con mi vida de caracol, que todo lo llevé a cuestras, que no podía nadie intentar acción de bienes raíces, sino sólo personal de delicto, *vel cuasi*; pero no os traguéis lo que tengo dicho de manera que creáis que es mejor que no haya letrado, abogados ni procuradores; porque, por el

contrario, es muy necesario para la república que los haya. Que, según dice Aristóteles en sus *Éticas*, hay algunos hombres tan arruinados a su parecer y tan duros de creer, que no pueden persuadirse lo contrario de lo que ellos imaginan si no ven evidentes señales o si no son convencidos por fuertes y eficaces razones. Y esto es lo que hacen los abogados, que con persuaciones eficaces convencen las partes y jueces, insinúan la verdad, declarando la inocencia del reo, del miserable y del oprimido, para que se les guarde su justicia. Pues ¿quién dirá que en la república no son necesarios hombres que tengan por oficio apartar lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto? Luego loable ejercicio y necesario oficio es, y muy honroso, el que declara la verdad, defiende la justicia, interpreta las leyes, da el verdadero sentido a los estatutos, patrocina a los miserables y redime los oprimidos: el derecho faltaría si faltasen, y no habría quien le alegase.

No digo yo de los que maliciosamente enmarañan los pleitos, que cuando más trapazas saben con que patrocinar a los malos, tanto juzgan ser más dignos de alabanza; que éstos son los que desacreditan esta facultad tan noble e insigne y no merecen nombre de letrados; que el recto y buen abogado jamás emprende causa injusta, y los sobredichos, si les tomáis por abogados, dilatan vuestra justicia; si les dejáis, os la impiden; si les solicitáis, se enfadan; si no lo hacéis, se descuidan, y si son ricos, del todo se olvidan del negocio que dellos confiáis, compran los pleitos, venden las intercesiones, hasta el silencio es venal, y su lengua es dañosa si no le echáis mordaza de oro o plata. Éstos son los que revuelven las ciudades y son peste de la república.

¿Quién le hizo a Guzmán de Alfarache andar en estas consideraciones y hacerse consejero de estado? Ya te amonesté que saldría muchas veces de la historia de mi vida a los pensamientos que me ofrecían mis sucesos; y la materia de estado, con ser tan subida de punto, a todos tiene por consejeros, pues no hay sastre ni zapatero que no piense que puede por entre las tijeras y trinchete dar un voto que valga para restauración del mundo y monarquía, y es la materia más

ordinaria, a falta de cualquier otra conversación, en cualquier sazón, tiempo y manera de gente: el pícaro en la cocina del hospital; las mujeres en el horno, fuente y baño; los segadores y labradores en el campo; los soldados en el cuerpo de guardia; la gente baldía en las calles y plazas; los caminantes en su camino y posadas; el cura y el herrero en el lugar de cuatro casas; al fin, los ociosos y ocupados luego se meten en materia de estado y lo que debería hacer Su Majestad, y le encaminan y tranzan sus armadas, no dejan hilo enjuto de sus consejeros, y quieren adivinar los pensamientos, culpan de mal acuerdo en los designios, de pereza en la ejecución y poca prudencia si hay mal suceso, como si estuviesen en mano de los hombres. Nadie advierte el proverbio *ne sutor ultra crepidam*, que ha quedado generalmente en el mundo por uso perpetuo de los que razonan y hablan con tanta libertad en cosas que no entienden, como si del vientre de su madre salieran graduados en ellas. Y a la verdad, nunca me entremeto a dar consejo en materia de estado, sino que refiero las ideas que me venían al entendimiento, porque conozco mi poco talento y que no hay caudal en mí para hablar desta materia; y sé que el consejero de estado ha de tener muy grandes partes, porque sobre fiel y sabio es necesario que sea muy experimentado, y como en el consejo de estado no hay negocio de una sola calidad, sino de muchas y muy diferentes, es necesario que tenga experiencia de muchos negocios diferentes, que sepa historias, costumbres de naciones, las fuerzas de su príncipe, las de los enemigos y aliados, sea hombre maduro, leal y bien intencionado; y, con todo, son necesarios en este consejo muchas personas, porque pocas o raras veces se juntan en una todas las partes que he dicho y las que son menester.

CAPÍTULO III
EN QUE GUZMÁN CUENTA EL SUCESO DEL PRADO, Y
LAS VARIAS MANERAS QUE HAY DE SUPERSTICIONES
PARA ADEVINAR, REPREHENDIENDO LOS ADEVINOS Y
ASTRÓLOGOS

MUCHAS veces soy como la yegua de Jerjes, que contra el natural curso parió una liebre, pronosticando la perdición de su campo, que con solos cuatro mil hombres venció Temístocles. Cuando me esperas con un pensamiento, salgo con otro muy diferente y inopinado: dejo el consejo de estado y vuélvome al prado de San Jerónimo, adonde por no haber escarmentado volví otra noche pensando desquitarme del mal lance, y sucediome otro casi peor. Era viernes en la noche, hubo poca gente y menos meriendas, porque en no habiendo aves y lonjas no presta el Prado sus alfombras; según me sucedió a mí, creo que no osó venir cosa de carne por guardar el día. Entre el Caño Dorado y los de Alcalá andaba una mujer sola, crujiendo seda y echando de sí gran fragancia de ámbar y algalia; relucían algo los parches del manteo, mostraba gentil donaire, buen talle y brío, y, en fin, todo lo que se podía alcanzar a ver era singular; la cara no se veía por ir muy rebozada. Como vio que enderecé para ella, como quien esperaba semejante aventura, no aguardó que yo empezase, antes previno, diciendo:

“Galán, ¿ya piensa que tiene segura la caza? —No soy tan venturoso cazador —le respondí— que sin redes ni cebo tenga por rendido un animal tan hermoso, pero podría el deseo que he concebido de servir a quien tanto lo merece hacerme dichoso y bien empleado. —Dejémonos —dijo— de arengas, que no vivimos de deseos ni yo me ahorro con pajes de librea. —Pues crea mi reina —le dije— que el que tiene presente no viste otra sino la que espera de vuestra merced, como su cautivo, y que nadie mejor sabrá conocer su valor y partes, y que no me falta caudal, aunque no cual merecen tan lindos bríos”. Y diciendo esto hice ruido con mi faltriquera, que llevaba algunos reales,

con él (que le pagara el olor de su ámbar conforme a la declaración del otro que el olor de las perdices con que se comió uno el pan hizo pagar con el son del dinero) se alegró de suerte que ella me trabó por la mano, diciendo: “Ea; pues que tú eres de lo refino, no hay que gastar almacén. —A mi buen abogado lo agradezco —le respondí—, que persuadió más desde la faltriquera que yo pudiera con la retórica más limada. —No, por tu vida —dijo la taimada—, que no pienso en intereses, antes me pago de tu buen entendimiento y agudeza, de la cual saco que eres para darme gusto”.

En suma, con buenas razones llegué a saber que era bien curtida, y de las aventureras de la Corte. Quíseme despedir, y en todas maneras quiso que la acompañase y dejase en su posada, pensando que había confirmado grande amistad conmigo, y que quedaba muy picado, y era bien lo supiese. Habíale yo hinchido los cascos de promesas, pero aún no habían tocado mis manos un cuarto que dalle, y quizá iba trazando ella cómo sacar de mí lo que pretendía; pero yo de todas maneras iba resuelto de quedar con la mercadería fiada.

Cruzábamos la Carrera de San Jerónimo, calle del Príncipe, y al pasar delante el corral de la Cruz topó un conocido con quien se puso a hablar; quise dejarla, pareciéndome buena ocasión; pero ella, que no me apartaba los ojos, me dijo: “Este señor no ha de venir conmigo; bien puede vuestra merced esperar un poco y dar mejor cuenta de mí”. Salimos a la calle de las Carretas, y allí tenía un aposento bajo en una casa; pidió luz y entramos en él, y vi el ajuar levantisco: cama, dos arcas, dos sillas, dos guadamecías y un bufetillo. Senteme sobre un arca, quitose el manteo y emezome a hacer halagos. Era la buena señora madrigada de más de treinta y seis, quedábale razonable rostro, aunque mostraba habersele curtido con afeites y echado con ellos a perder los dientes, según suele hacer esta manera de gente que quiere corregir a Naturaleza y, demás que se marchita el buen color y matan la gracia natural, se hacen asquerosas y sucias; y son los afeites y atavíos de tal calidad, que suelen acrecentar la que hallan en el sujeto; de manera que a la hermosa hacen más hermosa y a la fea, más fea; y así quien

ve una fea afeitada no puede pasar sin sentimientos y ascos, y cualquier cosa que hace parecen melindres, que no hay cosa más dura de sufrir; de donde decimos vulgarmente: melindres de mujer fea ningún cristiano los vea. Los vestidos que traía eran buenos, que eso es lo que procura la gente deste vestir: llevar toda su hacienda a cuestras. Quería saber mi vida, mostrando que tenía a buena suerte haberme conocido; no sé si era por afición que me hubiese cobrado o por sacarme dulcemente lo que yo no había querido dar, o si fuese porque esperaba que viniese de su parte quien pudiese hacérmelo dar por fuerza.

Sea como fuere, como me entretuvo mucho en su posada — que muchas veces procuré de irme y nunca acababa de deslizarme—, entraron dos galanes de la vida que mostraban ser muy de la posada, y el uno, que debía de ser el respectu, mostró enfadarse de haberme hallado. Hízose muy bravo, diciendo a la señora: “¿Pues no le tengo dicho a ella que no me tenga a nadie en su casa?” Hízose turbada y temerosa, dando por excusa que venía tarde de casa una amiga suya, y que yo la había querido acompañar y entonces llegaba. Yo, a estas cosas, estaba amostazado, que reventaba por hacer una salida en la rebeldía del que me pensaba hacer merced de la vida; y aunque el otro se iba poniendo en hacer las paces con la señora, pero más se embravecía echando verbos, y levantó el brazo amagándole un bofetón. Yo, que estaba ya al cabo y agotada la paciencia y sufrimiento sin hablar palabra, que nunca la había hablado en toda la pendencia, levántome de mi arca y meto mano y tiro una cuchillada al galán de los rumbos, con que le alcanzo el lado derecho de la cabeza, y viéndose acometido y la sangre por el rostro, apenas pudo poner mano. El otro la puso, y yo de dos saltos fui en la calle, y como no vi a nadie tras mí, cogí una traviesa y en poco espacio fui en mi posada. Pienso yo que el compañero del herido debió de acudir luego a él, porque es ordinario ir primero al que recibió el daño; todo fue en un punto y me pareció como un sueño; y lo mejor de todo era que nadie dellos me conocía, ni la buena mujer me podía atinar sino por la pinta. Ves aquí qué cerca está por una mujer el cuchillo

de la riza, y créeme que raras veces se saca sangre que no sea por mujeres; de los treinta hombres que matan, los treinta y uno son por mujeres: ellas son la causa de la perdición de muchos. ¡Oh lazos de Satanás!, puertas y caminos carreteros del infierno; orzuelos, trampas y hojas donde caen los miserables ciegos, oficiales y obreras del demonio, y más pláticas en el oficio de acarrear mal que el propio maestro! Como los hombres tienen trato de compañía de Dios para salvar las almas, ellas le hacen con Satanás para la perdición dellas y de los cuerpos.

Desventuradas destas mujeres que no conocen la vida que traen, deshonradas, corridas, afrentadas, sujetas a hombres malvados, crueles, que las venden y empeñan, abofetean, acuchillan y acocean, y afanan para que ellos jueguen y se embriaguen y vistan, traídas de unas partes en otras y trasegadas por estos recueros del infierno.

Quedé muy ufano deste toque franco, y con no poco gusto que el valentón de las bravatas tuviese su castigo merecido. Aquella noche se me fue en soñar que reñía muchas pendencies y que me perseguía la justicia, porque ordinariamente soñamos aquello que llevamos en el pensamiento; que los que el hombre tiene de día y se detiene en ellos, presentándose en la fantasía durmiendo, causan los sueños. Y así vemos que el que más cuidados tiene y más pensamientos, más sueña. Por la mañana, con el deseo de saber qué se había hecho del herido, y qué había sido y si podían tener rastro de mí, púseme el vestido de estudiante, que me disfrazaba lindamente para que la mujer, con haberme bien reconocido aquella noche, no me pudiese conocer, y fuime derecho a su posada. Hallé cerrado su aposento y sospeché lo que era: que la señora estaría en casa del herido. Pregunté en otros aposentos de la misma casa, y contáronme la pendencia, diciendo que la mujer se había ido con el herido, aunque contaban el caso de diferente manera, según le había referido la misma mujer en su descargo. Decían que entrando dos hombres en el aposento de la mujer estaba un hombre escondido dentro de la casa, y con un cuchillo dio al que entraba postrero, y que se entendía que era por unas riñas y

cuchilladas que habían pasado en la Puente Segoviana, pero no saben dar razón del delincuente, de que no me pesó.

Estando en esto, vino la mujer, y dando un suspiro abrió su puerta sin haberme visto ni mirado; que parecía tener gran pesadumbre. Yo, que sabía lo que quería, no me quise detener ni tentar más la fortuna, porque, si acaso me conociera, no escapaba de la cárcel de Corte, y estaba bien hostigado de la que padecí en Nápoles; que con el nombre sólo de cárcel me espantaba, y más considerando lo que me habían dicho que se hallara por mi nacimiento y disposición del Cielo: que había de tener trabajos de cárceles. Ya he dicho que nunca creí en astrólogos, ni los quise escuchar, ni es razón que se haga caudal de semejantes cosas; pero cuando me vía en trabajos o en ocasiones propincuas acordábame dello con alguna admiración, y si no lo creía, al menos me turbaba: pienso que era traza del demonio, porque él esto es lo que saca de la adivinación y astrología, que los hombres piensen que en ella hay alguna seguridad, y que se pueden saber los acaecimientos futuros pensando usurpar lo que es propio de Dios: saber los tiempos y momentos. Revolvía tras esto por mi frágil discurso, qué crédito dan la gente simple a los vagabundos que se precian de adivinos, o a los que se llaman astrólogos y quieren por tantos caminos dar a entender que se saben las cosas por venir — que es todo traza e invención diabólica —, ya por la variedad de figuras que se forjan acaso en llamas de fuego que llaman piromancia, ya por los rayos que caen del cielo y en las partes que hieren, como hacían los tirrenos, ya por las formas, visiones y movimientos que se aparecen en el aire, o lo que se ven en el agua, que se llama hidromancia, o por lo que aparece en la tierra, que llaman geomancia, o por la extraña manera de presagio de las visiones y aparecimientos de cuerpos muertos, por los cuales suele hablar el diablo, a la cual llama Santo Tomás nigromancia, y por otras mil maneras de adivinanzas y vanas supersticiones, que todos son embustes de Satanás.

Consideraba entre mí mismo, cuando me daba cuidado temeroso lo que me habían dicho, que había de ser perseguido de la justicia y verme en cárceles y trabajos; que muchas veces

se ha visto que salen verdaderas estas vanidades y supersticiones, como certifican muchos autores graves, y que han acertado muchas veces los hombres con el ayuda y poder del demonio, ora por ser el demonio más sutil en el discurrir y penetrar las causas naturales, y por la experiencia grande que tiene de tanto tiempo, ora por conocer las inclinaciones particulares de los hombres en particular, ora por tener revelación de los ángeles buenos por permisión de Dios. Pero acógiame al refugio de que el diablo no puede conocer ni adivinar lo que depende de la voluntad y libre albedrío del hombre y de sola la voluntad y beneplácito de Dios Nuestro Señor. Bien es verdad que yo traía la vida tan rota y mal compuesta, que, no digo el diablo, pero cualquiera pudiera adivinar que había de verme en cárceles y padecer rigores de justicia.

CAPÍTULO IV EN QUE GUZMÁN PROSIGUE CONTRA LOS ADEVINOS Y ASTRÓLOGOS, MOSTRANDO SU VANIDAD Y ENGAÑO

COMO me entretuve mucho con estos pensamientos y revolviendo tantos sucesos de mi vida pasada, no pude dejar de inquietarme y estar desasosegado y temeroso: eran inspiraciones de Dios para que me reconociese y mudase de vida; que jamás deja Dios de darnos toques de santas inspiraciones. Dormía en compañía de otro paje italiano que había venido con mi amo, que era mozo muy sosegado y virtuoso, y cada noche antes de acostarse decía muchas devociones y oraciones, y en particular no dejara el rosario por cosa desta vida, lo que yo hacía también porque siempre tuve esta devoción. Recordeme a medianoche, y desveleme de manera que no tenía forma de dormir. Habíase quedado una luz porque el paje italiano solía leer sus devociones, y revolviendo los ojos por el aposento veo una esfera o globo que tenía allí mi amo sobre un bufete con muchos libros de

astrología judiciaria a que era muy aficionado; acudiome el mismo pensamiento de mi pronóstico, y empecé a resolver por la memoria, que entonces tenía muy despabilada, que todo esto enmaraña Satanás para traer los hombres en desesperación, manifestando las justicias grandes que ha de usar Dios Nuestro Señor con los hombres. Conocía muy claro que no es bien que demos ningún crédito, porque siendo él padre de la mentira, jamás pudo ni puede de su cosecha y mala voluntad, en que está obstinado, ordenar este conocimiento y manifestación de las cosas futuras para el bien y aprovechamiento del hombre, sino para su daño y perdición. Demás que estos adivinadores se engañan infinitas veces, como sucedió a Zopiro, que, preciándose de decir lo que había en cada uno de los que vía, y sacar por la figura exterior lo que interiormente sentía, miró a Sócrates una vez con esa presunción, y como quien no dice nada fuese de boca diciendo: “Este hombre es naturalmente necio y rudo, porque tiene muy carnuda la parte anterior del cuello”. Si fue Sócrates de bajo entendimiento díganlo Diógenes Laercio, que escribió su vida, Platón, que bebió su espíritu, San Agustín, y todos los historiadores que con reverencia le toman en boca.

Pues la astrología, que es más permitida y ciencia más usada de los filósofos naturales, de quien se hace mucha cuenta en el nacimiento de los príncipes y grandes señores, tampoco nos había de dar cuidado, ni lo que se rastrea por ella se había de tener por cierto, como muchos ignorantes y de naturaleza de gentiles lo creen; porque, como dijo Sabélico, ninguno tuvo vicio ni culpa en su nacimiento, sino que si viene a ser malo es por su pecado voluntario. Y aunque esta ciencia en sus principios es clara y cierta, pero como es negocio de tan lejos pocos lo saben, aunque muchos presumen de entenderla —y para confundirlo todo, mezclando lo falso con lo verdadero—, de manera que sus pronósticos más sirven de atemorizar y descomponer que de alumbrar y remediar, más confunden con sus adivinaciones que certifican con sus juicios. Por lo cual San Isidoro, arzobispo de Sevilla, la pone por especie de superstición; y dice Píndaro que es ceguedad querer adivinar lo

por venir. Lo mismo notó muy bien Cicerón con la doctrina de Eudoxo, discípulo de Platón, que muy de propósito se pone a dar tras los caldeos, inventores desta secta.

Hacía yo juicios destos astrólogos, que son como los perros de Zorita, que se muerden unos a otros; de donde viene que teniéndose cada uno por el más acertado canta en su muladar, como si tuviese los cielos y planetas con las influencias de todas las estrellas en la mano para menearlas y aplicarlas adonde quisieren. Son como Ícaro, el cual, por más avisado que fue de su padre que no subiese muy alto, pues llevando las alas pegadas con cera iba peligroso si llegaba mucho al Sol, él gustó tanto del volar, que, sucediéndole la profecía, dio consigo en la mar. Pues dime, ¿qué es la causa que con todo eso se van tras los hombres tan indiscretamente como si fuesen verdades? En la mano la tenemos, que son los hombres muy amigos de curiosidades y cosas nuevas, y éstas se venden muy baratas en las tiendas destos mercaderes. De cuando en cuando dicen algo que lleva camino, pero las más veces es acaso, y, como dice el refrán castellano: quien mucho habla en algo acierta; y el demonio, por acreditar esta abusión de que saca mucho provecho, en viendo que alguno se pica desta gitanería, fíngele mil embustes y trampantojos, no dejando ocasión en que le pueda hacer estropezar que no lo haga; y como es tan entendido en las cosas naturales, suele ponerle en el peso algunas verdades hurtadas de los archivos de Dios, con permisión del Altísimo por pecados de los hombres, y a vuelta destas vende otras cien mil mentiras y engaños con que encandilan los ojos de los ignorantes, que lo merecen así por su ciega curiosidad.

Decía entre mí que, aunque esto tuviese alguna certeza, no se había de escuchar por una razón harto evidente: porque, o estos noveleros adivinan cosas prósperas o adversas; si prósperas no verdaderas, hacen miserable a un hombre esperando en vano; si adversas, también es suma miseria estar en continuo recelo de lo que no ha de ser. Si es verdadero el mal que anuncian, ya le padecemos antes que venga; y si es bien lo que se pronostica, se siguen dos daños: el trabajo y congoja del

esperar y el tener perdido el parabién del inopinado, porque le desmoronó la esperanza adelantada. La salud, hacienda, contento y vida y prosperidad, con el remedio de cuantos infortunios pueden suceder en el mundo, tiénele Dios reservado para sí, por lo cual ni se han de pedir a quien no es dueño ni demandar a quien lo puede dar con los medios indiscretos que estos maestros de falsas brújulas enseñan; y quien hace lo contrario es muy necio, por más que presume de resabido. La raíz deste vicio está en el apetito que reina en los hombres de cosas nuevas; y como el demonio los ve ser tan amigos de invenciones y a él no le faltan mañas para fingirlas, luego les arma el lazo en lo que gustan, encantándoles con su reclamo. En razón desto pone gran fuerza en hacer tal o tal cosa en tal o tal hora y no otra, casarse en tal día, comenzar camino, salir al campo, labrar las tierras en tal punto y no en otro, mirar al oriente, hacer un cerco con ojos cerrados, señalar números nones y no pares, poner tantas candelitas que ni sean más ni menos, escupir hacia la mano izquierda y no a la derecha, con otras abusiones tan de juego como el de pasapasa. Mas el cristiano, en recibiendo el agua del santo bautismo, no debe reparar en tales supersticiones, que son parientas de la idolatría.

Parecíame muy a pelo la declaración que a este propósito hace San Jerónimo en aquel lugar, que a Nabucodonosor, en el vencimiento del rey Joaquín, saqueó algunos vasos que había en el templo de Jerusalén y los puso en el de su ídolo; y dice que por estos pocos vasos que se llevó Nabucodonosor se entiende la doctrina destes vanos filósofos, los cuales, con hacienda ajena, quieren ganar honra de su enseñanza. Y dice más: que por haberles puesto en Senaar, que es tierra de Babilonia donde antiguamente edificaron los otros la torre de Babel, viene redondamente a estos estreleros, pues con sus juicios no hacen otra cosa sino intentar de subirse al trono de Dios, escudriñarle sus secretos y dar orden en su casa como si fuesen dueños della; pero como aquélla fue tierra y obra de confusión, así es todo cuanto dicen, sin orden, sin propósito ni fundamento. Viene de aquí muchas veces que, con el gustillo de

las curiosidades, se van los tales del pie a la mano y no hacen escrúpulo de cautivar la libertad de nuestro albedrío, a trueque de decir un punto que parezca sutil y delicado.

Esforzábame y cobraba grande ánimo con estas consideraciones para no tener lo que me habían dicho, que sólo servía de hacerme vivir penado y apesarado. Intentaba de mudar de vida; porque aunque fuese así, que de mi nacimiento se pudiese inferir la que me señalaban, es averiguado que virtudes vencen señales; y cuando algo fuese de lo mucho con que ellos atemorizan, Tolomeo, príncipe y maestro de todos, puso por conclusión averiguada contra todos los temores que las influencias del cielo podrían causar, aquella común sentencia *sapiens dominabitur astris*, como quien dice que los necios se dejan llevar de semejantes miedos y así se ahogan en las ondas del temor; porque el hombre cuerdo ríese de todo ello, sabiendo que la llave de su libertad no se la pueden hurtar ningunas indisposiciones de los planetas. Pero quede a una parte Tolomeo y los demás en donde su Divina Majestad puso su decreto, por ser este negocio grave; y dijo por Jeremías: *justa vias gentium nolite discere, et a signis cceli nolite me tuere quíe timent gentes, quia leges populorum vano sunt*. No te encarriles tras los otros que van camino de perdición, ni temas las señales del cielo, porque es vanidad la que en esto fundan las gentes: señor es cada uno de sus operaciones, sin que toda la máquina del cielo y elementos, estrellas ni planetas, sea bastante para necesitarle contra su voluntad a cometer ninguna culpa. Puede el demonio, aprovechándose de la complexión y alterando las pasiones del alma, solicitar, tentar, hurgar, requerir y convidar con el pecado, pero forzarle mediante las estrellas y constelaciones de su nacimiento es falso, porque cada uno tiene el mero y mixto imperio de su libertad; y así lo asentó el Concilio de Trento, y si peca libremente, peca sin violencia alguna. Es verdad que es muy considerable la proporción de los elementos que en la organización del cuerpo se juntaron, porque aquella conjunción de elementos de que el cuerpo resulta está debajo del movimiento del cielo, del cual recibe las influencias; pero el movimiento está registrado por la

inteligencia o ángel que regularmente le mueve, y la inteligencia está ordenada en su virtud motiva por Dios Nuestro Señor, y Dios no tienta a nadie para hacelle caer en mal; y así la complexión no es causa del pecado, aunque el diablo usa della como de instrumento para tentar, porque sabe él que en pena del pecado de Adán quedó la naturaleza humana corrupta. Y en razón desto no hubo en el mundo otros cuerpos regular y proporcionalmente templados, que los médicos dicen eucráticos, sino el de Cristo Nuestro Redentor y de Nuestra Señora; y aunque el bautismo quita el pecado no quita el fomes, que es la inclinación del mal por la corrupción de la naturaleza humana; y así el diablo enreda el libre albedrío depravándole con la concupiscencia nacida de la ignorancia y del apetecer un bien aparente, y da a entender que es lance forzoso y fuerza del Cielo, para que los hombres crean que no tienen culpa, y que caen por rigor de sus planetas, signos y ascendente.

Estaba el sabio Bion oyendo platicar a unos astrólogos de las figuras del cielo, y gustaba mucho verlos cómo lo medían a palmos y decían: “¿Veis allí las ursas mayor y menor? Aquella se llama Lira, aquella otra se llama Casiopea; desde aquí se divisa el Pegaso, el Triángulo, la Andrómeda, la Sierpe y Delfín”. Riose con muchas veras, y dijo: “Mira en qué gastan éstos su vida: no ven los peces del río estando junto a su ribera y pareceles que descubren los que andan en el cielo, estando tan lejos dellos”. A Tales, que mirando el cielo y su curso cayó en un hoyo, dijo una buena vieja: “¿Cómo piensas alcanzar las cosas del cielo si no ves lo que tienes ante los ojos?”

Por muchas razones se me representaba cuán condenada sea toda manera de adivinar, y no reservo la astrología judiciaria, que está llena de mil fealdades con que el demonio, su autor, por medio de aquellos malos ángeles que antiguamente se juntaron con las hijas de los hombres, según el abad Sereno, trae embaucados los que se pican de curiosos, y con cuyo cebo los coge, como el pescador los peces con el gusillo del gusano puesto en el anzuelo. Este parecer es de los santos doctores Basilio, Gregorio, Agustino, Eusebio y otros que largamente

declaran cuánto riesgo corren las personas dadas a este vicio, por ser lazo donde el demonio enreda muchas almas. A lo cual añade Rodiginio que en esta vana curiosidad con que los hombres se dieron a escudriñar la potencia que las estrellas tienen sobre nosotros tuvo principio la herejía de los maniqueos, los cuales encandilados con estas luces vinieron a negar la libertad del libre albedrío contra la verdad que el Espíritu Santo nos predica, diciendo: *Deus ab initio constituit hominem, et reliquit eum in manu consilii sui*. Aquila Póntico, como escribe San Epifanio, fue echado de la Iglesia porque se daba demasiado al estudio de esta impertinencia, con ser un varón grande intérprete de las Escrituras; y sólo tomaron por motivo que se atrevía a considerar natividades y levantar figuras, que a la verdad está a canto de hereje el que esto profesa, y así lo oí muchas veces a un grande doctor letrado de grave censura y consejero del rey de España, y aun le vi, por sólo celo de caridad, amonestar muchas veces a un astrólogo que dejase el pérfido estudio, porque si no, acabaría mal; y cual si fuera profeta, en breves días sucedió así, que le mataron a estocadas, sin que él lo hubiese rastreado por sus falsos augurios. El Papa Alejandro III privó por un año a cierto sacerdote del ministerio del altar por sólo haber consultado un astrólogo en no sé qué hurto que le habían hecho. Y aun entre gentiles fue mal recibido este género de encantadores; y así, Augusto, emperador, los mandó echar de Roma, como refiere Dion; y lo mismo hicieron los senadores siendo cónsules Fausto Sila y Silvio Otón, según dice Cornelio Tácito. Y bien mirado, no es mucho que pareciese tan mal a los príncipes de la tierra esta superstición; pues el del Cielo tan de atrás la tiene descomulgada: *Ego sum Dominus* (dice por Esaías en el capítulo cuarenta y cuatro) *irrita faciens signa divinatorum et ariolos in furorem vertens, convertens sapientes retrorsum, et scientiam eorum stultam faciens*. Con este mismo espíritu la Iglesia persiguió siempre estos astrólogos judiciares, según hallamos en la segunda parte del decreto, por muchas cuestiones, en el Concilio Bracarense primero y Toledano primero y otros.

Y aun los gentiles particulares, sin esta luz, tuvieron mal concepto desta manera de gente, como se ve en Favorino, filósofo, el cual les persigue con tantas veras y tanta humildad de razones, que debrían correrse los cristianos viéndose tan afrentados por un étnico, si el demonio no los tuviese tan embaucados. Y el gran Sócrates vino a decir, según Eusebio, lo que cifra toda esta materia: *cognitio futurarum rerum que sunt in potestate Dei, non est hominibus procuranda, nec enim possunt homines eas res cognoscere, nec Deo gratum est, si que ille occultavit, ea mortales velint nimis studiose curioseque rimari*. Vínome al pensamiento que por esta vana curiosidad de astrología tuvo principio la perdición del emperador. Eraclio, con la secta bestial del sucio Mahoma, porque el César, ocupado en la judicaria, queriendo por ella saber las cosas por venir y los secretos que el Altísimo tiene reservados para su pecho, no hizo caso de oprimir el primer levantamiento de aquel bruto, con lo cual creció como espuma del mar, llevando tras sí toda la bascosidad de gente que topaba. Por esto se perdió Prisciliano, hereje, hombre de altísimo ingenio. Y aunque hubo entre los romanos un Julio César, entre los mauritanos un rey Atlas y entre los españoles un Alonso X, todos grandes astrólogos — que el primero corrigió el año, el segundo alcanzó la esfera más que ningún antepasado y el tercero hizo las tablas que llamamos alfonsinas —, pero todo esto ya no es menester en el mundo y fue tiempo perdido, y cebados en esto los hombres se descuidan de lo más importante, como significan los antiguos en la fábula de Prometeo, que fingieron estar atado al monte Cáucaso y que un águila le roía los hígados, siendo así que fue un grande astrólogo de los asirios, que en aquel monte gastó lo mejor de su vida en la consideración de las estrellas, y como este cuidado le desentrañaba, no le daba lugar de pensar en otra cosa.

Tantas cosas me presentaba la fantasía, que ocupé casi todo lo que quedaba de la noche; y cuando amanecía, de puro cansado de mis discursos, me dormí sabrosamente hasta cerca de las nueve de la mañana, que fue menester me recordasen. Salía mi amo a un paseo que solía hacer todos los sábados por

la mañana a Nuestra Señora de Atocha. Era aquel día de fiesta señalada, y había solamente fiesta y sermón, acudía mucha gente. Yo no pude ser tan diligente en vestirme que pudiese seguir a mi amo, que cuando salí ya se había ido; pero por no parecer del todo ingrato y acompañarle de vuelta, me fui hacia Atocha.

CAPÍTULO V
EN QUE GUZMÁN DICE LO QUE LE PASÓ EN EL CAMINO
DE ATOCHA; TRATA DE LA AMBICIÓN Y VALOR DE LAS
MUJERES Y LA COMPASIÓN QUE DEBEMOS TENER DE
LOS PRÓJIMOS

SALÍ de casa con el presupuesto de ir a Atocha, y hallé en el mismo camino mucha gente que seguía la misma derrota; y como iba embebecido y descuidado, siento que me dan un golpe en el hombro y un empellón diciendo: “Apártate, galán”. Vuelvo la cara y veo era un corchete o alguacil que hacía lugar a un alcalde de casa y corte; quedé al principio muy espantado, porque tenía la cola de paja, y el gusano de la conciencia me presentaba muchos testigos de mi culpa, y pensé sin duda ser preso. Cuando vi que pasaban de largo, parece que me hicieron donación de la libertad, y como que me la hallara en la calle quedé muy alegre. Vi algunos que acompañaban al alcalde por tenelle grato, y algún catarribera por ambición de que le valiese en sus pretensiones y con su favor granjear crédito y ocupación en su abogacía. Maravillábame que hubiese nadie con su ambición, como yo naturalmente estaba tan apartado de tenella. ¡Válame Dios! — dije —. ¿Qué es esto? Van los hombres forzados a bajar, con ser graves y pesados y naturalmente llevarlos a eso sus cuerpos, van de mala gana y por fuerza; a subir con gran prontitud y diligencia no es menester forzarlos, que ellos se ofrecen a los lugares altos y echan rogadores: para subir se encaminan los estudios de tantos años, los colegios de Salamanca tan pretendidos, las renunciaciones a

veces fingidas de bienes, que no son sino echar ropa fuera y ahorrarme, y tomar de más atrás la corrida para subir más alto; los grados tan costosos grados son y escalera que se hacen para facilitar la subida.

Bien le compararon al ambicioso a Ixión, el cual dicen se enamoró de Juno y resolvió de requerirla de amores; y Júpiter, enfadado desto, hizo que una nube tomase la forma de Juno, a la cual llegando Ixión, mostrando quedar satisfecho, nacieron de aquel imaginario ayuntamiento los centauros, que son monstruos medio hombres y medio caballos, y a Ixión por este desatino echole Júpiter a el infierno, donde, puesto en un rueda, dicen que está siempre en perpetuo movimiento, ya en lo más bajo de la rueda y ya en lo más alto. En griego, Ixión quiere decir dignidad, y Juno era llamada diosa de los reinos y señoríos, y así se colige bien desta fábula que el ambicioso es aquel que con el afecto transformado en la dignidad, enamorado del poderío y perdido por verse señor y con mando, hállese envuelto en la nube de su vanidad, de cuyos imaginarios desvaríos nacen monstruosos pensamientos y bestiales pretensiones, con que, como puesto en la rueda de su vana esperanza, pasa el miserable al infierno de su desasosiego. Bien me contenta el dicho de San Bernardo: “¡Oh ambición, cruz de los ambiciosos! ¡Cómo atormentando a los hombres, a todos agradas!” Ninguna cosa hay que más atormente ni que más inquiete, y con todo, en ninguna cosa hacen mayor negociación ni más gallardo oficio los mortales; y es vicio tan nuestro, que lo es de la propia naturaleza, y ella nos le pega en su principio antes que nos dé al mundo nacidos, que así acaeció a Jacob y Esaú, que porfiaban por nacer primero el uno que el otro por ganar la primogenitura. Los dos hermanos hijos de Zebedeo lícitamente pretendían las sillas, pues las pedían al Señor. Otros hay que sin pedir las a Dios, ni dárselas, se alzan con ellas, que es un grave caso y un daño que hoy corre muy de ordinario y poco advertido en los siglos presentes, y señaladamente en prebendas de iglesias mal pretendidas contra el legítimo dueño, y lo que es mayor mal, que después de alcanzadas, o el injusto tirano se queda con ellas, o si acaso no

puede por estar cargo de otras incompatibles, allí sale al partido y carga pensión, quedando seguro a su parecer con el injusto concierto. ¡Oh cuántos hay hoy engolfados en pensiones mal poseídas y en otros partidos, y tiránicamente sacados de pobres por ser ellos validos en corte romana o favorecidos! Verdaderamente diré que es extraño el encanto del mundo, el cual atrae con falsas imágenes y mentirosas pinturas de bien, y son ponzoñas mortales. Y cuando ha emboscado a uno y héchole suyo y sujetado a su tiranía, ¡en qué cuidados y enfados lo mete, en qué solicitud y bascas, en qué trabajos, cuidados, congojas le intrica! Si no hubiese otro infierno, como lo creemos, ¿no le parece que es harto infierno el que lleva un ambicioso que no pone límite a sus honras y presidencia? Cuán a propósito dijo el glorioso San Crisóstomo, hablando desta codiciosa ambición: “Por ésta son mudadas las leyes de la propia Naturaleza y se han alzado los términos de la consanguinidad y parentesco, y hasta los derechos de la propia sustancia y vida se han corrompido”. Mas no quiero pasar adelante en vicio que tanto me aprieta, que naturalmente fui inclinado a vida filosófica, sin propios, aunque no lo hacía por imitar el dicho de San Pablo: *habentes alimenta et quibus tegamur iis contenti sumus*, sino que, siguiendo el hilo de mi gusto y pasatiempo, me parecía que aun el atesorar y buscar hacienda era inmenso trabajo, y que para gozar de descanso y vida ociosa había de dejar este mortal cuidado a una parte. Mira cuán suave es el yugo de Dios, que aquello que es bueno para el alma lo es también para el cuerpo; que quiere Dios que le dejen ese cuidado, y que buscando lo que nos conviene, que es la vida eterna, este otro se nos añadirá. No pienses que el amor desordenado de las riquezas embriaga los corazones con menos poder que la lujuria; y aunque no corran tan a las parejas que no reconozca éste superioridad al otro, pero la primer victoria de la castidad –según dice San Ambrosio al emperador Valentiniano– es vencer el apetito de las riquezas; porque no será casto quien ama las riquezas. Míralo, porque con este anzuelo pesca el demonio muchas almas que no tenían pensamiento de hacer vileza, con esta rosa cubre Satanás las espinas

que traspasan el corazón, y con esta añagaza muerta caen muchos pájaros vivos en la red de la sensualidad. Bien lo proveyó Licurgo, pues no consintió que los suyos usasen de moneda, sino que mandó comprar y vender cambiando unas cosas con otras, según el historiador Justino; mas al cabo no le valió, y así fueron los lacedemonios cayendo poco a poco de aquella generosidad que sustentaban. Parece que fue de mi opinión el filósofo Platón, el cual mandó en su república que ningún padre trujese tratos gruesos con que se pudiese enriquecer demasiado para dejar a sus hijos grandes herencias y posesiones, juzgando ser éste certísimo camino para hacer los tales muchas sinrazones a los demás.

¡Qué afanados vía yo ir a aquellos mercaderes de la Corte, queriendo enriquecerse en cuatro días y pareciéndoles que sola esta ocasión del casamiento del rey nuestro Señor y viaje de Valencia les había de hinchir la casa de dinero! Corre el otro los mares con su trato para sacar este provecho; ni mira si es honesto y justo lo que pretende, si puede o no puede conforme a conciencia, si le será mal o bien contado; sólo procura su ganancia, que de los deudos ajenos no se le da un clavo. Jamás aproveché para mercader, porque no supiera guardar la mercadería de un tiempo para otro, ni me acordaba de mañana; contentábame con aquel dicho, que mucho tiene quien poco desea, y que con nada está contento quien no se satisface de lo que basta; porque las codicias se ensartan como cadenas de eslabones, que do acaba el primero halla principio el segundo, y el fin del pasado dispone la trabazón para el siguiente, y al fin todo es afán y aflicción de espíritu.

Pasé adelante, y halleme en Atocha entretenido con estos discursos, con que alivié el camino como si hubiera ido acompañado. Hallé toda la iglesia muy llena de gente de lustre, muchos príncipes y caballeros, y, sobre todo, muchas damas que acudían, como [a feria], a Nuestra Señora de lo más lejos; y, bien mirado, cierto que es mal que a las mujeres se les dé por denuesto lo que es mucha virtud suya: no perdonar al trabajo por acudir a la devoción y servicio de Dios Nuestro Señor.

Y pues esto se nos viene a las manos, no será bien que se pase por alto, ya que tantos con poca ocasión las vituperan; que pues hay muchas buenas, desengañemos al mundo que sin duda exceden a los hombres en bondad, esfuerzo, devoción y castidad, fortaleza, industria, vergüenza y liberalidad, y sobre todo en cristiandad. Grandes ejemplos hay desto, aunque los señalaré con grande brevedad. Minerva (apurada bien la verdad, no fue la diosa que dicen, sino mujer que nació el año cincuenta y ocho de la edad de Isaac) inventó el aceite, las armas y el arte militar; dio forma de armar y del orden bélico en la pelea; Artemisa, reina de los halicarnasos, fue valerosa en armas y se halló en muchas batallas, y venció en una naval a los de Rodas, hizo el mausoleo, sepulcro que fue una de las siete maravillas del mundo; Semíramis, reina de Babilonia, gobernó cuarenta años con grande admiración, acrecentó el imperio, cercó de ladrillos la famosa Babilonia y edificó muchas ciudades; Hipólita con todas sus amazonas, tan belicosas, que con haber sido verdad su historia apenas la cree el mundo; Cenobia, reina de los palmírenos, señalada en armas; Hipsicratea, mujer del rey Mitrídates; Valasca, reina de Bohemia; Atalanta, de Arcadia; Teuca, reina de los ilíricos; Mannia, reina de Egipto, que antes del advenimiento de Cristo, a nuestra redención 377 años, hizo temblar el imperio romano venciendo muchas veces; Tomiris, reina de los scitas, se opuso con su ejército al gran Ciro, rey de toda la Asia, y le venció, y su cabeza hizo nadar en sangre humana, diciéndole: “Hártate de sangre, pues tanta sed tuviste della”. Amalaziunta, reina de los godos; Margarita, mujer del rey Enrico VI de Bretaña; la Poncella, de Francia; María Puteolana, de Campania, contemporánea de Petrarca; y en suma, en armas pudiera referir tantas, que sólo sus nombres hubieran menester grande volumen. En honestidad en otro lugar he referido muchas, porque son sin número, y así me remito a las infinitas que celebra la Iglesia católica. En sabiduría, María, hermana de Aaron, es alabada en las divinas letras; la reina Sabá; las Sibilas; Santa Caterina, virgen y mártir; Marcela, Fabiola y Paula, romanas; Eudoxia, emperatriz, que compuso muchas historias

evangélicas en verso, a imitación de Homero; Safo de Lesbia, lírica, fue muy grande poetisa, y della tomó nombre el verso sáfico que ella inventó; Aspasia, milesia, y Patia, de Alejandría, grande astróloga; Pola Argentaria, que ayudó a su marido Lucano a corregir los tres primeros libros de la Farsalia; la griega Leoncia, doncella que escribió contra el filósofo Teofrasto; Proba Valeria, muchacha romana de tan maravilloso ingenio, que de pedazos de versos de Virgilio hizo un libro de los misterios de nuestra Santa Fe; y doña Isabel, mujer del rey don Alfonso el X, escribió maravillosamente en astrología, y por no cansar, dejó otros muchos ejemplos.

Y pasando a la alabanza en materia de cristiandad, ¡cuántas han sido causa de la salvación de sus maridos! A la santidad de Teodosio, emperador, fue grande ayuda su mujer, que le reducía a la memoria los preceptos y leyes de Dios, encargándole que considerase de quién había sido y de quién era, diciendo: “Si esto consideráis, jamás seréis ingrato con quien tanto os hizo”. A la conversión de San Agustín, gran lumbrera de la Iglesia, su madre Santa Mónica; y porque la sagacidad y prudencia de la mujer suele ser muchas veces medicamento de los vicios del marido, dice el Espíritu Santo: “La mujer prudente edificará costumbres en su casa”, y en otro lugar: “Por la buena mujer muchas veces se salva el hombre malo”. Por lo cual fue costumbre en algunas provincias que las mujeres eran las componedoras de las amistades, y aun suelen hoy en el mundo ser las que se ponen de por medio por bien de paz. En materia de clemencia y misericordia es cosa natural ser más misericordiosa la mujer que el varón; y así lo afirma Aristóteles, y dice el sabio: “Adonde no hay mujer, guay del enfermo; porque ellas son muy compasivas y serviciales; guay del necesitado de servicio que se halla en una cama doliente, si no tiene mujer que le sirva y que use de su acostumbrada clemencia y misericordia, de su compasión y diligencia”. Pues ¿qué diré de su devoción y temor de Dios? La iglesia dice: “Roguemos por el devoto género femenino”, y el Espíritu Santo: “La mujer que teme a Dios, ésa será alabada; alábenla todos en sus obras”; como sea que la alabanza es el fruto que en

esta vida se da por ellas; que esto es decir que le den el fruto de sus manos: que aunque nadie las alabe y las lenguas callen, las mismas buenas obras serán pregoneras de sus alabanzas. Pues en materia de su hermosura, que es lo que deseas oír, con la cual se señala muchas veces la hermosura interior, ¿qué cosa hay más insigne, más agradable y apacible? A muchas las alaba desto la sagrada Escritura, y es un don real dado por naturaleza, según dijo Jenofonte. No consiste la hermosura de una mujer en que tenga un brazo bien medido, o un pie graciosamente proporcionado, sino en que la composición y belleza del rostro sea tan admirable, que quite la admiración a todas las demás partes, y ésta tiene grandísima fuerza en atraer. Por lo cual Sócrates la llama suave tiranía, Aristóteles carta de favor, Platón privilegio de la Naturaleza, Teofrasto blando engaño, Teócrito dañoso marfil, Carneades reino solitario, y Orígenes triunfo de los valientes; otros la llamaron imperio sin soldados, pues todo lo rinde y sujeta. ¡Qué extremada cosa fuera si no tuviéramos tan grande certeza de que es deleznable y fugitiva, como la sombra frágil y de poca duración! Concluyo, pues, que las mujeres son muy excelentes, y se aventajan a los hombres en cristiandad y devoción, y por eso no reparan en ir a visitar los lugares y iglesias santas, aunque estén muy lejos.

Y dejando a una parte esto, en que me he alargado más de lo que pensaba, vuelvo al caso, y digo, que hallé que estaba predicando uno de los de más fama, que se llevaba toda la Corte tras sí; apenas pude tomar lugar de donde le pudiese oír, que el gran concurso y saber que era muy nombrado me dio deseo de ver algo del sermón.

Trataba de la virtud de la compasión, y referiré algo de lo que oí, porque me pareció que aun vencía la presencia la fama del predicador. Decía, pues, que las obras de Cristo Nuestro Redentor son ejemplo nuestro; y pues sabemos lo que padeció por la compasión de nuestras culpas — de las cuales se conolió tanto como si propiamente las hubiera cometido, y con sola contrición y dolor las hubiera de restaurar —, el verdadero cristiano, como miembro de tal cabeza, imitando tal compasión, no solamente debe llevar su cruz, que son sus propias

aflicciones, mas debe compadecerse primeramente de la intolerable pasión, de las incomprendibles angustias, de los menosprecios y afrentas que su liberalísimo Redentor por él quiso sufrir; porque ya que no puede responder en correspondencia en el grado del tanto, corresponda siquiera en el grado de proporción. Que así como nuestro benignísimo Salvador tuvo pasión de sus penas, que inocentísimamente padeció, y compasión de las nuestras, así nosotros suframos con paciencia las penas que muy bien merecemos, y tengamos compasión de las de nuestro inocentísimo Jesús, y vamos mentalmente los pasos y estaciones de su pasión y hagamos cuenta con viva fe y pía afección que nos hallamos presentes, y luego entraremos en la compasión que en segundo grado debemos tener de nuestro prójimo, y vestirnos hemos de la persona de cada uno, diciendo con el apóstol: “¿Quién tiene enfermedad que yo no la tenga? ¿Quién recibe escándalo que yo no me abraza de pena?” Desta virtud de compasión están tan ajenos algunos, que adonde habían de acudir con misericordia abundan de menosprecio y desdén. ¡Cuán lejos van de ser miembros conformes a su cabeza! Pasearnos hemos con los ojos del alma por las angustias de las edades, de los estados y de las personas particulares cuyas pasiones y afligimientos vinieren a nuestra noticia.

Miremos cuántos habrá cada día en el mundo, que, por algunos sustentos que padecen las madres del vientre, se van al limbo, donde son privados de Dios para siempre jamás. Consideremos más adelante el parto, que es un traslado de la muerte visible: ¡cuántas habrá en la ciudad, que, estando nosotros riendo y holgando, están ellas en la agonía del parto, y ya que escape el niño del limbo y la madre de los tuertos que de derecho le vienen, tiene sesenta días abierta la sepultura! La madre y el niño que sale a luz saca treinta y cinco enfermedades de la herencia del vientre, para mientras mamare. Pues adelante, cuando se multiplican los partos y niños, y no se corre el oficio y las madres no tienen qué comer, ¡cuántos pobrecillos tienen cuaresma perpetua, que nunca se acuestan tan hartos que no comieran más si tuviesen! ¿Por qué no nos

compadeceremos del niño desnudillo y descalzo, que le vemos llevar un pan en la mano y un jarrillo con cuatro maravedís de vino en la otra, y la taja debajo el sobaquillo, y va aguijando a su casa por la parte que le ha de caber de aquel pan que se ha de repartir entre siete, que según están siempre deshambredillos, harían pascuas de los desechos de otros? Después, de grandes, ¡cuántos se van a perder acosados de la pobreza, unos por mar, otros por tierra, y con todo eso todos son redimidos por el mismo piadosísimo Dios, que redimió a los ricos y poderosos! Si alargamos los ojos por los estados, ¿quién podrá pasar el anchura de los respetos que atormentan y tiranizan el sosiego del alma? ¿Quién puede rastrear las guerras espirituales que andan por los grandes señores? ¿Quién se condolece de la esclavonía voluntaria que padecen, que por sólo cumplir con los miradores ponen sus conciencias en detrimento? Aquí se descubre un mar inmenso de lástimas dignas de compasión. Porque adonde parece al vulgo que todo es cuento y que sólo la invidia tiene lugar, allí acude el discreto con lástima y mayor compasión, y es grande la pena de ver que por sus pasos contados se van los hombres a pagar el escote de todo lo que como dispenseros recibieron en esta vida; que las pompas, los regalos y ofrecimientos, cotejados con el dar de la cuenta, se reputan por los mayores trabajos y angustias que en esta vida pueden tener. Miremos, pues, los acaecimientos y desastres particulares: los ríos, campos, juegos, plazas y horcas que cada día reciben las parias de sus tributarios. Lo que si atentamente se considera, ¿quién habrá que no vea ser sus penas livianas, y que se contenga de llorar con los que lloran? Es cierto que se ha de condoler del mal de sus prójimos para hacerse miembro proporcionado (en cuanto pudiere) con su cabeza, que es Cristo, en cuya pasión, el que incorporare la suya y se condoliere las penas della y de las del prójimo, ofrecerá a Dios en sacrificio su vida y dará fin a las propias pasiones, que delante la verdadera pasión se mitigan.

CAPÍTULO VI
EN QUE GUZMÁN REFIERE CÓMO SE DESACOMODÓ DE
CASA DE SU AMO, Y UNA PLÁTICA QUE SE LE HIZO
PARA INDUCILLE A PAZ Y AMOR CON SU ENEMIGO, POR
LO CUAL DETERMINÓ DE HACERSE FRAILE

ACABOSE el sermón y la misa, púseme en parte de donde pudiese ver a mi amo; pero era tanto el tropel de gente, caballos y carrozas, que no pude dar con él. Quedé solo, y volvíme a casa, donde fácilmente se me admitió la excusa, y aunque por esta vez salí bien, presto di al través con mi buen asiento, que en mí era maravilla la duración. Sucediome que el mismo día recibió mi amo en su servicio, entre tanto que yo tardé de llegar a casa, un mancebito, hijo de vecino de Alcalá, con quien yo había tenido muchas diferencias, y nos duraba una enemistad y odio mortal; que en pechos de tan poca edad es muy fácil conservarse la cólera y muy difícil el reportarla. El negocio de nuestra pesadumbre había sido de consideración, y así daba con la memoria nuevos aceros al odio y mala voluntad. Cuando yo llegué, aunque supe que se había recibido paje nuevo y que era el de Alcalá, no me di a cate, porque no le vi; que tomó licencia por dos días para despedirse de su madre en Alcalá y recoger su hatillo. Pero siendo puntual en la vuelta, topámonos yo que salía de casa y él que entraba, y como yo no sabía que fuese el recibido, pensé que sin duda venía a buscarme, porque traía su espada en la cinta y se alborotó mucho en viéndome. Siempre fui amigo de prevenir y no ser prevenido: pongo mano a la espada, y como le cogí algo turbado y que hubo menester tiempo para desenvolverse, alcancele un piquete en la mano izquierda con que fue al reparo; luego al ruido acudió mucha gente y salió la de casa, y mi amo se puso a una ventana, y como me vio tan descompuesto, llamome. No quise aguardar, porque en la Corte se castiga mucho sólo el meter mano; fuime poco a poco a San Felipe, acompañado de otro criado de casa amigo mío, el cual después volvió a visitarme y me declaró el enigma de que aquél

era el paje nuevo, y que luego fue curado y no era nada, y que había sentido mucho mi amo el mal recibimiento que le hice; pero que habiendo tenido noticia que eran enemistades viejas, deseaba hacernos amigos. Yo estaba muy fuera desto, porque no quedaba satisfecho, ni se había disminuido mi cólera; que después que me había visto en talle de hombre honrado, con vestido galán, había subido de punto mi presunción, humos y desvanecimiento, y sentía en mucho lo que antes tuviera aun por honra, pues estaba enseñado al empellón, y que me despidiesen cada día los estudiantes de sus casas cargándome de palabras sin que yo osase abrir la boca; y ya con el nuevo brío me parecía que estaba obligado a deshacer el nombre de mi enemigo.

¡Qué extraños efectos hacen en el hombre su propia fantasía y el estado en que se halla! ¡Qué bien se dijo que honras mudan costumbres! No digo yo que en cualquier estado, aunque sea de pobres, no haya sus vicios; y aun en esta materia de ira no se hallen sus excesos; que opinión fue de los peripatéticos que aun los hombres sabios no se desnudan fácilmente desta pasión que es tan natural, pero que de eso les sirve el ejercicio con que se habitúan a vencerlas, enfrenándolas de manera que aunque estén vivas no parezcan. Mas en mí conocía notable diferencia del tiempo de mi mendiguez al tiempo en que me hallaba, que me parecía ya Grande de Castilla. Hallé por experiencia que es esta pasión de la ira de tal calidad, que despeña al hombre y le hace dar por las paredes como ciego, y que se habría de llamar en buen romance locura y frenesí del corazón, porque priva de seso a los muy sesudos, de concierto a los muy concertados y de prudencia a los muy prudentes; y ningún tempestuoso y peregrino turbión es de más peligro que un pecho arrebatado de la ira, pues las cosas ajenas no respecta y en las propias no tiene voto, porque, encandilados los ojos de la razón con aquel súbito relámpago, ni distingue entre lo justo e injusto, entre lo torpe y honesto, ni entre lo dañoso y provechoso: es turbación que todo lo turba, desorden que todo lo desordena, confusión que todo lo confunde, y por excusar su mal término de proceder, llama justicia a lo que es venganza, celo a lo que es

enojo, recta intención a lo que es pasión cruel, y deseo de acertar a lo que es ira rabiosa y disimulada. Y en suma, la ira es una de las más crueles fieras de cuantas se crían en el bosque montuoso de nuestras pasiones; que si se deshierra de las cadenas de la razón y la dejan seguir sus bravezas y furia, hace daños irreparables.

Había a la sazón en aquel convento de San Felipe un fraile muy viejo, de mucha veneración, letras y santidad, el cual toda su vida había profesado hacer amistades y componer odios y bandos; tenía en esto particular don de Dios, y con el celo santo procuró luego que yo me quitase haciéndome algunas buenas pláticas. Supo en qué servicio estaba, y parecióle que la autoridad de mi amo haría mucho al caso para que juntamente con él hiciese las amistades. Cogiéronme entre los dos en una capilla de la iglesia, y hiciéronme un sermón que me persuadió eficazísimamente a que del todo desechase la cólera y odio, y amase de veras al que había tenido por enemigo: y fue de tanto efecto en mí esta plática, que sin duda estuve muchas veces por pedir el hábito al padre prior de aquella casa, y así lo dije a aquel padre que tenía tanta fuerza en sus palabras, y como hombre que de veras había de ser religioso, me ofreció que él haría que se me diese; y con este presupuesto estuve muchos días en aquel convento, aunque después, como inconstante y vano, mudé de parecer, como adelante verás. Quería dejar de contarte la plática que en mí obró tan buen efecto, pero pareceme que sería defraudarte de una cosa importante, y creo que tengo tan buena aprehensiva que no dejaré cosa de sustancia.

Díjome, pues: “Tiene tanta fuerza la Naturaleza, que imprime en el hijo la semejanza del padre, no sólo en la sustancia pero en los accidentes corporales y espirituales: el color, la figura, el lunar, la condición, el ingenio; y cuando sale muy parecido, decimos que es hijo de padre. Pues llegue la gracia donde llega la Naturaleza, y hágaos, hijo, no sólo hijo de Dios, sino parecido a Él en la condición. Nuestro padre Dios es de su natural condición clemente, benigno y misericordioso, fácil de perdonar, y deso se precia; traslademos en nosotros

estas entrañas de misericordia si nos preciamos de hijos suyos. Porque vio a David tan misericordioso y perdonador de injurias que perdonó a Saúl, sufrió a Semey y lloró a Absalón, dijo Dios: "He hallado un varón hecho al talle de mi corazón"; por eso le llama varón, porque es obra varonil remitir las injurias. Ponte delante el ejemplo del hijo natural de Dios, mira cómo cumple y guarda lo que te manda, cómo ama a sus enemigos en vida y en muerte, cómo les hace tan grande beneficio que les da la sangre y la vida, cómo ora y con qué palabras por aquellos que le crucificaban. La primera de las siete palabras que en la cruz se hablaron, como fundamento de los siete sacramentos y como declaraciones de los siete dones del Espíritu Santo, fue: "Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen". Mira, cuando esto dijo, cuán sin consuelo estaba en el alma, porque se le había como de golpe cerrado la puerta a todo lo que no fuese tormento y pena; contéplale en aquella postura lastimosa: cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están estiradas sus secas entrañas, cómo están decaídos sus ojos hermosos, cómo amarillea su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus travesados pies los arroyos de su sangre, y sobre todo, cómo blasfemado y deshonorado no abrió su boca para decir ni una mala palabra. Y pues que la boca habla lo que el corazón piensa, por esto poco que habla tan en tu provecho, considera y entiende lo que piensa aun cuando no habla, y cómo sus pensamientos suben por ti como incienso del brasero de la cruz donde por tu amor ardía. En el ver por sus enemigos conoció el centurión que era Dios, porque no le pareció obra de menos. En testimonio desto, el primer hombre que derramó su sangre por la confesión de la divinidad de Cristo rindió el alma rogando entre inmensidad de piedras por los que le apedreaban.

Dijo Cristo: "¿Oísteis lo que dijeron los antiguos? Ama a tu amigo y aborrece a tu enemigo; mas yo te digo: ama a tus enemigos". Lo primero no es todo precepto de Dios, que el aborrecer al enemigo es de otra mano. Hombres amigos de sí mismos y deseosos de venganzas hicieron estas glosas y mala

consecuencia por la lógica de Satanás: Dios manda amar al amigo, luego manda aborrecer al enemigo. Gran traición comete contra Dios el que, no contento con enfadarle, le quiere ahijar las culpas que comete contra su majestad. Mas dice Dios: ya habréis oído esa doctrina que los malos intencionados intérpretes de la ley dan en sus glosas con grave perjuicio del texto; pero yo vengo a dar la legítima inteligencia de la ley, como autor suyo; y digo que es mi voluntad que amen así los hombres a sus prójimos que no baste ser ellos enemigos para que los quieran mal, sino que, no obstante esta mala calidad, amen la buena sustancia; y porque en esta bienquerencia, por ser obra oculta de la voluntad, puede haber grande engaño, quiero que se manifieste a los hombres con obras. De tres maneras os puede ofender el enemigo: con el pensamiento aborreciendo, con malas palabras y con malas obras; y en cambio de eso, quiere Cristo le paguéis con amor su odio, con oraciones sus malas palabras, y con beneficios sus malas obras”.

Convencidos debíamos estar por la autoridad de tan gran maestro, que en la escuela de la Iglesia católica es la más segura y cierta demostración, y que no admite cosa en contrario. Estáis vos tan cierto que dos y dos son cuatro, que os reiréis de quien os quisiese ir contra ello: pues lo que ahí hace la demostración hace en la fe la autoridad divina. Si fuera la que debía la primera mujer, pues la constaba ser Dios el que mandaba, so pena de muerte, no comer del árbol vedado, no tenía para qué poner en disputa si era bien mandado o no. Los que seguían en tiempos pasados la filosofía de Pitágoras, que fueron quizá los más antiguos y que menos errores tuvieron, porque estaban menos apartados de la legítima filosofía que andaba junta con el verdadero conocimiento de Dios, en los gravísimos negocios y de suma importancia con una respuesta se daban por satisfechos: “Él lo dijo”; y con saber que era hombre quien lo había dicho, no había que altercar más. No carece hoy el mundo desta manera de filosofía: las más cosas que se afirman y saben estriban en la autoridad de quien las dijo, no sólo en lo especulativo, sino en lo moral. Un juez, para que dé una sentencia en que va la hacienda y a veces la vida y la honra,

bástale que lo diga así Bartolo o Acurso, o que lo sienta así Abad o Felino. Un teólogo os alega que es sentencia de Santo Tomás: y sin poner en ello dificultad, se determina, absuelve o condena. Lo mismo los médicos: llegando a decir un aforismo, *así lo dice Hipócrates, o así lo entiende Galeno*, no están a más obligados. Pero no lo llevemos por estos caminos, que, como principalmente tratamos con gente que en los suyos yerran, de los mismos descaminados podemos tomar testigos. Cuando en las cosas del honor quieren los que deso tratan tener satisfacción cumplida, ¿cuál es la postrera resolución? No hay que pedir cuando se llega a la sentencia que sobre ese caso dio Fulano, hombre militar y criado en Flandes desde su juventud, que se halló en tal y tal campo de desafíos y oyó sobre esta materia y punto hablar a soldados viejos, hombres de ciencia y conciencia, cuales ellos suelen ser. Pues si hombres, y malos, alcanzan a tener con otros hombres tanta autoridad, ¿cuánta mayor es razón que tenga entre sus fieles Cristo sabiduría del Padre, camino, verdad y vida, doctor de justicia enviado del Padre con precepto de oírle y obedecerle? ¿No basta que Él lo diga, para que se admita sin réplica y se abrace sin contradicción?

Dirásme: no dudo de la verdad del dicho, que bien creo que es lo mejor y más acertado, pues Dios lo dice, sino que reparo en el hecho que es muy duro y dificultoso de cumplir. Así me parece a mí también, y le parecerá a quienquiera que no en la superficie y por cumplimiento, sino muy de veras lo quisiera ejecutar. Probadlo y veréis; pero, amigo, nunca mucho costó poco. ¿Piensas que ir al Cielo es subir en coche y pasearse por el Prado o alameda? ¿Piensas que te ha de dar de balde lo que a tantos amigos de Dios costó la vida? Engañaste: ¡qué trabajosa es la senda por donde se va al Cielo, y cuán pocos la caminan! Lo que poco cuesta, poco vale, y en poco se estima. El amor es sacrificio del corazón; el que ofrece el amor natural al amigo porque le hace bien, ofrece sacrificio sin costa, porque no cuesta nada amar al bienhechor; pero quien ama a su enemigo por Dios ofrece holocausto preciosísimo, comprado a costa de sus

entrañas y de su sangre. ¿Es cosa dura amar al enemigo? Pues no es mucho que hagáis una cosa dura por Dios.

Pero vamos adelante, que mirado con ojos desapasionados este precepto no es cosa dura, sino muy suave y más conforme a nuestra naturaleza que su opuesto. A los otros animales, cuando vienen al mundo les arma la Naturaleza de uñas, garras, presas, dientes, colmillos, cuernos, conchas, espinas, picos; al fin, armas ofensivas y defensivas, como a rencillosos. Al hombre cría desnudo, flaco, llorando, sin armas, munición ni pertrecho de guerra, porque es animal manso, que entra de paz, y esto es lo que mejor le está.

Si te probase yo que es más dificultoso desamar al enemigo que amarle, convencida quedaría tu rebeldía. Pues hagamos otro evangelio, opuesto a este que aquí nos predica el Señor, y digamos así: yo os digo a vosotros: Aborreced a vuestros enemigos, haced mal a aquellos que os quieren mal, maldecid y detestad a aquellos que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de Satanás, vuestro padre, que arde en los infiernos, que esparce la tiniebla de su ceguera sobre buenos y malos, y llueve odio sobre justos e injustos. Pregúntote, hermano: ¿conténtate más este evangelio? Pues guárdale, y mala pro te haga, que buena no puede ser. Deslinda cada cosa destas en particular; mira que en el desamar tus enemigos está incluida la invidia; y si quieres mal, te ha de pesar del bien que vieres en el que aborreces, y la invidia y pesar del bien ajeno es la mayor carnicería y más duro tormento que nadie te puede dar; eso te quema la sangre, y ahelea el contento y consume la vida. ¿Puede ser tormento igual que mandarte ser verdugo de ti mismo? ¿Qué tirano mandó tal? ¿Qué Falaris, que Nerón tan inclemente y fiero? Pues a esto acompaña la ira, que es bestia tan brava y fiera: con ella, por vengarse de su enemigo, ¡qué de peligros, qué de costas y trabajos echa sobre sí el vengativo! Pues haz mal y guarte; porque el injuriado en mármol escribe, y no hay cabello que no haga su sombra. Nadie haga mal si quiere vivir, aunque sea a un gato; si no, ahí está la justicia, que quien a hierro mata, a hierro debe morir y a bien librar, perderás la tierra; que, como si te hubiese tragado, así has de

desaparecer. Pues si echas maldiciones o mal deseas, es pedir que el rey, el juez, de sus mismos hijos tome venganza; mira si puede tu ceguera subir a mayor locura. San Esteban, estándole apedreando, levantó los ojos al cielo para buscar algún refugio, pues en la tierra no le hallaba; y como lo primero que encontró con ellos fue Jesucristo, no osó sino rogar por los que le quitaban la vida, porque vio que no se podía ni debía pedir otra cosa al que rogó a su padre por los que le crucificaban.

Esta ley de venganza, me dices tú, mundano, que es suave, y que la del perdón no se puede sufrir de dura. Los ciegos verán que estás ciego y que tu pasión te engañó. Más gusto hallas en ir aperreado, inquieto, tocándote al arma a tu descanso cada día los espías de tus pensamientos vengativos, que te persuaden que busques a tu enemigo corriendo la tierra, buscando todos los escondrijos y cuevas, y, si se hundiese debajo della, minar hasta los abismos para sacalle de rastro; y que si se te va a los montes, le persigas trepando y gateando por lo más fragoso de la montaña, por las cordilleras y riscos, por los altísimos picos de las sierras y despeñaderos más penados, por donde solas bicerras o rebe[c]os ligerísimos pueden saltar. ¡Oh miserable, qué arrastrado te trae tu ira desenfadada!

Enojarse es acto natural; enojarse consideradamente es obra virtuosa, que por esto llamaron los peripatéticos a la ira piedra en que se aguza la justicia; pero salir de seso con la pasión es cosa viciosa y escandalosa; y quien sigue los apetitos de la ira se precipitará en abismos de males. Mucho traga un fuego desmandado, y más si le ayuda el viento, pero no llega su destrozo al que hace un hombre encendido con ira, que ni teme la del Cielo ni respeta cuanto hay en la tierra. ¿Qué deja un rayo en pie cuando revienta una nube con los dolores del parto que le aprietan? Las piedras muele, el acero derrite, las peñas deshace, lo duro ablanda, y ninguna cosa se le pone en resistencia que no la domeñe. Tal es el estrago de la ira. Considerad una borrasca cruel de agua; mirad las olas, a veces sobre las nubes y a veces en el abismo, imaginad un viento desesperado que bramando amenaza de tragar la tierra, porque tal está un airado corazón cuando sopla el viento de la venganza. Tales son los efectos de

la cólera, que todo lo confunde, todo lo escurece, todo lo alborota, todo lo despinta; y si los mismos hombres cuando están embotijados con ella se viesan en un espejo, no duda Platón sino que huyeran de sí mismos, teniendo vergüenza y confusión de considerarse. Todo esto vence el que con pecho valeroso y cristiano se reporta y se hace señor de sus pasiones. Estas son las hazañas de la clemencia, las proezas de los varones fuertes y valerosos, las hazañas más memorables que las de Hércules. El que siendo enojado no lo mostró, estando airado se fue a la mano, dándole causa no se dejó llevar de la pasión, púdose vengar y no se vengó, teniendo poder y mando no usó dello para este mal fin, éste es verdaderamente hijo de Dios. ¿Quién hay que no sea amigo de honra? ¿Y qué mayor honra que ser hijo de Dios? Por esta dilección y amor del enemigo se promete este parentesco con Dios, que seamos hijos. El rey escribe a un Grande: “Duque, primo”, y a un título: “Marqués, pariente”, pero si no lo son no les dará ese apellido. Dios sí, cuyo decir es hacer, da con la nombradía la filiación y hace que seamos hijos por gracia, y danos caridad, que es amor divino y sobrenatural, con que le amemos. Eso promete al que ama a los enemigos; y advierte el agudísimo Orígenes que no sólo una vez seremos hijos, sino tantas cuantas amáremos al enemigo y le hiciéremos buenas obras seremos engendrados en hijos de Dios. En esto quiso que pareciese la generación de los hijos adoptivos a la del unigénito natural, que así como Él es eternamente engendrado, y siempre su padre le está engendrando –y por esto se llama resplandor de la gloria, porque el resplandor siempre se está produciendo y engendrando de la luz, y así el Verbo divino siempre nace, *Deum de Deo, lumen de lumine*–, a esta traza, con cada beneficio que al enemigo hiciéredes, con cada acto de amor os estará Dios de nuevo engendrando en hijo suyo. ¿Qué mayor premio se puede esperar ni pretender?

CAPÍTULO VII
TRATA GUZMÁN CÓMO MUDÓ DE PARECER DE
HACERSE FRAILE Y ASENTÓ DE NUEVO CON OTRO AMO,
Y CÓMO, POR HABER LEÍDO LIBROS PROFANOS Y POR
AMORES DE UNA FARSANTA, QUISO PROFESAR EL ARTE
CÓMICO

YA te dije que me hizo mucha fuerza la plática de aquel padre, de manera que no pudo cólera conmigo; y con el fervor y calor, me fui derecho a casa de mi amo, y en su compañía pedí perdón al que fue mi enemigo, y nos abrazamos y confederamos del todo; y no paró aquí, sino que me resolví de tomar el hábito en aquel convento, y aquel padre me había ofrecido que me le haría dar. Pareciome que la librea que traía no la había ganado, por lo poco que había servido; y así, tomando mi hábito viejo de estudiante y dejándola a mi amo, me fui al convento, en el cual estuve algunos días, que, por hallarme con suficiencia en materia de gramática y griego y ver el buen ánimo con que deseaba ser religioso, me trataban muy bien y se ponía en talle el darme el hábito. Pero como mis cosas eran corrida de caballo francés y tenía hecho tan pocos actos de vida recogida, fuime refriando, y sentía más de cada día el perder mi libertad, y enfadome mucho el encerramiento; no podía sufrir el dejar de hacer mis salidas y los desatinos que acostumbraba: tal era la fuerza de mi mala naturaleza, habituada en todos los años de mi mocedad.

¡Cuán bien se encarece la crianza y educación en los tiernos años! Por cierto en ninguna cosa se había de tener más cuenta, porque lo que entonces aprenden jamás lo dejan. Son los niños como cera blanda, que recibe con facilidad cualquier figura que se le imprime, sin resistir más a una que a otra; como la mar, cuyas olas, si con un viento se levantan soberbiamente sobre las nubes, en viniendo otro aire manso, se allanan todas como un prado. Son como campo baldío, que hoy es un erial lleno de cardos, espinas y abrojos, y mañana, echándole la reja de la buena doctrina, como se lleva tras sí el arado todas aquellas

malezas, luego da el fruto que le sembráredes; y así es grande el fruto de una niñez bien enseñada, adonde, como en oro de subidos quilates, se labra cualquier figura con mucha facilidad, y después no es menos preciosa por la forma que por la materia; pero si la dejan seguir sus apetitos, no esperen que con facilidad se encamine bien y se corrija de grande. Es cosa certísima que si vemos en los mayores años cometer los hombres cosas indignas del estado que profesan, y aun de la naturaleza que tienen, no hemos de pensar les viene el mal de ayer acá, que de lejos le traen. ¡Cuánto mejor es que lloren los hijos que no los padres! Mejor es que se quejen de los azotes dados con mano paternal que los que les pueden venir por mano de un verdugo; y así, ninguna muestra de vicio, cuando la dan los niños en sus principios, se ha de tener por pequeña dejándoles salir con ella; pues en tal edad todo es mucho, que a veces el río grande se hace de arroyos, y a veces en un manantial delgado tienen principio ríos muy hondos y caudalosos. Es tempestad la mocedad, porque en ella sale el hombre florido, todo él verde, no reconociendo razón ni otro dueño que sólo el brioso impulso de su moza y reciente naturaleza, pasa en aquella edad sus años encomendados a la furiosa tempestad de la vida, sigue sus gustos y la ociosidad, de donde nace en ellos la torpeza, los amores profanos, las inquietudes y riñas, y adquiere para en la edad madura las pasiones del ánimo, las enfermedades del cuerpo, la carga de humores crasos y vanos deseos, la indevoción, los juegos y hurtos, el amor desordenado de las cosas terrenas, el enfadarse de las celestiales y una habituación perjudicial y contraria a todo bien. Ésta es muy difícil de dejar, porque en breve tiempo con dificultad se pasa de un extremo a otro, porque tienen los vicios empapada el alma, y como aceite hirviendo han penetrado los huesos; todas las potencias están inficionadas con la mala costumbre de pecar, y tenéis la maldición como vestidura que os cubre de pies a cabeza, apretada como un cinto de la mala costumbre; y ésta es la falta de la conversión tardía, no de parte de la misericordia de Dios, que ésa no falta a

quien de veras se convierte, sino de parte de la voluntad endurecida.

Pues como yo estaba tan habituado a libertad y vicios, resfrieme en pocos días del buen propósito que había tenido de recibir el hábito, pesome de hallarme en el mío de estudiante pobre, y no sabía qué modo de vivir había de tomar. Volviome el deseo de ir a Valencia, mayormente que ya estaba la Corte de partida; pero no tuve cara para volver a casa de mi amo, que sin duda me hubiera vuelto mi librea. Ocupábame mucho la vergüenza de desdecir de tan buen propósito como había tenido, y no pudiera sufrir que mi amo entendiese que había mudado tan presto de parecer. Salime a la plazuela de los Herradores a buscar si por suerte me podía acomodar. Era extraña cosa lo que se procuraban pajes y lo que se corría el oficio; apenas llegué, cuando fui preguntado si quería asentar por paje. No me hice mucho de rogar, por escapar del convento y porque deseaba ya verme en hábito bizarro, según me ofrecían. Volviome mi ventura con otro caballero italiano, llamado don Fernando Espínola. No me peso dello, porque me había ido muy bien con el otro, y sin duda es nación muy generosa y de buen trato. Dioseme librea harto a mi gusto, sombrero negro muy fino, capa y ropilla de raja morada con costosa guarnición, valones de terciopelo fondo raso morado, con fajas de terciopelo negro de muestras, fondo morado y medias de seda morada. No cabía de contento, y parecíame que ya desta vez no había que temer mudanza de fortuna, pues tan fácilmente me vi en lo bajo y en lo alto de su rueda que más parecía soñado que en realidad. Empecé también a privar con mi amo por el lenguaje italiano que me había quedado, que quien me oyera no me juzgara por español: que el haber yo estado en Italia de pocos años y la latinidad que había aprendido me hicieron fácil aquella lengua, que es tan allegada y parecida a la latina como la que en otro tiempo lo fue y es su descendiente. Rastreolo mi amo de que no había quien me hiciese dejar de las manos el Ariosto que había topado en casa, y como un día me viese en él muy embebido, me dijo: “Vení acá, Guzmán. ¿Vos entendéis esa lengua?” “¿Pues no, señor? —dije—. Mejor que la

castellana". Hízome leer unas cuantas octavas de aquellas del divino Ariosto para ver si decía verdad, y halló que no difería mi pronunciación de la suya. Empezó a hablarme en su lengua y holgose mucho que le respondiese tan bien y a su gusto. Quiso saber muy por filo toda mi vida en Italia, la cual le conté con el mejor método que yo pude, encareciendo buenas fortunas en que me había visto y lo que me favorecía el Cardenal, que me amaba como a hijo y me hizo estudiar latín y griego. Conocí de allí adelante que me tenía mucha voluntad. Díjome que, pues era aficionado a lección de humanidad, en su casa tendría lo que podía desear, porque tenía muchos libros della. Y en verdad que valía su librería más de tres mil ducados: había en ella libros curiosísimos de todas maneras: de polecía, gobierno, moralidad, devoción, poesía y otros profanos. Di en esto[s] como cedacico nuevo, que me perdía por leer libros de disparates y profanos; que es ordinario y cosa experimentada echar mano el hombre de los libros que hacen a su inclinación. Y como los libros de vanidades distraen tanto y hacen tan al gusto de los que son distraídos, fácilmente se abrazan con ellos y de su elección; y así me iba como por un almíbar, bebiendo espíritus de inquietud y mayor distracción. El daño que me causaron, aun en los pocos días que los llevé entre manos, te dirá lo que queda de mi vida, que sin duda perdí más en estos pocos días que en toda la habituación perversa de la vida pasada.

¡Cuánto les importaría a los hombres advertir en esto de la elección de libros!; que cuanto es loable y provechosa la de los buenos, es dañosa y reprehensible la de los malos, ora sean historiadores, ora poetas. Porque estos autores sospechosos, por decir algunas gracias y agudezas, están sembrados de muchas cosas y palabras dañosas a las buenas costumbres. Afeitan la mentira, y como viene vestida de colores, lleva los ojos tras sí, con que destruye a los lectores. Son los libros malos como mujercillas perdidas: pregonan hermosura fingida estando de secreto llenas de mil enfermedades; hacen ostentación de vana apariencia con que saltean en poblado, y aun dentro de casa a medio día, y más a los de poca edad, en quien por hervir la

sangre prende el fuego tan apriesa, que, de puro delicados y fáciles, están tiznados y abrasados y aun no lo echan de ver. Es muy alabado, y con razón, Augusto César porque mandó desterrar de Roma al famoso poeta Ovidio cuando sacó a luz sus tres libros de *Ars amandi*; y si agora hubiera tal censor, ni los semejantes tuvieran ocupadas las emprentas con sus devaneos, ni estuvieran tan llenos los palacios de sus locuras. Digan lo que quisieren, excúsenlo como pudieren; lo que yo sé por experiencia es que el deleite es manjar dulce para los mozos, y puesto en poesía o buen estilo de hablar, es guisarlo con especias para que se coma más y sepa mejor. Esto avisa con gran encarecimiento Quintiliano, y manda se quite a los niños en su juventud, porque la experiencia nos enseña cuánta más fuerza lleva una razón puesta en verso (si es cual debe) que escrita ni dicha en prosa; y quien hace las orejas a esta música y lengua a las palabras de torpes autores, dice San Basilio que abre camino cierto para las obras.

De aquí vino que el gran Platón, en aquella república que ordenaba, mandó que no le admitiesen poetas ni libros que dello tratasen, por estar muy cierto que pocas veces dejan de urdir malas telas en achaques de ficciones y de contaminar la juventud con la doctrina que en ellas enseña. Pero no les faltan sus aficionados y devotos defensores, que, por encubrir su lascivo pecho, lo echan por las romerías de Jerusalén y luego alegan que los tales libros tienen sentencias muy provechosas y dichos agudamente compuestos con que se despierta el ingenio de los lectores. A los cuales podemos responder lo que Temístocles al otro que le ofrecía enseñar el arte de memoria, al cual dijo: “Mejor fuera el arte de olvidar lo aprendido”. Harto mejor les sería a los hombres el hablar rudamente que deprender agudezas con tanto perjuicio; que bien se echa de ver que esta cubierta y excusa es capa de pecadores, velo de poca vergüenza y anzuelo con cuyo cebo se pescan muchos livianos. ¿Qué puede aprender —dice el grande Agustino— un muchacho tierno que ayer vino al mundo, aparejado para imprimírsele cualquier estampa de bien o mal, si en achaque de enseñarle latín le ponen en la mano un Terencio y allí ve

pintado como en tabla de pincel, con finos matices y colores, de qué manera se requiere a la otra con palabras, se induce con promesas, se engaña con dones y se enseña con burlas? ¿Cuántos mancebos y doncellas hay como unos ángeles, a cuya región nunca llegó el aire corrupto de la torpeza, hasta que leyendo un libro se les alborotó la suavidad del alma? Estaban como los primeros padres en el estado de la inocencia, y en comiendo del manjar vedado, los que no osaban hablar todas veces, ni aun cosas buenas, por el respeto y vergüenza que tenían, en breve tiempo se desenvuelven con lo que han sacado y aprendido de un mal libro. Y así dice muy bien el sutil Agustino: “¿Qué puede aprender el mozo en tales escuelas, sino los estupros de Júpiter, las torpezas de Venus, los ensayos de Apolo, los celos de Juno y engaños de Marte? Allí se le encajan las blanduras de la otra mozuela, el estilo con que el otro procedió, la fuerza que hizo y el acometimiento que tuvo, con otras cosas indignas de ser escritas; de manera que por enseñarle a bien hablar le enseñan a mal obrar”. Por lo que en mí he visto, te digo que esta manera de libros no sirven a la república sino de alcahuetes y terceros secretos para enseñar a pecar. No hay libro tan malo —decía San Jerónimo— que no haya quien lo lea. No podemos agora llorar eso, sino que los libros perniciosos tienen muchos feligreses, y los buenos, que enseñan la virtud, se quedan en los rincones. Las cosas que se dicen, de suyo son hechizos que encantan el alma, son vino que embriagan el corazón y le saca de seso, y, puestas en poesía, dásele un adobo y temple que penetra hasta los huesos.

Grande es el daño, grande la perdición, grande la riza que el demonio hace en la juventud, vindimiándolos en majuelo antes que lleguen a mayor edad, por medio de los libros malos, que como langostas roen las tiernas espigas antes que granen y vengan a madurez. Con esto sube el demonio cada día su renta; que su ganancia, por este camino de los malos libros, es increíble.

Dígote, pues, que me amanecían los libros en la mano y me acostaba con ellos, y en esto notarás cómo obraron en mí sus fieros hechizos; que con el gusto de los versos y el de ver

recitalles en las farsas, a que era muy aficionado, me puse en la cabeza de ser representante. Para esto di en frecuentar más el corral de la Cruz, donde representaba Heredia. Parecíame bien la vida libertada y vagabunda desta manera de gente: que hoy están en la Corte, mañana en Sevilla y esotro en Toledo, y gozan cada día de ver mundo nuevo, buenos trajes y se gasta sin pensar en el de mañana. Este exterior me satisfacía mucho, aunque después vi cuán amargo es lo que fuera parece deleitoso. Empecé a tomar amigos de la compañía y quedarme a ver ensayar, y aun me ensayé a decir amores y soliciallos a una buena oficiala de todo. Como no le vinieron de nuevo, no me desdeñó de manera que tuviese yo de qué desesperar, sino que me trató al principio como a boquirrubio, hasta que entendió de mí que de puro rubio era ya blanco como el vino añejo, y que tenía más de rancio que de verde; pero después sabrás el suceso. Una tarde, con dos camaradas míos de buen gusto me iba a ver la farsa, leímos los carteles en una esquina: vimos que en el de la Cruz se representaba la Ifigenia, tragedia, y en del Príncipe una comedia. Había quien quería ver comedia y no tragedia, porque era muy compasivo y llorón; resolviose de conformidad que fuésemos a lo más cerca. Llegábamos a esta razón al monasterio de la Santísima Trinidad, porque habíamos bajado de la calle de las Urosas y subido la de Relatores, y así, como a más cerca, nos fuimos al de la Cruz a ver la tragedia. Y tanto me enfadé del mal fin y suceso della, que por poco estuve de no tratar de ser farsante, pero la añagaza de mis nuevos amores me volvían con más violencia que con un trabuco. Poco reparaba yo en la vileza de la profesión, que aun desto no tuve primer movimiento.

No consideraba que aunque la poesía es arte noble, principal y liberal, pero que la acción della en el teatro está muy abatida, de tal manera, que hay muchos que no solamente tienen a los que ejercitan esto por infames, pero imaginan que no se les debe dar el Santísimo Sacramento, y aun lo oí decir a una persona grave; pero esta persona tenía mejor voluntad que entendimiento, y erró con celo de acertar. Es la verdad que cierta manera de representantes son viles y bajos y muy

infames; es a saber: los que, como agora los zarabandistas, con movimientos torpes y deshonestos incitaban e incitan a torpeza y deshonestidad, a los cuales los latinos llamaban histriones, y de los cuales se dice estar prohibidos de recibir el Santísimo Sacramento. Mas los representantes, que los latinos dijeron entonces como los trágicos y cómicos, no sé yo por qué han de ser tenidos por infames. Pregunto: si la medicina es arte aprobada y si la justicia es tan noble y necesaria, ¿por qué el boticario y alguacil, que son ejecutores de la medicina y justicia, serán infames? Ni aun el verdugo es infame por lo que es ejecutar el mandato real. Pues si la poesía, como he dicho, es arte de grande ingenio y obra honesta y útil, ¿por qué el que la pone en ejecución será vil e infame?

Por lo cual algunos defienden a la comedia fábula que enseñando afectos particulares manifiesta lo útil y dañoso a la vida humana; pero otros dicen mejor que es poema activo negocioso, cuyo estilo es popular y fin alegre; y a nuestro propósito es mucho mejor la definición de otros, que dicen que la comedia es imitación activa hecha para limpiar el ánimo de las pasiones por medio del deleite de la risa; y aunque todas tienen un fin, que es enseñanza, entretenimiento y deleite, pero hay muchas diferencias entre la comedia y tragedia, las cuales señala la última definición, donde se dice que es imitación activa. Se diferencia por activa del poema épico y ditirámbico, y por medio del deleite y risa se distingue y diferencia de la épica y de la tragedia. Difieren más: que la tragedia ha de tener graves personas, y la comedia comunes. En la tragedia, temores llenos de peligros; en la comedia no; la tragedia, tristes y lamentables fines, al revés de la comedia, que los ha de tener alegres y venturosos. La tragedia, buenos principios y quietos, y fines desastrosos, la comedia al contrario. En la tragedia se enseña la vida que se debe huir, y en la comedia regularmente la que se debe seguir e imitar. La tragedia se funda en la historia y la comedia es fabulosa. La tragedia pide alto estilo y la comedia bajo. Y aunque muchas veces se halla diversidad en lo que tengo dicho —y en algunas comedias finas y puras que no sean tragicomedias se hallan temores, llantos, desastres y

muertes —, pero todo va dirigido al pasatiempo y risa, y el que no se ríe desto merece que se ríen dél. ¿Qué cosa más de reír que ver a un mozo verde y loco desollado de una ramera, lamentarse que le han chupado su hacienda y salud? ¿Y qué cosa más digna de risa que ver otro tonto enamorado llorar la ausencia de su dama y a la dama llorar de celos de su amante; los enredos de una alcahueta, los del rufián; un siervo malicioso, lleno de temor y miedo que le han de apalear por alguna bellaquería que hizo; un enamorado suspirando en la calle en noche de enero entre sábanas de nieve por la que está durmiendo a buen sueño entre las de Holanda, y si se despierta, se ríe y burla dél? Y aunque las muertes trágicas, mas las de la comedia, si algunas hay, son de gusto y pasatiempo, porque son de personas que sobran en el mundo, como es una vieja cizañera, un viejo avaro, un rufián, un bandolero, un traidor o una alcahueta. De todo lo cual se sacan muchos documentos que se imprimen en el alma con grande fuerza y afecto, así por la materia como por la traza de la tragedia y comedia, que al principio entran lentamente y suspendiendo los ánimos, y luego se van perturbando y marañando poco a poco; crece más la perturbación hasta la parte que se dice catástrofe y soltura. En el añudamiento y perturbación de la cual fábula está la suspensión, y en la soltura lo alegre y satisfactorio del entendimiento. Y en esto se distinguen bien y esencialmente la tragedia y comedia, porque en la tragedia va creciendo la perturbación temerosa y en la comedia la perturbación llena de gusto y risa en los oyentes; y como he dicho, si la materia y conceptos no son torpes, sino cual es razón a la policía moral, no hay duda sino que las farsas son provechosas.

CAPÍTULO VIII
EN QUE PROSIGUE GUZMÁN SU DESIGNIO, ASIENTA EN
LA COMPAÑÍA DE HEREDIA Y CUENTA LO QUE LE
SUCEDIÓ CAMINO DE VALENCIA

MUY poco reparaba yo en el provecho universal ni particular; que quien de sí mismo disponía tan mal, cierto es que no miraría por el bien común; pero hete dicho lo que hay en la práctica de la representación, y si se usase con el modo debido, que en el modo y la materia está el bien o mal; que aunque a veces por ir a caza de cosas graciosas se mezclan palabras y refieren cosas que tienen alguna oscuridad, pero esto no quita el pasto y materia de toda la farsa, que siendo buena y de enseñanza, por los buenos ejemplos será provechosa. Y es de gusto, porque hay mucho del ridículo, que es lo que más se ha de procurar en las farsas, porque lo tienen casi por fin y objeto. Y pues hablo desto, no dejaré de decirte un dicho que me provocó a risa cuando me lo contaron. Un buen hombre, cuya mujer mandaba a más de a medias en casa, estando unos médicos en conversación, excusó una disputa sobre por qué causa Naturaleza criaba leche en los pechos de algunos hombres: porque habiendo respondido uno dellos que la Naturaleza no hacía cosa en balde, y que sin duda criaba leche en los pechos de los hombres para algún fin y a su parecer era para que el hombre a una necesidad pudiera sustentar los hijos con su leche, oyéndole nuestro buen hombre, dijo desta manera: “Señores, por amor de Dios os ruego habléis paso, que si las mujeres alcanzan a saber esto, nos harán criar nuestros hijos siempre, y alguna vez los ajenos”.

De muchas maneras se procura la risa en las comedias. En cuanto a las obras y en cuanto a las palabras, es de advertir que más son urbanas y discretas, que sin perjuicio notable de nadie dan materia de risa; y esta especie es tal, que puede parecer delante de reyes y príncipes. Las demás que nacen de la dicacidad, murmuración, fealdad y torpeza de palabra son malas, y así se ha de guardar el cómico dellas, porque los reyes,

príncipes y grandes aborrecen naturalmente toda fealdad. Lo del simple que usan en España es bueno sin perjuicio, porque causa risa empezando muchas sentencias y acabando ninguna, haciendo mil precisiones muy graciosas, y es un personaje que suele deleitar más al vulgo que cuantos salen a las comedias, en razón de que en él cabe ignorancia y malicia, y lascivia rústica y grosera, que son tres especies ridículas, y por le estar bien toda fealdad (digo en cuanto es provocativa de risa), es la persona más apta para la comedia, y en esta invención se han aventajado los españoles a griegos y latinos, que usaron de siervos en sus comedias para el fin de la risa a los cuales faltaban algunas especies de lo ridículo; porque no tenían más que dicacidad o lascivia, o cuando mucho las dos cosas, y carecían de la ficción de ignorancia simple, la cual es autora grande de la risa.

Acabada la tragedia, deshíceme de mis amigos y entreme al vistuario, como solía, por ver a mi señora Isabela; ofrecímonos mares y montes y quedé persuadido de asentar la plaza y seguir la compañía, que se partía luego a Valencia por la misma ocasión de las fiestas que se esperaban. Fuime con los de la compañía a la posada; tenían la huéspedera enferma, y sucediome un lindo cuento: que, subiéndola todos a ver, hallamos que habían traído el día antes el médico a grande priesa, porque, siendo el sexto día de la enfermedad, le había dado un frío sin ocasión alguna, y poco después comenzó a desvariar y delirar con mil modos de locuras y desvaríos muy donosos. El médico, turbado, hízola rapar la cabeza, ponerla defensivos, echar ventosas, las cuales no se dejó ella sajar, diciendo muchas gracias desvariadas que provocaban a risa y al médico a más turbación; el cual decía que si él tuviera la contrayerba o la piedra besahar, o una conserva de jacinto que se hacía en la Corte, él la daría sana, pero que así estaba puesta en grande peligro, y que Dios, que la hizo de nada, la podía dar vida. Y por abreviar la dejó en estado tal a su parecer, que a la mañana no la visitó, teniéndola por muerta, sino que envió un criado a que oliese lo que pasaba, y sabido que no estaba la puerta barrida, fuela a visitar. Halló por relación que le había

venido un sudor copioso, y visto que estaba libre de calentura, dijo volviéndose hacia mí: “Mejor está algo, pero verdaderamente estos males son traidores y que no hay que fiar, y tengo miedo que al catorceno no llegue la ejecución de la amenaza que nos dio el día de ayer”.

Reíme mucho, porque entendí el engaño del médico, y por experiencia de otra semejante enfermedad sabía lo que pasaba, y díjele: “Señor doctor, yo no sé medicina, pero la señora huéspedea está ya tan sana como yo; que un entendimiento alcanza todo lo que está puesto en razón. Aquel frío y el delirar suele venir naturalmente a los que tienen esta enfermedad que la huéspedea tiene, y a esto suele seguir un sudor y quedar repentinamente sin enfermedad, y así, el frío y el desvarío vinieron como mensajeros del sudor y de la salud, y no era menester rapar la cabeza, ponerla defensivos y echarla ventosas”. Como de allí adelante la huéspedea quedó muy sana y sin peligro, cobré grande opinión en la compañía de hombre que en todo caso daba buen parecer, y que podría darle también en cosas de la farsa y aprovecharía con algunas invenciones. Con el gusto presente de mi ninfa no hice buena liberación en lo de la librea, que había bien poco que me envasé en ella; y aunque conocía que era mucha razón que la volviera a mi amo — pues no quería pasar adelante en el servicio —, pero acordábame que había de volver a mis trapos viejos de sacristán de aldea, que aunque no representara mal con ellos la comedia del Dómine Lucas, pero sí la del Caballero sastre, y era dar al través con mis nuevos pensamientos de Isabela, y no hubiera en la compañía hombre que me quisiera ver, con haberme todos salido al camino de muy buena gana en este otro hábito; que esa diferencia hay en los hombres, que unos valen por solos, otros por lo que tienen, otros por lo que parecen; y siendo yo de los postreros, si me quitaba la apariencia, era hacerme descarte de Juan Nemo.

Acordé conmigo de no acordarme de mi amo, y seguir mi pensamiento y el camino de Valencia con Heredia. Empezáronme a dar papeles de poco trabajo al principio, para que me fuese ejercitando. Probaba en esto maravillosamente,

como si no naciera para otra cosa: sin duda tenía partes grandes para el ejercicio cómico, porque vergüenza había años que no habitaba en mí; era espeditísimo en el hablar, no mal talle ni donaire, memoria prodigiosa. Por momentos me iban dando otros papeles de mayor primor, de quien colgaba todo el peso y llave de la farsa; pero en Madrid no osé salir al teatro, porque mi amo no me hiciese salir de la librea. Camino de Valencia tuve muchos lances con mi Isabela, que íbamos todos en un carro y de un acuerdo. Aficioneme tanto, que sin rienda ni tino me dejé llevar de mi locura. Mas era de tal grado tirana, que jamás se ahorró con su padre. Muchos había ya dejado sin pluma, y con ser yo tan desnudo dellas que con tenazas no me pudieran sacar una, le bastó el ánimo para sacar de mí como de un perulero: no llegaba real a mi poder que no le sacrificase a sus aras. Creo que no ha habido mujer más hábil en atraer de cuantas han seguido la Corte. El término era tal, que sacara dinero de un bronce y del que fuera más avaro que Vespasiano o Cornelio Rufo. Ésta fue toda mi destrucción, ésta mi calamidad o trabajo, como verás por el suceso de mi historia. Por contentarla hubiera yo quitado la clava a Hércules y saqueado como inglés las cosas sagradas, según estaba de rematado y perdido, y no reparaba ella de dónde salía; que el mismo estómago le hiciera aunque supiera que era hurtado. Mas mi desventura era tal, que tocando cada día con mis manos esta perdición, no tenía habilidad para remediarla; conociendo que iba errado, no volvía al camino; mi ceguera no me dejaba advertir la vida rota de la que yo quería, que vivía matándome, comía a costa de mi hambre y vestía desnudándome y aun desollándome. Eran sus gustos casi increíbles, porque quería galas de excesivo precio, y no tenía modo ni límite: en viendo otra invención o color, luego pedía otro vestido, y yo lo había de buscar o no volver a sus ojos, pues estaba yo tal, que sus pensamientos y antojos me eran mandatos expresos, y por esta causa verás después cómo me atrevía a cosas bien excusadas y que no tenían excusa por estar yo enamorado: aunque ninguno haya más ciego ni más tientaparedes que el que tiene esta pasión, pero los yerros que se perdonan por amores son en ellos

mismos, y no se permite que el enamorado se valga de hacienda ajena contra voluntad de su dueño.

En el camino ya empecé a mostrar mis tretas antiguas. Pusímonos en Minaya a jugar; tenía aparejados mis naipes floreados y acerté a dar con quien pudiera inventar todos los floreos y no ignoraba los inventados; que después supe que era el mayor fullero que empuñó los cuarenta sin ochos ni nueves: por la misma treta que yo le armaba alzaba el naipe, de manera que se tomaba lo que yo había puesto para mí. Continué el juego pensando que acaso y sin malicia me alzaba, y vine a perder, tras las blanquillas que tenía, el calzón de fondo raso morado, y hube de ponerme un usado de rajuela que me prestó un amigo. Tuve gran pesadumbre con Isabela, que fingió sentir mucho mi pérdida. Llegamos a Valencia, donde en pocas palabras no te podré decir lo que vi y me sucedió, porque es una ciudad no conocida, con ser muy nombrada. Es, sin duda, paraíso terrestre, es el más apacible cielo y sitio que inventó Naturaleza. En ningún lugar se hallan juntas tantas maravillas: ni le faltan bellas arboladas, amenos jardines de frutas y frutos, infinidad de varias especies, ni costa de mar amenísima con variedad de pescados, ni, en suma, ninguna de cuantas cosas hacen una ciudad regalada y felicísima. En sola una cosa la vi semejante a las demás tierras que había amado: que también se guardaba la verdad de manera que raras veces se descuidaban que se escapase de la boca. En esto me parece que todo el mundo es uno y que nadie quiere creer al tercer criado de Darío, que probó que la verdad era la cosa más fuerte del mundo, dejando a una parte las opiniones de los otros que decían que el vino, el rey y la mujer eran más fuertes. Allí me acabé de desengañar en esto y engañar en todo, pues di al través conmigo. ¡Válame Dios, qué perseguida anda la verdad en esta era, siendo la cosa más preciosa del mundo! No se puede dejar de llorar el odio que le tienen los mortales, y el aborrecimiento a cosa tan perfecta. Ella es un sol claro de la tierra que descubre lo escondido, aclara lo oscuro, distingue los colores, hace visibles los cuerpos y muestra lo real en todas las figuras; pero el que hace mal no quiere tanta luz, reniega de la

verdad, porque contradice a sus tinieblas. Mas digan lo que quisieren contra la verdad, que no puede ser vencida, porque es un clarísimo sol, y aunque la rodees con tus engaños de nubes oscuras, en un momento las consume por la fuerza de su calor, poniendo en la plaza su mentira. Es, como dijo Fabio Máximo, una hacha que con ningunos vientos se apaga, con ningún aire muere, aunque más sople el cierzo de la contradicción, por lo cual la llamó muy bien aquel poeta griego hija del tiempo; y aunque a las veces, como viejo tarda más de lo que se querría, pero al fin tras esos pasos tan medidos y pausados, cuando menos se catan los que desean, la ven llegar en un socorro. Pocos tutores ha menester, que ella vuelve por su justicia, y aunque en la mar de la mentira la salteen los cosarios de la traición, engaño, maldad y alevosía, no la rendirán. No da salario la verdad a los letrados del mundo, no cohecha los jueces y escribanos donde se litiga de su derecho, no tuerce con dinero las palabras de los testigos, porque ella por sí sola se defiende. Créeme que si yo la amara como me parecían buenos sus efectos, que no me hubieran seguido tantos azares. Y vi en mil ocasiones a los secuaces suyos muy validos y medrados, y sin duda nos había de atraer su hermosura, que es tanta que no admite aguas ni afeites con que dar colores falsos a lo que trata; y su fuerza es tan invencible, que adonde parece que vencida expira, allí resucita más valerosa. Trae la mentira una máscara exterior de buen parecer y buena tez, pero debajo hay mucha pez; mas la verdad no muda trajes ni visajes, siempre anda de un color, siempre de un aire y temple, hácese a cualquier injuria de los elementos, y como sabe que presto se pasa a la borrasca, no desespera en medio de la tempestad.

Grande trabajo es el del mentiroso, pues todos le silban y huyen dél como de perro con maza; que la mentira es como la traición, que gusta della pero no del autor. Pero al día de hoy con la verdad todos se atufan, luego lo echan por alto, y por no oír lo que les conviene dicen que se les pierde el respecto: ponerles una verdad en los oídos es darles pimienta a las narices, que al punto estornudan y saltan contra el autor. Tres madres hay, dice Casaneo, todas tres muy buenas, y con ser

tales engendran hijos perversos. De la paz nace el odio, mala bestia; de la mucha amistad, el menosprecio; de la verdad, el aborrecimiento; y por más que se le haga duro a Tulio, es muy llano que no hay amistad tan unida que no la afloje una verdad dicha contra el gusto de un amigo, que así dijo el cómico: *Obsequium amicos, veritas odium parit*; que es el refrán nuestro castellano: mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. Monstruosa cosa es cuán desvalida, cuán quebrada, cuán desterrada anda la verdad de su casa propia, que es el pecho del hombre, y cuán recibida, estimada y acreditada está la mentira, sabiendo todos la diferencia que hay. El Hijo de Dios dijo: *Ego sum veritas*. Mira la gran hidalguía de la verdad y su antiquísima nobleza. ¡Oh verdad generosísima, de ilustrísima carta; oh verdad bellísima, hermosísima; oh verdad provechosísima; oh verdad, hija de Dios, esposa de Cristo, dama por quien Él puso su vida, cuán enemigo de sí mismo es quien no te precia!

Mas ¿dónde se halla hoy la verdad en la vida humana? ¿Quién la dice? ¿Quién la oye? Mentiras son las que navegan y se despachan, y fruncimientos de corazón doblado. El criado a su señor no habla sino lisonjas, el señor al criado cumplimientos secos, la mujer con su marido embaimientos, el marido a la mujer engaños; mienten y perjuran los que venden, mienten y engañan los que compran, no hay seguridad de verdad en los contratos ni hombre que sea de su palabra; los deudores trampean, los litigantes prueban la falsedad como quieren, los abogados la defienden, los escribanos la autorizan. Pregunto yo al receptor y al escribano: si es oficial público, ¿en qué se diferencia del procurador, solicitador y abogado, sino en que éstos hacen cada uno lo mejor que pueden los negocios de su parte, pero el escribano ha de estar de por medio, ambos le pagan lo justo y, aun lo sobrado, no debe inclinar más a uno que a otro? ¿Con qué conciencia, alma y justicia tomas (del modo que lo usas) ese testigo, ni preguntando ni escribiendo lo que de oficio eres obligado, sino lo que ha menester quien te tiene cohechado? Yo no hablo aquí de los buenos, que no dejarán de hallar algunos en tanto número, a quién no para

perjuicio lo que se dice con intención de públicamente decir mal de lo que públicamente hacen mal algunos perdidos.

Cuatro sectas de filósofos se hallan hoy en las escuelas, que les llaman reales, nominales, tomistas y escotistas; y todas estas sectas hallo yo en los escribanos de estas plazas. Reales son aquellos que realmente viven de *viva el rey, dad acá la capa*. Cierto yo no sé de qué sirven, ni para qué son en la república escribanos reales, sino para buscar reales y capear en medio de la plaza; y en las comisiones a que los envían viven de sola su pluma, bien o mal, como quiera: de ahí ha de sacar la ropa y la comida, o diciendo verdad o mentira; poco importa el cómo mientras haya qué echar en la bolsa. ¿Eso es que son ellos pocos o escogidos? Son más que langosta, hombres que han sido lacayos y dispenseros, y aun mozos de cocina (si a Dios place) que para echarles de casa sus amos les pagan con ello. A éstos les dan las comisiones que o no saben hacer la probanza, y gastan acá más tiempo en entenderla que en estudiar para sentenciarla, o hacen un desorden y se desaparecen —y luego buscadlos: Mahoma en Granada; el que le proveyó no le conoce, quien lo pidió no se lo dice, ni le está bien—, o si va a hacer una información sumaria, la hace la más sangrienta que puede para que vaya el juez y él vuelva con él. Y aunque escribió lo que quiso y lo que el testigo no dijo, le hacen que se ratifique en ello so pena de miedo, porque va un juez que hace temblar la tierra —que por acá parecen mansos como toros en vacada: todo es reverencias; pero cuando se ven por allá un pesquisidor, que es un toro en el coso que no hay quien le pare delante—, y por miedo de su furia dice el otro lo que no sabe. Baste esto agora, y de los demás géneros de escribanos te diré cuando me veas en sus manos, que será presto.

Vuelvo a mis sucesos en Valencia, que como es tan regalada, hay en ella mucha gente vagabunda y viciosa que cuando yo fuera muy reformado me hubieran sacado de quicio; pero no había menester jabonete para deslizarse, que yo los tenía para hacer bambalearse a los que me tratasen. Los negros amores de Isabela me traían tan loco y fuera de mí como su importuna petición sin modo ni término: que me había de desvelar de

noche cómo podía suplir sus voluntarias necesidades, antojos y devaneos. Créeme, sin que lo jure, que pueden tanto las mujeres sobre nosotros, que por ellas idolatramos como Salomón, pues nos proponemos el ídolo del vicio, y son en sus antojos tan singulares, que no hay quien las entienda ni quien pueda seguirles el vuelo. ¿Y qué harán las mujeres de tal vida, si aun entre los casados el marido que ha de hacer todo lo que quiere su mujer no ha de hacer nada de lo que él quiere? Porque cualquier mujer quiere hablar y que todos callen, mandar y no ser mandada, libertad y que todos sean cautivos, regir y no ser regida; una sola cosa quieren común, que es ver y ser vistas. Mas ningún hombre sufra tanto a su mujer que no sea obligado a sufrille más, considerando al fin el hombre que es hombre y la mujer mujer. Atrevida es la que se toma con su marido, y más loco es el marido que se toma pendeencias públicas con su mujer; porque si es buena, la ha de favorecer porque sea mejor, y si es mala, la ha de sufrir porque no se torne peor; y no dudes que todas las cosas sufren castigo, sino la mujer, que quiere ruego. El corazón del hombre es muy generoso y el de la mujer muy delicado: quieren por poco bien mucho premio, y por mucho mal ningún castigo; son sus devaneos y deseos imposibles, con que traen a los hombres desvanecidos. Y si esto es aun entre casados, ¿qué será en la pura libertad y en las que viven como aves de rapiña, como la que me tostaba los hígados?

Teníame tan trastornado el juicio, que, por contentalla y dalla lo que quería, hice cosas que te darán que ver y maravillar.

CAPÍTULO IX

EN QUE CUENTA GUZMÁN LOS CELOS QUE TUVO DE ISABELA Y LO QUE PASÓ CON UN MAL POETA, Y CÓMO SE ATREVIÓ A CAPEAR POR ACUDIR A LAS LOCURAS DE SU NINFA

CUATRO días había que estábamos en Valencia y sólo habíamos representado una vez. Andaban algunos galancetes perdidos para jugarme la pieza; ella era tan redomada, que ni yo podía estar seguro ni confiado, y así, por mi desgracia estaba celoso, que no hay amor ni celos, hijos perversos, viboreznos, de quien pudiera decir muchas maravillas: son hijos de padre que es hijo de muchos, porque Cupido es hijo del can y de la tierra, del cielo y Venus, del éter y de la noche, de Venus y Vulcano, y de Lite y Céfiro, que no es posible ser hijo de un solo padre quien es de tan varias condiciones, efectos y costumbres. Pues ¿qué serán los nietos de tales padres? Son en cifra el mismo infierno, sin flechas enherboladas, veneno de basilisco, es un tormento de Falaris, que en él muere quien le inventa; una rabiosa pasión que no la alcanza ni rastrea sino quien la padece; y, con todo, son un peligro que el hombre le procura sabiendo que le ha de matar, un vestido apretado del confuso temor, un enemigo encastillado en el alma, un verdugo continuo de la memoria, un traidor a quien damos puerta franca y le apercebimos la garganta; y al fin, el mayor mal de todos los males y el que priva del mayor bien de todos los bienes. ¿Y quién podía con más razón padecer esto que yo, que sabía la calidad de mi Lucrecia y cuán pocas amenazas de ponelle negros en la cama eran menester para rendilla? Tenía por más que cierto mi recelo, como quien entendía cuán flacos eran los cimientos de la fortaleza y cuán porfiados eran los Tarquinos que habían procurado su hospedaje. Sabía yo que no reparaba en cualquier dinero que ella pidiese; ella en nada, con tal que viese metales blanco y amarillo para sus galas y locuras; que aunque yo le acudía con cuanto quería era su sed rabiosa bastante a secar el

mar del Sur, el Mayor, y Mediterráneo, y agotar el Golfo de las Yeguas. Y con estos pensamientos traía alambricado el seso, y no para perdelle, porque le tenía rematado. Tomela a una parte y díjela que no me hiciese pesar en andar a gusto de nadie, pues le daría cuanto me pidiese; y pues hasta entonces no le había negado nada, que confiase que su boca era medida: sin pensar en el dinero ajeno, le sería de más contento. Hízoseme muy brava y echolo por vía de enojo, señalando que estaba muy enfadada de mi poca confianza y a pique de dejar amistad de quien no merecía la suya. Hube de encogerme, porque me tenía el corazón en el puño, y apercibir esfuerzo para los encuentros que esperaba. Halleme obligado, fuera de mi recelo mortal, a procurar golpe de moneda para alegralla, y quien había hasta entonces procurádole con fullerías, que era hurto manifiesto, ya no reparaba en cogelle por cualquier camino, aunque fuese de robar y capear.

Cuando considero a lo que me atreví y abalancé, y que la causa fue esta mujer, veo que estaba de atar y que en mi discurso no ataba manga con hombro. Mas ¿qué no hará una mujer y un amor desenfrenado? Que no hay vino tan fuerte que así prive del sentido al hombre flaco de cabeza como el encanto y palabras dulces de una mujer entorpecen el sentido de quien las escucha; y ciegan aun los ojos corporales, porque de muy poco fruto son los ojos del cuerpo cuando faltan los del seso y juicio. Porque el que está con este frenesí azotado por Dios, enfrascado con el regalo de su carne, no topa salida, todas se le hacen paredes de piedra dura, en todo halla dificultad; y como no se anima para cosa, todo se le vuelve en noche cual su deseo; y así da en tales disparates, que muestran bien su ceguera. Al segundo día de farsa ya andaban los galanes más solícitos y mi enemiga menos desdeñosa; que con los ojos llamaba aun los descuidados. Era carta vieja: había ya pisado otra vez, y aun muchas, el teatro de Valencia, y sabía la calle de la Mar, plaza de la Olivera, el Grau y sus Barracas, y el Regañón de la plaza de la Morera. Tenía conocimientos antiguos que no tenían reparo, y yo, como bobo, pensaba conservar enjuta mi barca y que no habría menester bomba para echar el agua que haría en

tan espumosas olas. De la muy cerrada, si hay ocasiones, se puede tener poca confianza, y yo la ponía en la que pudiera darme liciones de trampantojos y había corrido las escuelas de vivir a su gusto, y cuando menos en la farsa, que es el remate de otra vida no menos ancha.

Acabada la farsa salimos a nuestra posada que teníamos en la misma plaza de la Olivera, y ya nos esperaban a la puerta della unos cuantos garzones. Entráronse con nosotros. A la conversación hube de ensanchar el corazón y soltalle las alhorzas, porque cupiesen estas pesadumbres, y aun hacelle de las tripas. Supe la condición de esta gente, que en enfadándose no queda a vida representante, y han enviado muchos razonablemente acuchillados. Apercibí mi paciencia, y aun me fui aconhortando de mal tan cierto. Trabose brava conversación, muchos ofrecimientos de paseo, y atajola un gentil entremés de un señor poeta que, con una capa larga de bayeta, como portugués, preguntaba por el autor. Conociéronle los que allí estaban, y como le sabían el humor, sospecharon que traería alguna maldita farsa, como era verdad. Advirtieron al autor que no dejase de vella, porque mataría de risa, y la hiciese leer ante todos. Salió Heredia, y díjole: “Pues ¿qué nos manda vuesa merced en su servicio? Yo soy el autor, y si vuesa merced nos trae algo de poesía, que ya sabemos que es famoso poeta, nos hará mucha merced, porque hay falta de farsas que sean buenas, y señaladamente para un lugar de tales gustos como Valencia, que hace temblar a cualquier autor”. Hízose el buen hombre muy alegre con tal acogimiento, y dijo: “No repare vuestra merced en comedias, que le proveeré de todas las que hubiere menester; que dos tengo empezadas y esta que aquí traigo, que sólo el nombre della dirá quien es”. “¿Cómo la intitula vuesa merced —dijo Heredia—, que mucho importa el buen título?” “Muchos nombres —dijo el poeta— se le pueden dar, pero me parece que le cuadra mucho *El cautivo engañoso*”. “Bonísimo —le dijo Heredia—. Vuesa merced nos haga merced de leella, que aquí está el señor Guzmán, que es hombre de buen gusto y le cometo el ver este negocio, y estaré a lo que dijere; y creo será extremada, por ser de su mano de vuesa mer-

ced". "¿Cómo buena? –dijo el poeta–: ella lo dirá, que no pensaba dalla a ningún autor sino a Porras, que me tiene ofrecidos mil reales por cada farsa". "Léala vuesa merced –dijo Heredia–; que siendo lo que pensamos no llorará vuestra merced a Porras". Sacó su envoltorio el triste poeta, que no debiera, y empezó con unos versos que no les debió de sacar de botica de sedas, según les hubo tan mal medidos, y, con todo, a cada redondilla levantaba los ojos y miraba a todos los oyentes como si fuera un concepto milagroso. Todos estábamos perdidos de risa, y no había orden de disimulalla, hasta que él lo echó de ver, y muy corrido dijo: "Yo creo que vuestas mercedes tienen hecho el estómago al verso de Lope de Vega, y no les parece nada bueno".

Disimulamos cuanto pudimos, diciendo que se engañaba, porque no se habían reído de los versos, sino de un cuento que se le había acordado a Isabela con que ella nos había provocado a todos. Admitió el descargo y pasó adelante diciendo: "Pues esperen vuestas mercedes: verán una jornada pastoril a la morisca de allá de África, que es una maravilla; porque los poetas aún no habían advertido que entre los moros hay pastores, y es invención nueva". Pues dijímosle: "¿Cómo se habrán de vestir esos pastores, que los pellicos que usamos en España no les podrán convenir, porque no sería nueva la invención?" Quedose un poco turbado, y dijo: "Que bien nos podríamos informar en Valencia de muchos que han estado cautivos en Argel qué vestido usan por allá la gente serrana y pastoril". "Bien, muy buen pensamiento –le dijimos–; lea vuestra merced la jornada". Entrose por ella como por viña vendimiada, porque la sabía de coro; pero teníamos a dedo de reventar de risa. Uno de los caballeros hijos de vecino que venían al olor de mi probática, disparó en una risa que no la pudo sostener; y como no era menester brindarnos, salimos todos al paraje, que nuestro poeta se había hecho un matachín. Envolvió sus papeles y metiolos en las calzas haciendo grande queja de la burla y diciendo que no sabíamos qué eran farsas y versos. Colose la escalera abajo y dejonos que reír para todo el año. Era cerca de entre dos luces, los galanes se fueron a mudar,

según dijeron, vestidos de noche, con intento de volver a la misma plaza, y yo moría por dalles mucha pesadumbre y aun quitalles las capas, porque ya había concertado con dos hijos de vecino, de los que allí dicen del carro, que aquella hoche habíamos de hacer algún lance, capeando o robando. No era yo de tan perversas entrañas que arrostrase a ello de buena gana; pero el deseo de acudir a mi desollada con lo ordinario y extraordinario me sacaba de temple: para esto solamente lo daba por bueno y lo aprobaba en aquella ocasión; pero acá dentro me quedaba grande contradicción de mi conciencia; que a cosas tan desalmadas contradecía la razón, viendo que me abalanzaba tan sin ella, o por mejor decir, el sindéresis interior hacía su oficio advirtiéndome la mala elección que yo hacía. Bien lo echaba yo de ver; pero era llevado como de los cabellos por satisfacer el objeto presente. No debes pensar que el pecado se puede apetecer de suyo, que es tan feo, que nadie aprobándole le comete; sino que el entendimiento al tiempo de elegir le elige como bien apetecible, mas no como bien verdadero, y en esto hay gran contienda interior, porque aun después de aproballe como bien apetecible, aunque engañoso, le reprueba mil veces como conocidamente malo.

Para que se entienda esto mejor, debes notar que Dios nuestro Señor, para que la policía y gobierno del hombre fuese como debe, tuvo cuidado de proveerle de un monarca que le gobernase; esto es lo que los teólogos llaman sindéresis, que es un hábito adonde están todos los principios morales, y es un seminario de todas las virtudes; porque como es una raíz y principio dellas, es una luz que jamás se apaga y nos encamina al bien y aparta el mal. El acto del sindéresis le llaman también los teólogos conciencia; y así que, algunas veces toman lo uno por lo otro, comoquiera que sean diferentes, porque la conciencia es acto, y el sindéresis acto que aplica el juicio universal al acto particular que se ha de hacer. El sindéresis nunca yerra, y siempre tiene los ojos abiertos, y así no le pueden asentar el dado. Pero la conciencia, aunque del sindéresis sale purísima y clara, mas, pasando por otros arcaduces de la razón inferior antes de llegar al acto particular,

algunas veces se enturbia y yerra. Esta inclinación y hábito entrañó Dios en los hombres tan fuertemente, que aun en los infieles que están entre tantas tinieblas obra en lo que no es fe, porque les inclina al bien moral y les murmura el mal; y lo que es de maravillar: aun en los demonios y condenados del infierno obra, contradiciendo y murmurando de lo perverso que hacen, aunque la voluntad rebelde y ya determinada en lo malo resiste. Este sindéresis de la conciencia es llamado monarca, porque en el gobierno del hombre, sobre todo tiene el supremo imperio; porque, como dice Santo Tomás, es sobre el entendimiento y voluntad; allí está el tribunal de la justicia, adonde se conocen y rematan las causas. Es el sindéresis un criado que dice la verdad a su señor aunque los demás le lisonjeen; es un fiscal que nos corrige y avisa ordinariamente y gruñe a todo lo malo, reprehende nuestros apetitos desordenados y malos deseos, y fiscalea nuestras malas inclinaciones. Éste, como aquel que nunca se aparta de nosotros y nos va siempre al lado, sabe nuestros secretos y mañas, tócanos donde nos duele para curarnos. Ves aquí por qué causa emprendía yo los malos hechos con tanta contradicción de mi conciencia. No se puede encarecer la guerra que hace, porque, como pesquisidor de Dios, entrañado en la sustancia de nuestra alma, grita importunamente, avisa y prende, y pide rigurosamente las injurias hechas a Dios nuestro Señor; turba el pecador y le sobresalta la razón de su gozo, al punto que quiere hacer presa del deleite, y mal logra sus gustos.

Bien he conocido después cuán engañado andaba; mas parece que me había sorbido el juicio, pues me determiné y puse la mano a tales cosas. Salí pues, y con los camaradas que acudieron puntualmente al puesto, me fui a la plaza de Predicadores, porque me dijeron que en aquella ocasión que había bandera arbolada en la plaza de la Olivera no se podía emprender en ella lo del capear, ni era bien acometer a los que hacían el amor a Isabel, porque andaban en cuadrilla y eran muy validos y de muchos amigos. Eran ya las diez de la noche, y empezamos a poner manos a labor; teníamos tomadas las esquinas de la calle de la Nave; acometíamos al que pasaba solo

y descuidado, y con todo, hubo algunos que se pusieron en resistencia y se ganaban camino franco a fuerza de buen corazón. Con éstos se reñía poco, porque no queríamos aventurar tanto caudal; uno hubo que se desenvolvió con un estoque largo un palmo más de marca, que fue maravilla que no me puso uñas arriba, porque me alcanzó por el lado derecho una estocada que atravesó ropilla y jubón y pasó de la otra parte por el mismo lado, que, si me coge de lleno, me deja a buenas noches. Sacose muy poca ganancia, porque sólo se cogieron dos capas que no valían lo que habíamos cenado y sudado. Mudamos puesto, porque los que habían huido recelábamos que buscarían compañía para volver, y con la detención corríamos peligro no viniese la justicia. El uno dellos se entregó al despojo para vendelle, y volvíme a la posada a más de la una de la noche, molido y enfadado. Era al otro día la entrada felicísima del Rey nuestro señor y de su dichosísima consorte; y aunque no habíamos de representar, sólo estuve en la cama hasta las siete de la mañana, porque era bien ir temprano a tomar puesto para ver tan insigne entrada y el grande aparato que había; que no es razón se pase por alto y le quiero referir con la brevedad posible.

CAPÍTULO X
EN QUE GUZMÁN REFIERE LA ENTRADA DE LA REINA
NUESTRA SEÑORA EN LA CIUDAD DE VALENCIA Y
FIESTAS QUE SE HICIERON

SALIME al portal de los Serranos, por donde había de ser la felicísima entrada de Su Majestad la Reina nuestra señora; hallé muchísima gente que ocupaban sus puestos para ver la fiesta. Cúpome al lado quien refirió muy bien lo que parecía la entrada, que es necesario para inteligencia, y así lo diré primero. La serenísima reina doña Margarita de Austria, después de dos tormentas, pasó felizmente el mar desde Génova a Vinaroz con cuarenta y una galeras, muy bien arma-

das (venía por capitán general el príncipe Doria), donde desembarcó a 28 de marzo y fue recibida del cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, y del conde de Lemos y del conde de Alba de Liste, su mayordomo mayor, y don Juan Idiáquez, caballero mayor, y de toda la nueva familia de Su Majestad. Venido a Valencia el aviso de que Su Majestad había desembarcado, fue por la posta el marqués de Denia a visitarla de parte del Rey nuestro señor a un lugar llamado San Mateo, cinco leguas más acá de Vinaroz, acompañado de cien postas, de las cuales los cuarenta eran caballeros principales, vestidos de una librea que era de terciopelo carmesí con pasamanos y recamos de oro, y los demás de seda. Los caballeros iban en cuerpo, llevando su herreruelo de paño carmesí en el portamanteo, y el marqués de Denia detrás de todos, vestido con un bohemia bordado de oro y plata, y lo mismo el sombrero.

Después Su Majestad en Vinaroz, partió para Murviedro, cuatro leguas desta ciudad de Valencia, lugar célebre por la memoria y reliquias que se ven de la antigua Sagunto, donde se entretuvo los días de la Semana Santa y algunos de la siguiente, mientras el serenísimo archiduque Alberto iba y volvía de Madrid para visitar y despedirse de la serenísima Emperatriz su madre. En Murviedro fue Su Majestad visitada del Rey nuestro señor y de la señora Infanta, donde iban muy de paso y arrebozados. El viernes después de pascua, a 16 de abril, se pasó a San Miguel de los Reyes, monasterio de Jerónimos cerca media legua de la ciudad: y de allí el domingo siguiente, que fue la Dominica in albis, a 18 de abril de 1599, salió y fue su solemne entrada en la ciudad, la cual estaba rica y hermosamente aderezada, colgando de todas las ventanas muchos paños de seda y brocado, y por algunas partes las paredes vestidas de lo mismo. Había en la ciudad tres arcos triunfales: el uno estaba en la puerta de Serranos, por donde había de entrar Su Majestad; el otro en la puerta del Real, por donde había de salir; el tercero, que era mucho mayor y hermoso, estaba en medio del mercado y tenía más de cien pies en alto y más de otros tantos en ancho. Éste tenía tres puertas o

arcos, que los dividían cuatro columnas a la corintia, grandísimas, con sus bases y contrabases. El arco de medio era mucho mayor y más alto, y los de los lados tenían algunas pinturas al olio. A mano derecha había una mujer armada, furiosa, con una lanza que hacía huir y caer a sus pies a muchos soldados, con esta letra abajo:

*Reina de Francia, diosa de la guerra,
fue Radegungis en librar su tierra.*

A la otra mano estaba un carro triunfal, y en él asentaba una mujer armada, y delante della un templo grande, de mucha arquitectura, con esta letra:

*La española Isabel al mundo espanta,
fundando a Santa Fe por la fe santa.*

Sobre toda esta máquina estaba el arquitrabe, friso y cornisa grande, en proporción, y en el friso estas palabras con letras de oro:

*D. Margaritae Austriae D. Philippi III.
Hispaniarum regis potentissimi uxori
Carissimae, S. P. Q. V. dicavit anno 1599.*

Sobre la cornisa algunos balaustres terminados con ciertas ménsulas, y a los lados se remataba todo con sendas pirámides pequeñas o agujas que tenían sendas banderolas blancas con las armas de la ciudad de Valencia. Sobre el arco de medio subía más el edificio, y primero estaban dos brazos asidos de las manos que sustentaban un globo o esfera del mundo, con esta letra:

Para más, si más hubiera.

Eso se terminaba con unas ménsulas graciosamente, y sobre esto las armas de Sus Majestades, subiendo el edificio como una torre, para rematarse con una cúpula o cimborio sobre el cual había otra pirámide con su banderola, como las otras. El reverso del arco o arcos de hacia la parte de levante era tan hermoso y vistoso como la frontera, y en todo semejante a ella, sino que

sobre los dos arcos de los lados había diferentes pinturas. A mano derecha un capitán que besa la mano a otro, con esta letra:

*A Otón vence Rodulfo, y dale ufano
luego a besar la victoriosa mano.*

A mano izquierda un ejército que huía de otro, con esta letra:

*Vuelve Otón, afrentado, y Etelfrida
no quiere en su ciudad darle acogida.*

A los cuatro lados de la frontera y otra parte del arco había cuatro pirámides de sesenta pies en alto que parecían de mármoles de diversos colores, y con esto se ocupaba toda la anchura de lo más ancho del mercado. En diversas partes de la ciudad había algunas como naves que en la popa tenían una letra muy grande dorada con diversas divisas y insignias, y todas las letras, que en diferentes partes estaban, venían a formar el nombre de MARGARITA.

Salió pues Su Majestad domingo de mañana de San Miguel de los Reyes en su carroza con la Archiduquesa su madre y con el serenísimo archiduque Alberto, con su guarda y grande acompañamiento de caballeros; y desta manera llegó hasta la puerta de la ciudad. Allí fue recibida de los jurados y otros ministros principales de la ciudad y reino de Valencia, vestidos los jurados de gramallas de brocado y los demás con otros diferentes, según la diferencia de sus cargos. Hubo aquí cierta diferencia entre los jurados y los Grandes acerca de los lugares; y al fin los jurados, con otras personas principales, tomaron las varas del palio bajo del cual había de entrar Su Majestad. Aquí apeó de la carroza y subió en una hacanea, y la Archiduquesa su madre en otra, y todas las damas que venían en sendas. La hacanea de la Reina tenía dos cordones largos de seda colorada y oro que servían como de riendas, y estos los llevaban de una parte los varones y señores principales del reino, vestidos de gala con su traje ordinario, y de la otra los oficiales que llaman

del Quitamiento, que son de la ciudad y reino, con ropas talares de terciopelo y damasco negro.

Estando aquí, vinieron algunos Grandes y señoras de título, con el duque de Nájera, a recibir a Su Majestad; y hechas sus ceremonias, se volvió el Duque a la iglesia mayor a guardarla. Estando ya a la puerta, todo a punto, se comenzó a encaminar la gente que iban, en esta forma: al principio cinco compañías de jinetes, que son la guarda de la costa de aquel reino, con sus trompetas, vestidos todos con marlotas o sayos vaqueros de grana y pasamanos de seda, y sus capitanes ricamente vestidos. Siguieron a éstos los atabales, trompetas y chirimías de la ciudad, todos con ropa de grana hasta los pies, en número de casi treinta, y con ellos las trompetas del Rey, de su librea, otros casi veinte, que sucesivamente, ora los unos, ora los otros, iban tañendo. Tras éstos, sin orden ni distinción entre caballeros particulares o títulos, venían a tropas gran número dellos, que eran bien más de cuatrocientos, todos a caballo en hermosísimos caballos, con aderezos dellos y de sus personas no menos ricos que hermosos, como se dirá. La mayor parte éstos llevaban sus criados, quién seis, quién ocho, quién doce, quién veinte, quién veinte y cuatro, quién más, vestidos todos de hermosas y costosas libreas de raso, terciopelo, brocado, de telas de oro y plata, cuáles guarnecidas de fajas de tela de oro, cuáles bordadas, con calzas de diversas hechuras y cortes, con gorras de terciopelo y cordones de oro, y otros de bordados, y otros de perlas, con plumas y martinets en ellas, y algunos también con cadenas de oro al cuello: que por ser estas libreas de diversos colores, parecía esta variedad un prado hermosísimo en mayo, vestido de diversas flores; y esto en parte concurría a hacer este día más alegre, de manera que en este género no parecía que se pudiese más desear. Hermoseaba también sobremanera este espectáculo la librea de Su Majestad, que era de amarillo, colorado y blanco, casi todo de terciopelo, y vestíanla como setecientos, entre españoles, valones y tudescos, pero con diversos trajes, conforme a la diferencia de la nación u oficio. Los caballeros castellanos, aragoneses, valencianos, italianos, flamencos y franceses hicieron noble

muestra de su riqueza y pompa en los vestidos. Salieron muchos vestidos de brocados de diversos colores, otros bordados los vestidos hasta la gualdrapa del caballo, algunos de plata, otros de oro, otros de perlas, y todo tal, que merecía particular relación. Tras los caballeros venían cuatro maceros con las mazas en los hombros, y luego los mayordomos de la Reina y diez y seis grandes de España, que fueron: el almirante de Castilla, los duques del Infantado, Alburquerque, Gandía, Humala, Híjar; el marqués de los Vélez, los condes de Benavente, Miranda, Lemos; los príncipes de Oria, de Marruecos, de Malfet, de Orange, don Pedro de Médicis, y don Juan de Médicis. Seguían a los Grandes los cuatro reyes de armas, con sus cotas bordadas de armas del Rey; y la guardia de a pie con su librea hacía hermosa muestra. Después venía solo el conde de Alba de Liste, también Grande, pero venía en este lugar porque era suyo, como mayordomo mayor de la Reina, y venía con su bastón acostumbrado, y tras dél don Juan Idiáquez, caballero mayor de Su Majestad, a pie, y luego Su Majestad, caballera en su hacanea entre baya y blanco, bajo del palio.

Llevaban el palafrén de la Reina los que arriba dijimos, hasta en número de veinte; y otros tantos entre jurados y caballeros valencianos llevaban el palio o baldaquino, que era colorado. Iba Su Majestad vestida de un saya de tela de oro y plata, bordada de riquísimas perlas y piedras preciosas de gran número y valía. El aderezo de su cabeza era singular, porque también su cabello lo es; tenía colgadas dél por infinitas partes muchas perlas gruesas, que hacía hermosa vista.

Después del palio venían la serenísima señora archiduquesa María, madre de Su Majestad, a mano derecha del serenísimo archiduque Alberto, el cual iba vestido de azul y blanco, como también era su librea, por ser divisa favorecida de la señora Infanta. La Archiduquesa iba con un traje de viuda tudesco. Luego venía la duquesa de Gandía, doña Juana de Velasco, camarera de Su Majestad, y tras della, sin mirar orden de dignidad, muchas damas, todas en hacaneas, acompañadas de caballeros, uno a mano izquierda de cada una; y ellos y ellas

riquísimamente vestidos. Y por remate de todo muchos coches de seis y cuatro caballos, y en ellos las demás damas y dueñas de Su Majestad y de la Archiduquesa su madre. En suma, fue vista que ni más rica, ni más varia, ni más hermosa, ni en mayor número ni diversidad de gentes, vestidos, joyas y preseas, se acuerdan los nacidos de haber visto ni los pasados nos dejaron escrito. Con este orden pasaron de la puerta que llaman de Serranos hasta la plaza de San Bartolomé, y torciendo a mano derecha por la calle de Caballeros hasta el Tozal, por la Bolsería abajo, y luego al mercado de un cabo al otro, y por de frente de allí, volviendo a mano izquierda a la iglesia y monasterio de Nuestra Señora de la Merced, a los Colchoneros y a la calle de San Vicente, torciendo a mano izquierda por la plaza de los Cajeros a San Martín, y por los Guadamacilleros a la iglesia mayor.

En la iglesia mayor se había hecho un cadahalso de nueve pies en alto que tomaba todo el cuadro que está en medio del crucero de dicha iglesia, bajo el cimborio, y llegaba hasta la peana del altar mayor, y tenía setenta pies de largo, y de ancho cuanto es la nave de medio, que es cincuenta pies. Por los dos lados que respondían a las dos puertas de la iglesia que están en el crucero, comúnmente llamadas de los Apóstoles y del Palacio, había dos escaleras harto cómodas. La una, que estaba a la parte del Evangelio, de frente la puerta de los Apóstoles, era tan ancha que podrían subir por ella ocho personas a la par, y tenía sus barandas. La otra, que respondía a la puerta del Palacio, estaba cubierta y defendida con una puerta, y allá abajo, al cabo del cadahalso, había otra escalera mucho más cubierta, hecha sólo para que el Rey, la Infanta y sus damas subiesen a su tiempo.

Estaba la iglesia colgada de ricos paños de brocado y tapicería hecha de oro y seda, y el cadahalso y escaleras cubierto de hermosísimas alfombras. Arriba, en medio del cadahalso, había dos estrados riquísimos; el uno estaba de frente a la escalera mayor que dijimos, capaz para tres personas, con sus almohadas de brocado; el otro, cerca del altar mayor, capaz de cinco, con otras tantas almohadas de lo mismo. El altar

mayor estaba ricamente aderezado con un frontal nuevo, hermoso y rico, de tela de plata, bordado y sembrado de gruesas perlas, que con una capa, casulla dalmática, albas, bolsas y todo lo necesario para el altar, de la misma materia, hechura y riqueza, se había mandado comenzar del Rey nuestro señor que está en el Cielo, y le mandó acabar su hijo sólo para esta solemnidad. Sobre el altar había seis blandones de plata, dorados, hechos por mano de artífice primo. Detrás del altar mayor había un corredor o paso harto ancho, al cual se entraba por la parte de la Epístola y Evangelio, que se hizo para que se vistiesen los prelados que habían de celebrar, como se dirá. A las puertas de la iglesia y subidas del cadahalso había gruesas guardas de alabarderos y archeros de Su Majestad, vestidos de la librea que dijimos, que hacían con su orden y postura hermosa vista.

Mientras la Reina daba la vuelta por la ciudad, estaba el Rey y la Infanta en una casa llegada a la iglesia mayor, por la parte de la puerta de los Apóstoles, que tiene de frente toda la plaza que llaman de la Seo, donde la Reina había de apearse; y púsose aquí para ver el acompañamiento. Acabada, pues, la vuelta, llegó la Majestad de la Reina a la dicha puerta de la iglesia a las dos de la tarde, y apeó de la hacanea ayudada de la duquesa de Gandía, su camarera mayor, y de don Juan Idiáquez, su caballero mayor; y allí fue recibida del patriarca arzobispo de Valencia, que, vestido de pontifical, con una hermosa cruz de reliquias en las manos, acompañado de las dignidades y canónigos de su iglesia, todos con capas, la estaban aguardando. Y así, en procesión, mientras los cantores iban cantando la antífona *ista est speciosa*, etcétera, subieron al cadahalso, y el Patriarca y su capítulo llegaron hasta el altar mayor; y la Reina, la Archiduquesa su madre y el serenísimo Archiduque se arrodillaron en el primer estrado que dijimos ser capaz para tres, y detrás inmediatamente se pusieron muchas señoras y damas de la Reina, Infanta y Archiduquesa, cercadas por todas partes de los caballeros que habían acompañado a la Majestad de la Reina. A los lados del estrado, donde estaban arrodillados su Majestad y Altezas, se pusieron en pie los diez y

seis Grandes que dijimos, ocho en cada parte, y allí se vio en junto la hermosura y riqueza de tantos vestidos de caballeros y damas; que si de cada uno se hubiese de decir en particular la grandeza que traía, se había de gastar mucho tiempo; sé decir que fue tal, que no se puede contar. Quieren algunos que llegase a la suma de tres millones.

Acabada el Patriarca su ceremonia y hecha su cortesía, se pasó al corredor que estaba tras del altar, por la puerta de la Epístola, y los que le acompañaron se bajaron por la parte secreta que dijimos hacia la sacristía. Y mientras el patriarca arzobispo de Valencia se desnudaba de la capa y se vestía para decir la misa primera al Rey y Reina, el patriarca de Alejandría, don Camilo Caetano, Nuncio de Su Santidad, salió por la parte del Evangelio vestido de pontifical, de amito, alba, cruz pectoral, estola, capa y mitra, acompañado de ocho capellanes de los más principales de Su Majestad, vestidos con sobrepellices y capas, con su cruz delante. Y llegados al altar y hecha reverencia a la Reina, se puso en el Evangelio, esperando que el Rey viniese con la señora Infanta su hermana. Vinieron Su Majestad y Alteza y subieron al cadahalso por la escalera más secreta que dijimos, vestidos ambos de blanco, de telas de plata y oro, cubiertos de infinitas perlas y piedras preciosas. El Rey, en particular, llevaba un capotillo de tela de oro en campo leonado, todo bordado hermosa y artificiosamente de perlas, y tenía la vuelta del cuello y cordón de la gorra cargado de diamantes y otras piedras preciosas de inmenso valor. Llegados, hecha reverencia al altar y correspondido del Nuncio, partiendo la Reina de su estrado se fue a encontrar con el Rey y se toparon entre el primero y segundo estrado. También el Nuncio, vestido de pontifical, con su mitra puesta, como arriba se dijo, se encaminó hacia donde estaban Sus Majestades; y llegado, hecha su reverencia, se volvió al Rey, y con voz alta y clara dijo: *Catholice et potentissime rex, approbat et ratificat sacra catholica regia vestra majestas matrimonium, quod serenissima regina Margarita hic praesente procurator majestatis vestrae, et ejus nomine contraxit cum catholica et serenissima regina Margarita hic praesente et quod sanctissimus Papa noster Clemens more solemniter celebravit?*

Respondió Su Majestad: *approbo et ratifico*. Y el Nuncio, hecha reverencia, se volvió a la Reina y dijo: *Catholica et serenissima regina, approbat et ratificat sacra catholica et regia vestra majestas matrimonium, quod majestas vestra contraxit cum catholico et potentissimo Rege Philippo hic præsente et nomine majestatis suae cum serenissimo archiduce Alberto tamquam ejus procuratore, et ejus nomine et quod more solemni sanctissimus Papa noster Clemens celebravit?* Respondió la Reina: *approbo et ratifico*. Añadió el Nuncio: *Et ego ex parte sacrosantae romanae et apostolicae ecclesiae hanc approbationem et ratificationem matrimonii inter majestates vestras hic præsentes contracti et celebrati, per sanctissimum Papam nostrum Clementem recipio in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.* Y hecha su reverencia, se volvió al Archiduque el Nuncio, y le dijo: *Serenissime Alberte, archidux Austriae approbat et ratificat celsitudo vestra matrimonium quod vestra celsitudo contraxit cum serenissima Isabella hispaniarum infante hic præsente et ejus nomine cum Antonio duce Sessae tamquam ejus procuratore et quod more solemni Papa noster Clemens celebravit?* Respondió el Archiduque: *approbo et ratifico*. Volvióse finalmente el Nuncio a la señora Infanta, y dijo: *Serenissima Isabella, hispaniarum infans approbat et ratificat vestra celsitudo matrimonium, quod Antonius, dux Sessae, quantum procurator celsitudinis vestrae et ejus nomine contraxit cum serenissimo Alberto, archiduce Austriae hic præsente, et quod more solemni sanctissimus Papa noster Clemens celebravit?* Respondió la señora Infanta: *approbo et ratifico*. Y el Nuncio: *Et ego ex parte sacrosantae romanae et apostolicae ecclesiae hanc approbationem et ratificationem matrimonii inter celsitudines vestras hic præsentes contracti et celebrati per sanctissimum Papam nostrum Clementem recipio. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.* Y hecha su reverencia, comenzó la capilla real el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, con *Gloria Patri*, y se encaminaron hacia el altar con este orden: la cruz delante, luego los capellanes de dos en dos, luego el Nuncio, detrás dél el Rey, que llevaba a su mano derecha al Archiduque y a la izquierda a la Reina, y a la mano izquierda de la Reina iba la Infanta, y a la izquierda de la Infanta la Archiduquesa, todos cinco a la par, y llegados al estrado mayor que estaba delante del altar, se

arrodillaron todos cinco con el mismo orden; y el Nuncio, con sus ministros, subió al altar y, hecha reverencia, se puso en pie al lado de la Epístola, sin mitra, y cantó ciertos versos y la oración: *Deus qui corda fidelium*, etc. La cual oración acabada y respondido *amén* de los cantores, haciendo reverencia al altar y a Sus Majestades, se entró en el corredor por la parte de la Epístola con sus ministros, y allí se quitó la capa y se vistió para la segunda misa. Ya el patriarca arzobispo de Valencia estaba vestido de pontifical de casulla y el palio sobre ella, y ocho capellanes de Su Majestad, de sobrepellices y capas, y diácono y subdiácono, ellos y el Patriarca vestidos del ornamento nuevo que dijimos; y cuando el Nuncio se entró por la otra parte salió el Patriarca por la del Evangelio con sus ministros y cruz delante, puesta la mitra, para celebrar la primera misa. Y hechas las reverencias que se debían, comenzó misa rezada de la *Dominica in albis*, con oración *Pro sponso et sponsa*, y sólo *Per Dominum nostrum*, etc.; y los cantores de Su Majestad, como si la misa fuera cantada, cantaron en el coro los *kyries*, la gloria y el credo, y algún motete.

Dieron en esta misa (dicho el Evangelio) a besar el Evangelio a Sus Majestades; y hizo esta ceremonia el obispo de Orihuela por este orden: al Rey, Reina, Archiduque, Infanta y Archiduquesa, haciendo primero sus cumplimientos el Rey con el Archiduque, y el Archiduque con la Archiduquesa. Hízose el ofertorio, y fue que el Patriarca, puesta la mitra, tomó con ambas manos la patena y, bajada la peana del altar, se llegó al estrado que estaba apartado della como cuatro pies, y asimismo, con su mitra, dio a besar la patena al Rey, el cual, habiendo recibido de su capellán mayor un cirio de cera blanca como de una libra, puestas en él sus armas de oro y fijada una dobla de a cuatro en él, la ofreció, recibéndola de su mano el diácono que servía a la misa. Lo mismo hizo la Reina, porque el Archiduque y la Infanta ofrecieron después a la segunda misa que dijo el Nuncio, como después se dirá. Y vuelto el Patriarca al altar, se lavó las manos, todavía con su mitra, y prosiguió la misa hasta el *Paternoster*, inclusive, y antes de decir *libera nos quaesumus, Domine*, etc., se volvió a los desposados estando en

el cuerno de la Epístola, sin mitra; y dijo leyendo dos oraciones que están en el misal en la misa *pro sponso et sponsa*: la una *propietiare, Domine* etcétera, la otra *Deus qui potestate virtutis tuae*, etc. Y acabádaslas, volvió a decir su misa hasta el dar de la paz, que tomaron primero todos los ministros, y luego el obispo de Orihuela tomó una patena de plata y fue a dar paz al Rey y a los demás que estaban en el estrado, como se acostumbra en la capilla real; y después de haber usado entre sí sus cumplimientos recibieron paz por el mismo orden que besaron el Evangelio. No hubo comunión, porque el día antes habían Sus Majestades y Altezas comulgado; llegó la misa al *ite missa est*, y entonces el Patriarca se volvió a los desposados y dijo rezada la oración: *Deus Abrham et Deus Isaac*, etc., que está en la misa *pro sponso et sponsa*, como las de arriba, echando agua bendita al Rey y Reina solamente, y vuelto hacia el altar dijo *Placeat*, etc. Vuelto después al pueblo, sin mitra, les dio la bendición pontifical solemnemente, y acabada, antes que el Patriarca volviese al altar, uno de los asistentes publicó las indulgencias en esta forma: “Nuestro muy santo padre Clemente, por la misericordia divina Papa octavo, concede a Sus Majestades, estando confesados y comulgados, plenaria remisión de todos sus pecados, y a los que han estado presente a esta misa y rogaren a Nuestro Señor por la felicidad deste matrimonio y por el saludable gobierno destes reinos, por la exaltación de la Iglesia católica y concordia de los príncipes cristianos, treinta años de perdón en la forma acostumbrada de la Iglesia”.

Y luego, vuelto al altar, acabó el Patriarca la misa y se entró con el mismo orden que salió por la parte de la Epístola al corredor; y en el mismo tiempo, por la otra parte salió el Nuncio con el mismo orden, y hechas sus reverencias al altar, Majestades y Altezas, comenzó la misa del Archiduque y Infanta, mudando los lugares del estrado, esto es, que al lugar del Rey pasó el Archiduque y al de la Reina la Infanta. La misa fue la mesma que la primera, con el mismo orden y ceremonias, que así estaba antes concertado; y acabada la misa, se publicaron las indulgencias en esta forma: “Nuestro muy santo

padre Clemente, por la misericordia divina Papa octavo, concede a Sus Altezas, estando confesados y comulgados, plenaria remisión de todos sus pecados, y a los que se hallaren presentes a esta misa y rogaren a Nuestro Señor por la felicidad deste matrimonio y por el buen gobierno de los Estados de Flandes y por la exaltación de la Iglesia católica y concordia de los príncipes cristianos, veinte años de perdón en la forma acostumbrada de la Iglesia". Y acabada la misa, hechas sus reverencias como arriba, se entró en el corredor por la parte de la Epístola.

Y hecho esto, el Rey dio el parabién y hizo muchos oficios de cumplimiento con el Archiduque, correspondiendo él de la misma manera con gran reverencia. Entrambos se volvieron a la Reina para lo mismo, sirviendo de faraute el Archiduque; fueron después a la señora Infanta y a la Archiduquesa, saludándose y congratulándose recíprocamente. Llegaron después todas las señoras y damas principales a dar el parabién a Sus Majestades y Altezas, a todas las cuales recibía Su Majestad con muchas caricias. Hicieron el mismo oficio todos los Grandes y el patriarca arzobispo.

Y acabado esto se encaminaron hacia la puerta por donde entraron; de allí, la Reina, Infanta y Archiduquesa entraron en una hermosísima y riquísima carroza, la Reina en la popa, la Infanta en el estribo de la mano derecha y la Archiduquesa en la proa. Las otras damas entraron en otras carrozas; el Rey y el Archiduque fueron a caballo acompañando siempre la carroza de Su Majestad, y el Rey a mano derecha donde estaba la Infanta, con quien de cuando en cuando hablaba; el Archiduque a mano izquierda y hablando con la Reina. Tiraban la carroza de la Reina seis hermosísimos caballos, y las otras eran de a seis y de a cuatro. En este segundo acompañamiento se mudó el orden, porque el conde de Alba de Liste iba entre los Grandes, y en su lugar el marqués de Velada. El marqués de Denia iba inmediatamente después del Rey, como su camarero mayor, y detrás del Archiduque el señor Dictristán; y desta manera (aunque con menos acompañamiento de caballería, por haberse todos casi ido a palacio a tomar lugar) llegaron al palacio real, y

luego todos cinco se sentaron a una mesa en la sala mayor, que está colgada de paños riquísimos de seda y oro que contienen la presa de Túnez. El dosel bajo el cual estaban era de grandeza increíble; tenía las armas del Rey en medio, cargadas de infinitas joyas finas; las sillas eran de brocado, todas de una misma manera. Todos cinco estaban de un lado de la mesa en la cabeza de la sala; estaba en medio la Reina y a su lado derecho el Rey, y a la mano derecha del Rey el Archiduque; y a la izquierda de la Reina la Infanta, y a la izquierda de la Infanta la Archiduquesa. Servían al Rey y al Archiduque de maestresalas y de coperos sus mismos caballeros y gentileshombres de la boca; y a la Reina, Infanta y Archiduquesa sus damas deputadas para estos ministerios. La comida fue a las cinco de la tarde, y mientras duró hubo música de diferentes instrumentos y en el mismo tiempo estaban todas las damas arimadas a las paredes en pie, y de la misma manera y desbonetados muchísimos caballeros. Acabada la comida, se retiraron los cinco mientras las damas fueron a comer, y a las ocho de la tarde se comenzó un famoso sarao en la misma sala de todos los caballeros y damas que a la mañana se hallaron en la fiesta y de muchos Grandes. Asentáronse Sus Majestades y Altezas de la misma manera que en la comida. Danzaron muchos caballeros y damas, danzó el Rey también cuatro veces con la Reina, Infanta y otra dama.

Y mientras Su Majestad danzaba estaba el Archiduque en pie y descubierto, y también estaban en pie las otras Señorías que estaban a su lado, y todas las otras damas y caballeros. Danzó también el Archiduque, y mientras danzaba, el Rey le volvió la misma cortesía, estando en pie con la gorra en la mano. Acabaron esta fiesta a las dos de media noche, y todos se fueron a sus posadas.

Al tiempo que esto pasaba en palacio, estaban los muros de la ciudad e infinitas casas della sembradas de muchas lumbres, las calles y plazas de muchas hogueras y lanternones con que hacían la noche clara como el día; y éste y los tres días siguientes tres veces al día hacía salva la artillería, y a las tardes

había muchas invenciones de cohetes y fuegos artificiales, que en gran manera recreaba la vista aun de muy lejos.

Y por concluirlo todo, fue tal este día, que por la calidad y cantidad de personas —que de sólo grandes y títulos pasaban de setenta—, por la riqueza y hermosura de vestidos, por la grandeza y muchedumbre de libreas, por la belleza y gallardía de caballos, por los ornamentos y aderezos de las calles y plazas y por otras infinitas cosas que en este triunfo se juntaron, no parece posible que en otro lugar y en otro tiempo, ni en otra ocasión se vea más solemne, más rico, ni más regocijado espectáculo. Después desta memorable jornada y fiesta, la ciudad y reino de Valencia, agradecida a la merced que Su Majestad le hizo con escogerla para esta boda, quiso solemnizar con octava, toda de fiestas diferentes.

El lunes 19 de abril, que se celebró la fiesta del bienaventurado San Vicente Ferrer, hijo y patrón de la ciudad, se hizo la procesión acostumbrada, con más orden, más música, más gente de lo que se acostumbra. Juntáronse todos los oficios y artes hasta en número de cincuenta y uno, y cada uno llevaba todos los que eran de la misma arte, con su estandarte, que llevaba el mayordomo del oficio, y con músicas de diversos instrumentos. Tras desto iban diez gigantes danzando por las calles; luego las religiones, esto es: capuchinos, carmelitas, descalzos, mínimos, trinitarios, mercedarios, carmelitas calzados, augustinos, franciscos descalzos, franciscos observantes, dominicos. Tras éstos, el clero de trece Parroquias con quince cruces de plata muy ricas; eran los clérigos cerca de quinientos. Luego el palio, bajo el cual venía el patriarca arzobispo de Valencia, de pontifical, con mitra, etc., y con sus asistentes, y delante dél el diácono y subdiácono con las reliquias del santo, y detrás los jurados y magistrados de la ciudad y otra mucha gente; y con este orden fueron a Santo Domingo y pasaron al palacio del Rey, y de allí volvieron a la iglesia mayor. Este mismo día, a la tarde, se jugaron alcancías en la plaza del Real, y jugáronselas sesenta y ocho caballeros valencianos, que salieron bizarrísimos en hermosos caballos, con vistosas libreas y con infinitas luces de hachas. Mostrose

mucho en este juego el marqués de Navarres, conde de Almenara, que era cabo de la cuadrilla de bridones.

Martes, a 20 del mismo mes, se hizo también de noche un torneo delante del mismo palacio real, para el cual habían hecho un cadahalso capacísimo rodeado de otros muchos cadahalsos más altos que estuvieron poblados de lo mejor de España: teatro de más de cincuenta o sesenta mil personas con toda la hermosura y riqueza que se puede imaginar. Y aunque de noche, era tan claro, que el mismo día claro envidiaba esta noche: había a trechos muchísimos lanternones, hachas innumerables y otras luces. Fue este torneo de solos caballeros valencianos; fueron dos los mantenedores, que son: el marqués de Navarres, conde de Almenara, y el marqués de Guadalest, y veinte y ocho los aventureros que iban a cuadrillas, entrando cada cual con sus cajas y acompañamiento y con muchedumbre de luces y varias invenciones. Defendían los mantenedores una demanda que en un cartel que vistosa y suntuosamente publicaron seis u ocho noches antes propusieron: que la casa de Austria es la mayor de todas, y que el rey don Felipe el tercero y doña Margarita de Austria, su esposa (cabezas della), han de triunfar siempre del tiempo y de los siglos; que aunque todos concedían esta verdad, con todo, se ofrecían a defenderla mejor que ningún otro. Fueron jueces deste torneo, señalados por Su Majestad, el duque de Humala, el príncipe de Orange y el conde de Fuentes. Tornearon muy bien y señalose mucho el marqués de Navarres y otros caballeros de los aventureros. Fue juego vistosísimo, en el cual se gastaron pasados de treinta y cinco mil ducados y duró gran parte de la noche.

Miercoles, a 21, partió desta ciudad la Archiduquesa, madre de la Reina, para Madrid, a visitar a la Majestad de la emperatriz doña María, y salió acompañada de las personas reales y de mucha caballería. El Rey y el Archiduque fueron a caballo, y fueron hasta Cuarte, que es un lugarcito una legüecita lejos de la ciudad. Y vueltos el Rey, Reina, Archiduque e Infanta, hicieron aquella noche primera. Danzó el Rey tres veces con la Reina e Infanta y otra dama.

Publicose también la misma noche la justa real que el sábado siguiente habían de hacer los caballeros valencianos. Fue esta publicación como la del torneo, con un noble y hermoso acompañamiento de caballeros, hermosa y ricamente vestidos. Fue el mantenedor el jurado mayor, llamado Dimas Pardo, y su ayudante Gaspar Vidal, con doce padrinos, algunos dellos titulados, y entre otros los marqueses de Navarres y Guadalest.

Jueves, a 22, se corrieron en el mercado toros y jugaron cañas. Es el mercado una plaza capacísima, cercada toda de ventanaje y cadahalsos que afirman habría otra tanta gente como en el torneo. Vinieron Sus Majestades y Altezas acompañados casi como el primer día, y corridos y alanceados algunos toros, entraron sesenta caballeros valencianos de dos en dos, corriendo como acostumbran con buen orden y ricos vestidos a la morisca, que parece anduvieron en aventajarse a porfia. Fuera de más gusto esta fiesta si a causa de entrar Sus Majestades y Altezas en ella tan tarde no fuera casi noche el jugar las cañas.

Viernes, a 23, por la mañana, se hizo la procesión que en Valencia se acostumbra día de San Jorge, por ser, como le reconocen, patrón y defensor destes reinos. Fue la compañía deste santo con sesenta arcabuceros y cincuenta ballesteros, todos con sus habitillos blancos y cruz bermeja, con sus banderas, fuera del estandarte principal de la ciudad. Después de comer fueron a la Universidad en una hermosísima carroza que el duque de Mantua presentó los años atrás a la señora Infanta, y en el teatro della, entrados Sus Majestades y Altezas, oró un maestro de retórica brevemente, y dieron en su presencia el grado de doctor en Teología a uno que había ya hecho para ello las otras diligencias, y les dieron sus guantes de ámbar y propina que se suele dar a los demás doctores. Y acabado esto, se fueron a pasear al Grau, que es la playa de la mar.

Sábado, a 24, después de comer, se tuvo la justa real en la otra parte del mercado que está hacia la Bolsería. Fueron los mantenedores los que dijimos: el primer jurado del orden de caballeros y su ayudante Gaspar Vidal y ocho aventureros. Las

libreas fueron costosísimas, las invenciones que llevaban en la celada raras. Estuvieron el Rey, la Reina, el Archiduque y Infanta presentes, que vinieron con acompañamiento y orden como el día de las cañas. Y los jueces fueron los mismos que los del torneo; y a la tarde hubo en el Real sarao, donde se publicaron y distribuyeron los premios de los vencedores de la justa.

Domingo, a 25, fue el día octavo, y por la mañana dio Su Majestad el tusón al Archiduque su cuñado, al almirante de Castilla y al príncipe de Marfet; a los cuales y a los demás caballeros del tusón dio aquella mañana el duque del Infantado una espléndida y suntuosa comida. Y después de comer Sus Majestades y Altezas, acompañados con gran número de caballeros y damas, con grande majestad y riqueza y belleza de vestidos, fueron a la lonja de mercaderes, lugar capacísimo y hermoso, donde la ciudad de Valencia tenía ordenado su sarao general. Fueron el Rey y Archiduque a caballo, y la Reina y Infanta en carroza, la una en la proa, la otra en la popa. Habíanse juntado en la lonja todas las damas y caballeros valencianos, que pasaban de trescientos, vestidos los unos y los otros soberbísimamente, tanto en la materia de los vestidos, que eran telillas y brocados, cuanto en los aderezos, joyas y piedras preciosas de su adorno. Entraron delante del Rey los del tusón, con su insignia, y luego el Rey a mano derecha de la Reina, y luego el Archiduque, que llevaba a la Infanta a su mano derecha, y luego entrados, se fueron a una sala donde tenía la ciudad aparejada una colación o merienda suntuosa de cosas de confituras y azúcar, vistósima por las muchas invenciones que había, en número de ciento y cuarenta platos grandísimos. Estuvieron presentes Sus Majestades y Altezas y dieron licencia que las damas y caballeros diesen saco a aquella merienda, con que en breve espacio de tiempo desapareció todo, con notable gusto y regocijo de las personas reales. Estaba la Majestad de la Reina riquísimamente vestida, con una ropa que tiraba algo a azul; llevaba sembrados muchísimos diamantes y una cadena dellos con un joyel al pecho de inestimable valor. En la cabeza llevaba una gorrita pequeña con garzotas y plumas

hermosísimas, y a su imitación la llevaron otras muchas damas, que fueron las que vinieron con Su Majestad y Alteza, en número de cincuenta y cuatro, vestidas todas con las más ricas ropas que tenían, con variedad de colores y muchedumbre de joyas. Salidos de la merienda entraron en el sarao; las personas reales se asentaron bajo del dosel, la Reina y Infanta en medio, y en las dos extremidades el Rey y el Archiduque. Fue esta fiesta de caballeros y damas valencianas, y así ellos la solemnizaron. No danzó Su Majestad; de forasteros, sólo el Almirante de Castilla.

Mostrose mucho entre los demás señores valencianos el marqués de Navarres, conde de Almenara, que danzó más y mejor que otros. Duró la fiesta gran parte de la noche, la cual acabada, acabaron los señores valencianos las fiestas que en esta ocasión de bodas hicieron a su Rey en señal de su mucha fidelidad y amor. No digo que se ha dicho aquí todo lo que hicieron, porque fue mucho más, y tienen cualesquiera otros reinos y provincias raya donde procuren llegar. En suma, ellos hicieron lo que debían, que era lo que podían; y pudieron mucho, pues hicieron tanto, que ni perdonaron a gasto público ni a particular, ni a muchas incomodidades graves que se les ofrecieron. No digo aquí las grandezas que muchos de los Grandes han hecho, como el haber tenido mesa parada para todos los caballeros y damas que quisiesen ir a comer todos los días a sus casas el duque del Infantado, el almirante de Castilla, el conde de Benavente y otros. Tampoco digo de los presentes y colaciones que frecuentemente enviaban a palacio estos o otros señores, ni de lo que han procurado festejar y regalar a su Rey; porque esto pediría particular relación, y a mí básteme haber dicho lo principal de Valencia; y paso a contar mi cuento, que es bien diferente.

CAPÍTULO XI
EN QUE REFIERE GUZMÁN EL SUCESO DE SU CAPTURA,
Y CÓMO FUE CONDENADO A GALERAS Y LLEVADO A
ELLAS

VOLVAMOS a mis disparates, que me traían desatinado y me pusieron donde yo merecía. El mismo día de la entrada de Sus Majestades que te he referido me importunaron mis camaradas que volviésemos al oficio, porque decían que era noche muy a propósito, que aunque había grandes luminarias y fiestas de juego, pero que la gente se ocupaba mucho en ver la fiesta, y en los lugares menos poblados era muy fácil y más seguro probar la mano. Hícelo, que no debiera, y fuimos, por apartarnos del concurso, hacia el hospital general. Los primeros dos lances fueron buenos, porque cogimos dos capas de valor, y queríamos mudarnos de aquel sitio por el peligro que corríamos, y en este punto acierta a pasar uno con una capa guarnecida de parches y muchas plumas en el sombrero. Parecimos que no era ocasión de perder: metimos mano, y aunque la alcanzaron un golpe de los primeros, pero desenvolviose tan bien que pasó un brazo a uno de mis camaradas, y arrimado a una pared hacía rostro como un Cid. Trujo mi desgracia un alguacil y muchos corchetes, que le debieron de guiar los corredores ligeros que se fueron sin capas. Echamos a huir: yo, que no sabía la tierra, me turbé mucho, y corriendo doy en un hoyo abierto que había en medio de la calle. Cogiéronme, y conmigo una de las capas que habíamos pillado. Lleváronme derecho a casa de un juez de corte, el cual recibió, a lo que pude entender, los dichos de los que allí iban, y me tomó la confesión y dieron conmigo en la torre del Portal de Serranos, que es la cárcel de aquella Chancillería. Aquella noche se salvaron mis cómplices; pero el otro día me pescaron el uno dellos y fue traído donde yo estaba. Confesáronle y acaráronnos a los dos; y bien que el caso era claro y probado, le hicimos más averiguado con nuestros dichos varios y contrarios. Al tercero día salió el fiscal con su

denunciación, confesáronnos sobre ella y diéronnos término de descargo seis días; halleme tan afligido y apesarado cuanto lo hubiese estado en mi vida, considerando el peligro presente y cuán voluntariamente me había puesto en él por quien no se acordaba de mí: porque fue tan infame que no la vi, ni a nadie de su parte, ni memoria ni ofrecimiento. Halleme con el desengaño y el castigo merecido en esta vida; vi por fuerza la condición mujeril, que anda tras la luna de la prosperidad con los que ama, a cuyo servicio y engaño está muy devota mientras la luz de la plata resplandece; mas como esto dura poco, presto se acaba su fe y constancia. Según esto, créame el que más piensa que puede con ellas, que puede menos. Y cuando le desvanecieren con palabras y favores nunca oídos, sepa que juegan de falso mientras tienen resto, porque en acabarse es cierto que le harán volver a su casa triste, pelado y sin contento. Ni tenía qué comer ni con qué defenderme de la acusación. ¡Pues el escribano era misericordioso que daba lugar con el original para que yo pudiese hablar por mí y mostralle a un letrado! Hube de echar mano del hábito que traía a cuestras para satisfacelle, y troquele por un vestido ruin; y no hice nada, porque no hubo para uno ni otro, que el escribano siempre estaba quejoso y yo no tenía qué comer.

Aquí entra lo que ofrecí de contarte las otras tres maneras de escribanos: y pues ya dije de los reales, sabe que los nominales son los que tienen el nombre, pero de otros es el oficio; y si el oficial propietario no se puede sustentar sino robando, el que paga renta del oficio ¿qué ha de hacer sino saltar en poblado? La secta de los tomistas es la más autorizada en estos tiempos y la que universalmente siguen los más escolimados. Tomo lo que me dan, que así lo hace el médico y el abogado. No me meto agora en esotros: si habéis vos jurado de guardar vuestro arancel, no os excusa eso del perjuicio, ni a quien os absuelve de sacrílego, ni enseña otra cosa Escoto. Tengo mucha costa, hermano, moderad la casa y no os tratéis como caballero, que no habéis de volar vos tanto con una pluma como otro con alas de águila. Muy bueno es que porque vos tenéis gran bolsa me

hayáis de pedir a mí más dinero. Si vos tenéis bolsa de arriero, ¿habéisla de llenar de sudores ajenos?

Los escotistas son unos hombres de altos y delgados ingenios, pero algo oscuros para que no sean entendidas sus trazas, ni pueden ser comprendidas en sus formalidades y segundas intenciones. Ya sé que me entendéis en este propósito. ¡Qué de papeles se hallan marañados que no los entenderá aun quien los compuso! ¡Qué de paliadas usuras, qué de logros encubiertos! ¿Qué diré sino que es proverbio común: queréis tener justicia, pues comprársela al escribano? Que cosa y cosa que agora se acude en seis mil. En Corte y Chancillerías ya se sabe que si hacéis bien vuestro oficio no os puede valer cada año quinientos, porque dais tantos mil y vuestro trabajo, porque hay hombre que en seis meses gana tres mil ducados. Que le pedirá a un negociante mientras dura la causa, cincuenta reales, y ciento ochenta a buena cuenta, y fenecida, le saca una suma de todos los derechos y se los lleva como si no hubiese recibido blanca; que son ladronicios que no pasaran en el monte de Torozos y merecen mejor reformación que los almidones y lechuguillas; que si un juez sentencia mal, no falta superior que lo revoque, pero ¿qué reparo tiene una mala información? ¿No se ha de estar a lo escrito y sentenciar por lo alegado y probado?

Vamos adelante, que te juro que en tratar materia de escribanos y ministros de justicia se me espeluznan y erizan los cabellos: tales obras me hicieron, que, aunque ya merecía mayores castigos en razón de justicia, pero nadie la requiere ver por su casa. Concluyeron mi pleito sin que por mi parte se pusiese un papel, y por momentos me publicaron sentencia de azotes y diez años de galeras, que es lo ordinario. Después de publicada, vino Heredia a verme y ofrecerme que mirase qué podía hacer: hacíaseme de mal lo de los cien tocinos; que aunque había pasado en esta vida tantos trabajos, mi honrilla tenía, y no quisiera tan afrentoso paseo, ni jubón tan justo en molde tan pecador. Ofreciome Heredia que tenía tales medios que el Virrey, pues la sentencia estaba tan pródiga de palabras, me haría merced de remitir lo de los principios de tan mala

comida. Negociose, y púseme en la cabeza que había de hacer lo posible por no ver galeras, o escaparme dellas si acaso allá entraba. Esto me aliviaba algo mi trabajo, que bien sabía lo que eran, pues había navegado en ellas, que si así lo supiera el juez no fuera tan pródigo despendero de tan mala vida.

Pues ¿qué te diré de mi vida en la cárcel? Como yo era maestro de buscalla, a dos días topé cómo arrimarme a unos galanes que gastaban largo, eran boquirrubios, hijos de vecino, que les parecía que todo su Dios era echallo a diez. Gastaban con ánimo; que por no saber cómo se ganan se suelen a veces los dineros despenderse con más largueza de la que sería razón. Híceme medio truhán, lisonjeábalos a escala vista, y ellos gustaban tanto de que les llamasen francos dadivosos y liberales, que me regalaban y ponían a cabo de mesa; allí se les llegaban los brazos de la vida airada, que comían a discreción a costa destos bolsillos, pelándolos y chupándolos hasta no dejar hueso por roer.

No me duró mucho esta vida, porque a pocos días nos sacaron para llevarnos la vuelta de Cartagena a todos los que estábamos diputados por escribanos del número, de la pluma más larga que de avestruz y que adorna menos; de la cual si se acordara el que dijo de la de cisne que escribiendo los tres dedos duele todo el cuerpo, no lo hubiera tanto encarecido; porque para menear ésta son menester las dos manos, y nunca se para falta de tinta; que para su escritura la sirven todos los mares. Y mira cuán pesada escritura es, que se ha de andar siempre dentro de la tinta, y así van tintos los cuerpos y corazones de los que sirven esas escribanías; a ellas nos remiten los escribanos de aquellas cuatro sectas que te he contado, que con su plumilla nos hacen empuñar la de haya de treinta palmos. Dios se lo perdone si envían algunos sin culpa, que por mí no lo irán a pagar a la otra vida; que la mía merecía bien cualquier castigo, pues temerariamente me puse, contradiciendo a la luz de mi razón, a cometer semejantes insultos, indignos de hombre racional.

Despedime de mis camaradas, que fueron tan hombres de bien que me proveyeron de algunos maravedís por la voluntad

que me habían cobrado; y ensartáronnos en unas cadenas con argollas a los cuellos y esposas en las manos. No pienses que es el menor tormento, para un hombre que tenga discreción, ver el tratamiento que se hace a los que van allí puestos en caña como ranas, porque el alguacil, corchetes y gente de guardia no os tratan menos que de ladrón: “Suba al carro el muy ladrón”, y hombre va bien atesado de cadena y esposas, que sola la lengua le queda libre; y a bien librar, si respondéis y os asientan con unas de bastos, os lo lleváis sin reparo y quedáis rapado y puesto entre los espalderes a la disposición de un cómitre calabrés que piensa que las espaldas españolas son cajas de atambor. Pues pensar de vengaros de tantos que os afrentan es imposible, dejallo de sentir dificultoso, evitallo no tiene remedio; porque cuando queráis ser muy paciente, y tratar como hombre de bien, no hay quien lo entienda así, y los compañeros de la cadena son tales, que aunque hagáis milagros, quedáis juzgado por tal como ellos, por lo que dicen que unos desacreditan a otros. No se oye entre gente semejante sino blasfemias, perjurios y desatinos, que ellos mismos no les entienden, ni saben por qué descomponen las bocas sacrílegas contra el que les conserva y da vida temporal y les espera a penitencia para que ganen la eterna.

Sólo puedo decir de tan perversa escoria de mundo que están casi como los condenados en el infierno, obstinados en su maldad, y de desesperados, temerarios: que sabiendo que no pueden escapar, se atreven a veces a cometer cosas en las cuales saben que les ha de ir la vida de primer parada. Así fue uno, que habiendo trabajado palabras en galera con el hermano del capitán della, y diciéndole el otro que era un ladrón, se atrevió en tierra tan limitada y donde era rey el hermano de su contrario, a arrebatár del y darle muchos golpes y coces que le pensó matar, y lo hiciera si no se lo quitaran de las manos; y sabido por el capitán, le hizo dar infinitos palos, y aun él mismo le dio muchos golpes y bofetones de su mano. Púsose en la cabeza de vengallo todo aunque subiese a la entena por ello, y poniéndose un cuchillo por entre manga y brazo esperó que el capitán pasase por la cruzía. Habíase tendido en ella, y pasando

el capitán, dióle una coz diciendo: “Quita allá”. Él sacó su cuchillo, y dale tantas puñaladas, que no le dejó respirar y murió allí; y con la temeridad que lo había hecho y pecho gentil dijo luego: “¡Alto! Bajen la entena, que ya sé que me han de ahorcar, y no se me da un clavo, pues he vengado mi corazón”. Y así fue ello, y luego fue ahorcado.

Ésta ya sé que fue temeridad bestial, que es vicio que nace del mayor de todos, que es la soberbia; porque de la manera que el arrogante no quiere conocer superior, así es el temerario: huye la sujeción que debiera mostrar rindiéndose al parecer ajeno, y no emprendiendo cosa sin consejo, y de la manera que Dios castiga al soberbio con su misma soberbia, como a Amán con su horca, también azota al temerario, sacando del cuero las correas y tomando por verdugo de la culpa su misma temeridad. Los hombres cuerdos y prudentes miden cada cosa con vara de juicio justo, y no permiten que la locura les ponga en aprieto que salgan tiznados como este que he referido. Deste tanteo sacan el conocimiento de la cosa que es digna de miedo y la que se puede desear o acometer; y el que no lo hace primero, hallarse ha después confuso y corrido por haber entrado sin cuenta donde le era muy necesaria.

De los extremos de la fortaleza, que son temeridad y miedo, tan vicioso es el uno como el otro, y no menos pernicioso el primero que el segundo; es a veces causa del primero el no tener que perder; y esto creo que hace temerarios a los que mueven las casas de madera, haciendo pájaro con pluma lo que parece tortuga; porque ser atrevido sin término el que no tiene de qué caer muerto, no es maravilla; pues se dirá dél lo que Catón el Mayor dijo de un soldado a quien le alababan de muy atrevido y que por miedo de la vida nunca dejaba de arriscarse a cualquier peligro: “Mucho importa ver qué es lo que tiene en menos, la vida o la virtud”. Va mucho de tener un hombre que perder o no, o hacerse más caso un hombre de mostrarse valeroso o esforzado que desesperado; porque no es valiente, sino atrevido, como no le tira cosa que tenga miedo de perderla; y en razón desto no hay que maravillarse el galeote, que es el más pobre y miserable del mundo, sea temerario; que al pobre

desventurado todos los días le son de un color, todos le son iguales, tan poco manda a la noche como a la mañana. Sólo era primero; y si en alguna cosa fuere arrojado y sin consideración, sólo se queda con nota de loco, sin pérdida de lo suyo, pues no lo tiene, ni de lo ajeno, pues no lo manda. De aquí verás qué de empresas arrostran los tristes forzados que les salen a los rostros, arrojándose al mar con sus hierros, donde quedan anegados, pues con hierros no podían acertar a ver la piedra preciosa de la libertad, y haciendo otras cosas que no las emprendiera la misma desesperación.

Salí de Valencia, y ni vi a Isabela, ni sombra de que me hubiese visto; porque veas por quién nos ponemos en trabajo cuán bien lo agradecen y qué lástimas nos tienen. Ya te he dicho las condiciones de las mujeres; pero si no me dieran tanta priesa las galeras, no faltara mucho más que decirte. Fuimos al camino ordinario hasta Orihuela, Murcia y Cartagena. Bien pensé yo en Murcia hacer mis envites por escapar de las cadenas, pero no hubo remedio; hallamos en Cartagena las galeras de España, digo algunas dellas, con el Adelantado: dieron con nosotros en nuestros puestos, y es otra jornada de grande aflicción el entrar en aquella posada tan fuerte, con tales trincheras y fosos, y ver el tratamiento que se os hace por la bienvenida.

Aquí me trujeron mis pasos inconsiderados, aunque, por gracia de Dios, presto me vi con libertad. Pero el cómo me escapé de las galeras, y lo demás de mi vida, que fueron cosas extrañas, te diré en la tercera parte de mi historia, para la cual te convidó, si ésta no te deja cansado y enfadado.

FIN